

Instantes en un *clic*

Luana Salvadó

Instantes en un clic

Luana Salvadó

© Luana Salvadó, 2024
Edición de Letropía por Clara C. Scribá
Corrección de Letropía por José Duarte
Diseño y maquetación por Carmen Itamad
Fotografías por Luana Salvadó

A Marta Tallada y a Carol Rodríguez por prestarme a Laia y Daniela.
Sin ellas, Odri no estaría tan bien acompañada.

Índice

CAPÍTULO 1. ME VOY
CAPÍTULO 2. A MODO DE PRESENTACIÓN
CAPÍTULO 3. ESTOY EN BARCELONA
CAPÍTULO 4. CONSIGUIENDO OBJETIVOS
CAPÍTULO 5. FUMANDO
CAPÍTULO 6. BUSCANDO
CAPÍTULO 7. LOS VECINOS
CAPÍTULO 8. TREINTA Y TRES DÍAS DESPUÉS
CAPÍTULO 9. LA SEGUNDA PARTE DE LA NOCHE
CAPÍTULO 10. EN EL SUPERMERCADO
CAPÍTULO 11. EN EL TRABAJO
CAPÍTULO 12. SALIDA
CAPÍTULO 13. DE RELAX EN CASA
CAPÍTULO 14. AMNESIA
CAPÍTULO 15. LO QUE PASÓ
CAPÍTULO 16. LO QUE SIGUIÓ PASANDO
CAPÍTULO 17. RECOPILANDO DATOS
CAPÍTULO 18. EL DIÁLOGO
CAPÍTULO 19. EVALUACIÓN
CAPÍTULO 20. LUNES
CAPÍTULO 21. UNA Y MEDIA DE LA MADRUGADA
CAPÍTULO 22. DECISIONES
CAPÍTULO 23. IMPACIENCIA
CAPÍTULO 24. INESPERADO
CAPÍTULO 25. MÁS INESPERADO
CAPÍTULO 26. CONOCIENDO A XAVI
CAPÍTULO 27. SIN PALABRAS
CAPÍTULO 28. INVITACIÓN
CAPÍTULO 29. DESCUBRIENDO OTROS BARRIOS DE BARCELONA
CAPÍTULO 30. FOTOGRAFÍAS…
CAPÍTULO 31. CUANDO NADA MÁS PODÍA PASAR…
CAPÍTULO 32. VA Y PASA
CAPÍTULO 33. Y TIRO PORQUE ME TOCA
CAPÍTULO 34. LAS ZORRAS CACHONDAS
CAPÍTULO 35. SIGUIENDO EL PLAN
CAPÍTULO 36. PASO 4
CAPÍTULO 37. PASO 3
CAPÍTULO 38. *LIVING* LA VIDA LOCA
CAPÍTULO 39. DESATADA
CAPÍTULO 40. EL TRATO
CAPÍTULO 41. PLANEANDO Y REFLEXIONANDO
CAPÍTULO 42. FIESTA DEL… ¿PIJAMA?

CAPÍTULO 43. LA SESIÓN
CAPÍTULO 44. Y LLEGA EL DÍA
CAPÍTULO 45. ¡SORPRESAAA!
CAPÍTULO 46. CONFESIONES
CAPÍTULO 47. NECESIDADES
CAPÍTULO 48. 1 DE ENERO
CAPÍTULO 49. LA PROPUESTA
CAPÍTULO 50. PERMISO CONCEDIDO
CAPÍTULO 51. SORPRESAS TE DA LA VIDA
CAPÍTULO 52. DESPIDIÉNDOME
CAPÍTULO 53. ÚLTIMA NOCHE
CAPÍTULO 54. JUGANDO
CAPÍTULO 55. ME VOY (OTRA VEZ)

CAPÍTULO 1. ME VOY

Joder.

Joder, joder.

¡¡¡Jodeeer!!!

Estación de tren de Salamanca. Sentada en un banco del andén. Una maleta, una mochila y una riñonera conmigo. Miro con nerviosismo mi mano izquierda, que es con la que estoy sujetando el móvil. El billete de tren que aparece en pantalla me mira, retándome.

Mis extremidades inferiores están sufriendo un «ataque de piernas inquietas» desde hace cinco minutos. Cruzo la derecha sobre la izquierda y en menos de tres segundos la izquierda toma el control y decide que prefiere ser la pierna que esté arriba. La señora mayor que tengo sentada al lado intenta disimular, pero sé que me mira mal. No me extraña, con mis movimientos espasmódicos estoy provocando que todo el banco se mueva. En un momento dado, nos cruzamos la mirada.

—Lo siento, estoy un poco nerviosa… —me excuso.

—Sí, eso parece, hija mía… —me responde con amabilidad, aunque seguro que maldiciéndome en su fuero interno.

Vuelvo a echarle un ojo al billete. Me sudan las manos. Alejo la vista. Uf…, ¡me va a dar algo! Me levanto de un brinco. Suerte que el banco está bien anclado a la tierra y no es un balancín, porque si no, la pobre señora se hubiera empotrado contra el suelo. Camino de un lado a otro por el vestíbulo de la estación mordiéndome las uñas. Avanzo siete pasos hacia la izquierda y me giro apresuradamente para caminar cinco más hacia la derecha… No puedo parar de moverme. Es imposible que pueda mantenerme sentada. Hubiera acabado tirando a la señora al suelo con la vibración que estaba provocando en el banco.

Me fumaría un puto cigarro, pero aquí no está permitido. ¡Mierda!

Vuelvo a mirar el billete. Ahora, además de la información a la que me da acceso, veo mi cara en la pantalla. Parece que mi propio reflejo me habla y me dice: «No serás capaz de hacerlo…, eres una cobarde…, no tienes agallas…».

Por la megafonía de la estación anuncian: «El tren con destino Madrid-Chamartín realizará su salida a las 6:25 desde el andén 4». ¡Aaargh!

La señora que estaba a mi lado se levanta, me mira, me sonríe y se dirige hacia allí.

Yo me quedo petrificada y no me puedo mover. Me pica todo.

Vale. Estoy sufriendo un ataque de pánico. Mierda. Necesito calmarme. Voy a respirar profundamente. Eso es: cierro los ojos e intento calmarme. Respiro hondo… Inspirar, espirar. Me concentro. Inhalo, exhalo. Me estoy calmando… Inhalo, exhalo…¡¡¡Aaargh!!! ¡Esto no funciona! Y, además, con tanta respiración sincronizada, ¡parece que esté a punto de parir!

Cojo el móvil y le llamo. Suenan cuatro tonos y descuelga. Con voz desorientada, responde:

—¿Digaaa?… ¿Odri? Tu puta madre, ¿qué coño de hora es? Estoy durmiendo, joder…

Álex, mi exnovio gay.

—Son las seis y diez. Lo siento, ya sé que es muy pronto, pero estoy en la estación y estoy hiperventilando. Necesito ayuda. Socorro.

Oigo cómo se incorpora de golpe, carraspea rápidamente para aclararse la voz y me grita:

—¿¡Qué estás dónde!? ¿Por qué no te he llevado yo? ¿Por qué no sabía nada de esto? ¡Joder, Odri! ¿Cómo estás? Nerviosa, claro. Me lo acabas de decir… Vale, tú tranquila. Cierra los ojos y respira conmigo. Venga, juntos… Inhala por la nariz… Y exhala por la boca…

—No funciona, ya lo he intentado —respondo resignada.

—¿Pero por qué no me has avisado? ¡Te hubiera dejado yo en la estación!

—¡No sé, Álex! Quiero pensar que es porque despedirme de ti aquí me hubiera resultado imposible, pero creo que la realidad es que soy una cobarde y que volveré a rajarme. Creo que tengo un trauma y mi cuerpo ya no se fía de lo que puedo provocar si subo. Además, había una ancianita sentada a mi lado que creo que va a coger el mismo tren… Parecía maja, no quiero provocarle una luxación de cadera o algo peor… Ya le he provocado unas cuantas sacudidas gratuitas mientras estábamos sentadas una junto a la otra en un banco de la estación.

Antecedentes: previamente, en dos ocasiones anteriores, vine a esta misma estación y me subí al tren. La primera vez, me bajé en la primera parada y me volví. Por suerte, excepto Álex, nadie se enteró de mi intento fallido. En la segunda ocasión, me echaron del tren por provocar un… incidente.

—Ay, Odri, es que, cariño, mira que tirar de la palanca de frenado después de llevar siete minutos en marcha… Pero, oye, tu hazaña ¡salió en las noticias locales! Todo un logro. No todos los días un frenazo provoca el caos absoluto entre los pasajeros, con señor mayor atascado en el retrete y bomberos incluidos. Yo, la verdad, no entiendo cómo no te prohíben la entrada en la estación…

—Joder, Álex, no me lo recuerdes. Y… ¡así no me ayudas!

—Que sí, tonta, que fue gracioso. A nadie le pasó nada grave. Por otra parte, ¡oye!, quizás a la señora del banco le hayas servido de vibrador regalándole unas cosquillitas divinas en el chichi. —Su comentario me hace reír—. Venga, va, me vas a repetir en voz alta las razones por las que te quieres ir. Vamos a anclar en ti un motivo poderoso.

Me encanta cuando me hace de terapeuta, porque se pone en el papel y lo clava.

—Venga, vale. Pues… voy a hacerlo. Sí, voy a hacerlo. Me voy de aquí porque llevo años con esa idea en la cabeza. Este es el momento perfecto y… ¡lo haré! Creo que hoy lo haré… Eso es: hoy lo haré —me reafirmo a mí misma con un movimiento contundente de cabeza mientras pronuncio esas palabras. Realmente, me lo estoy empezando a creer…, bueno, más o menos—. Quiero empezar de nuevo —prosigo—, en otro sitio, con otra gente, salir de aquí, crecer como persona. Encontrarme a mí misma.

—Perfecto, muy bien, Odri. Ahora quiero que me lo vendas. Vamos a por el drama, nena. ¿Preparada?

—Sí.

—Vale, vamos allá.

Y cambia de tono para provocar que mi valentía se revele y dejar que aflore nuestro lado teatral, ese que tanto nos ayuda en nuestros momentos difíciles. Tras una pausa de unos segundos, con carraspeo incluido para alcanzar un tono de voz relajado y solemne, empieza el espectáculo.

—Eso de ser tú misma ya lo haces muy bien aquí. ¿Por qué te tienes que ir hasta Barcelona para reinventarte? ¿Qué hay en esa ciudad que te vaya a hacer crecer espiritualmente? No has estado allí en tu vida, quizás no te guste nada…

—Sabes que aquí no soy feliz —contesto—. Y si no encuentro lo que espero, seguiré buscando. Pero tengo el presentimiento de que lo encontraré. Dicen que Barcelona es una de las ciudades más bonitas del mundo y ¡tiene mar! Álex, ¡tiene mar! Deberías venirte conmigo.

—Yo no soy tan valiente como tú, Odri.

—¿¡Cómo que no!? De hecho, tú eres más valiente que yo, Álex. Y tienes las mismas razones para largarte de aquí que yo. Y, además, bueno…, dicen que en Barcelona hay muchos

chicos guapos…—le provoco con recochineo.

—¡Ay, síii! ¡Qué envidia! Debería irme contigo… Pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que creo que…, como siempre…, ¡acabarás saltando del tren! —Me la devuelve.

—Pues mira, te equivocas, y aunque sea solo para fastidiarte, ¡hoy me voy de verdad! —acabo sentenciando.

—Vamos, Odri, ¡quédate! ¿Qué hago yo aquí sin ti? —me suplica tristemente.

—No puedo, Álex. Lo siento. Creo que en Salamanca ya no me queda nada más por vivir. Y tú lo sabes bien.

—Pues ¡que te den! Lárgate de aquí echando leches. Sube al tren ya, no sea que lo pierdas, y conviértete en tu mejor versión. ¡He dicho! —Y cuelga.

Bien, ahora me siento poderosa. Estoy convencida de mi decisión y pienso, esta vez ya más calmada, que realmente es lo mejor para mi vida: un nuevo rumbo hacia algo desconocido, pero a la vez excitante. Reanudo las respiraciones del parto sin dolor. Inhalo y exhalo tres veces. Agarro la maleta, me cuelgo la mochila, me recoloco la riñonera y me dirijo hacia el andén 4.

Y, como siempre que ocurren cosas importantes en mi vida, tengo que inmortalizar este momento. Así que cojo mi cámara réflex, pongo el ojo en el visor y encuadro al horizonte buscando una imagen bella. Decido fotografiar un primer plano la parte delantera del tren que me va a llevar a mi distorsionado y fascinante futuro. ¡Clic!

En cuanto subo al tren, recibo un wasap:

ÁLEX: ¡Muy bien! Has aguantado gritos, provocaciones estúpidas y chantajes emocionales. Estoy muy orgulloso de ti. Y ahora, a no ser que hayas encontrado por ahí a un tío buenorro, las manos fuera de la palanca, ¿entendido?

YO: Te quiero.

ÁLEX: Yo más.

CAPÍTULO 2. A MODO DE PRESENTACIÓN

Me llamo Odri. Soy una chica del montón. Tengo veintisiete años, aunque por poco tiempo. Soy impulsiva, curiosa, indecisa, insegura, malhablada, un poco histérica y fumo como un carretero. No soy perfecta ni quiero serlo.

Mi vida ha sido un fracaso a todos los niveles.

Mis padres no lo han sabido hacer muy bien ni con mi hermano ni conmigo. Viven en su propio mundo antiguo y casposo. Son retrógrados, machistas y viven pendientes de las apariencias y del qué dirán, algo que a mí me ha afectado bastante.

En los estudios nunca he destacado. Me limitaba a ir aprobando en el colegio y en el instituto. Llegada la edad universitaria, mis padres querían que consiguiera un marido y me hiciera ama de casa, pero, por suerte, y gracias, en parte, a la ayuda de mi hermano, conseguí que me costearan una carrera que no me gustaba nada, pero que era la única que estaban dispuestos a pagar. Así pues, mientras estudiaba Empresariales por las mañanas, trabajaba en un bar de mierda por las tardes para poder pagarme un curso, durante los fines de semana, de lo que realmente me apasiona: la fotografía.

Todo esto, por supuesto, a espaldas de mis padres, a los que mentía diciendo que las tardes y los fines de semana los pasaba con mi supuesto novio, del cual estaba muy enamorada, que había conocido en la facultad y con el que, seguro, acabaría casándome y teniendo muchos hijos. Naturalmente, esta gran coartada era corroborada por mi gran amigo Álex, a quien sí que conocí en la universidad y del que realmente sí que había estado muy enamorada hasta que descubrimos que mi cuerpo no le excitaba nada en absoluto y que, por tanto, tendría complicado darme ni un solo hijo. No obstante, nos queríamos mucho y estuvo dispuesto a ayudarme con mi mentira.

A nivel sentimental, tampoco he tenido mucha suerte. Como ya he dicho, mi novio de la universidad resultó ser gay. Pero Álex fue mi segundo novio. Antes de él, en el instituto, estuve con otro chico, Álvaro, mi primer gran amor, con el que tampoco acabó de funcionar. Empezamos con quince años. Nos mirábamos entre clase y clase sin decirnos nada hasta que resultó que era muy amigo de mi vecino y la excusa para empezar a quedar nos vino que ni pintada. Nos llevábamos muy bien. Nos pasábamos horas y horas hablando. Era un encanto conmigo. Teníamos mucha complicidad y nos gustábamos muchísimo. Con él descubrí el cuerpo masculino al desnudo y lo que significaba tener un calentón. Nunca llegamos a consumar el coito, pero fueron casi dos años maravillosos. Y un día, sin previo aviso, señal ni síntoma de que algo fallara en la relación, me encontré una carta escrita a mano en el buzón de mi casa en la que me contaba que no podía seguir conmigo ni estar nunca más con ninguna chica. Y desapareció. Literalmente, ya que no volvió a aparecer por el instituto. Él y su familia se esfumaron de la ciudad.

Así que, con todo esto y otras desgracias que no me apetece contar, mi gran ilusión siempre ha sido salir a ver mundo. No nos equivoquemos, me encanta Salamanca, sus calles llenas de historia y sus campos y sus llanuras cercanas teñidas de sus característicos tonos marrones y amarillentos con escasos árboles verdes alrededor. Pero ya he disfrutado de su simplicidad y de su tamaño muchos años y tengo la sensación de que, si me quedo aquí, me voy a convertir en un monumento más de la ciudad. No soporto seguir de recepcionista en la clínica de podología. Y ya tengo una edad para no permitirme seguir siendo infeliz. Así que un día me armé de valor, senté a mis padres y les dije que su niñita querida necesitaba volar hacia otros horizontes. Mi madre no dejó de llorar en todo el rato y mi padre solamente dijo una frase: «Seguro que volverás en breve».

A eso se le llama apoyo y confianza, sí señor. ¡Pues no me da la gana! Así que un día cualquiera decidí que esa situación no podía continuar. Renovarse o morir. Hice las maletas y aquí estoy, después de un par de intentos fallidos, subida en el tren que me lleva a Barcelona y emprendiendo mi gran aventura. Y espero no tener que volver, a no ser que sea por voluntad propia, y no porque la vida me haya vencido. Eso ha sonado muy dramático. Pero sí, también soy un poco de eso.

CAPÍTULO 3. ESTOY EN BARCELONA

Me despierto a las nueve de la mañana. Es viernes 19 de octubre. Hoy es mi cumpleaños. Cumplo veintiocho. Uf…, necesito un cigarro.

Decido que hoy tiene que ser un día especial. Llevo una semana aquí y aún no sé qué hacer con mi vida. No sé de qué buscar trabajo, aunque lo más sensato sería empezar con cualquier cosa, ya que el dinero que he ido ahorrando a lo largo de estos años se acabará en algún momento. Así que, si no puedo vivir de mi vocación, trabajaré de lo que sea. Como he venido haciendo hasta ahora, básicamente.

Las fotos de estos últimos dos días solo reflejan vagabundos abatidos, solitarios, abandonados y demacrados sentados en mugrientos bancos de parquecillos tristes de la ciudad. Eso no es muy buena señal de mi estado de ánimo actual, ya que mis fotografías siempre reflejan mis emociones. Uf…, otro cigarro.

Son las 9:25 y ya llevo dos putos cigarrillos. Me estoy empezando a deprimir.

Me levanto de la cama y voy hacia el cuarto de baño, si se le puede llamar así a este pedazo de agujero con váter de esta horrible y putrefacta pensión. Aunque, al menos, tiene baño propio. Levanto la mirada y me observo en el espejo. La imagen que me devuelve me provoca un grito de espanto y desesperación que creo que ha despertado a la parejita de locos enamorados que se ha pasado la noche entera follando desesperadamente y que, en buena medida, es la culpable de mi mala cara, ya que a causa de su placer sonoro no he dormido demasiado que digamos. Además, sus gozosos gemidos no han dejado de recordarme que necesito un polvo urgentemente.

Tengo una cara horrible… ¡Qué pelos!, ¡qué cutis!, ¡qué ojeras!… Peor, imposible. Álex me echaría la bronca si me viera en este estado. Me estoy convirtiendo en miembro del reparto de *The Walking Dead* en un tiempo récord.

Vale, ¡se acabó! Basta ya de autocompadecerme. ¡Voy a poner remedio a esto ahora mismo! ¿No es hoy mi cumpleaños? Pues me voy a hacer el mejor regalo del mundo: dedicarme el día entero a mí misma. Aunque, básicamente, es lo que vengo haciendo desde que he llegado a esta ciudad… Pero hoy voy a incluir el mejor remedio conocido y estereotipado para la mayoría de las mujeres en días malos—compras y consumismo— y que, a mí, la verdad, me funciona, aunque sea una satisfacción momentánea.

Son las diez de la mañana. He tardado treinta y cinco minutos en aceptar mi propia propuesta de mejorar mi pésima semana. Me desnudo. Cojo el cepillo de dientes. Me meto en la ducha. Me masturbo con el palo del cepillo de dientes. Me ducho. Salgo de la ducha. Me visto. Meto mi portátil y mi Polaroid en la mochila, móvil en mano, y salgo por la puerta. ¡Hoy me voy a comer el mundo!

Y empiezo, literalmente, con un crujiente y esponjoso cruasán de la deliciosa panadería adyacente al hostal de Mordor en el que me alojo. Con el estómago lleno, ya me siento preparada y con fuerzas para afrontar este maravilloso día.

Segunda parada obligatoria: un masajito. Encuentro una especie de salón con aspecto un poco sospechoso, pero como es barato, entro. Salgo cuarenta y cinco minutos más tarde: ¡divino! ¡Dios mío!, ¿yo he dicho eso? Demasiadas horas junto a un gay… Cómo le echo de menos, por cierto.

Después, me dirijo hacia una peluquería por delante de la cual he pasado ya un par de veces. Los precios no están mal y me decido por un cambio de *look*.

Siguiente parada: El Corte Inglés. A ver si me arreglan un poco esta cara de muerto

viviente. ¡El maquillaje puede hacer milagros! O eso, al menos, es lo que nos intentan inculcar las *influencers* en redes sociales.

—¡Hola! Me gustaría comprar algunos productos para maquillarme. ¿Me podrías asesorar? —pregunto alegremente.

—Sí, por supuesto, siéntate aquí. Te maquillaré un poco para que puedas comprobar cómo te queda. —Me siento—. ¿Y bien? ¿Qué te interesa? ¿Algo despampanante, algo sencillito, discreto…?

—No, algo natural que me disimule esta cara de monstruo que llevo y que no consigo quitarme de encima ni a tiros —contesto simpáticamente.

Tras una sutil sonrisa un poco forzada y falsa de la chica, empieza a sacar diversos productos y a aplicarlos sobre mi rostro. Cuando lleva unos dos minutos, se acerca otra dependienta del lugar, medio andando, medio corriendo y, entre discreta y desesperadamente, le comenta algo a la chica que está conmigo. Parece una conversación que hubieran dejado a medias en algún otro momento y que ahora toca reanudar, aunque, más que una conversación, podría decirse que es un monólogo de la que acaba de llegar. Es un poco raro que le suelte su vida delante de mí, pero la verdad es que no me importa. Así me distraigo mientras tanto.

Me resulta una chica graciosa, habla muy rápido y bajito mostrando un tono de preocupación con un ápice de dramatismo, algo que me gusta de ella, porque en eso me recuerda un poco a mí.

—… así que estoy desesperada, necesito encontrar a alguien ya para compartir el piso…, después de lo de Marc…, porque tú me dijiste que no podías, ¿verdad? Bueno, en todo caso, si conoces a alguien a quien le pueda interesar, dale mi contacto, porfa…

Y bla, bla, bla.

Yo me mantengo en silencio haciendo honor a la cara de muerto que se supone que, bajo la capa de todos los productos químicos que me están siendo aplicados, está desapareciendo.

La chica se va, porque llega una clienta, y se vuelve a producir el silencio entre la maquilladora y la persona que está siendo maquillada. Medito sobre todo lo que le ha contado la otra dependienta a la que ahora mismo está a punto de incrustar su teta en mi cara.

En cuanto mi rostro vuelve a parecer algo agradable de mirar, pago por todo lo que me llevo y me dirijo hacia la chica desesperada.

—Perdona, hola. Me llamo Odri y no he podido evitar escuchar lo que le contabas a tu compañera y, bueno, quizás te parezca un poco atrevido por mi parte, pero creo que tu problema se podría solucionar.

—¡¿En serio?! ¿Cómo? —pregunta intrigada.

—Bueno, yo también estoy buscando piso para compartir. Ya llevo demasiados días en una pensión de mala muerte y aspiro a algo mejor. Si quieres, cuando salgas del trabajo, tomamos algo y nos conocemos mejor, a ver si nos entendemos.

—¡Eso sería perfecto! Acabo a las cuatro. ¿Nos encontramos aquí? —pregunta mientras asoma en su rostro una felicidad inesperada pero bienvenida.

—¡Hecho!

—¡Genial! Me llamo Daniela. ¡Hasta las cuatro, entonces!

Me siento bien. Las cosas empiezan a mejorar. Tengo la sensación de que Daniela y yo conectaremos. Me enciendo un Lucky a mi salud en honor a la marca de tabaco. Me siento afortunada y rebosante de felicidad. Es como fumarme el cigarrito del poscoito, pero sin el sexo, claro.

Riiing, riiing, riiing. La llamada del día.

—¡Hola, Álex!

—¡¡¡Muchisíiísimas felicidades!!!

—¡Muchas gracias! ¡Tengo que contarte un montón cosas, pero ahora no tengo tiempo! ¡Te llamo luego! —digo, y cuelgo.

Tengo la sensación de que mi suerte está cambiando y empiezo a emocionarme. Noto la adrenalina recorriendo mi cuerpo. Enseguida me dirijo a una calle poco transitada y con fondo bonito para hacerme un montón de selfis que se vean profesionales aprovechando mi nuevo aspecto. Después, me voy a una cafetería muy cuqui, donde me conecto al portátil y aprovecho para revisar mi CV y darle un aire apetecible y profesional, sustituyendo las fotos horrorosas que lo estaban adornando por las que me acabo de hacer. Aprovechando mi subidón de autoestima y adrenalina, imprimo algunas copias en una copistería cercana y los llevo en mano, a la antigua usanza, a algunos establecimientos en los que me vería trabajando. Si resulta que buscan a alguien, creo que tendré más oportunidades si reciben el currículum en mano en el momento justo.

Ya de vuelta en el castillo del horror en el que me alojo—aunque por poco tiempo, espero —, decido que tengo que renovar, o variar, directamente, el repertorio de fotos deprimentes de estos últimos días. Así que cojo mi queridísima cámara réflex, con la que me gusta fotografiar e inmortalizar mis estados emocionales a través de elementos externos. Me apetece pasear por la ciudad en busca de imágenes que me transmitan felicidad, alegría, entusiasmo y esperanza, pero al dirigirme hacia la puerta me topo con mi propia cara en el espejo y decido que también quiero inmortalizar mi cara para mi «colección de momentos» y eso lo hago con la Polaroid. Así que, cámara en mano, prepárense, apunten y…disparen… ¡Clic!

Mierda. Qué difícil es sacarse un selfi con una cámara que no sea el móvil. Pero esa es justamente su magia, y por eso me compré esta cámara, porque lo que se va desvelando en el papel mientras la mueves como si fuera un abanico para que se «autorrevele» es lo que hay: sin filtros ni encuadres perfectos. Es la vida misma plasmada sin demasiada resolución.

CAPÍTULO 4. CONSIGUIENDO OBJETIVOS

Bueeeno. Parece que las cosas empiezan a ponerse en su sitio. Esta semana ha sido intensa. Mi pobre cámara echa humo después de tantos miles de fotos como he hecho, pero esto me alegra. Significa que las cosas empiezan a ir bien. También quiere decir que me he gastado una pasta indecente en los putos revelados, pero… ¡no me importa!, porque ¡ya tengo trabajo y ya tengo casa!

El trabajo me lo acaban de dar. Salgo ahora mismo del FNAC tras firmar el contrato que me asegura que al menos, y como mínimo, tendré con qué pagar todo durante los próximos seis meses. Empiezo en seis días, con un horario de tarde, de lunes a sábados, de 16:00 a 21:00, aunque me han pedido que vaya mañana a las diez de la mañana para conocer cómo funciona todo. Estaré en la sección de libros, que no es a la que yo aspiraba, pero, en todo caso, lo mismo da dónde empiece mientras acabe donde yo quiero: en la sección de fotografía, que para eso lo estudié y me encanta. Pero, de momento, parece que ese sector está bien cubierto con varios especialistas.

En cuanto a Daniela, ¡conectamos de puta madre! Es una tía genial. Proviene de una familia bien de Madrid y a simple vista parece una chica tímida, inocente y frágil a la que se lo han dado todo sus fabulosos papis ricos, pero cuando la conoces resulta que es una chica estupenda, muy graciosa y un tanto bruta bajo esa capa inicial de aura infantiloide. No quería sentirse una pija mantenida, así que se construyó a sí misma estudiando y trabajando duro para no depender del dinero de sus padres. Y, además, sufre de verborrea y fuma más porros que nadie que yo conozca.

Nuestra «entrevista» para ver si éramos compatibles fue curiosa. El fugaz cuestionario constaba solo de tres preguntas. Primero, me preguntó:

—¿Fumas?

—Sí —le respondí.

Luego, inquirió:

—¿Eres mujer? —Durante un segundo me quedé en silencio, porque pensé que resultaba obvio, pero frente a mi cara de extrañeza, añadió—: Quiero decir que si tienes chichi.

—Mmm. ¿Sí? —pronuncié dubitativa.

—Bueno, yo no lo sé, por eso te lo pregunto —insistió.

—Sí, sí. Me considero una mujer —sentencié.

Y entonces lanzó la tercera.

—¿Eres lesbiana?

Esta última no la entendí mucho. ¿Era una pregunta trampa? No quise averiguarlo. Me arriesgué a contestar que no lo era y resultó ser la respuesta correcta. No porque Daniela fuera homófoba, sino porque, como más adelante comprobaría, le encantaba hablar de sexo y de penes, y pensaba que compartirlo con alguien a quien le gustaran más las vaginas no sería tan divertido.

—¡Perfecto! ¡Estamos hechas la una para la otra! —exclamó con los ojos iluminados por destellitos de color rosa. Este comentario me hubiera sonado un poco raro, y más teniendo en cuenta las preguntas precedentes y mi capacidad para atraer a todos los homosexuales que estén a menos de un kilómetro a la redonda, si no fuera porque ya la había oído contar algo de un tal Marc, que supuse que sería su ex, o algo así, cuando la descubrí en El Corte Inglés.

Lo de ¿trabajas?, ¿estudias?, ¿de dónde eres?, ¿por qué te has venido a Barcelona?, ¿cómo eres?, ¿qué te gusta?, ¿qué manías tienes?, cuéntame algo de tu vida y todas las demás cuestiones básicas vinieron después, de camino al hostal para recoger mis cosas.

Llevo viviendo con ella desde ese mismo día y estoy encantada. Por lo general, nos encontramos en el piso el domingo y por las noches, ya que ella trabaja de 10:00 a 16:00 (y los sábados de 10:00 a 20:00) y yo tengo turno de tarde. En una semana, ya hemos adquirido hábitos compartidos como si lleváramos años viviendo juntas. Una maravilla.

Estamos en el barrio del Born de Barcelona. Un barrio muy *fashion* donde se mezclan personas de todos los niveles económicos, desde gente con mucho dinero hasta el más pobre que mendiga las calles. Está lleno de modernos e intelectuales, y de algún que otro chorizo también, además de sujetos que se hacen los interesantes tomando las cenas y bebidas más exóticas a los precios más caros. Así, ¿a ver quién es el majo que pilla un pedo decente? O eres rico o tienes tan pocas neuronas que con un sorbito de alcohol ya las dejas ciegas. Pero como el barrio está de moda, pues es lo que toca.

Así que, lo dicho, que estoy feliz. Las cosas no pueden irme mejor.

¡¡¡Riiing, riiing, riiing!!!

—¡Pedro, qué ilusión! ¿Qué tal? —Es mi hermano.

—¡Cariñooo!¡Estupendísimo de la muerte! ¿Qué tal las cosas por casa? —Supergay también.

—Es que, verás, hermanito, ya no estoy en Salamanca.

—¡¿Cómo?!¿¿Al final superaste tu pánico a los trenes??—soltó carcajeándose.

Así es mi hermano: graciosillo, cariñoso y muy muy homosexual. Es cinco años mayor que yo, pero nos llevamos muy bien. Bueno, eso cuando nos vemos, porque ahora ya hace mucho tiempo que eso no ocurre. Él se marchó de casa años atrás y vive viajando por el mundo, viviendo la vida loca que en casa no pudo vivir después de revelar su inclinación sexual. Yo siempre he querido seguir sus pasos, y así estoy: enamorándome de todos los gais que se cruzan por delante de mis narices y en una ciudad desconocida donde hablan un idioma que no hay manera de que entienda.

—No, en serio, Odri, cuéntamelo todo. ¿Adónde has ido? ¿Con quién? ¿Cómo estás? ¿Cómo se lo han tomado Pepe y Josefa? —Es el nombre de nuestros padres. Pedro dejó de llamarlos con tal título desde el día en que se dio cuenta de que, si no lo respetaban por lo que él era, ellos tampoco se merecían su respeto.

Me paso cuarenta minutos al teléfono contándole a mi hermano mis aventurillas en la nueva ciudad. Y, al colgar, invierto treinta más narrándoselas a Álex. Tendría que haberme buscado un curro de teleoperadora, porque esto de hablar por teléfono se me da de muerte.

Ya son las 12:40. Creo que me voy a ver a Daniela al trabajo para contárselo todo. Total, solo tengo que cruzar la calle, atravesar la plaza Cataluña, esquivar unas cuantas palomas y listos. Esto va a ser un lujo. Vamos a trabajar una enfrente de la otra. Perfecto.

Me levanto del banco donde he permanecido sentada los últimos setenta minutos, más tres minutillos más para decidir que iba a ver a Daniela, y me dirijo hacia El Corte Inglés. Camino quince metros y al girar mi cabeza 45 grados hacia la izquierda me encuentro con el cartel: «Una tirada, 20 €. Datos exactos de amor y éxito. Catalán, español, francés e inglés». ¡Joder! Resulta que ahora debe ser obligatorio estudiar la carrera entera de Traducción e Interpretación solo para poder tirar las cartas. ¡Esta mujer debe de ser una *crack*! Esto me pica la curiosidad. «Total —pienso—, ahora voy a cobrar un buen sueldo, veinte eurillos no son *na*…». Así que me acerco muy decidida a la anciana estrambótica y multilingüe, que lleva un pañuelo de color verde moco en la cabeza.

—Hola, chiquilla. ¿Qué tal estamos?

Empezamos mal, ¿no se supone que adivina cosas?, pues entonces, ¡¿para qué pregunta?!

¡Estoy de puta madre! ¿O acaso no se nota? ¿O me lo pregunta porque me va a pasar algo malo? Supongo que era una simple pregunta de cortesía de la pobre mujer, que quería ser amable. «Odri, tranquilízate».

—Bien. Me gustaría que me dijera algo de mi futuro. —«A ser posible, bueno…».

—¿Qué día es tu cumpleaños, bella? —me pregunta.

—Pues justamente cumplí los veintiocho años hace una semana, el día 19 de octubre —contesto risueña.

—¿Y a qué hora naciste? —inquiere ahora.

—Mmm, a las cinco y veintiséis de la madrugada —respondo extrañada por la pregunta.

—¿En qué ciudad?

—En Salamanca.

—Bien —sentencia.

Y acto seguido inhala fuerte y lentamente por la nariz mientras cierra los ojos. Y mientras retiene el aire, sus ojos empiezan a moverse con rapidez, como si de golpe hubiera entrado en fase REM. Después de unos diez segundos de posesión, exhala y concluye:

—Una libra en casa 1, con ascendente en Libra y la Luna en Aries transitando de pleno su primer retorno de Saturno…

—¿Cómo? —pronuncio extrañada, como si me acabara de hablar en chino. Ese idioma no estaba incluido en el cartel.

—Tranquila, yo ya me entiendo. —Me guiña el ojo—. Veamos qué nos cuentan las cartas. —Empieza a mezclarlas con el salero que dan los años de práctica, por supuesto.

—Dime un número y separa las cartas en dos montoncitos —me pide.

—Vale… Mmm, el nueve. —Mezcla nueve veces las susodichas cartas y corto.

—Bien, veamos qué dicen… —Concentra la mirada en lo que le van diciendo los dibujitos de los cartoncillos, que va poniendo unos al lado de los otros en forma geométrica. Yo alterno mi atención entre su rostro y las cartas. Parece una partida de tenis en vertical.

—Mmm, ¡ah! Mmm…, ¡ajá! —¡Coño, deja de hacer ruidos orgásmicos de una puta vez, vieja, y dime lo que ves! Un momento, esta tía es bruja…, ¿puede leer mi pensamiento?—. Mmm, ya veo…—No me puedo ni mover. Si estuviéramos jugando al escondite inglés, ganaría yo.

Finalmente, dice:

—Eres una joven impulsiva y decidida, aunque con muchas inseguridades. Intuyes lo que quieres, pero aún no lo has encontrado. Estás buscando. Sigue así, porque vas por el buen camino. También veo que tienes un hermano mayor al que ves poco y una casa lejana. Hace poco que te has ido de allí. Tus padres te han decepcionado y te sientes presionada por ellos. Tú no quieres ser su niña perfecta, ¿verdad? Y menos después de haber sido el segundo plato toda tu vida, ¿no es así? Tu hermano era el niño de la casa, pero ocurrió algo que tus padres no aceptaron y recayó sobre ti todo el peso de las expectativas familiares. Tú solo quieres sentir que no eres perfecta y conocer gente que tampoco lo sea. Ser tú misma. Rodearte de belleza real. Empezar de nuevo… Las cartas revelan un gran cambio en tu vida. De hecho, ya estás metida en ese cambio desde hace más de una semana.

»Este es un año decisivo. Hay muchas dudas, dicotomías. El número tres está muy presente en esta tirada. Asuntos pendientes y acontecimientos inesperados. Nuevas oportunidades. Quizás algún viaje. Conocerás a personas decisivas y muy influyentes que serán vitales para tu crecimiento interior. Amores inesperados. Pasión, mucha pasión, y mucho sexo. Sí, muchísimo. Te espera un año de grandes revelaciones y aprendizajes sexuales. Y de muchas

decisiones. Tendrás que elegir, sí. Caerán muchas corazas y resurgirás cual ave fénix. En definitiva, este año te depara muchas sorpresas e intensidad, mi niña.

Silencio durante el minuto más largo de toda mi vida…Necesito un cigarro.

—Perdone…—Con cara de susto, aún temblando, con la boca medio abierta y seca y los ojos como naranjas a punto de reventar, pregunto tartamudeando—: ¿Me-me permite una foto?

CAPÍTULO 5. FUMANDO

—Odri… ¡Odri! ¡Despierta!

—¡Aaargh! —grito. Me incorporo de golpe sudando y descubro a Daniela sentada al lado de mi cama mirándome con cara de preocupación.

—Creo que has tenido una pesadilla. Horrible, por lo que parece. No parabas de chillar —me dice suavemente con una expresión de susto en su cara y con un tono de curiosidad que pedía a gritos que le dijera qué había soñado.

Momento de confusión.

—Eeeh, ummm…, uf. No sé. Ha sido extraño. Muy extraño. Extremadamente extraño. No chillaba de miedo. Creo que he tenido un orgasmo. Estaba teniendo sexo con un ave fénix, pero que era yo misma… Ha sido muy raro… y placentero al mismo tiempo. Ay, no sé, Dani…—murmuro totalmente descolocada—. Desde la tirada de cartas de la señora esa, no paro de pensar en todo lo que me dijo.

Nos miramos fijamente durante cinco silenciosos segundos.

—¿Sabes qué necesitas? —me pregunta retórica y seriamente—. Un porro —acaba afirmando tan tranquila.

—¡¡Son las cuatro de la madrugada, Dani!!

—¿Y?

—Que mañana tengo que estar a las diez de la mañana en el trabajo para que me lo enseñen todo.

—Bueno, yo también entro a las diez.

—¿Y no crees que sería mejor seguir durmiendo?

—Claro, por eso, nos partimos uno y dormiremos como dos bebés. —Y se levanta pizpireta de mi cama para dirigirse hacia el comedor.

No me deja más remedio, así que me levanto y la sigo. Nos sentamos en el sofá. Daniela empieza a liarse un peta.

—Y tú, ¿qué hacías? Te he despertado con mi grito, imagino —especulo en voz alta.

—En realidad, no. Me estaba masturbando mientras chateaba con un tío de Tinder.

—Ah.

—Necesito un polvo pronto, Odri. Me encanta hacer *sexting* con los tíos de Tinder, es superdivertido y hacen que mis fantasías sexuales se disparen y me ponga perraca, pero luego quedar con ellos ya no me gusta tanto. La mayoría son bastante asquerosos. Así que los utilizo para sexo virtual. Les pido fotopollas y las utilizo para inspirarme ¿Tú utilizas Tinder?

—La verdad es que no. No sabría ligar por internet. Bueno, en realidad, no es algo que se me dé muy bien tampoco en persona. Me pongo muy nerviosa, así que los pocos chicos con los que me he enrollado siempre han sido conocidos de alguien que ya conocía, pero que tampoco eran nada del otro mundo. Por eso también tenía ganas de salir de Salamanca. Quizás en Barcelona tenga más suerte.

—Hombre, eso seguro. Según la adivinadora, te vas a hartar de follar.

—Ay, no sé. ¿Tú crees? Me dejó un poco loca, porque dijo muchas cosas que son tal cual, como todo lo relacionado con mi familia, pero no sé… No creo que sea tan fácil echar polvos. Al menos, para mí.

Y seguimos charlando, riendo y fumando. Y lo que tenía que ser un porro para relajarnos se convierte en otro más junto a un par de cervezas.

A eso de las cinco y media, yo ya empiezo a divagar.

—Mmm…, ¿y qué coño querría decir con eso de amores inesperados? ¿Y lo del número tres? ¿Será mi tercer gay? ¡No, gracias! Ya tuve suficiente con enamorarme perdidamente de dos. Y, ahora qué, ¿eh?, ¿otro más? ¡Anda ya, a la mierda! Tengo que dejar atrás esa gran afición mía de sentirme atraída por todos los de la otra acera que se me acercan. Y si no se me acercan, ¡da iguaaal! Que ya me acerco yo… ¡No hay problema! Que parece que los busque, ¡joder! Pero yo no los busco, ¡¿eh?! ¡¡Ellos me encuentran!! Quizás debería pedirle hora a Freud. Sí, debe ser algo relacionado con el inconsciente… ¿Y lo de que voy a tener mucho sexo…?

Mientras hablo, Dani va asintiendo continuamente.

—Pues a mí me encanta todo lo que te dijo esa bruji. Estoy deseando que empiecen a pasar cosas.

—¿A mi costa?

—Por supuesto.

—Y que empieces a follar. Así podrás pedirles fotos de su rabo a tus conquistas para mi colección.

—¿Por qué tienes esa fijación por los penes, Daniela?

—Pues no lo sé. También debo tener algo chungo en el inconsciente. Pero me parecen una parte del cuerpo preciosa. Algunos penes tienen una forma y una capacidad de expansión que me maravilla…

—Estás loquísima, Dani.

—No, Odri, no te equivoques… —afirma solemnemente—, ¡¡estoy fumadíísima!! —Explosión de carcajadas.

Son ya las seis y media de la mañana, ¿con qué cara voy a ir yo mañana, bueno, hoy al trabajo? Entonces Daniela coge mi preciado tesoro, y no me refiero al porro, y me dice—: ¿Una fotito para congelar este momento? —Me anima moviendo con su mano mi Polaroid. Ella también empieza a conocerme…

—¡Pues claro! Pero este momento se merece una foto de calidad, voy a por mi réflex.

Me levanto, voy a mi habitación y regreso en lo que a mí me parece un nanosegundo, pero que muy probablemente sean más de cinco minutos.

—Ya estoy aquí —anuncio.

—¡Qué rápida! —se sorprende. Y eso significa que el colocón de ambas es considerable.

Daniela se apalanca en plan *top model* en el sofá. Me mira y sonríe posando falsamente. Me la quedo mirando con cara de pasmada.

—¿Qué haces? —pregunto en tono solemne.

—Pues ¿qué voy a hacer? ¡Prepararme para la foto!

—Dani… —añado en tono de mosqueo—, ¿aún no conoces mis fotos? ¿Mi estilo? ¿Mi manera de inmortalizar los recuerdos? Me ofendes —asevero teatralmente con desdén y dramatismo.

Se me queda mirando callada y con cara de culpabilidad. Se genera un momento de tensión que, por otro lado, solo dura tres segundos…

—Ja, ja, ja…—explotamos al unísono.

Menuda escandalera, los vecinos nos van a matar.

—Joder, Odri, ¡qué susto! Pensaba que te habías cabreado, coño.

—¡Pero qué dices, hombre! Voy demasiado fumada para gastar energías en eso…

—¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja!

—Vale. Voy a tirar la foto, a ver…, mmm, sí, eso es perfecto. Deja lo que queda del porro

encendido apoyado en el cenicero, donde están las otras colillas. Ahora ponemos el cenicero encima de la mesita y… ¡¿ves?! Desde esta perspectiva, cojo un primer plano enfocado del canutillo, del humo y del cenicero, y en segundo término sale el sofá desenfocado. ¡Es perfecta!

Bueno, en mi estado, no sé si voy a ser capaz de combinar bien el diafragma, el obturador y todas esas partes de la cámara, ninguna de las cuales recuerdo ahora mismo, para que me quede con el efecto que yo quiero, así que muy perfecta no sé si va a salir, pero, ¡mira! Quizás así le dé un toque de descolocación que refleje mi «colocación»…

—¿Salgo yo? —pregunta Daniela sonriente y feliz.

—No. Salen tus piernas.

—¡No fastidies, Odri! ¡No me he depilado! ¿Se me ven los pelos?

—Dani…

—¿Sí, Odri?

—Cállate.

Y clic.

CAPÍTULO 6. BUSCANDO

Sábado, 27 de octubre. 9:53

No puedo. Me muero. Llego jadeando al FNAC. Y no de placer, sino de asfixia. Tengo el cuerpo, la sangre y el cerebro llenos de humo. Llevo medio litro de café en vena, que espero que haga algo de efecto en breve.

Ya estoy demasiado vieja para estas cosas. Una ya tiene una edad, joder. Tengo que dormir, como mínimo, mis ocho horitas diarias, si no, pasa esto, ¡¡que me muerooo!! Ahí en la lejanía quedan esas preciosas noches infinitamente largas, con el cielo estrellado, en las cuales, llegada cierta hora, sus luces pequeñas y resplandecientes dejaban paso a la estrella mayor, ¡el sol!, para que iluminara nuestros cansados, pero jóvenes ojos, hambrientos de vida. Con tanta belleza, viendo el amanecer y…

Aún voy fumada. Muy fumada. Pero claro, es normal. ¿Cuántas horas he dormido? Una y media. Uf… Mal día para llegar al trabajo por primera vez, con buena cara y con la atención fresca para la primera toma de contacto. Suerte que mi horario va a ser de tarde, porque viviendo con Daniela no podría trabajar de mañana. No sé cómo ella puede. Es como un búho cuqui con obsesiones fálicas y pilas Duracell.

Venga, va, voy a tomármelo con filosofía. Solo necesito encontrar una motivación que me mantenga lo suficientemente enérgica para pasar el rato que tenga que estar hoy aquí. Podría empezar a buscar al amor de mi vida y ayudar un poco a ese destino que me está esperando a la vuelta de la esquina, según la adivinadora multilingüe. A lo mejor centrarme en esto me ayuda a despejarme de golpe.

Mientras subo por las escaleras mecánicas al encuentro de mi jefe, un tal Pere, imagino que el hombre de mi vida tiene que ser de mi trabajo, porque es donde, a partir del próximo miércoles voy a pasar más horas.

—Hola, Odri, ¿verdad? —me saluda un hombre bajito, atractivo, de unos cuarenta y con aspecto amable.

—Sí, encantada —le confirmo devolviéndole el apretón de manos que me ofrece mientras me acerco.

—Perfecto. Soy Pere. Aquí tienes tu chaleco y la chapa con tu nombre. Ven, te enseño un poco esto, te explico cómo funcionamos y en qué sección vas a estar tú.

—Genial. Gracias.

Así que me lleva por todo el lugar y me lanza un montón de información que a mis neuronas les está costando retener. Pero disimulo afirmando que sí con la cabeza todo el tiempo.

—Soy consciente de que tienes un gran conocimiento de fotografía, pero tengo esa sección bien cubierta. De momento, estarás más por esta zona, la de los libros. También sé que tienes experiencia en recepción y de cara al público, así que seguro que te apañas. Para cualquier cosa que necesites saber, puedes hacer una búsqueda en el ordenador y, si te apuras mucho, seguro que tus compañeros te ayudarán. Ahí está Cristian. Y por allí, Laura, Lucía y Diego. —Me nombra a los susodichos mientras me los señala en la distancia. Y añade—: ¡Ah! Y hoy sería maravilloso si te pudieras quedar hasta las seis. Sé que son unas cuantas horas más de lo que hablamos, pero al ser sábado y faltar relativamente poco para la campaña de Navidad, prefiero que hoy te vayas con bastante práctica. Te lo compensaré. Gracias, Odri. Buena suerte y que tengas un buen primer día.

Y, sin darme tiempo a replicar, se va. ¡Joder, me cago en la puta! No me ha dado opción a decir que no, pero yo lo que quiero es irme a mi casa. A dormir. ¡Aaargh! En fin. No me queda

otra. Voy a acercarme a mis compañeros de trabajo. Quizás me alegren el día y alguno valga la pena. Echo un vistazo horizontal. De derecha a izquierda.

El primer chico que vislumbro es el que me ha señalado llamándolo Cristian. Voy hacia allí, pero a medida que me acerco compruebo que tiene la cara llena de acné, es bajísimo y escuchimizado y, además, en este mismo momento, ¡se está hurgando la nariz! No puede ser. ¡Qué asco! Muy bien, voy a hacer como que no lo he visto. Ya volveré luego, cuando esté menos ocupado o tenga las manos en otro sitio.

Cambio de dirección. Me voy hacia la sección de economía. Allí están los otros tres que ha nombrado Pere.

—¡Ey, hola! ¿Qué tal? Me llamo Odri, soy nueva. ¿Cómo estáis, algún consejo?

—Hola, Odri, estos son Lucía y Diego, y yo soy Laura. Y ese de ahí es Cristian. No es demasiado sociable, pero lo sabe todo sobre libros. Es un cerebrito. Bienvenida. Llegas en fechas estresantes, pero seguro que te las arreglas. Cualquier cosa, nos preguntas. Sobre todo, vas a estar constantemente resolviendo dudas sobre dónde están los libros, así que el ordenador va a ser tu chivato.

—Hola, Odri, Diego y yo somos pareja —añade Lucía sin venir a cuento y marcando terreno.

—Ah, muy bien. Me alegro mucho por vosotros.

Pues nada, estos son mis futuros compañeros de trabajo. Parecen majos, aunque un poco sectarios. En fin… Empiezan a entrar clientes y, efectivamente, preguntan mucho sobre dónde encontrar tal título o tal autor.

Va pasando la mañana y me voy haciendo un poco con el lugar, las secciones y las peticiones generales. También hablo de vez en cuando con mis compañeros… Y, de golpe, caigo en que mi gran amor inesperado no va a ser uno de ellos, sino que estará en otro flanco importante y que he obviado hasta el momento: los clientes. ¡Cómo he podido pasarlo por alto! Seguro que va a ser amor a primera vista. Como en las novelas románticas de las que estoy rodeada. Y ya tendremos nuestra primera cosa en común: ¡nos gustará leer! Aunque, siendo sincera, soy más de imágenes que de letras, así que no sé yo. En fin…, objetivo fijado: atención a los clientes.

Vale. Ya ha pasado toda la mañana y parte de la tarde y entre bordes, capullos, frikis, algún que otro graciosillo y dos viejos —pobres, no son mala gente, pero son un poquito pesados. Y digamos que tampoco entran dentro de mis expectativas de matrimonio—, aún no he encontrado a mi alma gemela.

¡Eh!, pero ¡un momento! Ahí hay un chico guapísimo que parece un poco perdido intentando encontrar algo. Me acerco.

—¡Hola! ¿Puedo ayudarte en algo?

—Pues sí, gracias, estoy intentando encontrar *Alguien como tú*, de Elísabet Benavent. —¡Uy, qué mono! Un chico romántico, y este libro lo conozco, Daniela me ha hablado mucho de él.

—Sí, mira, está por aquí. Te acompaño.

—Gracias, eres muy amable…, Odri —me dice mirando tímidamente la chapita y un poco ruborizado.

—No, hombre, es mi trabajo. —Creo que me he enamorado, tengo que decirle algo más. ¡Es mi única oportunidad! En cuanto le dé el libro, ya no lo vuelvo a ver. Y no puedo dejar escapar al hombre de mi vida…—. Si no me equivoco, es la segunda parte de una trilogía. ¿Has leído el primero?

—No, pero mi novio está pegado a sus páginas cada noche y deseando leer el siguiente, por eso me he querido adelantar y, antes de que lo termine, le regalo el siguiente.

No puede ser. ¿Novio? Esto parece una broma pesada y cíclica que me persigue.

Me rindo. Quizás me esté empeñando en algo que no tenga que pasar ahora. Quizás «el gran amor inesperado» tenga que llegar de aquí dos años o, claro está, en cuanto menos me lo espere, que para eso se llama «inesperado». Uf, estoy agotada, tengo el cerebro seco de tanto exprimirlo. Y tengo sueño. Quiero irme a dormir. Pero ahora lo primero es lo primero: meto la mano en el bolsillo de atrás de mi pantalón y saco mi móvil. De extranjis, echo una foto desenfocada al bullicio de personas que aún pulula entre libro y libro. Esta es la imagen del día. Patética, pero ¡real como la vida misma!

CAPÍTULO 7. LOS VECINOS

Cuando llego a casa, tengo la sensación de que voy a desfallecer. Ha sido un día muy duro, y no solo porque fuera el primer falso día de trabajo, que también, sino porque elegí un mal día para colocarme de una manera tan escandalosa con Daniela. No he dormido casi nada y siento que mi cabeza aún está un poco saturada de humo.

La verdad es que siempre he fumado mucho tabaco. Más del que me gustaría y mucho del que quisiera poder deshacerme, pero los porros eran algo que solo olía, y de lejos, en algunas fiestas y los fines de semana. Supongo que drogas hay en todos los sitios. Evidentemente, Barcelona no va a ser especial en eso, pero digamos que juntarme con Daniela no ha ayudado mucho. No confundamos, es un amor de persona, pero una mala influencia para mí en este aspecto. Tengo que hablar seriamente con ella.

Justo en ese momento se abre la puerta de casa. Aparece Daniela con una cara peor que la mía, si tal cosa puede ser posible.

—Dani, ¿qué haces aquí tan pronto?

Los sábados, Daniela trabaja hasta las ocho. Y son las siete menos cuarto.

—He dicho que me encontraba mal y he salido antes. Odri, tía, tenemos que moderarnos con los porros. Esto no puede ser. Uno de vez en cuando y listos, ¿vale?

—Justo lo que pensaba ahora mismo.

—Vale. Quiero saber cómo ha ido tu primer día, pero creo que me dormiría mientras me lo cuentas, así que dejamos la conversación en *pause* y mañana le damos al *play*, ¿vale?

—Me parece estupendo. Creo que yo también me quedaría dormida contándotelo…

Nos abrazamos y, sin más, nos vamos a dormir. Directas a la cama, sin cenar y sin nada. Son las 19:00. Necesitamos recuperarnos un poco. Mañana será otro día.

Al día siguiente, nos levantamos sin despertador y decidimos que nos vamos a correr por el parque de la Ciutadella para evaporar el humo que nos pueda quedar en los pulmones. Después, una duchita revitalizante, comemos con tranquilidad y nos echamos una señora siesta. Para terminar el día, y como cada domingo por la tarde en nuestras sesiones habituales de cine, disfrutamos de la primera parte de *Los juegos del hambre* en el salón de casa. Después, nos ponemos monas y nos bajamos a la calle a tapear por el barrio.

El edificio donde vivimos tiene cuatro plantas y dos vecinos por rellano. Nosotras vivimos en el segundo piso, en la segunda puerta, así que tenemos gente por encima y por debajo. Como siempre bromeamos Daniela y yo, somos la parte importante del sándwich.

En la escalera hay varios vecinos a los que no conocemos y la mayoría de ellos pasan desapercibidos, pero hay otros a quienes hemos puesto motes, porque gente rara la hay en todas partes y en las comunidades de vecinos siempre hay algunos personajes a los que vale la pena mencionar. Por ejemplo, a la vecina del cuarto primera, que es la típica cotilla, la llamamos el Ojo de Sauron, rememorando a una de nuestras trilogías preferidas, la de *El señor de los anillos*. Se pasa el día asomada a la barandilla de la escalera, medio escondida, observando a través de unos prismáticos y tomando nota de quién va entrando y saliendo, cómo va vestido, sus horarios y compañías. Es horrible entrar en el edificio. Siempre que miras hacia arriba —y aunque no lo hagas— sientes su presencia, ella está allí, espiando. Es inquietante.

En el primer piso vive una familia del Opus. Los llamamos *The Opus Family*, haciendo un guiño a otra gran serie que nos encanta, *Modern Family*. Y justo en la puerta de enfrente tiene el despacho una sexóloga. Es muy gracioso ver cómo la familia opusina cruza por delante de la puerta de la sexóloga sin atreverse a mirar la plaquita dorada donde pone «Luana Salvadó,

psicóloga y sexóloga. Colegiada n.º 22 491». Llevan casi a rastras a los cinco niños que tienen mientras les cubren los ojos y los oídos obligándoles a pasar muy deprisa, como si de esa puerta fuera a aparecer el demonio en persona vestido de putón para llevarlos por el camino de la perdición. ¡Es la puerta del pecado! Muy fuerte.

En el tercero, justo encima de nosotras, vive una ninfómana que casi cada día aparece con alguien distinto. En muchas ocasiones, sus gritos de placer traspasan nuestro techo. Puede que sea prostituta de lujo, porque la chica es muy mona y no entendemos la cantidad de hombres que pasan por su umbral. Y delante de ella vive un tío un poco raro que vive con un montón de pájaros. Le apodamos el Pajarero.

Y justamente cuando Daniela y yo estamos saliendo por la puerta de casa, dispuestas a tapear, nos cruzamos con la ninfo en nuestro rellano. Ella sube hacia su casa.

—Hola, chicas, menuda juerguecita anteayer, ¡¿eh?! Reconozco que sentí envidia de tantas risas. Me llamo Laia. Si necesitáis algo algún día, cualquier cosa, ya vosotras me entendéis, a la hora que sea, no dudéis en llamar a mi puerta. Estoy disponible para lo que necesitéis. —Y sigue su camino mientras nos sonríe y nos guiña un ojo.

¿Cualquier cosa? ¿A qué se refiere?, ¿a drogas?, ¿a sexo?, ¿quizás a ambas? La verdad es que, a simple vista, parece una chica normal, pero con lo que hemos visto y oído y lo que nos acaba de decir, da un poco de miedo.

Nos apresuramos a salir del edificio, pero antes echamos una ojeada hacia arriba y, por supuesto, ahí está el Ojo de Sauron, la que todo lo ve. Y nos ha visto hablando con la ninfómana. A ver qué va contando de nosotras a partir de ahora… Aunque no sé si esta mujer tiene credibilidad ante los vecinos. De todas maneras, me da rabia que se meta en asuntos ajenos y opine gratuitamente. Así que, sin pensarlo y sin disimular, tal como ella hace, cojo el móvil, activo el *flash* y le lanzo una foto desde abajo cual rayo de luz cegador y ¡funciona! Ella retrocede hasta su casa como animal herido. ¡Hemos ganado la batalla!

CAPÍTULO 8. TREINTA Y TRES DÍAS DESPUÉS

Viernes, 30 de noviembre. 22:35

Hace un rato he llegado de trabajar. Llevo ya casi un mes y estoy contenta. Obviamente, preferiría estar en otra sección, pero lo de los libros no está mal. Estoy aprendiendo mucho y leyendo más que antes. Con los compañeros de trabajo no me estoy haciendo demasiado. El que me está resultado más majo, al final, ha resultado ser Cristian, que me recuerda un poco al personaje de Sheldon en *The Big Bang Theory* y me produce ternura y curiosidad a partes iguales. Así que la mayor parte de los ratos que tenemos libres, me los paso con él.

Ahora estoy espachurrada en el sofá. Acabo de comerme un bocata de lomo con queso y estoy viendo *True Blood*. Esta serie me tiene enganchada. Es gore, cómica, fantástica y sexual. Lo cual me recuerda que, de momento, toda esa predicción pornográfica que hizo la adivinadora no está cumpliéndose, y ya vendría siendo hora…

De repente, se oye abrirse la puerta de entrada y, acto seguido, un portazo. Daniela ha llegado a casa. Asoma la cabeza como un torbellino por la puerta del comedor y grita:

—¡Odri! ¡No te vas a creer lo que me pasó anoche!

A continuación, desaparece en dirección a la cocina. Oigo los ruidos correspondientes a encender la luz de la cocina, abrir la nevera, coger algo de ella, cerrar la nevera, abrir el armario de la cocina, coger unos vasos, cerrar el armario y apagar la luz de la cocina. Después, escucho unos pasos que se dirigen de nuevo hacia el comedor. Una vez dentro y sin abrir la boca, se sienta rápidamente a mi lado en el sofá. Deja la botella de vino y los vasos que ha cogido de la cocina sobre la mesa del comedor. Sirve el vino en ambos vasos. Alcanza el mando a distancia y apaga la televisión. Lo lanza sobre la mesa. Me gira el cuerpo entero en su dirección para que la mire. Cruza las piernas como un indio. Coge dos cigarros de mi paquete, los enciende y me da uno. Cuando está todo el ritual preparado, y sin dejarme decir ni una palabra, comienza su monólogo.

***

Bien, ¿te acuerdas de que contacté con la escuela de maquillaje en la que estudié hace tiempo ofreciéndome como maquilladora profesional para cualquier evento o trabajo que surgiera? Vale, pues ayer por la tarde estaba tirada en el sofá viendo el final de la temporada 7 de *Friends*, que, por cierto, ¡qué fuerte cómo termina!, y me llamaron. Me ofrecieron un trabajo para esa misma noche. No me dieron demasiados detalles, pero dije que sí. Así que, loca de la emoción, me arreglé como si me fuera a la gala de los Óscar y preparé mi maleta de maquillaje. Cené un poco, cogí la moto y salí con tiempo hacia la dirección que me habían dado. Cuando llegué al sitio, resultó ser un caserío enorme en el barrio de Sant Gervasi. Zona alta y de pasta, para que me entiendas, pero en la parte donde solo hay casoplones y montaña, nada más.

La puerta era enorme y el timbre resonó como un eco que te envuelve como en la típica película de terror, ¿sabes? Así que pensé «yo me largo de aquí ya mismo», pero entonces abrió la puerta una amable señora que me miró sonriente y me dijo:

—Buenas noches, ¿es usted la maquilladora?

Su sonrisa no podía ser más grande, Odri. Le respondí que sí y entré tras ella al interior de esa gigantesca casa. La señora se presentó y me dio la bienvenida y las gracias por estar allí mientras me llevaba por unos pasillos largos y anchos hasta que entramos en una sala donde hacía tanto frío que parecía un congelador. Entonces abrió una especie de cajón y… ¡sacó un muerto!

—¿Eso es un cadáver? —le pregunté con los ojos más abiertos que una tortilla de ocho huevos.

—Sí. Aunque preferimos llamarlos fallecidos. ¿No te lo dijo la empresa? Se trata de prepararlos para el velatorio. —Creo que mi cara lo decía todo, así que la mujer siguió diciendo como en tono de broma—: Bueno, no te preocupes, es como maquillar a cualquier otro, solo que nunca protestan. —Yo seguía sin poder decir nada, Odri—. Oh, por favor, ya verás como no es tan duro. Impresiona al principio, pero, por favor, hace tiempo que buscamos a alguien.

»El horario nocturno no es el mejor, somos conscientes, pero debido a que los velatorios son pronto por la mañana, preferimos dejar al difunto preparado por la noche, pero sin demasiadas horas de espera. Te haremos contrato. Y te quedarán 1800 euros netos al mes, lo cual no está mal por trabajar dos horitas al día, ¿no? —me dijo la señora con cara de súplica. Era totalmente un chantaje, pero Odri, ¡1800 € al mes, por dos horas! ¡Fines de semana libres!

—Pero ¿este trabajo no se hace normalmente en el tanatorio mismo? —pregunté ingenua.

—Sí, el tanatorio de Sant Gervasi está al girar la calle. Hemos habilitado esta casa para los días en que allí no hay suficiente espacio. Así que puede ser que alguna de las noches, en lugar de estar aquí, estemos en el mismo tanatorio.

—Ah…

—¿Qué me dices, Daniela? ¿Te animas?

—Pues, la verdad, no lo sé… Tiene que ser un trabajo muy difícil…

—Si te parece, haremos lo siguiente: Hoy lo pruebas. Yo estaré contigo. Nunca vas a estar sola en la sala. Yo peino, así que estaremos trabajando juntas. Cuando tú acabas de maquillar, yo cojo al cliente… —¿Perdona?, ¿cliente?, pensé—… y lo peino. La familia nos avisa de antemano cómo lo quiere para que refleje su personalidad. Normalmente, nos da una foto suya para que nos hagamos una idea. Cada noche debería dar tiempo de hacer, como mínimo, tres o cuatro difuntos. Aunque, claro está, depende de cuál haya sido la causa de la tragedia… ¿Qué te parece? ¿Probamos a empezar?

Me hablaba de muertos como si fueran churros a los que sazonar, Odri. Pero, aun así, y aunque titubeante, acepté. Había que probarlo. Empecé a maquillar y la verdad es que resultó bastante fácil en cuanto te acostumbras a una piel tan fría. Realmente nunca protestan, ni se tocan la cara… Era extraño, pero no fue tan horrible como me imaginaba. La verdad es que resultó ser un final de día tranquilo, porque tú ya sabes lo mucho que me irrita el ruido y tanta gente en El Corte Inglés, así que es un trabajo bueno para relajarse antes de ir a dormir.

Al final, se me pasó el tiempo volando y la señora Júlia resultó ser encantadora, de modo que a la una de la madrugada me despedí tras aceptar definitivamente la propuesta. Así que el lunes volveré para firmar el contrato y empezar. El sobresueldo que me llevaré por diez horas más a la semana es espectacular. ¡Voy a ser rica, Odri!

***

Con los ojos como platos, hago la intención de abrir la boca para empezar a comentar todo lo que Daniela me ha estado contando, pero me tapa la boca con su mano y me dice:

—No, no. Aún no digas nada, que aquí no acaba la historia. Solo ha sido la primera parte de la noche.

CAPÍTULO 9. LA SEGUNDA PARTE DE LA NOCHE

Daniela rellena los vasos, enciende otro par de cigarrillos y prosigue con su relato.

***

Bien, salgo del tanatorio postizo y cruzo la calle para dirigirme a la otra acera, que es donde había aparcado la moto. Yo aún estaba en *shock* y sumergida en mis ideas cuando de repente un coche frena de golpe a mi lado, alguien sale de dentro, se dirige hacia a mí y me toca el hombro por la espalda.

—¡¡¡Aaargh!!! —chillé a pleno pulmón. Con saltito incluido.

—¡Daniela, soy yo! No te asustes… —dijo sorprendido y sonriente.

Y ahí estaba: Marc.

—¿Qué? ¿Pero qué coño…? ¿De dónde sales tú?

—Vengo de tomar algo con un amigo. Me iba hacia casa ya, ¿estás bien? Te has asustado mucho, lo siento.

—¡Me asaltas desde un coche en plena noche en un barrio solitario!, ¿tú qué crees?! Además, mi noche ha sido un poco especial, en fin, diferente…, poco habitual, vaya.

—Sí, perdona por el susto. Es que me ha sorprendido mucho encontrarte. ¿Y dices que has tenido una noche rara? Pues me encantaría escuchar la historia. ¿Quieres que nos tomemos algo?

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Ahora?

Yo estaba alucinando, Odri…

—Sí, ¿por qué no? Hace mucho que no nos vemos.

La situación era completamente surrealista, Odri. Yo no sabía si ponerme a reír o llorar o partirle la cara directamente. Así que dejé libre todas las emociones que estaban reunidas y de fiesta en mi estómago y, después de casi un minuto de silencio mirándolo fijamente, le grité:

—¿¡Pero a ti qué coño te pasa!? ¿Vas borracho o es que simplemente eres imbécil de remate? ¿Tú te crees que después de todo lo que pasó me voy a ir tan feliz a tomarme algo contigo como si no hubiera pasado nada? ¿Hace como un año que no sé absolutamente nada de ti y ahora te encuentro y me dices que si nos tomamos algo? ¡Eres un gilipollas!

Y me largué de ahí. Odri, por Dios, ¿te lo puedes creer? ¡El niñato este!

***

Yo estoy alucinada, sobre todo por la historia de los muertos. La segunda historia me queda un poco grande, ya que no sé ni la mitad. De hecho, casi no sé ni el principio.

—Dani, me gustaría poder decirte algo respecto a esto que me cuentas de Marc, pero es que, en realidad, no tengo ni idea de lo que os pasó ni de nada. Nunca has comentado nada de él y como cuando te conocí te oí un poco trastornada hablando de él, no quise inmiscuirme y el tema nunca ha vuelto a salir. ¿Me puedes contar qué os pasó?

Daniela me mira fijamente, intenta serenarse, coge un cigarrillo, lo enciende, da una calada y después de soltar el aire empieza a relatar.

—Bien. Conocí a Marc hace dos años y medio. Como sabes, yo soy de Madrid y por aquel entonces vivía en la capital, pero ese fin de semana vine a Barcelona a un congreso de belleza para aprender nuevos trucos de maquillaje y a hacer *networking*. Y resultó que él estaba cubriendo el evento. Es periodista. Cuando nos vimos por primera vez, fue un flechazo. Jamás antes me había pasado. Nunca. Nos quedamos como dos tontos embobados unos cinco minutos.

Finalmente, él se acercó a mí y empezamos a hablar. Conectamos a la perfección, así que pasamos prácticamente juntos los dos días que duró el evento.

»Pese a la distancia, decidimos seguir conociéndonos y los fines de semana o venía él a Madrid o me iba yo para Barcelona. A los seis meses, nos echábamos tanto de menos que me propuso irme a vivir a Barcelona con él, así que no me lo pensé en absoluto y aquí me vine. Alquilamos este pisazo y fue fantástico. Maravilloso. Un cuento de hadas. Nos complementábamos tan bien en todo… Hasta que un año después, sin previo aviso, un día llegué a casa de trabajar y me encontré una nota que me decía literalmente: «Cariño, lo siento, pero no puedo seguir contigo. Me haces muy feliz, pero me he dado cuenta de que soy muy joven para un compromiso tan serio como el que tengo contigo. Necesito vivir nuevas experiencias. Cuídate mucho y sé feliz. Eres una persona extraordinaria y te lo mereces». Y, efectivamente, en el piso ya no quedaba nada suyo. Fin.

—Qué fuerte, Dani. ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Ya está? ¿Así se acabó? ¿Ninguna explicación más? ¿Ni una llamada? ¿Un mensaje? ¿Nada?

—Nada.

—Joder, ¡no me extraña que ayer le gritaras! ¡Yo le hubiera dado una paliza!

—Ya.

—Joder, ¡pobrecita! ¡Por lo que habrás tenido que pasar! Ven aquí.

Nos abrazamos durante cinco minutos largos en los que Daniela no deja de llorar. Sin duda, había vivido un horror durante estos últimos meses. Abandonada por el hombre, más bien el niñato, del que estaba locamente enamorada y encima se lo encuentra en una noche que consigue un trabajo nuevo y nada habitual. Y para más inri, el tío actúa como si no pasara nada. Un puñetazo mío se hubiera llevado. Junto con una foto suya retorciéndose de dolor.

CAPÍTULO 10. EN EL SUPERMERCADO

Sábado, 1 de diciembre. 12:13

Hora de hacer la compra. Los sábados Daniela trabaja todo el día, y como yo entro a las cuatro de la tarde, me toca a mí hacer la compra. No es algo que me guste demasiado, pero es lo que hay que hacer. Tragarte las interminables colas para comprar las carnes, pescado y embutidos, la aglomeración indecente de una masa de personas irracionales que parece que recuerden justamente el sábado por la mañana, al abrir la nevera, que no tienen nada para poder subsistir el resto de la semana, el estrés de la gente que siempre tiene prisa y que no soporta esperar y que incluso se pone borde contigo, aunque tú no tengas la culpa; la paciencia de aguantar las burlas de los niñatos de doce años al comprar tres paquetes de compresas —somos dos y, claro, como les ocurre a las monjas de los conventos, nos viene a la par—. ¡Cuánta educación hace falta, coño! Total, un sinfín de situaciones que, por qué no decirlo, no me importaría ahorrarme no yendo a comprar.

Bueno, después de los veinte minutos habituales, y parece que reglamentarios, para ir tachando cada uno de los productos enumerados en la lista, que parecen más bien indescifrables códigos secretos del Ejército, escritos, en este caso, a toda prisa y con el rotulador medio gastado que tenemos en la cocina, y que ya tocaría renovar, solo me falta el maquillaje. Daniela me especificó muy seria y reiteradamente qué marca, como le había insistido la señora Júlia, tenía que comprar: era la más barata y la que mejor funcionaba para maquillar muertos. ¡Y no podía ser otra bajo ningún concepto! Así que me dirijo al pasillo donde se exponen los productos del baño y complementos de este. Esta es una de esas cosas que aún no entiendo: ¿por qué el maquillaje está en la sección «Lavabo»? ¡Una mujer se puede pintar en cualquier sitio! Para eso inventan esos espejitos tan monos, y demasiado pequeños, para llevar en el bolso, ¿no? Bueno, el caso es que, como en una película pasada a cámara lenta, tuerzo el pasillo y me dirijo apresuradamente —no olvidar visualizar en cámara lenta— al estante donde está el preciado tesoro de mi amiga y compañera de piso. Distingo el producto a lo lejos —fácil, el envase es naranja fluorescente— y me emociono ante tal descubrimiento, pero, ¡oh, Dios mío!, ¡solo queda uno! Decido acelerar el paso —recuerdo que se visualice la secuencia a velocidad enlentecida— cuando, salida de la nada, aparece una anciana que me arrebata el maquillaje media centésima de segundo antes de poder cogerlo yo. ¿Pero qué coño hace la puta vieja?, ¿para qué cojones necesitará la abuela ponerse pote?, ¿es que no se ha visto la cara? ¡Es una pasa con piernas! ¿Me toma el pelo?, ¡el maquillaje no se adentra en grietas tan profundas! ¡Su cara parece una cueva!

—Oiga, perdone, es que iba a cogerlo yo, ¿sabe?, es muy importante para mí. Lo necesito con urgencia. Verá, es para una amiga que trabaja como maquilladora y…

—Haber sido más rápida, ricura —me interrumpe con una sonrisa encantadora en los labios y agarrándome el moflete con recochineo. Y se va.

Se me acaba de quedar cara de gilipollas. Pero ¡¡qué ovarios la señora!! Ah, ¿sí? Pues ojalá te tenga que maquillar Daniela dentro de poco, ¡zorra! Y en ese mismo momento, con todo el cabreo hirviéndome la sangre, me suena el móvil.

—Álex, no te vas a creer lo que me acaba de pasar… —empiezo a decir nada más descolgar.

—No, no, espera, déjame hablar a mí primero. Tengo una noticia que darte. He conseguido que me den los días de fiesta que me deben desde hace tanto tiempo en el trabajo, así que, para las vacaciones de Navidad, en menos de un mes, ¡¡me voy a verte!! ¡Fin de año contigo, *baby*!

—¡Qué me dices! Álex, eso es genial, ¡joder! Me acabas de alegrar el día, porque no había empezado muy bien que digamos.

—Odri, tengo muchas ganas de verte y de pasar unos días contigo. Necesito desconectar de aquí un poquito. Que me pase algo interesante allí, ¡contigo! Y, dicho esto, desembucha, ¿qué te ha pasado?

Se lo cuento y pasamos veinte minutos más al teléfono organizando y planeando todo lo que haremos en cuanto llegue. ¡Qué ganas de que venga, por Dios! Tengo que contárselo a Daniela, que se alegrará un montón en cuanto se lo diga, porque le hablado tanto de Álex, que se muere por conocerlo. ¡Será fantástico!

Cuando cuelgo, me doy cuenta de que me he pasado la última media hora dando vueltas sin sentido por el supermercado arrastrando el carro. Realmente, el tiempo se me pasa volando cuando hablo con Álex por teléfono.

Miro hacia mi derecha y veo al hombre de seguridad, que me está mirando con cara de sospecha. Mmm…, ¿tan extraño es que alguien se pasee arriba y abajo mientras habla con el móvil? Es lo que hace todo el mundo, ¿no? ¿Qué se piensa?, ¿que estoy maquinando un plan vía telefónica para robar todo el contenido del carro?, ¿que lo estoy distrayendo para que robe otro mientras tanto él se centra en mí? —ese podría ser un buen plan. Demasiadas películas sobre atracos, je je—. Bueno, lo que haga el hombre este no es mi problema. Yo no voy a robar.

Agarro el carro y lo empujo por el pasillo central. Giro la cabeza hacia la izquierda para dirigirme hacia las cajas de cobro cuando, de repente, ¡ahí está la vieja! Está concentrada escogiendo entre unas latas de judías. Tiene su carro a un metro de ella, a su espalda. Desde aquí puedo distinguir el envase naranja fluorescente entre el pan de molde y el Bitter Kas —¿por qué toda la gente mayor toma Bitter Kas?—. Mmm, este sería un buen momento para apoderarme de lo que es mío (y Daniela necesita) sin que se diera cuenta.

Miro a derecha e izquierda. Nadie por el pasillo. Tengo al vigilante de seguridad a unos siete metros de mí, pero en cuanto tuerza a la izquierda se quedará sin visión durante unos segundos, momento que aprovecharé para meter la mano rápida y disimuladamente en el carro y coger el envase de maquillaje. Todo eso, sin detenerme y de camino a las cajas. Debo ser rápida para que nadie me vea, el vigilante no me descubra y la vieja no se dé cuenta. Allá voy.

Qué nervios, tengo taquicardia… Acelero el paso y ¡zas!, llevo a cabo mi plan improvisado. Sigo caminando y al final del pasillo tuerzo a la derecha y me voy directamente a hacer cola en una de las cajas. ¡Reto conseguido! Madre mía, qué nervios he pasado. Y eso que no ha sido un robo ilegal. Entonces, a mi espalda, oigo:

—Perdone —mierda, es el vigilante, me giro, soy un manojo de nervios—, se le ha caído esto. —Y me ofrece una caja de tampones.

—Gra-gracias —balbuceo. Y me vuelvo a girar para empezar a poner la compra sobre la cinta de la caja.

Estoy sudando. Qué mal trago. Pero bueno, al final, todos contentos: la cajera, porque lo he pagado todo, el vigilante, porque no he robado nada —al menos, al supermercado— y yo, porque he conseguido mi botecito de maquillaje. Claro que quizás la vieja se lleve un chasco, pero no creo que le vaya la vida en ello. Espero.

CAPÍTULO 11. EN EL TRABAJO

Llego al curro nerviosa con el incidente ocurrido con la vieja del supermercado. Vale, al final he conseguido lo que quería, pero para ello he tenido que robarle a una anciana. A una vieja que, por otro lado, había sido un poco estúpida conmigo. Quizás se lo merecía, pero, aun así, me siento un poco culpable. En fin, me cambio y me dirijo a mi planta cuando, de repente, otra aparición inesperada: mi jefe se me para delante de los morros con la que, interpreto, es una cara de preocupación.

—Chica, tienes que hacerme un favor. A Jordi le ha surgido un imprevisto y le ha sido imposible venir. Así que quizás seas más útil en el piso de abajo que en este. ¿Te parece bien cambiarte hoy?

«¿En el piso de abajo? —pienso—, ¿el de electrónica y fotografía? ¡Hoy y siempre que quieras! Esta es mi oportunidad».

—Claro, Pere —respondo. Por cierto, es un nombre que no entiendo, Pere, que se pronuncia «pera», como la fruta; progenitores que escogen un nombre de comida para sus hijos, pero ¿en qué piensan los padres?—. Me parece muy bien. Yo, encantada —concluyo.

—Verás, ya sé que llevas apenas un mes aquí, pero creo que eres la más cualificada para sustituirlo, teniendo en cuenta tu currículo… —«¡Pues claro! ¿Qué se pensaba el «fruiti» este?»—. También sé que es sábado y hay mucha gente, pero yo sé que tú puedes, mmm… —Mira mi chapita—. Odri, ¿verdad? —Conseguiré que, al postre este no se le olvide mi nombre. He dicho.

Vale. Estoy emocionada. Primera planta, ¡allá voy!

—Hola, ¿qué tal? Me llamo Víctor, ¿y tú? —se me presenta un chico bastante majo que, para variar, también es de la otra acera. O, al menos, tiene ademanes bastante pronunciados. Me recuerda a Álex cuando dejó salir su pluma. Me encanta. ¡Cómo le echo de menos!

—Hola, yo me llamo Sofi. Te enseñamos esto en un momento, ¿*ok*? No es demasiado complicado, ya lo verás.

Qué majos los compis. No tienen nada que ver con los que tengo en mi planta. ¡Yo quiero quedarme aquí!

Ya son las ocho y media. En media horita, cerramos. La tarde se me ha pasado volando. Es curioso lo rápido que transcurre el tiempo cuando haces algo que te gusta. Víctor y Sofi son muy majos. Muy buena gente, aunque se han pasado la tarde alabando todas y cada una de las virtudes de Jordi de una manera desmesurada: que si es tan guapo…, que si es tan buen compañero, tan trabajador, tan inteligente, tan buena persona, que si sabe tanto de fotografía… ¡Joder, este imbécil los tiene hipnotizados! Debe ser el jefe de una secta o algo así. Me han hablado tan bien de él que le he cogido manía y todo. Yo lo que quiero es que su imprevisto sea eterno y quedarme con su puesto. ¿Soy mala persona por desear eso? Con el trabajo que he hecho hoy, yo creo que el jefe se va a quedar muy sorprendido y satisfecho. Los clientes se han marchado con muchas cámaras colgadas al hombro, dándome las gracias por haberles explicado tan bien todo y diciéndome que le iban a hablar muy bien de mí a mi superior. ¡Jódete, Jordi! Soy la mejor. Me quiero.

Cuando los clientes empiezan a desaparecer, llega Pere y se dirige hacia mí.

—Odri, estoy muy contento con tu trabajo hoy. Los clientes han quedado muy satisfechos contigo, pero Jordi ya ha solventado el asunto que tenía pendiente y el lunes vuelve a incorporarse. —«Mierda, mierda, ¡mierda!»—. Por cierto, aquí viene, voy a presentártelo.

Me giro y ahí está. El tiempo se detiene. Jordi. Acercándose a mí con la sonrisa más perfecta, sincera, agradable y bonita que he visto en mi vida. Es el chico más guapo que mis ojos han contemplado jamás. Altura perfecta, moreno, ojazos verdes, sonrisa perfecta… Eso ya lo he dicho, ¿verdad? Mierda. Hostia. Coño. Joder. Cualquier palabrota podría ser apropiada para este momento. ¡¡No puede ser verdad!! ¡¡Esto no me puede estar pasando a mí!! «Bueno, Odri, tranquilidad —me digo—, hay que mantener la compostura. Seguro que esta es la "tercera parte" que me anunciaban las cartas. El tercer homosexual del que me enamoro».

CAPÍTULO 12. SALIDA

—Jordi, esta es la chica que te ha sustituido hoy —explica el jefe.

—Encantado —me dice ofreciéndome la mano cordialmente para saludarme. Y luego, muy amistoso y sincero, añade, con esa encantadora sonrisa pegada en sus labios, que, por cierto, mmm, ¡qué labios!—. Me han dicho que te las has apañado muy bien esta tarde. Te felicito. Y gracias por ocupar mi lugar, te lo agradezco mucho… Odri, ¿verdad?

Soy incapaz de contestar nada, me he quedado muda. Así que opto por mover la cabeza afirmativamente como un robot atontado, ya que es lo único que mi cerebro le permite ordenar al resto de mi cuerpo. Qué bonito suena mi nombre pronunciado por esos labios tan carnosos y sensuales y tan…

—¿Qué tal ha ido con tu chica? ¿Todo bien? —le pregunta Pere.

¿Cómo? ¿Con quién? Un momento. ¡¡Quéééé!!

—Todo bien. Muchas gracias —le contesta él.

Mierda: ¡¡NO es gay y TIENE novia!! Me voy al lavabo a llorar. Literalmente. ¿¡Por qué no podía serlo, joder!? Es más fácil desenamorarse de alguien que sabes que nunca te va a mirar con ojos de deseo que de alguien que podría hacerlo —porque su condición sexual se lo permite — y no lo hace. Bueno, no sé si es más fácil, pero al menos ya es a lo que yo estoy acostumbrada… ¡Mierdaaa! ¿Y ahora qué? Vale. Vuelvo del lavabo.

—Ey, Odri, decíamos de ir a tomar unas copichuelas luego, ¿te apuntas? —pregunta amablemente Víctor. Miro sutilmente hacia donde está Jordi para intentar adivinar si el «decíamos» le incluye también a él. Qué mono, me mira con unos ojitos de corderito… Mmm, no me puedo resistir.

—¡Claro! Después de una dura jornada… —Un duro rechazo…

Salimos del curro y nos vamos cada uno a su casa para cenar y arreglarnos. En mi caso, esto último, afanosamente. Quedamos en un bar cercano al trabajo a las once y media. Así que yo, eufórica, me dirijo a casa con una sonrisa de oreja a oreja incrustada en la cara y que no puedo reprimir. Cruzo el umbral de casa abriendo la puerta con una mano y acompañando el movimiento por una especie de saltito muy gracioso y alegre mientras canto a grito pelado «aimm siiinginnn in de reinnn» como si fuera una vieja estrella de Hollywood que se negara a desaparecer en el olvido sin dejar huella.

Daniela ha llegado antes que yo y cuando me ve entrar, primero se me queda mirando con la boca abierta y seguidamente suelta:

—Odri, en serio, muy en serio, tenemos que plantearnos seriamente dejar los porros.

Pero tiene gracia la cosa, porque ¡¡es ella quien tiene un porro en la mano!! Sin demora, le cuento la versión corta del resumen a Daniela mientras me cambio y salgo a toda velocidad por la puerta dispuesta a ser el alma de la fiesta para que Jordi se fije en mí.

Qué agradables y comunicativos son Sofi y Víctor. Y Jordi…, uf, no puedo dejar de pensar en lo bueno que está. Sofi es la más joven, tiene veintidós años. Y Víctor veinticinco. Jordi ha cumplido los veintinueve hace menos de un mes.

—Y entonces, he metido la mano en su carro y me he llevado lo que era mío…

—¿En serio? ¿Le has robado a una ancianita? —pregunta Víctor escandalizado.

—Pero no ha sido un robo de verdad —me excuso yo.

La noche sigue avanzando. Vamos de bar en bar. De copa en copa. De risas en risas. Y durante el trayecto, algún que otro porro cae. Porque, ¡cómo no!, a Sofi también le van y lleva

provisiones.

—Odri, tía…, ¡creo que eres la persona que fuma más porros que conozco! —dice Sofi más borracha que una cuba.

—¡Eso es porque no conocéis a mi compañera de piso! —respondo a la vez que paso mi lengua sensualmente, si es que esto es posible cuando se lleva una cogorza monumental, por la pega del papel del futuro porro que nos vamos a fumar mientras miro de forma insinuante a Jordi, al que tengo delante.

—Ja, ja, ja—ríen todos.

—De verdad, Odri, en serio, ¡eres un puntazo! Deberían trasladarte a nuestro departamento. Cómo nos reiríamos…—añade Víctor. Lo cual me congratula enormemente, ya que a mí también me parecen muy majos y me están dejando como la chica perfecta delante del chico perfecto.

Pero, ¡claro!, no es de extrañar que míster universo, y galaxia entera, tenga novia. No sé si es muy galáctica ella, pero desde luego es una hija de puta con mucha suerte y a la que tengo una envidia no demasiado sana. Pobre chica. Ni siquiera la conozco y ya la estoy poniendo verde. Eso se hace cuando ya la has visto alguna vez… Bueno, ¡un momento!, ¡sí que ha hecho algo grave, está con el hombre de mi vida! Y solo por eso, me está quitando un tiempo preciadísimo de no poder estar con mi futuro marido. Un momento, ¿yo creo en el matrimonio? ¿Desde cuándo? Bueno, tampoco es que él me haya dejado muy claro que le interese para algo. Bueno, sí, para intercambiar impresiones sobre el mundo de la fotografía. Eso, que no falte. Pero poca cosa más.

Después del sexto cubata, incluso puede que desde el cuarto —yo ya he perdido la cuenta, a mí el alcohol me sube muy rápido—, respiro profundamente y me atrevo a preguntarle a Jordi, incluso a riesgo de parecer una cotilla, cuál ha sido el imprevisto que me ha hecho sustituirle hoy en el trabajo. Una tiene que hacer todo lo que esté en su mano para saber de qué tipo de posibilidades estamos hablando a la hora de robarle el novio a alguien…

Jordi parece un chico reservado en lo que se refiere a su vida personal, pero supongo que el alcohol también ha hecho mella en él esta noche. Nos cuenta que estaba en casa de su novia al mediodía con la hermana de esta y que, de golpe, la cuñada ha roto aguas y se ha puesto de parto. Y como su novia no tiene carné de conducir, ha tenido que llevarlas él en su coche hasta el hospital.

Qué mono, por Dios. Bueno, eso significa que está implicado con la familia política, pero al menos la que se ha puesto de parto no era su novia. Quizás no esté tan crudo, después de todo… Y ahora que me dedico a los hurtos, tampoco sería un robo de novio ilegal, ¿no?

Después del séptimo cubata (o puede que del quinto), yo ya no puedo apartar los ojos de Jordi. Está tan buenorro y es tan dulce, tan guapo, tan mono, tan listo… Y con esa sonrisa perfecta, y esos labios, mmm, qué besos que debe dar… Le agarraría el labio inferior con mis dientes con un pequeño mordisquito para luego buscar apasionadamente su lengua y nos fundiríamos en un beso obsceno. Y luego, esos pectorales, ummm, ahora mismo creo que podría lamerle todo ese cuerpazo que sé que existe debajo de esa camiseta. Y podría seguir bajando y chuparle…, uf. Estoy más salida que la puerta de emergencia. Y un poco borracha también.

—Chicos, voy a haceros una foto, ¿vale? Juntaos un poquito, porfa —digo mientras me tropiezo con el bordillo de la acera. Por suerte, no me rompo la crisma ni se me rompe el prisma de la cámara. Lo cual ya es un gran logro en mi estado.

—Odri, sabes que los móviles hacen fotos igual de buenas que las cámaras y que ocupan menos espacio en el bolso para salir un sábado por la noche, ¿no? —pregunta retóricamente Sofi.

—Ya, pero hay cosas que es mejor hacer a la antigua usanza. —Y les guiño un ojo. O lo intento.

CAPÍTULO 13. DE RELAX EN CASA

Hoy es una de esas noches en las que me apetece quedarme en casa. Después de salir el fin de semana pasado con mis compañeros de trabajo y pasarlo tan bien, creo que lo mejor es que este recupere fuerzas. Las necesito, ya que llevo unas 160 horas sin poder dejar de pensar en Jordi desde el sábado pasado, y eso agota.

Además, esta semana ha sido un poco deprimente, porque he vuelto a mi puesto habitual de trabajo, con los aburridos de mis compañeros. Solo ha habido algún rato entretenido cuando Víctor o Sofi han subido a mi planta con la excusa de ir al baño y hemos compartido algunas anécdotas y risas durante breves minutos, pero el resto del tiempo, como ya he dicho, mi pensamiento y mi corazón han estado ocupados pensando en Jordi. Menuda mierda que no sea gay. Menuda mierda que tenga novia. Y menuda mierda que no le guste yo.

Daniela ha intentado animarme durante la semana con el tema, diciéndome que me acaba de conocer, que en cuanto hable más conmigo y nos encontremos más veces, caerá rendido a mis pies y todas esas cosas que se dicen las amigas para animarse en momentos de bajón amoroso. Lo más probable es que eso no pase nunca, así que he tomado la decisión de olvidarme de él y, si es posible, no verlo más, aunque eso es bastante complicado, teniendo en cuenta que trabajamos en el mismo sitio. De hecho, al terminar la jornada hoy, se han acercado Sofi y Víctor y me han propuesto tomarnos unas copas por el centro. He tenido que rechazarlas, muy a mi pesar, porque Jordi también iba…, pero con novia incluida. Quería presentarla oficialmente y la verdad es que yo no estoy preparada para eso. Así que, aunque me apetecía mucho salir un rato con Sofi y Víctor, no me apetecía nada ver a Jordi dándose besitos con la zorra de su novia, así que he mentido diciendo que tenía un compromiso con unas amigas de Daniela y listo.

Así que, con todo esto, hoy es un sábado perfecto para enfundarnos en nuestra ropa cómoda más chunga y sumergirnos en la trilogía de *Regreso al futuro*. Y más teniendo la regla. Casita, sofá y manta. Hemos empezado la maratón a las diez y media de la noche, así que ya llevábamos dos horas y media cuando Daniela se dirige a mí.

—Odri…

—¿Qué?

—Me gusta compartir piso contigo.

—Y a mí.

Daniela vuelve a girar la cara hacia la pantalla y sigue viendo la peli. Y yo, a sumergirme en el delicioso placer de zamparme un bizcocho que está más bueno que el pan. Fumar porros da hambre. Es lo que tiene. A los tres minutos, Dani rompe el silencio de nuevo.

—Odri…

—¿Qué?

—Estoy pensando en irme una temporada a Londres.…

Sigo comiendo el bizcocho con la cara pegada en dirección a la televisión.

—No digas tonterías. Aquí estamos muy bien.

Silencio de un minuto.

—Sí, tienes razón.

Seguimos viendo la película. A los diez minutos, nueva interrupción.

—Odri, se nos ha terminado el tabaco.

—¿Qué dices? ¿No queda nada? ¿Ninguno?

—No.

—Pues eso es una catástrofe. ¡No podemos tener una noche de maratón sin tabaco! ¿¡Dónde se ha visto esto!?

—Y ¿qué hacemos? A mí me da una pereza tremenda tener que vestirme dignamente para bajar a la calle y poder comprar tabaco. Además, hoy es sábado y estará lleno de gente vestida de sábado noche. Yo paso de bajar con estas pintas.

—Pues si no queremos salir del edificio, solo nos queda…

Dirigimos la mirada al unísono hacia el techo.

—¿Le picamos a la ninfo? —pregunto.

—Bueno, nos dijo que si alguna vez necesitábamos algo…

—Pues no se hable más. Vamos para allá.

—Da un poco de miedo, ¿no?

—Creo que no tenemos muchas opciones más.…

—Supongo que tienes razón. No creo que sea para tanto, ¿no? Venga, va, vamos.

Así que, calzadas con nuestro pantalón de deporte viejo, nuestra sudadera desgastada y manchada y las zapatillas de estar por casa, nos dirigimos al tercero segunda.

CAPÍTULO 14. AMNESIA

Mierda. Joder. Todo me da vueltas. Giro la cabeza como puedo y vislumbro, borrosamente, que en el despertador de la mesilla señala que son 7:47. ¿Pero qué día es hoy? No me habré dormido para ir a trabajar, ¿no? Bueno, si no me puse el despertador para que sonara, no creo. Ah, no, si yo trabajo por la tarde y, además, creo que es domingo…Uf. Todo me da vueltas. Creo que durante la noche han bajado los marcianos desde el planeta Resaca y me han puesto la cabeza del revés, porque esto no es normal.

¡Hip! Uy, hipo.

¡Hip! Qué raro, yo nunca tengo hipo.

¡Hip! Bueno, sí, solo cuando estoy a punto de…

Qué asco me da vomitar. No sé ni cómo me ha dado tiempo de llegar al baño. Pero menos mal, porque con lo mal que me encuentro, solo me hubiera faltado tener que fregar toda la papilla del suelo.

Vuelvo a la cama. Uf. ¡Cómo me cuesta tenerme en pie, por Dios! Pero ¿qué coño bebí anoche para que me sentara así? La verdad es que no recuerdo nada. Cierro los ojos intentando acordarme. Todo me da vueltas. Vuelvo a abrir los ojos. Vuelvo a mirar hacia el despertador. Intento enfocar los ojos poniendo cara de china. Algo que nunca he entendido, porque con los ojos más cerrados, ¿no se supone que se debería ver peor? En fin, no estoy yo ahora mismo para sacar teorías.

El reloj marca las 8:07. Bueno, parece que me encuentro un poquitín mejor. Mi cabeza sigue con vida propia, pero al menos el ángulo ya no es de 180°. Puede que ahora esté a unos 145°o puede que… ¡mierda!

—¿Estás bien, Odri? —pregunta titubeante Daniela desde el otro lado de la puerta del baño.

—Bueno…, he estado mejor —respondo abrazada a la taza del váter.

Daniela asoma la cabeza por la puerta del baño.

—Menudo pedo, Odri. Pero qué fuerte lo de anoche.…

—¡¿Lo de anoche?! —pregunto mientras intento incorporarme lenta y torpemente del suelo.

—Joder, Odri. ¿No te acuerdas de lo que pasó?

—¿¿Debería acordarme de algo?? —digo extrañándome y con un poco de miedo mientras la miro fijamente.

Justo en el momento en el que Daniela abre la boca para contestarme, se oye el sonido de la cerradura y la puerta se abre.

—Hola, ya hemos vuelto. ¿Estáis despiertas? —dice una voz masculina.

Miro a Daniela sorprendida y sin decir nada, esperando ansiosamente que me responda.

—Bueno, ahí está tu respuesta —acaba diciendo toda pizpireta.

Cruzo el pasillo siguiendo a Daniela y llegamos hasta la cocina, que es hacia donde me ha parecido oír que se dirigían los pasos. Nos asomamos por la puerta y oímos:

—Hola, amores, ¿qué tal habéis dormido?

Allí, delante de nosotras, dos tíos preparando el desayuno sobre la mesa de la cocina.

—Pero ¿quién coño sois vosotros? —pregunto estupefacta.

Los dos chicos se miran y empiezan a reírse.

—¡Qué divertida eres, Odri! —Y vuelven a reírse como si nada hubiera pasado, más bien,

como si yo estuviera bromeando y no me extrañara nada que dos tíos a los que no conozco tuvieran las llaves de mi casa y estuvieran en estos momentos sacando de las bolsas del supermercado unas madalenas, leche y zumo.

Me giro hacia Daniela y, agarrándola del brazo, me la llevo hasta el salón.

—Dani, explícame ahora mismo lo que está pasando, porque estoy a punto de volverme loca.

—¿De verdad no te acuerdas de nada de lo que pasó anoche?

—¡¡Acaso no resulta obvio!? ¿Tengo cara de acordarme? Lo último que recuerdo es estar contigo en el sofá viendo como Marty McFly y el doctor Emett Brown llegaban al futuro mientras nos bebíamos unas birras y… Y ya está.

—¿En serio? Odri, ayer estábamos viendo la peli cuando se nos acabó el paquete de tabaco. Estábamos tan desesperadas que subimos a pedirle unos cigarrillos a Laia y…

—¿Laia? ¿La ninfo de arriba?

En ese momento llaman al timbre de la puerta. Voy con Daniela a abrir y allí está, precisamente, Laia.

—¡Chicas! ¡Menudo fiestón ayer! ¡Tenemos que repetirlo! Bueno, de hecho, solo he venido a comprobar que no os habían asesinado ni nada de eso, pero me vuelvo arriba, que yo me he dejado a mi conquista atada a la cama y me apetece un polvo matutino, ya me entendéis. Por cierto, los vuestros, ¿qué tal? ¿Qué tal con tu ex, Dani?

—¡¿Cómooo?! ¡Dani! ¿Uno de los tíos que están en nuestra cocina es Marc? ¿Tu ex, Marc?

No me puedo creer ni entender nada de lo que está pasando. Necesito seriamente que alguien me lo explique con todo detalle, porque yo no soy capaz ni de acordarme de lo más general.

CAPÍTULO 15. LO QUE PASÓ

Llamamos al timbre del tercero segunda. En breves instantes aparece Laia con un cigarrillo en la mano, con un pijama de florecitas violetas con calaveras y gafas de sol rosas. Realmente es una chica muy grotesca.

—Hola, verás, sentimos molestarte, pero es que se nos ha acabado el tabaco y como nos dijiste que si necesitábamos algo…

—No digáis nada más. Adelante, pasad. Estáis en vuestra casa.

Daniela y yo la seguimos por el pasillo. La decoración del piso es difícil de describir. Tiene todo el pasillo empapelado con cuadros de muy distintos estilos. Algunos enmarcan fotos viejas en blanco y negro, otros son muy actuales y con muchos colores, otros son tipo *collage*, incluso tiene algunos que parecen los típicos que te regalaban hace mucho tiempo en los restaurantes de comida china cuando ibas a cenar. Sus muebles son del mismo estilo que los cuadros: atemporales. O, dicho de otro modo, de todos los tiempos. Hay alguno de Ikea y otros que parecen sacados del piso de mi tatarabuela. No tiene sentido nada de lo que hay en esta casa, pero a la vez, tiene algo que la hace acogedora y especial. Las paredes son totalmente blancas y todos los muebles, aunque de distintos estilos y tonos, son de madera. Creo que justamente la combinación de la madera con el blanco de las paredes es lo que le da un cierto orden al piso. Los cuadros y las fotos son la aportación de color al apartamento.

Aparecemos las tres en el salón, donde Laia tiene un par de sofás y un par de sillones, una mesa baja en el centro y una televisión a un lateral del cuarto cuadrado. En la televisión tiene sintonizado un canal donde ponen videoclips musicales todo el rato, pero con el sonido en *mute*. Encima de uno de los sofás hay una guitarra.

—Sentaos, por favor, poneos cómodas. Y coged los cigarrillos que queráis. Estaba componiendo algo.

—¿Sabes tocar? —se interesa Daniela.

—En realidad, toco como el culo, pero me encanta aporrear la guitarra, así que lo hago. Siempre he pensado que, si te gusta algo, ¿por qué no vas a hacerlo? ¿Solo porque no sea lo esperado o no lo hagas perfectamente? Mientras no le hagas daño a nadie, ¿verdad?

Lo cierto es que no solo tiene razón en eso. Nos ponemos a charlar durante un rato largo las tres sobre todo y sobre nada. Por medio, salen frases magistrales como «la edad es solo un número», «a palabras necias, oídos sordos», «cada loco con su tema», «en el fondo, siempre nos guía nuestra niña interior», «la envidia es mala consejera», «la alegría compartida es una alegría doble», «nadie puede ser feliz si no se quiere a sí mismo» y bla, bla, bla. Nos lo estamos pasando genial. Realmente las primeras impresiones pueden jugarte malas pasadas.

Hablamos de todo. Del trabajo, de nuestros gustos y nuestras aficiones, del amor y del sexo. Es muy sencillo hablar con Laia, lo entiende y lo respeta todo. Es una chica muy empática y muy sabia a sus veintidós añitos. Y sabe escuchar, además de decir cosas muy interesantes. Quizás se debe a que estudia Psicología y en sus ratos libres lee libros de filosofía. Nos cuenta que sus padres murieron cuando ella tenía trece años en un accidente de avión. Así que tuvo que quedarse con su tía (la hermana de su madre), la única familia que le quedaba. Su tía era una mujer muy guapa que había decidido ser un alma independiente y soltera durante toda su vida. No quería hijos, pero la acogió cuando sucedió la desgracia. Los padres de Laia habían contratado un seguro de viaje que, en caso de accidente, dejaba cubierta económicamente a Laia para el resto de su vida. Así que, cuando tuvo los dieciocho, se independizó. Compró este

apartamento y vive en él desde entonces. Es una chica libre y feliz, que no hace daño a nadie. Y pese a la desgracia que le ha tocado vivir, es muy alegre y divertida. Y, por supuesto, no es prostituta.

Daniela le cuenta toda su historia con Marc y sus líos de Tinder y yo le explico mis decepciones amorosas con todos los hombres que se cruzan en mi vida. Laia nos escucha y nos da su opinión de todo. A ella le encantan los hombres, pero también las mujeres. Nos reconoce abiertamente su bisexualidad y nos dice que la vida hay que disfrutarla al cien por cien y que no debemos coartarnos por los tabús que nos impone la sociedad. «¡El sexo es maravilloso!», asevera.

—Chicas, ¿os apetece hacer algo diferente y así nos olvidamos de todos estos tíos que os amargan la existencia?

Estoy segura de que nos va a proponer un trío, pero, por suerte, no es así.

—Tengo pastis. ¿Queréis que nos metamos una y luego nos vamos de fiesta por ahí a ver si cazamos algunos tíos buenos y nos los tiramos?

No sé qué es lo que me asusta más de esa proposición, si lo de las pastillas o lo de acostarnos con el primer tío que se nos acerque en la primera noche. Es algo que no he hecho nunca y me da mucho respeto. ¿Y si me ligo a un loco, me lo llevo a casa, me roba y me mata?

Laia nos mira a Daniela y a mí. Creo que, por la cara que ponemos, ambas estamos pensando lo mismo. Laia hace uso de su empatía adivinatoria y nos dice:

—Chicas, las pastis producen un subidón muy chulo. Nos meteremos una, lo justo para despejarnos. Os juro que nunca más os las ofreceré. Que sea solo algo de esta noche. Y lo de los tíos, no os preocupéis si no lo habéis hecho nunca, para eso están las primeras veces, para disfrutarlas. Además, yo calo muy rápidamente a la gente y ¡vivo arriba! Si me dan mala espina, no los dejaré ni salir con nosotras de la discoteca. Y si os los acabáis llevando a casa, os tendré vigiladas desde mi piso. ¿Qué me decís?

La verdad es que da un poco de miedo, pero suena a plan genial.

¡Allá vamos!

CAPÍTULO 16. LO QUE SIGUIÓ PASANDO

—¡¡Pídeme un ron con cola!! —dice Daniela gritando como una loca.

—¡Y yo quiero otra cerveza, Odri! —me pide Laia.

Las dejo a las dos en la pista de baile moviéndose como unas posesas al ritmo de una música *house* que en la vida hubiera pensado que me llegara a hacer mover el esqueleto, pero tengo una sed atroz y necesito ingerir líquido, así que me dirijo a la barra.

—Dos cañas y un ron con cola, por favor —pido al camarero.

Mientras espero a que me lo sirvan, me giro y, apoyada en la barra, observo a la muchedumbre volviéndose loca. Incluidas mis dos amigas. La gente se divierte, ríe, habla, baila, liga, bebe y todas estas cosas que se hacen por la noche en las discotecas. Entonces, sin saber de dónde, se me acerca un chico.

—Me gusta como vistes —me dice.

—¿Cómo?

—Que me gusta como vistes —me repite.

—Ah, pues muchas gracias —respondo.

—Y, además, creo que eres preciosa, y por eso me he acercado a decírtelo. Creo que tienes que saberlo y si no te lo digo, ¡reviento! —Y tal como me lo suelta, se va.

Me he quedado un poco pasmada; esto no me había pasado antes, pero la verdad es que ¡me ha parecido genial! Subidón de autoestima. Las personas deberíamos decirnos cumplidos más a menudo. Seríamos todos más felices.

—Aquí tienes, guapa —me dice el camarero, que, por cierto, está cañón.

Madre mía, yo no sé si es el efecto de las drogas o qué, pero voy de un caliente que no es normal en mí. Creo que todos los chicos de la discoteca están tremendos y son guapísimos. Seguramente haya coincidido que esta noche se han juntado los participantes de Míster España en este local. ¿El certamen se celebra en Barcelona? No tengo duda de ello. Solamente puede ser esa la causa de esta acumulación de belleza. Mire donde mire, no hay ninguno que no tenga algo especial. ¡Me atraen todos! La sensación es genial, todo el mundo es guapo y simpático y yo solo tengo ganas de divertirme y lo cierto es que lo estoy pasando en grande con Daniela y Laia. Las chicas se acercan hacia mí bailando y abriéndose paso entre la multitud de personas que están danzando en la pista.

—¿Dónde está mi ron con cola? ¡Estoy deshidratada! —exclama Daniela.

—Chicas, esto es fantástico y vosotras sois geniales. ¡Hacía muchísimo que no me lo pasaba tan bien! —canturrea Laia por encima de la música.

—No sé por qué, pero no me creo eso —le digo a Laia, pensando en que sus fines de semana deben de ser todos muy parecidos.

—No, la verdad es que ¡yo tampoco! —acaba admitiendo Laia en tono divertido.

—Ja, ja, ja —reímos las tres.

—Pero, en serio, chicas, ¡sois geniales! ¡Me lo estoy pasando increíblemente bien!

Brindamos las tres levantando nuestras respectivas bebidas y echamos un buen trago. La noche avanza y las risas y el buen rollo también. Hablamos con un montón de gente: chicos, chicas, algunos que no tenemos muy claro con qué género se identifican, pero todo es desinhibición, felicidad y cachondeo. Lo importante es no parar de bailar y de reír. Y eso lo llevamos muy bien.

De repente, un chico se acerca hasta Daniela. Él la mira y ella le devuelve la mirada. No

cruzan ni una palabra. No dejan de mirarse. Y en menos de treinta segundos empiezan a besarse desesperadamente. Nunca había visto tantísima pasión entre dos desconocidos, pero la verdad es que todo me parece normal y agradable. Todos deberíamos besarnos los unos con los otros. ¿Qué hay más bonito que un beso?

—Perdona que te moleste —me dice un chico mientras me roza el hombro suavemente con su mano. Me giro, lo veo y ¡madre mía! Tengo un Dios griego delante de mis narices.

—No, no, tranquilo, ¡si no me molestas! —respondo.

—¿Crees que deberíamos dejarles hacer eso? —comenta preocupado mientras señala hacia Daniela y el chico que está pegado a su boca.

Los miro durante un par de segundos y lo único que puedo pensar es que a Daniela no parece estar molestándole en absoluto la situación. De hecho, me alegro por ella. Un poco de alegría al cuerpo después del desastre con Marc le irá genial.

—Yo creo que sí. Son dos personas adultas y libres capaces de tomar sus propias decisiones, ¿no? Además, no parecen estar pasándolo mal —aseguro con un tono insinuante que me sale solo.

El chico parece asustarse un poco, pero enseguida se relaja.

—Supongo que tienes razón. Yo sé que él quería hacerlo desde que la ha visto entrar en la discoteca y si ella ha accedido, supongo que estará bien. De hecho, me alegro por ellos.

Que chico más mono. Además de estar tremendo, parece ser sensible y un buen amigo. ¿Qué tío se preocupa por lo correcto y lo incorrecto delante de una tía buena? En una situación así, lo habitual es que la moral de los hombres la controle su prepucio.

—Bueno, y tú, ¿cómo te llamas? —me acaba preguntando, ahora ya en tono más distendido y centrándose en mí.

—Odri.

—¿Odri? ¡Qué nombre más original! ¿Cómo Audrey Hepburn?

—Sí, pero escrito tal como suena. En plan cutre, más a la española.

—Je, je, encantado, versión española de la belleza sofisticada, yo me llamo Xavi.

Nos reímos. Conectamos. Charlamos. Bailamos. Bebemos. Tonteamos. Y después de una hora y media, sigue sin besarme. Yo ya no sé qué señales más enviarle. Me he tocado el pelo, me he acariciado sensualmente los labios, le he rozado el brazo mientras hablábamos y bailábamos, le he mirado fijamente a los ojos, me he hecho la ingenua, la divertida, la seductora…, ¿qué más necesita para que se me lance encima?

En ese momento aparece Laia, que había desaparecido con un morenazo, y como si me leyera el pensamiento, me dice al oído:

—¡Atácale tú!

La miro con cara de «¿seguro?» y me contesta ladeando la cabeza y abriendo tanto los ojos que parece que van a salírsele de las órbitas oculares. Claramente, es el gesto de «¡ya tardas!». Así que pienso «¿por qué no?». Total, era de lo que se trataba esta noche, ¿verdad? Drogada ya voy, ¡pues a por el macizorro! Y tal cual me giro, me lanzo encima de él.

CAPÍTULO 17. RECOPILANDO DATOS

Mientras Daniela me va explicando detalladamente todo lo ocurrido la noche anterior, me van viniendo *flashbacks* de las imágenes de todas las vivencias experimentadas anoche. Comienzo a atar cabos y a entender muchas cosas, como, por ejemplo, por qué Daniela se fundió en un beso de amor apasionado al minuto de conocer a un chico en la discoteca, algo que no es normal en ella. Pues la explicación es sencilla: básicamente, porque ya se conocían y habían sido novios. Pero, claro, sin haber visto ni una foto de dicho ejemplar, era un poco difícil adivinarlo. También entiendo por qué Xavi me habló de una manera tan cómplice y se preocupaba tanto: porque era su amigo y pensaba que yo sabía de qué iba la historia.

Madre mía. Y yo que quería dejar los porros… Resulta que ahora ya tomo drogas duras y sufro de amnesias pasajeras y de locuras transitorias.

Llaman a la puerta del baño. Daniela y yo llevamos media hora encerradas en él.

—Chicas, ¿estáis bien? Lleváis mucho rato ahí encerradas. ¿No os apetece desayunar con nosotros? —pregunta una voz de hombre.

—Estamos bien. Ahora salimos, cariño. Id desayunando, que ahora vamos —responde Daniela.

—¿Cómo que «cariño»? Pero, Dani, ¡por favor! ¿¡Ya no te acuerdas de lo que te hizo?! —la reprendo exaltada. La vida ha dado un giro muy inesperado y muy poco probable en menos de veinticuatro horas. Daniela vuelve a estar con Marc y resulta que somos íntimas amigas de la vecina ninfómana, camello y drogadicta de arriba.

—¡Odri, cálmate! —me grita mientras me zarandea—. ¡Estás muy alterada! ¡Tienes que tranquilizarte! —¿Y me lo dice la histérica de mi amiga?—. La noche de ayer fue una locura y yo aún estoy un poco en *shock* también, pero vayamos paso a paso. Salgamos a almorzar y hagamos un examen de daños. ¿Qué te parece?

—Vale —contesto un poco más tranquila.

—Pero, espera un momento, putilla… —me dice mientras frena en seco delante de mí cuando ya casi estábamos saliendo por la puerta del baño—. No vamos a salir de aquí hasta que me hagas un breve resumen de lo que hicisteis ayer Xavi y tú en tu habitación —me dice girándose hacia mí con una sonrisa picarona dibujada en la cara.

—¿Cómo que qué hicimos? ¿Ha pasado la noche aquí?

—Odri, ¿en serio? ¡Pues claro! Han dormido aquí. Va, de verdad, ahora ya creo que me estás tomando el pelo para no tener que darme ningún detalle. ¿Habéis follado o no? Venga, cuenta, ¿cómo la tiene? Xavi siempre me ha parecido un chico muy guapo y agradable. Además, siempre he tenido la sensación de que la tendría como un tronco, tan larga y gorda como…

—Dani, joder, ¡cállate ya!, que va en serio, ¡no me acuerdo de nada! ¡Qué mal rollo! —digo totalmente desconcertada.

—Coño, Odri, pues yo aquí sí que ya no te puedo ayudar a recordar, porque yo sí que estaba echando un polvazo con Marc —afirma sonriendo con cara de guarrona satisfecha.

Mi cara, en cambio, debe ser un cuadro. Estoy muy preocupada, porque no me puedo acordar de nada, y eso no me había pasado antes. Es una sensación desesperante y frustrante. Y, sinceramente, pensaba que la gente que decía eso lo utilizaba como excusa para no tener que asumir cosas que no hubiera hecho en estado de sobriedad y así poder sentirse mejor. Pero ahora veo que ¡es cierto! Recuerdo lo cachonda que estaba en la discoteca y las ganas de tirarme todo lo que se moviera y estuviera medianamente bien —aunque seguramente me hubiera tirado a

todo lo que se moviera, sin más—, así que lo más probable era que me hubiera lanzado encima de él y me lo hubiera follado. Y más aún viendo que tanto Daniela como Laia habían conseguido el propósito de la noche: joder. ¡Jodeeer!

—Bueno, va, salgamos a ver qué es lo que pasó, venga. Salgamos de dudas —suelta Daniela como si nada. ¡Claro! Como no es ella la que no se acuerda de sus actos…

—¡Qué dices! ¿Pero cómo voy a ir allí? ¿Se supone que tengo que ir y preguntarle «oye, Xavi, mira, perdona, pero ¿anoche follamos?». ¡Cómo le voy a preguntar eso! —afirmo desesperada.

—No, mujer, evidentemente, no tienes que preguntárselo. Seguro que el tema sale solo y nos enteramos indirectamente. Tú no te preocupes. Salimos, desayunamos los cuatro y a ver qué pasa. Tranquila, que no te dejaré sola. ¡Vamos a descubrir lo que pasó las dos juntas! —exclama, me abraza y salimos.

Estoy muy nerviosa y me siento fatal. Además, físicamente me encuentro muy mal. Esta resaca me va a durar una semana entera, como mínimo. Avanzamos por el pasillo y llegamos a la cocina. Allí están los chicos desayunando. Xavi me mira y me sonríe. La verdad es que parece un chico muy agradable y me encantaría poder acordarme de lo que hice con él.

—¿Qué tal te encuentras, Odri? —me pregunta amablemente.

—Bueno, me he acordado mejor…, ¡encontrado!, encontrado mejor —corrijo rápidamente.

A Daniela se le escapa una risilla. Nos sentamos en la mesa. Es una mesa pequeña para cuatro personas, con una silla a cada lado. Ellos están sentados uno al lado del otro, así que Daniela y yo ocupamos los asientos pertinentes. Ella al lado de Marc y yo junto a Xavi. Es una de esas normas implícitas que se sobreentienden mundialmente: cada uno al lado de su ligue de la noche anterior. Daniela alcanza una madalena y, justo en ese momento, Marc le coge de la mano suavemente y le susurra:

—¿Podemos hablar un segundo?

—Claro —le contesta Daniela.

Y se levantan. Mientras se van de la cocina, Daniela me mira como diciendo «no tengo elección».

¡Será hija de puta! Joder. Bien, Xavi y yo nos quedamos solos. Sentados en nuestras sillas. Yo me encuentro incomodísima. Es uno de esos momentos típicos de «tierra, trágame». No sé qué decir, ni siquiera sé cómo moverme o si moverme. Miro a Xavi. Le sonrío en plan compromiso. Él parece muy tranquilo. Me mira a los ojos. Yo no soy capaz de aguantarle la mirada y aparto la vista hacia las madalenas. Este silencio va a acabar conmigo. Xavi no dice nada. Solo me observa sonriente y tranquilo. Yo no le miro, pero noto que no aparta la vista de mí. Decido mover el brazo y alcanzar una madalena, pero al realizar el movimiento, tiro torpemente un vaso de zumo que tenía delante de mí.

—¡Mierda! Lo siento, qué torpe —me disculpo.

—No te preocupes, solo se ha derramado un poco —dice él quitándole importancia mientras limpia rápidamente el desastre con unas servilletas.

Seguimos sentados sin decirnos nada más. Este silencio es sobrecogedor. ¿Cómo no se me ocurre nada qué decir? ¿Y por qué él no abre la boca y me cuenta cualquier cosa? Por insignificante que sea, como, por ejemplo, lo que hicimos anoche…

—Bueno, y ¿hace buen tiempo hoy?

—Odri, ¿estás bien? Estás un poco rara.

Le miro y, después de cuatro segundos, estallo a llorar.

CAPÍTULO 18. EL DIÁLOGO

—Eh, preciosa, no llores. Odri, estate tranquila. ¿Te encuentras mal? ¿Qué te preocupa? Puedes contármelo. ¿Qué te pasa? —me dice dulcemente mientras me acaricia la mano y me busca los ojos con su mirada.

—Joder, lo siento, no sé lo que me pasa. Yo no soy así, pero es que, es que…

—Dime.…

—No, me da mucha vergüenza. No sé qué vas a pensar de mí… —digo sin dejar de llorar.

—Odri, pero si ¡eres un encanto! ¿Cómo voy a pensar algo malo de ti? Va, dímelo, no te preocupes. Desahógate.

—Bueno, es que, verás, no consigo acordarme… de lo que hicimos anoche. ¿Pasó algo entre nosotros? —acabo preguntando sin atreverme a mirarlo. Las madalenas resultan menos violentas de mirar.

—¿No lo recuerdas? —me dice, esta vez sin la sonrisa en los labios.

—¡Nooo! —Y rompo a llorar otra vez.

—Bueno, oye, no te preocupes, no pasa nada. Estás reaccionando de una manera muy normal, si tenemos en cuenta lo narcotizada y alcoholizada que ibas anoche.…

—¿Cómo? —pregunto sin entender.

—Creo que ayer estuvisteis fumando y bebiendo y os tomasteis alguna pastilla, ¿verdad? —¿Es una pregunta trampa? ¿Es un detective secreto enviado por mis padres para sonsacarme información de mi vida en Barcelona? Lo miro expectante y recelosa, también algo sorprendida y asustada.

—Bueno, me lo contaste tú misma. Solo digo que esta sensación de resaca, de no recordar nada y de sentirte deprimida y frustrada es normal después de la mezcla de sustancias tóxicas que hicisteis de ayer. Ahora estás en pleno bajón.

Xavi lo cuenta con toda naturalidad, explicando y describiendo a la perfección cada una de las sensaciones que me sobrevienen y que he experimentado desde que me he despertado. Parece un experto en el tema. No está haciendo que me sienta mejor, pero sí que está logrando tranquilizarme. Un poco.

—No diré que no me sabe mal que no te acuerdes de lo que pasó anoche, pero lo entiendo —prosigue.

—Ya, pero ¿hicimos…? Ya sabes… —pregunto con miedo.

—No, tranquila. Jamás hubiera hecho nada en el estado en el que te encontrabas. Tú querías, pero logré que desistieras de esa idea y sencillamente nos acurrucamos juntos en la misma cama. No pasó nada más, Odri. No te preocupes.

—Vaya. Bueno, bien. Menos mal. ¡Perdona! No quiero que pienses que no te encuentro atractivo ni nada de eso, porque no es así, pero es que es algo que no he hecho nunca, eso de acostarme con alguien que no conozco y…

—Pues anoche querías cambiar eso —me cortó con recochineo. Lo miro con cara de susto. Él capta mi terror y mi confusión—. Anoche hablabas mucho, me contaste muchas cosas de ti. —Mi cara de terror se hace más evidente todavía—. No, no te preocupes, nada embarazoso, pero me dijiste que nunca te habías ido a la cama con un desconocido y simplemente, bueno, no parabas de provocarme para que yo fuera el primero.… Pero teniendo en cuenta tu estado, preferí no ceder. Soy un chico con principios, no me gusta acostarme con chicas comatosas. —Y me guiña el ojo—. Así que te convencí para que fuéramos a dormir. Y ya que Marc y Daniela sí que

iban más que dispuestos, decidí quedarme en tu casa a pasar la noche.

—Ah.

No soy capaz de decir algo con más sustancia léxica y semántica. Simplemente, no me queda claro lo que piensa este chico de mí. Ni siquiera sé lo que pienso yo de mí misma. Recuerdo la noche a trozos y el resto del puzle sigue borroso y tintado de una persona que no soy yo, sino mi *alter ego* colocado. En ese momento entran por la puerta Daniela y Marc.

—Xavi, ¿te parece si nos vamos? En un par de horas tenemos partido —le recuerda Marc.

—Claro, vamos.

Xavi se levanta y ambos se dirigen hacia la puerta. Daniela se queda a mi lado. Parece contenta. Justo antes de cruzar la puerta de entrada, Xavi se para, se gira y con una sonrisa en los labios y, antes de marcharse, dice:

—Odri, ha sido muy bonito dormir contigo.

Y mis mejillas se ponen del color del pimiento.

CAPÍTULO 19. EVALUACIÓN

Vale. Los chicos se han marchado. Solo quedamos Daniela y yo en el piso. Estamos de pie, una junto a la otra. Daniela parece contenta y un poco embobada. Yo no sé ni cómo estoy. Psicológicamente me siento un poco alterada y confusa. En el plano físico, estoy mucho peor. Me duele la cabeza como si me hubieran arrollado cincuenta elefantes corriendo los cuatrocientos metros y mi estómago está orbitando por el espacio.

—Odri, ¡tenemos que contárnoslo todo! —me dice Daniela emocionadísima.

—Dani, me parece una idea genial, pero tendremos que posponer esta conversación para después. Ahora necesito seriamente tomarme algo para la cabeza y dormir un rato largo, a ver si recupero la cordura. Y la memoria.

—Me parece una buena idea. Yo también necesito dormir. Quedamos en el salón después.

—Vale —contesto, y me dirijo como alma en pena hacia mi habitación y mi camita.

Me despierto a las seis de la tarde. Tengo el estómago retorcido, pero asoma una vaga sensación de hambre, así que me levanto. Mi cabeza está un poquito mejor, pero es evidente que no es mi mejor día.

Me dirijo hacia el salón. Daniela ya está allí, sentada en el sofá y envuelta en una manta. Tiene un montón de galletitas y una botella de Coca-Cola gigante encima de la mesita. Está mirando una peli, una comedia romántica, *Mi segunda vez*, con Catherine Zeta-Jones y Justin Bartha. ¿Significará algo, tal vez? Parece que ya está preparada para nuestra cita.

—Ya estoy lista para la narración —digo mientras entro en el confesionario de nuestra casa.

—Perfecto, te estaba esperando —dice mientras me alcanza el paquete de cigarrillos.

—Pues, en resumen —digo mientras me siento en el sofá junto a ella—, básicamente no me acuerdo de mucho, pero Xavi me ha dicho que no hicimos nada anoche, que solamente dormimos juntos.

Hablamos durante dos horas. Siempre son conversaciones geniales con Daniela. Aunque algunas sean más divertidas o agradables que otras, la verdad es que se agradece mucho tener buena compañía. Para los buenos y malos momentos. Alguien en quien confiar, a quien se lo puedas contar todo. Yo siempre he tenido eso con Álex, es cierto, pero el hecho de tenerlo también con Daniela, quien además es una chica, es muy reconfortante. Me encanta tenerla de compañera de piso. Y de amiga.

Le explico todo lo que recuerdo de la noche anterior y todo lo que me ha recordado Xavi. Daniela añade algún detalle más que antes había pasado por alto. A su vez, ella me explica su aventura con Marc, lo que sintió cuando lo vio en la disco y cómo le dio un vuelco el corazón cuando le besó. Yo no sé si es por la influencia de la peli que está viendo, que se ha puesto en plan romanticona, pero habla maravillas de la noche con Marc. También me cuenta que en la conversación con él de esta mañana, el chico ha sido muy sincero y le ha pedido perdón por lo que sucedió. Le ha dicho que jamás debió comportarse como lo hizo, porque siempre estuvo enamorado y seguía pensando en ella, pero le entró el pánico y cometió una estupidez. Luego se sintió ridículo, no se creyó merecedor de alguien como ella y, para no hacerle más daño, no la volvió a contactar, pero cuando la vio por casualidad aquella noche por el barrio de Sant Gervasi, se ilusionó y pensó que el destino le daba una segunda oportunidad. Y que ya no tiene ninguna duda, después de haberse vuelto a encontrar por arte de magia anoche. También le ha dicho que el reencuentro ha sido increíble y que no quiere precipitarse, que es demasiado especial para él y

no quiere volver a meter la pata. Así que han decidido ir pasito a pasito y sin prisas para demostrarle que lo suyo es una historia de película.

Cuando ya nos lo hemos explicado todo y comido todas las galletas del plato, empezamos a hablar y elucubrar sobre Xavi. Le cuento que parece un chico muy majo, pero que como soy bastante inconsciente de lo que pasó, tengo la sensación de haber metido la pata muy hasta el fondo con él. Le confieso a Daniela que, aunque me parece muy guapo y encantador, al conocerlo en estas circunstancias es como si se hubiera perdido la magia del amor a primera vista. Daniela me replica que entiende la sensación que intento transmitirle, pero enseguida me dice que Xavi es muy buen chico, que a ella siempre le ha caído muy bien. Era uno de los mejores amigos de Marc cuando él y Daniela estaban juntos y me dice que entonces ya era un amor de hombre. Me reconoce que, si no fuera porque ella solo tenía corazón y ojos para Marc, Xavi hubiera sido muy buen candidato.

Entonces se me ocurre que debe ser gay, pero tres segundos después reacciono pensando que no puede ser, ya que anoche nos enrollamos. Pero seguidamente vuelvo a pensar que quizás es homosexual y aún no lo sabe o no quiere aceptarlo. ¿Cómo, si no, se explica que un chico tan guapo y tan encantador como él, con sus treinta y pocos años, siga soltero? Daniela me da la respuesta.

—Ha tenido muy mala suerte con las mujeres. Es un chico tan bueno y tan respetuoso que lo han tomado siempre por tonto y paradito. Además, siempre se ha centrado mucho en su carrera profesional y, con los horarios que tiene, es difícil mantener una relación.

—¿De qué trabaja? —pregunto, sin saber si este dato ya está en mi cabeza, pero no lo recuerdo o realmente ni se lo pregunté porque solo quería tirármelo.

—Es médico pediatra. Un partidazo, vaya.

—Joder, encima de guapo, inteligente, respetuoso, atento y bueno… Sí que es buen partido.

Suena mi móvil. Llama Álex.

—¡Joder, Álex! No vas a creerte lo que me ha pasado este fin de semana.

Se lo cuento todo con el altavoz puesto para que Daniela pueda participar. Ya lo hemos hecho en varias ocasiones. Nos gusta pensar que es nuestra forma de hacer un trío, ya que de otra manera no lo haríamos. Daniela y Álex, obviamente, no se conocen en persona, pero me encanta que congenien tan bien por teléfono. Sé que cuando venga Álex, en dos semanitas y media, nos lo vamos a pasar en grande.

—¡Madre mía, sois unas putillas! ¡Cacho perras! Qué envidia me dais. Pues guardad fuerzas para cuando vaya, porque… ¡¡vamos a quemar las noches de Barcelona!! —Y sé que lo dice en serio.

Estamos cuarenta minutos al teléfono y cuando colgamos caemos en la cuenta de que no sabemos nada de Laia desde esta mañana. Miramos el reloj, son casi las nueve de la noche. Suponemos que a esta hora ya le ha dado tiempo de cepillarse al ligue de anoche como mínimo cinco veces, así que decidimos que vamos a verla para que nos lo cuente todo con pelos y señales.

CAPÍTULO 20. LUNES

Se acabó el fin de semana, uno bastante memorable, aunque haya partes que no recuerde. La cuestión es que ya es lunes y me he levantado mucho mejor. Me siento más descansada y más tranquila. La tarde de ayer con Daniela fue genial. Desquitarte de todas tus emociones con una buena amiga te deja en estado de calma.

Con Laia finalmente no pudimos hablar, ya que le picamos al timbre y no abrió nadie la puerta. Nos hemos quedado con ganas de saber sus aventurillas sexuales, así que esta noche volveremos a intentarlo.

De momento, he llegado al trabajo. Me apetece muy poco trabajar, pero al menos podré ver a Sofi y a Víctor en algún ratito, espero. Efectivamente, sobre las siete de la tarde, Sofi pasa por delante de mí y con un gesto me pide que la acompañe al baño. Y yo, evidentemente, la sigo.

—Odri, ¿qué tal tu fin de semana? —me pregunta.

—No quieras saberlo, Sofi—le contesto.

—¿Conociste a algún chico guapo? —me pregunta.

—Pues, la verdad es que sí, pero ya te lo contaré con calma.…

—Genial. Yo traigo cotilleos de la fiesta del sábado por la noche con la novia de Jordi.

«Ya está —pienso—, ahora me va a hacer toda una disertación de lo increíble que es y de lo enamorados que están, cosa que sinceramente no me apetece nada oír. Puede que mi fin de semana haya sido un poco raro, pero al menos me ha hecho olvidar a Jordi durante unas horas».

—¡¡Menuda pánfila!! —prosigue. Ah. La cosa se pone interesante…—. No es mala chica, imagino, pero ¡madre mía!, Odri, ¡es una aburrida! No abrió la boca prácticamente en ningún momento. Víctor y yo intentamos interesarnos por ella y tal, pero nos respondía con monosílabos. Un desastre. Es de esas que solo se preocupan por su imagen, porque vale, la chica es muy guapa, pero ya está. Creo que es modelo. Una modelo aburrida, muy aburrida. Creo que Jordi se sintió hasta incómodo, porque intentaba integrarla, pero no había manera. Al final, se fueron condenadamente pronto, porque ella empezó a insistir en que estaba muy cansada. Tenía una cara de aburrimiento… Sinceramente, no sé qué tienen en común. Me esperaba algo mejor de Jordi. No lo puedo entender.

Mira qué bien, punto a mi favor: yo soy mucho más divertida. Pero punto en contra de Jordi: ¿solo le interesan las *barbies*? A mí tampoco me parece un chico que se fije solo en eso. O a lo mejor sí que es así y mi enamoramiento me hace verlo perfecto y sin defectos cuando, en realidad, nadie es ni una cosa ni otra.

—Me hubiera encantado que estuvieras allí, Odri. No solo porque contigo nos lo hubiéramos pasado mejor, sino para que la vieras. Hubieras alucinado en colores.

Quizás sí hubiera estado bien verla, pero, sin la resaca molestando, hasta prefiero mi fin de semana, la verdad. Volvemos a nuestras respectivas plantas y cuando llego a mi puesto, Laura me dice que ha venido una chica preguntando por mí y que me está esperando en la sección de libros de sexualidad. No puede ser otra persona que Laia. Así que, sorprendida, me dirijo en su busca.

—¡Odri! Menos mal que te veo —me dice en cuanto me ve acercándome hacia ella—. Por cierto, hay libros muy interesantes en esta sección, me tendré que llevar alguno, pero, a lo que venía, escucha, he hablado antes con Daniela y ya se lo he dicho a ella también. Hoy os venís a mi casa en cuanto Daniela salga de poner guapos a los muertos y nos ponemos al día, ¿vale? Tenéis mucho que contarme. Y yo a vosotras —afirma con picardía.

—Me parece una idea genial. Estamos intrigadas por saber dónde estabas anoche.

—Ay, mis niñas, tenéis tanto que descubrir de mí… —Me guiña un ojo y añade—: Bueno, no me líes. Ahora no te voy a contar nada. Tú vete a trabajar y yo me quedaré por aquí un rato mirando estos libros. Nos vemos sobre la una y media. ¡Hasta luego!

Así que, con la curiosidad por compañera, me vuelvo a mi puesto deseando que llegue la hora más que prohibida para Cenicienta y Laia nos cuente sus aventurillas. La velada promete.

Estas horas que quedan me van a pasar muy lentas, en especial porque yo ya tengo la cabeza fuera del trabajo. Tengo ganas de reunirme con mis amigas y charlar en lugar de ordenar libros y atender a clientes pesados. Me descubro pensando en Xavi y en las cosas que pasaron entre nosotros. Tanto de las que me acuerdo como de las que no. La verdad es que me apetecería volver a verlo. Parece un chico majo y me dijo cosas muy bonitas.

En estas cavilaciones me encuentro cuando levanto la mirada y a diez metros de mí vislumbro a Víctor entre la multitud, saltando en plan Cupido mandándome besos voladores que lanza desde su boca con sus manos alternantes. Qué gracioso es. Inevitablemente, me provoca una sonrisa gigante.

A la hora del cierre, cuando ya no quedan clientes en la tienda y todos estamos acabando de ordenar todos los materiales y los artículos, de golpe, sin que me lo espere, aparece Jordi por detrás de mí.

—Hola, Odri. ¿Qué tal el sábado con las amigas de Daniela? —me pregunta amablemente.

—Emm, bien. —¡Qué memoria!, es cierto, la excusa para no ir con ellos había sido una falsa cena con las amigas de Daniela—. Fue una noche movidita, pero nos lo pasamos muy bien, la verdad —respondo alucinada y medio mintiendo. Desde que salimos el fin de semana pasado, y a diferencia de Sofía y Víctor, no ha subido ni un solo día para decirme nada, con lo cual esta reacción actual me resulta totalmente sorprendente.

—Eso seguro, solamente con que sean la mitad de divertidas que tú… —afirmación que acompaña con una de sus sonrisas maravillosas y perfectas. ¿Me acaba de hacer un cumplido?—. Seguro que lo debisteis pasar genial. Nosotros te echamos de menos. No fue lo mismo sin ti. —¿Otro piropo?—. Espero que la próxima vez puedas venir. —¿Esto está pasando de verdad? Quizás sean alucinaciones retardadas de las drogas del sábado…

—Estaría bien —respondo sin entender mucho a qué viene todo esto, pero, en el fondo, ¡me encanta!

Jordi se va y yo, dos minutos más tarde, salgo pitando hacia casa para intentar pillar a Daniela antes de que se vaya a trabajar. Necesito explicárselo cuanto antes. Cuando llego, justo me la cruzo en la calle, delante del portal de nuestro edificio. Nada más verla, mi boca explota explicándole lo que acaba de pasar con Jordi.

¡Tengo un subidón encima alucinante! Estos días están resultando emocionantes. Primero conocemos a Laia, luego Marc reaparece en la vida de Daniela, acontecimiento que provoca a su vez que yo conozca y me enrolle con Xavi, un chico muy guapo y encantador. Y finalmente resulta que la novia de Jordi es una aburrida y él me ha echado de menos el fin de semana. ¡Las cosas no podrían ponerse mejor!

—¿¡Qué me dices!? ¡Esto es genial, Odri! Ya tengo ganas de volver de trabajar para reunirnos con Laia en su casa y conversar en *petit comité*. ¡Va a ser muy divertido, aunque mañana voy a morirme del sueño! Empezando bien la semana, je, je, je. En fin, ¡luego nos vemos!

Y desaparece por la esquina. La verdad es que a mí también me apetece mucho que llegue la una y media de la noche. Qué locura. En Salamanca, jamás se me habría ocurrido quedar con unas amigas un lunes a esta hora para cotillear. Bueno, básicamente porque mis padres no me lo

hubieran permitido. ¡Me encanta ser independiente!

Suena el teléfono. Es Álex. Es como si tuviera un sexto sentido y supiera cuándo ocurren las cosas.

—¡Odri!, ¿alguna novedad?

CAPÍTULO 21. UNA Y MEDIA DE LA MADRUGADA

Daniela y yo estamos sentadas con Laia en el salón de su piso. Nos hemos liado unos porritos y estamos dispuestas a contarnos el sábado noche, el domingo mañana, el domingo tarde, el lunes mañana y el lunes tarde con pelos y señales.

Empieza Daniela con todo lo ocurrido con Marc. Nos explica cómo fueron las sensaciones del reencuentro. Nos describe lo increíble que fue el momento en que lo volvió a ver después de tantos meses sin saber nada de él —sin contar el encuentro furtivo de hace menos de dos semanas—. Lo maravilloso que fue sentir sus labios en los suyos. Las mariposas que bailaron en su estómago durante toda la noche y lo mágico que fue volver a hacer el amor con él. Nos cuenta lo que hablaron el domingo por la mañana y la decisión de ir lentamente a algo en común porque seguían pensando el uno en el otro. Y nos cuenta que esta mañana ha recibido un wasap donde le decía que tenía ganas de verla y que no podía dejar de pensar en su reencuentro mágico. «Estoy convencido de que lo nuestro es un cuento de hadas y tendrá un final feliz», le decía.

Sigo yo, contando mi primer encuentro preliminar con Xavi y mi bochornoso despertar del domingo, en el que mi cerebro no recordaba la gran mayoría de cosas. Continúo con la conversación con Xavi en la cocina, donde me queda claro qué es lo que hicimos y lo que no hicimos y lo encantador que es. A continuación, les cuento lo acaecido hace unas horitas con Jordi en el trabajo.

—¡Es muy fuerte, Odri! Es evidente que este tío sabe que tienes otro pretendiente rondándote y ahora quiere acechar a su presa, ¡son como buitres hambrientos! ¡Lo huelen! —asegura Daniela.

—¿Pero qué dices, Dani? Es imposible que sepa nada, simplemente me parece muy curioso y raro. Quizás solo pretendía quedar bien conmigo y el cumplido no era más que eso.

En fin, quizás Daniela ya no puede pensar racionalmente debido a su reencuentro amoroso. Siempre he creído que enamorarse te quita lógica cerebral. Y ahora ella vuelve a estar en este estado de racionalidad parcial.

—Está bien, es casi imposible que lo sepa, pero es demasiada casualidad—interrumpe nuevamente Daniela, esta vez más reflexiva—. Está claro que las cosas no pasan solamente porque sí. Hay una razón más cósmica para todo.

—Bueno, bueno, no elucubremos sobre temas difíciles de responder, que para eso ya estoy yo, que soy la que lee sobre filosofía y espiritualidad. Vamos a centrarnos en los hechos. La cuestión es que parece que ahora muestra un poco de interés por ti. ¡Y eso es lo que importa! Es el momento perfecto para empezar a coquetear y robarle el chico a la zorra aburrida de su novia.

—No sé si quiero hacer eso.

—Pero ¿no quieres estar con él? —dice Daniela.

—Sí, claro, que quiero—aclaro—, es el chico más guapo que he visto en mi vida, pero no sé si quiero meterme en medio de nada. Estas cosas siempre acaban saliendo mal para alguien.

—Mientras sea para la zorra aburrida… —suelta Laia.

—Ja, ja, ja—nos reímos todas.

—Qué mala eres, Laia—apunta Daniela.

—Mala, no. Yo miro por los intereses de mi amiga, no de alguien a quien ni siquiera conozco—se defiende Laia.

—Bueno, da igual, ya veremos lo que hago, pero ahora dejemos el tema. Cuéntanos tú, ¡que nos tienes en ascuas! —le ruego a Laia, seguro que hablando en nombre de Daniela

también.

—Está bien, la cosa fue así:

»En la discoteca, el sábado por la noche, os vi muy ocupadas a ambas con vuestros respectivos ligues, así que mientras tú te enrollabas con tu ex y tú con su amigo, yo me fui a dar una vuelta por la disco a ver qué había por allí y me encontré con un morenazo tremendo que me invitó a una copa, lo cual llevó a otra y después a una excursión exprés a los servicios, donde precisamente nos servimos el uno del otro. Y la verdad es que estuvo genial, pero no me quedé del todo satisfecha, vosotras ya me entendéis, así que, después de darle un besito de despedida, me acerqué a otro moreno que no estaba nada mal y empezamos a hablar. Este parecía más tímido, de los que no se dejan pillar en el baño, así que estuvimos hablando largo y tendido durante una media horita.

»Como yo os iba controlando de reojo y veía que la cosa entre vosotros cuatro estaba ya que ardía, decidí que era el momento perfecto para irnos los seis para casa, así que a vosotros os dejé en el segundo piso y yo subí hasta mi casa. Allí até a Rafa, que así es como se llamaba el moreno número dos. Me senté a horcajadas encima de él y me lo follé durante cuarenta y cinco minutos, alternando coitos con mamadas, lo cual me dejó deslumbrada, ya que el tío resistió y aguantó la erección sin correrse con todo lo que le hice. Fue genial. Disfruté como una mantis religiosa subida encima de él, trotando y trotando. Total, que cuando eyaculó, le quité las esposas y estuvimos un rato charlando.

»Resultó que era entrenador personal, lo cual no me extrañó después de ver el cuerpazo que tenía. Seguro que no es mal tío, pero tampoco era mi tipo y no parecía tener muchas luces. En fin, nos metimos una rayita de coca e intercambiamos posiciones en la cama. Así que me tocó el turno; me ató él a mí y me hizo todo lo que él quiso. No estuvo nada mal, debo de reconocerlo. Luego dormimos un poquito, una media horita o así, y antes de desayunar lo volví a atar para empezar con el tercer asalto, pero antes os vine a ver a vosotras, tal como os había prometido la noche anterior, y como comprobé que estabais vivitas y coleando, volví a subir. Pero esta vez decidí desatarlo y jugar con él en las mismas condiciones.

»A mediodía se fue y me eché una cabezadita bien buena hasta media tarde, pero me desperté cachonda, sin entender muy bien por qué, ya que Rafa me había dejado muy satisfecha. No sé, cosas de la naturaleza o del ciclo menstrual, vete a saber. Total, que empecé a mirar mi directorio de contactos y llamé a Óscar, que es un adorable padre de familia al que a veces me tiro —nos aclara—, pero al llamarle saltó directamente el contestador. Deduje que, al ser domingo, debía estar ocupado con su mujer y sus tres hijos. Así que seguí buscando, pero entonces me llamó Albert, que es un muy buen amigo que tengo desde el colegio. Siempre nos hemos llevado muy bien y los dos somos muy liberales, así que cuando nos apetece quedamos y a veces nos lo montamos y otras veces no.

»Es un tío genial. Nos conocemos muchísimo, podemos hablar de todo. Entre nosotros no hay secretos. Y nos decimos exactamente lo que pensamos y sentimos en todo momento. Nos apoyamos en los momentos difíciles y nos reímos en la mayoría de ocasiones que estamos juntos. Es mi mejor amigo. Mi mejor follamigo. Es todo en uno, es genial. Un día os lo presentaré, os encantará. Así que, eso. Ayer por la noche estuve en su casa. Estuvimos largo rato masturbándonos mutuamente. Se le da tan bien hacerme disfrutar, mmm, Albert sabe lo que se hace. Y nada, luego nos quedamos dormidos en su sofá mirando una película.

—¡Qué romántico! —dice Daniela.

—¿Romántico? —repito mirando hacia Daniela con los ojos como platos—. ¿Tú has escuchado toda la historia?

—Sí, ya lo sé, hay mucho folleteo con desconocidos y sexo puro y duro…

—Y tan duro —interrumpe Laia con cara y voz de viciosa.

—Chicas, ¡ya me entendéis! —se molesta Daniela—, ¿no te parece alucinante lo que explicas de este tal Albert? —pregunta dirigiéndose a Laia.

Y Laia solemnemente contesta:

—Dani, lo tuyo con Marc será un cuento de hadas, pero lo mío con Albert… es otra cosa.

CAPÍTULO 22. DECISIONES

La semana avanza. Ya estamos a jueves. Estos dos días en el trabajo, bueno, y fuera de él también, no he dejado de pensar en Jordi y en Xavi. Una parte de mí tiene curiosidad por volver a ver a Xavi, aunque cada vez que lo pienso, aparece un sentimiento de culpabilidad por no acordarme de la mayoría de las cosas que hicimos. Tengo la sensación de haber sido una mala compañía y me repito varias veces a mí misma que, con lo buen chico que es, se merece a alguien que pase un rato agradable con él y que pueda recordarlo. Pero luego pienso que quedar con él también sería una buena ocasión para volver a agradecerle lo bien que se portó conmigo, ya que otro en su lugar lo más probable es que se hubiera aprovechado de la situación, y más con lo fácil que se lo puse. Por otro lado, también creo que la culpabilidad no es un buen motivo para empezar una relación, bueno, ni para empezarla ni para mantenerla ni para nada. La culpabilidad no es buena compañera ni consejera. Entonces pienso que quizás un chico tan majo se merece otros motivos para quedar con él. Y entonces me pongo a pensar en esos motivos, o en si los hay, y acabo decidiendo que sí: es un chico guapo, atento, besa muy bien, es responsable, respetuoso, inteligente… y es médico. En el fondo, no le encuentro nada malo. Así que, evidentemente, tengo motivos para quedar con él. Pero entonces aparece la vergüenza y me disuade de todo mi discurso anterior.

Llegados a este punto, decido no pensar en él durante un rato y entonces me viene Jordi a la cabeza. Él también me gusta mucho: es guapo, amable, correcto y le apasiona la fotografía, como a mí. Pero tiene novia. No obstante, con el comentario del otro día, no sé si pretendía darme a entender que yo le intereso en algo o simplemente quería hacerse el simpático conmigo. En todo caso, me dejó descolocada y ahora no sé qué pensar.

Lleva toda la semana haciendo viajecitos a mi planta y me sonríe desde lejos. Lo cual es extraño, porque antes no lo hacía y desde que me hizo el cumplido, ha subido todos los días tres o cuatro veces. A veces me dice cualquier chorrada con cualquier excusa tonta y otras simplemente pasa de largo por delante de mí haciéndome algún gesto para que lo vea. Cada vez que sube y me regala su sonrisa, me alegra el día y me monto películas Disney en las que le gusto y acabamos juntos. Pero en cuanto acaba la jornada laboral y me vuelvo a casa, me cambia el humor, porque entonces vuelvo a la realidad en la que él tiene una relación y donde no hay espacio para mí. Cada noche, en la cama, me obligo a olvidarme de él, porque lo único que conseguiré haciéndome ilusiones es acabar colándome por un chico con novia con el que no estaré nunca. Así que desde el lunes, ese es el proceso emocional cíclico en el que me encuentro. Por un lado, creo que me gusta más Jordi, pero tiene novia, lo cual me hace decantarme hacia Xavi, quien también tiene muy buenas cualidades, pero con quien me siento en gran parte avergonzada por todo lo que pasó. Tengo que decidirme por uno de los dos. No puedo seguir así. Y, con todo esto, está acabando la jornada y Jordi ha subido dos veces esta tarde.

—¡Odri! —Me giro y ahí está Sofi—. Escucha. Víctor, Jordi y yo hemos dicho de ir a tomar algo cuando terminemos, ¿te apuntas?

Ahí está mi oportunidad. Me lo han puesto en bandeja.

—¡Claro!

Queda una hora para terminar. Le mando un wasap a Daniela contándole la noticia.

«¡Deslúmbrale esta noche para que mande a paseo a la aburrida de su novia! ¡Porque tú lo vales, Odri!», me contesta.

Ya es la hora. Veo subir por la escalera a Sofi y Víctor, pero no veo a Jordi. Se acercan

hasta mí.

—¿Y Jordi? —pregunto.

—Al final no viene. Tenía muchas ganas de hacerlo, porque, de hecho, la propuesta ha sido suya, pero al final ha hablado con su novia y nos ha dicho que no venía. Es una guarra. A saber qué le habrá dicho para manipularlo y obligarle a no venir.

—No seas mala, Sofi—apacigua Víctor—, no sabemos lo que ha pasado.

—No la defiendas, ¡que a ti tampoco te cae bien! —le contesta Sofi.

En todo caso, Jordi no viene. Menudo bajón. Pero bueno, intento ser positiva y no pensar mucho en ello. Sofi y Víctor son geniales y seguro que pasamos un rato estupendo los tres.

Vuelvo a casa sobre las dos de la madrugada. La noche con ellos ha sido genial. Hemos cenado y tomado cervezas y cubatas sin parar rememorando anécdotas del trabajo y de nuestras vidas en general. Les he hablado más de Daniela y les he contado que mi amigo Álex llegará en dos semanas y que podríamos organizar algo todos juntos. Les ha parecido un plan prometedor. Por su parte, ellos también han explicado historias personales, con lo que nos hemos conocido un poco más. Ha sido una noche genial, tomando copas en un bar en plan tranquilo e intimando un poco más. Definitivamente, son muy majos.

Cuando entro en el salón, me encuentro a Daniela en el sofá con cara triste y la mirada perdida hacia la nada. Está catatónica. Ni siquiera se ha percatado de mi presencia. Me acerco a ella.

—Dani, ¿estás bien? —le pregunto preocupada.

—Madre mía, Odri. Ha sido horrible. Normalmente me toca maquillar gente mayor, ancianitas y abuelitos que ya han vivido, mejor o peor, una vida larga, pero hoy… Madre mía —me cuenta sin dejar de mirar al vacío—. Cuando he apartado la sábana de la camilla, ¡había una chica más joven que nosotras, Odri! Ha sido espantoso. ¡Cómo puede ser la vida tan injusta! Todos deberíamos vivir como mínimo setenta años. La vida pasa muy rápido, Odri, no podemos estar perdiendo el tiempo. Me he quedado muy impactada. No puedo borrar su cara de mi mente. He intentado irme a dormir, pero si cierro los ojos la veo a ella…

—Joder, Dani, qué mal rollo. No me extraña que estés impactada. Debe de haber sido horroroso —la consuelo.

—Ahora no puedo dejar de pensar que la vida son dos días y que nos preocupamos por tonterías, Odri. No podemos estar desperdiciando el tiempo con idioteces. ¡Tenemos que lanzarnos a por lo que queremos y arriesgarnos!, porque si vamos esperando a que nos pasen las cosas, quizás sea demasiado tarde, ¿sabes? Es lo que siempre nos dice Laia tan sabiamente.

Cuánta razón tiene Daniela —y Laia—. No hay tiempo que desperdiciar, así que, si Jordi no se decide, hay otros candidatos con los que divertirse. Cojo el teléfono y marco el número de Xavi, que previamente he pedido a Daniela.

—Hola, ¿Xavi?, soy Odri. ¿Te pillo en buen momento? ¿Estabas durmiendo? —¡Joder, acabo de caer en la cuenta de que son las dos y media de la madrugada!

—Odri, qué sorpresa… No estaba durmiendo, pero la verdad es que sí que me pillas en un mal momento. ¿Te puedo llamar mañana?

—¡Pues claro! Claro, claro, y ¡perdona! No me había fijado en la hora que es, ¡siento haberte molestado!

—No me has molestado, pero es que ahora no puedo hablar. Así que, si está todo bien, mañana charlamos, ¿te parece?

—Sí, sí. Me parece perfecto ¡Hasta mañana!

Qué bochorno. Acabo de llamar a Xavi de madrugada, medio pedo y con el subidón de

estar viva a mi edad. ¿Qué va a pensar este hombre de mí? Que soy una alcohólica, una ciclotímica, una impulsiva, una histérica o que estoy desesperada. O quizás lo piense todo. Qué vergüenza. Cuando me llame mañana, no sabré ni qué decirle para defender mi cordura. Aunque, visto lo visto, no sé si tengo demasiado de eso.…

CAPÍTULO 23. IMPACIENCIA

No llama.

Xavi no llama.

Vale. Solo son las once de la mañana. Aún no han pasado ni diez horas desde mi llamada a horas intempestivas, así que tengo que calmarme.

Inspirar, espirar. Inspirar, espirar. Inspirar…

No funciona. ¿Realmente a la gente le sirve de algo saber respirar bien para calmarse? A mí, por lo general, no me sirve para nada. Creo que no lo hago bien.

Envío un wasap al móvil de Daniela, que está en el trabajo.

YO: No llama.

DANIELA: Dale tiempo.

YO: Creo que anoche lo pillé con una chica. Qué vergüenza. No me llamará.

DANIELA: No digas tonterías. Ten paciencia. Llamará.

Las tres de la tarde. Sigue sin llamar. Cambio de destinatario.

YO: Sigue sin llamar.

ÁLEX: Llamará.

YO: No llamará. Quedé fatal. En plan desesperada.

ÁLEX: Tienes razón. No te llamará nunca más.

YO: Que te den.

ÁLEX: Que te den a ti.

ÁLEX: Ya verás como llama, tonta.

Las cinco. Ya estoy en el trabajo. Me cuesta concentrarme. Estoy muy nerviosa. Llevo el móvil en el bolsillo de atrás del pantalón en modo vibración por si llama.

Dan las ocho. Sigue sin llamar. ¡Joder! Me estoy empezando a desesperar. Vale, lo llamé a unas horas no demasiado decentes y un poco ebria. Eso no dice mucho por mi parte. Al menos, nada bueno. Pero podría ser educado y devolverme la llamada, ¿no? Pero ¿qué digo? Ya estoy intentando justificarme. Fue un cielo conmigo y muy educado, incluso teniendo en cuenta la hora que era y el estado en el que yo llamaba. ¿¡Por qué no me llama, entonces!?

No le intereso. Fijo. Es eso. No le intereso. Joder, menudo ridículo he hecho. Ahora casi prefiero que no llame. Porque si lo hace se va a convertir en una conversación en la que, de forma adornada, me va a mandar a paseo.

Madre mía, pero en que líos me mete Daniela, ¡coño! Otra vez justificándome. En el lío me metí yo solita…

Son las ocho y media. Brrr, brrr, brrr. Me vibra el culo. ¡Alguien llama! ¿Será Xavi? Justo voy a coger el móvil con impaciencia cuando veo acercarse a mi jefe. Viene directo hacia mí. ¡Mierda! ¡Qué oportuno, coño! ¡No me ha dado tiempo de ver quién era!

—Odri, antes de irte, pásate por mi despacho, por favor. —No puedo concentrarme en lo que me está diciendo—. Se acercan las fechas de Navidad —¿Navidad? Mmm, regalos, y Álex va a venir. ¡Álex, claro! Seguro que el que llama es Álex, y no Xavi—. El caso es que quiero entregaros a cada uno de vosotros los calendarios laborales con los días festivos que os tocan. —Aunque quizás sea Xavi. Debería ser él. ¡Seguro que es él!—. Además, me interesa que puedas estar en la sección de fotografía y quería comentarlo contigo. —Son buenas noticias, creo, pero yo solo puedo estar pendiente de mi trasero vibrante—. ¿Te parece bien?

—Perfecto, Pere. Sin problemas.

Ya no me vibra el culo. ¿Quién ha llamado? En cuanto mi jefe se aleja, hago el amago de

coger el móvil para saciar mi curiosidad, pero justo Pere se vuelve a girar y me dice:

—Odri, pensándolo mejor, vente ahora, y así ya zanjamos el tema.

—Muy bien. —Jodeeer, ¡qué incertidumbre! ¡¡Quiero saber quién coño me ha llamado!!

En el despacho, Pere me entrega la hoja con el calendario laboral de días y horarios modificados para las fechas navideñas y, tal como me había anticipado, me propone pasarme a la sección de fotografía a partir del próximo lunes día 17 de diciembre. La noticia no puede ser mejor. Mi jefe confía en mí y en mis conocimientos para ampliar los dependientes de una sección especializada. Pero yo sigo sin poder dejar de pensar en mi culo. O sea, no en mi culo, sino en quién ha hecho que vibre.

Salgo del despacho y en cuanto cierro la puerta y dejo a Pere detrás de ella, saco rápidamente el móvil del bolsillo y compruebo el número. No me lo puedo creer: aparece un número de teléfono desconocido bloqueado por *spam*. ¡¡Aaargh!! Hijos de…

Mientras vuelvo a mi puesto, pienso en lo desesperada que estoy y en la incertidumbre en la que se encuentra mi estado de ánimo. Paso por delante de la sección de telefonía y observo todos los teléfonos móviles expuestos en sus estanterías, tan bien colocaditos.… Entonces recuerdo que hace mucho que no hago ninguna foto que represente mi estado de ánimo y me enfado conmigo misma pensando que tener la cabeza ocupada con hombres me ha hecho descuidar mi gran pasión y ¡eso no puede ser! Tengo que ponerle remedio ahora mismo al asunto, así que, a falta de mi Polaroid, tiro de móvil y encuadro todo el arsenal de aparatos telefónicos que tengo delante de mis narices. Esta foto refleja mi estado: desesperada por una llamada.

CAPÍTULO 24. INESPERADO

Se acabó la jornada laboral por hoy. Estoy cansada, aún un poco resacosa y de mala leche porque Xavi no me devuelve la llamada. Me encuentro en mis cavilaciones mientras bajo las escaleras que llevan a la calle, cuando de repente alguien detrás de mí me toca el hombro con la mano. Me giro sobresaltada.

—¡Por fin es viernes!, ¿eh, Odri?

—Pues sí. —Ahí está Jordi. Cada vez que lo veo, me sorprendo de lo guapo que es.

—Ya me ha dicho Pere que el lunes te unes a nosotros, ¿no?

—Pues sí… —¡Joder!, ¡es que no se me ocurre otra cosa que contestar! Coño, ¡parezco idiota!

—Me alegro mucho. Formamos un buen equipo.

Vale. Ahí está. ¿Son imaginaciones mías provocadas por mis ansias de gustarle a Jordi que me hacen interpretar sus frases como indirectas? ¿O es algo que diría cualquier persona en esta situación?

—Pues sí…. —«¡Mierda, añade algo!», me digo a mí misma—. La verdad es que junto con Sofi y Víctor formamos un gran equipo.

—Oye, ¿vas hacia el metro? —me pregunta.

—La verdad es que no. Pensaba ir caminando hasta el Born. Me apetece caminar. —Necesito dejar de pensar en la llamada que no llega, pero ¡seré imbécil! Quizás acabo de dejar escapar la oportunidad perfecta para ir con él hacia el metro. «¡Mierda, Odri!, ¡tienes que estar más atenta!», me regaño.

—Pues no es mala idea. Hace una noche bonita. ¿Te importa si te acompaño?

¿¿Cóóómo?? ¿Ha dicho lo que me ha parecido oír?

—¿Pero tú no vives en Sarrià? ¿Eso no está al otro lado de la ciudad?

—Sí, pero no te he preguntado dónde vivo, sino si te apetece que te haga compañía… —contesta con esa sonrisa seductora y picarona tan característica suya.

—Emm, ¡sí, claro! Claro que sí.

Empezamos a andar Ramblas abajo cruzándonos con varios personajes pintorescos y grotescos que nos amenizan el camino. El hombre que está haciendo de estatua de Jesús y el que tiene a tres metros que representa a Satanás, «El más maligno» (lo pone en un cartelito cutre de cartón debajo de él) ocupan gran parte de la conversación.

Yo me siento bastante cortada, cosa que me fastidia, porque cuando estamos junto con Sofi y Víctor me convierto en el alma de la fiesta y ahora que podría desplegar todos mis encantos enfocados exclusivamente hacia él, parezco la persona más sosa de la tierra. Qué desastre.

Pero bueno, aunque hablo poco, él parece cómodo y alegre. Me va contando sus cosas o anécdotas que le han ocurrido en todos los años que ha paseado por Las Ramblas de Barcelona, desde carteristas de guante blanco hasta prostitutas acosadoras en sus años mozos. Es un chico agradable, divertido y encantador y a medida que vamos andando, me voy relajando. Me centro en lo que me explica y no puedo apartar mis ojos de sus labios. No solamente porque tenga por costumbre mirar a la boca de las personas siempre que me hablan, sino porque la sonrisa de Jordi es maravillosa, sensual, magnética…, perfecta.

Giramos a la izquierda por la calle de Ferran y seguimos hasta la plaza Sant Jaume. Barcelona de noche es preciosa. Esta zona de calles antiguas y llenas de baldosas le dan mucho encanto. Seguimos andando y cruzamos Vía Laietana para dirigirnos hacia el barrio del Born.

Estamos a unos cinco minutos de mi casa.

—Oye, Odri, ¿te apetece que nos tomemos algo, ya que estamos aquí? —me pregunta de golpe.

Esto no me lo esperaba.

—Emm, pues… sí, claro, ¡por qué no!

CAPÍTULO 25. MÁS INESPERADO

El viernes por la noche, la zona del Born acostumbra a estar bastante llena de gente. Es un sitio ideal para tomar algo y hacer unas tapitas ricas.

—Dime, Odri, ¿dónde cocinan bien?

—Bueno, si quieres, podemos ir al Xampanyet. A mí me encantan las tapas que tienen.

—Vamos donde tú quieras —«¡Ay, madre!».

Callejeamos hasta encontrar el número 22 de la calle Montcada. Hemos llegado a nuestro destino. Aparte de comer bien, le tengo cariño a este sitio. Es donde cenamos por primera vez juntas Dani y yo. Pedimos un vinito blanco y escogemos un par de tapas. Nos quedamos de pie en una mesa alta. Hablamos, sobre todo, de fotografía. Me pregunta de dónde me viene mi pasión por las cámaras y le cuento que desde que tengo uso de razón. Desde pequeña me puedo pasar horas observando algo y estudiando dentro de mi cabeza qué ángulo es el mejor para que exprese lo que yo siento en este momento. Le explico que para mí la fotografía no solo son imágenes bien hechas, sino que, si no logran transmitir emociones, pierden su belleza, por muy espectaculares que puedan ser. Me gusta que cuenten historias.

Él me cuenta que su padre tiene una empresa que se encarga de publicidad y *marketing* en la que él ha crecido. Relata que cuando salía del cole, cuando era pequeño, en lugar de ir a casa, se quedaba con su padre en la empresa haciendo los deberes y que se acostumbró a estar en los sets de rodaje de pequeños anuncios o en la habitación que hacía de estudio de fotografía. Se pasaba horas viendo a los fotógrafos haciendo fotos a productos o modelos para los clientes y asegura que las horas se le pasaban volando. Pronto se empezó a interesar por cómo funcionaban las cámaras y algunos de los fotógrafos le regalaron su tiempo explicándole algunos trucos en cuanto a enfoque, técnica y edición. Así que en ese mundillo se siente como en casa. No puede imaginarse haciendo otra cosa, por eso hizo la carrera de Publicidad, junto a todas las asignaturas que había relacionadas con la fotografía.

De repente, justo cuanto estoy embelesada con su historia, noto que me vibra el móvil en el bolsillo de atrás. Doy un respingo.

—Uy, perdona, déjame ver quién es —digo. Y, efectivamente, es Xavi—. Jordi, perdona, voy un momento fuera. Tengo que coger esta llamada.

—Claro, aquí te espero.

Salgo a la calle y descuelgo.

—Hola, Xavi—digo nerviosa.

—Hola, Odri. Perdona que no te haya devuelto la llamada antes. Me ha sido imposible.

—No, no —le corto—, perdóname tú, te llamé a horas poco decentes. Debes pensar que estoy como una cabra, lo siento—añado muerta de vergüenza e intentando excusarme.

Oigo una pequeña carcajada al otro lado del altavoz.

—Bueno, sin duda, eres diferente. —Me quedo muda. No sé si tomármelo bien o mal, pero creo que nota terror en mi silencio y añade—. ¿Qué te parece si quedamos y acabo de decidir si estás loca de remate o si tienes arreglo? No me gusta tomar decisiones precipitadas sin ninguna base sólida.

Claro, es médico. Sin duda, se rige por el método científico. Ahora está en la fase 2, la formulación de hipótesis, y necesita recopilar y analizar los datos.

—Me parece genial. Vamos a por la fase 3.

—¿Fase 3?

—Uy, perdona, he dicho en voz alta algo que he pensado —respondo, intentando

arreglarlo.

—Mmm. Bueno, me parecerá estupendo entrar en la fase 3 contigo, signifique lo que signifique eso.

¿Cómo puedo meter tanto la pata con alguien tantas veces? Ahora se debe estar imaginando que he querido decir algo sexual cuando, en realidad, estaba intentando ser muy comedida. Pero con los antecedentes que tengo con él parezco una enferma sexual. Bueno, quizá, sin pretenderlo, le esté pareciendo sexi y todo…

—Bien, entonces, ¿cuándo nos vemos? —acaba preguntando.

Justo en ese momento, aparece Jordi por la puerta con cara de enfadado y con prisas.

—Odri, perdona, tengo que irme. Es una urgencia. Está todo pagado. Nos vemos el lunes.

Y sin tiempo para poder decirle nada y con el teléfono aún en la oreja, veo cómo Jordi se aleja rápidamente. Me quedo estupefacta sin entender nada. Y de golpe empiezo a oír a lo lejos «¿Odri, Odri?, ¿sigues ahí?».

¡Mierda! Xavi sigue al teléfono, claro.

—Xavi, ¡perdona! Sí, sí. Sigo aquí.

—¿Y bien? ¿Para cuándo esa quedada?

—Pues…, ¿qué tal ahora?

CAPÍTULO 26. CONOCIENDO A XAVI

Estoy sentada en el sofá de mi casa con una cerveza en la mano y un cigarro en la otra. Intento entender lo que ha pasado esta noche. Estaba yo tan tranquila y a gusto con Jordi y en menos de tres minutos ha salido por patas sin explicación alguna. Y a los tres segundos ya había quedado con Xavi.

En fin, no quiero empezar a montarme películas ni a imaginar cosas. Voy a centrarme en vivir el momento y en disfrutar de la compañía de Xavi, que aparecerá en cualquier momento. Hace tanto frío en la calle que hemos decidido que lo esperaría en casa mientras llega y, estando aquí, ya decidiríamos qué hacer.

Después de treinta minutos, tres cervezas, dos cigarros y un porro, llaman al timbre. Me dirijo hacia la puerta y, ups, me noto un poco mareada. Mierda, se me ha ido la mano, y justo con él. Algo no estoy haciendo bien.

—Hola, Odri, ¿cómo estás? —me saluda con una sonrisa en los labios.

Madre mía. No recordaba que fuera tan increíblemente guapo. Seguramente porque lo conocí drogada y al día siguiente me fijé más en las madalenas de la mesa de la cocina que en sus facciones.

—Hola, pues, siendo sincera, un poco bebida y fumada, pero te juro que no es mi estado habitual, aunque ahora no tengo argumentos para refutarlo.

Se ríe. Al menos debe pensar que soy graciosa. Algo es algo.

—¿No está Dani? —pregunta mientras entra en casa.

—No, está trabajando en la funeraria y luego creo que ha quedado con Marc.

—O sea, que tenemos la casa para nosotros solos… —dice sugerente—. ¿Qué te apetece hacer? —Trago saliva. No sé muy bien qué responder a su propuesta implícita que, además, ha sonado muy sexi—. Ya sé —continúa—, me vas a contar a qué te refieres con la fase 3 mientras te bebes un vaso de agua. No vaya a ser que la tercera fase tenga algo que ver con la recopilación y análisis de datos y me pongas en la encrucijada de respetar mis valores o ceder a tus insinuaciones.

Vale. Este tío es un seductor.

Cierro la puerta de entrada y nos dirigimos hacia el comedor.

—¿Cómo sabes tanto de ciencia? —se interesa.

—En realidad, no sé demasiado, pero cuando tengo algún rato libre en el trabajo, leo alguno de los libros que caen en mis manos.

—¿Y qué más has leído últimamente?

—Pues un libro que nos dejó Laia. Es este —contesto señalándole el volumen que está encima de la mesita del comedor.

—*Mujer, deseo y placer*, vaya, interesante. ¿Y qué dice sobre eso?

Noto cómo me pongo roja como un tomate. Mis neuronas han sido lentas y no han tenido en cuenta la temática del libro, que es una recomendación de Laia.

—Bueno, aún no lo he terminado —contesto mirando hacia otro lado y evitando encontrarme con su mirada.

—Pues ya me contarás cuando lo hagas —sentencia con media sonrisa en los labios. Y no insiste con el tema, cosa que agradezco.

Empezamos a hablar y Xavi resulta ser un tío sincero, responsable, trabajador y decidido. Estudió la carrera de Medicina y se especializó en pediatría, porque le encantan los niños. Me cuenta que es hijo único y que le habría encantado tener hermanos y sobrinos. Trabaja muchas

horas. Las que le corresponden y otras que hace altruistamente cuando no concibe dejar a algún paciente a medias solo porque su jornada laboral termine. Aprovecha para disculparse por no haberme devuelto la llamada antes, se excusa diciéndome que precisamente la noche anterior, cuando lo llamé, estaba en el hospital a punto de entrar a quirófano.

Por mi parte, le relato los motivos por los que decidí venir a Barcelona; un poco de historia familiar, mi pasión por la fotografía y todo lo que se ha ido dando desde que estoy aquí.

—¿Por eso le estás dando tanto a las sustancias narcotizantes y psicoactivas? ¿Es una especie de manera de rebelarte contra tus padres y tu vida anterior, en la que te sentías prisionera?

—Pues no lo había pensado así, pero es probable. De hecho, fumar y beber ya formaba parte de mi vida, pero el consumo de drogas no era tan habitual como ahora. La verdad es que no estoy orgullosa, pero supongo que es una fase que se ha visto facilitada por las personas de las que me estoy rodeando y en la que me siento libre de hacer lo que quiera.

—No hace falta que te justifiques, Odri. No te juzgo. Obviamente, puedes vivir la vida como te apetezca. Solo que no me gustaría que te perdieras el respeto a ti misma, porque creo que eres una chica maravillosa que intuyo que no sabe cuánto vale.

Eso podría haber sonado condescendiente, pero por el rato que llevamos charlando y sus conductas previas de respeto absoluto hacia mí y hacia la vida en general, sé que lo dice de corazón y con la mejor intención. Tiene ese punto de responsabilidad que le da solemnidad y que, si se interpreta mal, podría parecer que lo dice desde un lugar de superioridad, pero mi intuición sabe que, al contrario, está siendo amable y se está preocupando por mí. Qué mono. Además, tiene razón. Se me está yendo de las manos el tema de las drogas. Tengo que empezar a parar. Ya llevo tiempo diciéndomelo y diciéndoselo a Daniela.

Las horas van pasando. Jamás había estado tan a gusto con alguien del sexo opuesto solamente compartiendo agua y charlando; sin contar a Álex y a mi hermano, claro. Siento como si nos conociéramos de antes. Hay cierta sensación de familiaridad. Supongo que el hecho de que conozca bien a Daniela y Marc lo facilita.

La conversación deriva hacia el cine y las películas. No puedo entender cómo es un sector tan desconocido para él. Hay millones de clásicos o taquillazos que no ha visto. Y yo me altero por no poder entenderlo. Le empiezo a recitar títulos de películas que me parecen imprescindibles y Xavi va negando con la cabeza a la mayoría de ellas. A él le resulta adorable mi reacción, así que decidimos poner una película que me dice que no ha visto. A mí me parece una aberración que no lo haya hecho, y menos aún en estas fechas prenavideñas, ya que es un clásico: *La princesa prometida*.

Confiando en mi criterio, convertimos el comedor en un cine privado. Así que apagamos luces, nos reajustamos en el sofá, nos envolvemos en una manta y, antes de que yo apriete el botón del mando, me advierte:

—No sé si me podré mantener despierto todo el rato, vengo directamente de guardia y ya son más de las tres…

—No te preocupes, si nos dormimos, nos dormimos.

Y le doy al *play*.

CAPÍTULO 27. SIN PALABRAS

En un momento dado, empiezo a notar que hay una luz que me molesta a los ojos, que tengo cerrados. Los abro y me doy cuenta de que la pantalla de la tele se ha quedado azul. El ordenador se ha puesto a hibernar. La película debe haber terminado hace rato. ¿Me he quedado dormida? Parece que sí. Sin moverme mucho, noto que tengo a alguien encajado detrás de mí abrazándome. Xavi y yo nos hemos dormido haciendo la cucharita.

Sin moverme mucho, estiro el brazo derecho y alcanzo el mando, que está encima de la mesa baja que tengo delante. Necesito apagar esta luz infernal. Me molesta mucho a los ojos. Apago y por un momento todo se queda a oscuras. Hasta que mis ojos se acostumbran. Entonces no está todo tan negro como parece, sino que entra un pequeño destello por la ventana que da al patio de luces y que entra por el salón, dando una iluminación muy tenue y agradable.

Alcanzo el móvil para ver la hora en la pantalla. Marca las 5:43. Noto cómo Xavi se mueve un poco detrás de mí y cómo con su mano derecha me aparta el pelo del cuello dejándolo al descubierto con una caricia inesperada y suave que hace que mi sexo vibre.

—¿Te sientes bien? —me susurra. Y siento que sus labios están muy cerca de mi oreja.

—Sí —contesto con un hilo de voz y casi sin poder respirar.

—Perfecto, déjame hacer que te sientas aún mejor…

Y tras esa promesa en forma de palabras, noto cómo su mano derecha me acaricia la mejilla derecha, bajando y recorriendo mi cuello suavemente y continuando por mi hombro y por mi brazo hasta llegar a mi mano. Entrelazamos los dedos con fuerza y él empieza a besarme con delicadeza la parte alta de mi espalda. A mí se me pone el vello de punta. ¿Cómo puede ser que algo tan sutil pueda estremecerme tanto? Mi boca toma una inhalación sonora y noto cómo los pezones se me ponen duros. Ni siquiera nos hemos besado y siento todo mi cuerpo muy caliente.

Con un movimiento seguro y exquisito, acompaña mi brazo hacia arriba de modo que puedo acariciar su cabeza y él iniciar el camino de vuelta desde mi mano hacia abajo, como Patrick Swayze en *Dirty Dancing*. Mis dedos se entrelazan con su pelo y sus dedos acarician el costado de mi pecho derecho deslizándose cuidadosamente por mi cintura y abrazándome desde atrás. Me retuerzo un poco en el sitio y echo la cabeza hacia atrás buscando sus labios con mi boca jadeante de deseo.

Nos encontramos en un beso húmedo y suave. Con mucho labio y lengua sutil. La intención está presente, pero aún se resiste desesperada, alargando el momento de explosionar.

En un movimiento rápido, Xavi me agarra por el lado izquierdo de mi cintura y con su brazo derecho me hace rodar hacia él, encajando ambos en el sofá y quedando uno frente al otro, adivinándonos a media sombra con la poca luz que entra por la ventana.

Hay milímetros entre nuestros labios. Puedo sentir su respiración por boca entrando en la mía. Alargamos el momento de volver a besarnos y lo llenamos de caricias por el rostro, el cuello, los brazos… Paso mi pierna izquierda por encima de su cadera abrazándolo con esta. De forma acompasada, respiramos profundamente ambos, como cogiendo todo el aire que podemos, porque sabemos que vamos a adentrarnos en un beso largo y demandante.

Y se desata la pasión. Y su mano busca mis pechos y, cuando los encuentra, mi boca gime con su lengua dentro, penetrándome la boca, intercambiando saliva, sonidos, mordiscos. Nuestras manos se vuelven locas acariciándonos allá donde llegamos. Y rápido sentimos que esta posición nos impide el placer de utilizar las cuatro manos, así que nos incorporamos rápidamente. Lo empujo hacia el sofá de manera que queda sentado apoyado en el respaldo y yo me siento a horcajadas encima de él.

Siento su erección bajo sus pantalones. Hago fuerza con mi pelvis contra ella. Solo este roce ya me produce un placer extremo. Él gime. Me agarra el culo con sus manos y me aprieta contra él. Sentimos la necesidad de estar más cerca, con menos capas de ropa entre nosotros. Me libero del jersey, la camiseta y el sujetador en un tiempo récord. Él hace lo propio en el mismo momento con su sudadera y su camiseta. Se queda mirando mis pechos y lentamente, aunque yo muero de deseo porque lo haga rápido, coge cada uno con una mano y los amasa suavemente. Se me ponen las tetas más duras que una roca. Abre la boca y, sin prisa, empieza a lamérmelas enteras. No se centra solo en el pezón, sino que se entretiene en cada centímetro de piel adyacente. Primero una, luego la otra, saboreándolas, poniéndome a mil.

Mi necesidad de sentirme penetrada se acelera y empiezo a moverme circularmente encima de él, de sus pantalones, con sus manos agarrándome el culo y acompañando mi ritmo mientras su boca se entretiene con mis tetas. Y, sin más, tengo un orgasmo.

Mi respiración desacelera un poco al cabo de unos segundos, pero sigo estando muy cachonda. En una maniobra que no sé cómo consigue, me levanta e invierte nuestras posturas, de manera que me deja sentada en el sofá con la espalda apoyada en el respaldo. Él se arrodilla enfrente de mí y se deshace de mis pantalones, de mis calcetines y de mis braguitas. Lo tira todo en el suelo y con sus manos abre mis piernas, dejando mi vulva expuesta, expectante y muy mojada. Pasa sus brazos por debajo de ellas agarrándome parte del culo y la cintura y me acerca al límite del sofá, donde me está esperando con su boca deseante de lamerme.

¡Dios mío, pero qué delicia! Dejo caer mi cabeza hacia atrás apoyándola en el respaldo del sofá. Mi cuerpo, aunque tenso de placer acumulado, queda completamente rendido y a merced de los labios, la lengua y los dedos de este hombre maravilloso que me está regalando un *cunnilingus* ¡de la leche!

El tiempo deja de existir. Xavi se entretiene lamiéndome suavemente los labios vaginales, acompañando las caricias con los dedos, que juegan con mi clítoris y con mi entrada vaginal. De vez en cuando los hace entrar penetrándome de manera suave algunas veces y con más fuerza otras. Y, sin esperarlo, aparece otro orgasmo. ¡Jodeeer! ¡Pero qué maravilla! Grito de placer y con un gesto le indico que deje de tocarme unos minutos mi zona genital. Demasiada intensidad. Mientras recupero el aliento, él no se aleja de mí y me llena el cuerpo de besos dulces y caricias sutiles mientras espera a que mi respiración se desacelere un poco.

—Joder, eres preciosa y sabes a gloria… —dice sin dejar de besarme el cuerpo.

Cuando siento que me he recuperado, lo miro y la penumbra me devuelve una silueta de Dios griego que me hace volverme loca. En un arrebato, me levanto y hago que se levante para que quede delante de mí. Dirijo mis manos directamente a su pantalón y se lo desabrocho con rapidez, haciendo que toda la ropa que hay entre mi boca y su pene desaparezca empujándola hacia abajo.

Él reproduce un sonido que me indica que se siente liberado y que está muy cachondo y yo, sin poder refrenar mis ganas de darle placer, me arrodillo y me llevo su erección a la boca. La succiono con ganas alternando fuerza con lametones suaves y húmedos.

—Joder, Odri, me vas a matar —susurra.

Y dicho esto, me aparta suavemente para terminar de quitarse la ropa que había quedado atascada en la parte baja de sus piernas, me da la mano para ayudarme a levantarme y me quedo de pie delante de él.

Me abraza. Nuestros cuerpos desnudos se frotan delicadamente uno contra el otro. Sus manos recorren cada parte de mi cuerpo con caricias deseantes de más.

—¿Quieres que sigamos? —me pregunta sugerente.

—Por supuesto… —le contesto seductora.

No le veo con claridad, pero intuyo una medio sonrisa de satisfacción.

—Como desees… —Y con este comentario entiendo que algo de la película sí que ha visto, y me derrito.

Con una destreza de bailarín, me agarra con el brazo y me hace girar hasta volver a quedar de espaldas a él. Avanza suavemente hacia adelante provocando que mi cuerpo se acerque de nuevo al sofá empujada con delicadeza por su cuerpo. Nos arrodillamos los dos en él de cara al respaldo. Siento su respiración detrás de mí y también cómo mi espalda se arquea como si fuera un tipo de reacción automática a su erección cercana. Mi sexo quiere facilitarle la entrada.

Sin dejar de besarme la espalda y el cuello, reconozco el sonido de estar abriendo un sobrecito dentro del cual un preservativo espera ser utilizado. Antes de penetrarme, me toca con su mano comprobando que estoy mojada e introduciendo dos dedos de su mano dentro de mi vagina. ¡Me está volviendo loca con cada movimiento! Echo mis brazos para atrás para agarrarle el culo y acercarlo a mí y en ese momento siento cómo me penetra. La primera embestida me provoca un grito de alivio que me deja la boca abierta para el resto de penetraciones. La segunda me deja empotrada en el respaldo, pero con una de sus manos agarrándome una teta. Tengo su boca pegada a mi cuello. Giro la cabeza todo lo que puedo para besarlo. Se mezclan gemidos, saliva, silencios, ojos en blanco, roces, éxtasis.… Siento que él está a punto de llegar al orgasmo, igual que yo, y en ese preciso momento sale de dentro de mí, me levanta en un movimiento contundente y muy rápido y nos vamos los dos al suelo. Me tumba de espaldas al suelo y, abriéndome las piernas, me mete dos dedos haciendo el movimiento justo para alcanzar mi punto G y explotar, literalmente, del orgasmo que acontece. El orgasmo es muy intenso y viene acompañado de una eyaculación tremenda por mi parte. Cuando aún estoy sintiendo todas las vibraciones y contracciones alrededor de mi suelo pélvico, noto cómo su pene me embiste y la sensación se multiplica. En dos empujones, siento cómo él alcanza el orgasmo y cae exhausto sobre mí. Y yo lo recibo encantada.

CAPÍTULO 28. INVITACIÓN

Son las ocho de la mañana. Xavi se acaba de ir. Estoy tumbada en mi cama y no puedo dejar de pensar en el polvazo que acabamos de echar. Solo con recordarlo vuelvo a sentir vibraciones en mi sexo. Uf, creo que jamás había sentido algo tan carnal y tan potente. Llevo mi mano hacia mi vulva y le doy unos mimitos para saciar su necesidad de ser tocada.

En eso estoy cuando oigo cómo se abre la puerta de casa. Salgo de la habitación y voy en busca de Dani, que aparece en el pasillo con cara de cansada, pero con una gran sonrisa en los labios.

—¡Dani! —grito.

—¡Aaargh! ¡Joder, qué susto, tía! —responde pegando un brinco.

—Dani, tengo que contarte muchas cosas.…

—¿Ahora? Necesito ducharme y dos litros de café, si no, no sé cómo voy a aguantar la mañana en el curro.

—Vale, pues dúchate y yo voy preparando el café.

—Vale —contesta mientras sigue andando por el pasillo, luego se gira y me pregunta extrañada—: Por cierto, ¿qué haces tan despierta a estas horas y de tan buen humor?

—Eso es lo que voy a contarte —le digo guiñándole un ojo.

Cuarenta y cinco minutos más tarde estamos en la cocina, ya nos hemos bebido un litro de café y Dani está flipando en colores.

—Joder con Xavi, menudo semental. Parecía tímido, el tío…

—Dani, no sé, quizás es porque es médico y sabe dónde tocar, pero… ¡Dios mío!, tres orgasmos en menos de una hora y aún sigo cachonda.

—¿Cómo la tiene? Fijo que enorme. —Ya tardaba en preguntar.

—No te voy a contestar a eso —sentencio.

—Ya, ya…, ¿y ahora qué? ¿Qué vas a hacer con Jordi? Que, por cierto, menudo gilipollas al largarse así. Yo, si fuera tú, me olvidaría de él, total, tiene novia y te dejó plantada, y teniendo al doctor Amor, yo no me lo pensaba mucho. ¡No hay comparación!

Tiene toda la razón. Jordi no me conviene, pero no puedo olvidar su sonrisa, que me tiene enamorada perdida y su intento de acercamiento, o lo que fuera que fuese lo de ayer. Al menos lo de la primera parte de la noche. ¿Qué habría pasado? ¿Se molestó por la llamada? Si realmente fue por eso, es un poco capullo, la verdad. Bueno, lo que estaba claro es que en unas horas me lo iba a encontrar en el trabajo, así que igual se dignaba a contarme algo.

Lo primero es lo primero. Necesito dormir un poco, aunque no tengo nada de sueño. ¡Qué potentes son los neurotransmisores que tenemos en el cerebro y que soltamos cuando tenemos orgasmos, madre mía! Pero, vaya, tengo que descansar un poco, ni que sea… Así que me espachurro en el sofá en cuanto Dani se va a trabajar y me enchufo al capítulo 17 de *New Girl* para anestesiar un poco mi mente y dejarla en encefalograma plano un ratito.

Me despierto a las 15:13 porque me sobresalta el sonido del WhatsApp. ¡Mierda! ¡Voy a llegar tarde al curro! Miro de reojo de quién es. Resulta ser de Xavi:

XAVI: Aún sigo pensando en lo que ha pasado hace unas horas.… No me puedo concentrar en nada… Eres increíble.

Y se me dibuja automáticamente una sonrisa en la cara.

Llego al trabajo cinco minutos tarde. Lucía me mira con mala cara. Qué ganas tengo de empezar en la sección de fotografía el lunes. Por muchos motivos, pero uno de ellos, y muy importante, es no tener a esta tía rancia cerca. Cuando han pasado quince minutos, diviso a Jordi

a lo lejos. Parece que me está buscando. Cruzamos la mirada y se dirige directamente hacia mí.

—Odri, ¿podemos hablar un segundo? —pregunta mientras me hace un gesto con la cabeza indicándome que me aleje un poco del mostrador, de mi compañera y, en general, de la gente que hay alrededor.

—Sí, claro. Dime —respondo mientras nos movemos hacia la derecha.

—Oye, siento muchísimo lo de ayer. Recibí una llamada con un tema urgente y tuve que salir disparado a solucionarlo. Siento haberte dejado tirada. Me sabe fatal y quiero compensártelo. Si no tienes nada que hacer, te invito a cenar esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí, aunque, tan improvisado, imagino que ya tendrás planes. ¿Es muy precipitado?

—Mmm, no, no. Está bien. No tengo planes. ¿Cómo quieres que lo hagamos?

Al instante de haber soltado la pregunta, noto cómo me pongo colorada y mis ojos duplican su tamaño normal. Puede sonar como un comentario sin más, pero en mi cabeza nos hemos materializado él y yo en unas treinta posturas del *Kamasutra*.

Noto cómo sonríe de medio lado. Mierda, lo ha pillado. Me muero de la vergüenza. Pero no hace ningún comentario al respecto, cosa que agradezco, porque me hubiera desplomado del infarto literalmente.

—Si te parece bien, cuando salgamos ya nos vamos directos, ¿o quieres pasar por tu casa antes?

—No, no hace falta. Podemos ir directamente al grano.

Joder. ¡¿Pero qué coño me pasa?! Mis ojos triplican su tamaño, aprieto los labios y no sé hacia dónde mirar. En esta ocasión, Jordi no puede evitar reírse.

—Vale, pues. Vamos directos… a cenar.

—Perfecto. Hasta luego. —Y desaparezco del lugar más rápida que el viento.

Me encierro en el lavabo. ¿Pero qué coño me pasa? A ver, necesito un momento para centrarme. Mi vida está cogiendo un ritmo muy acelerado y no entiendo nada. Aún tengo el sabor de la baba de Xavi en…, bueno, por todo el cuerpo, ummm, solo de recordarlo me vuelve a vibrar la vulva; y acabo de quedar con Jordi, el cual tiene una actitud rarísima conmigo y le acabo de soltar, sin querer, dos indirectas que ha pillado perfectamente, y me voy a ir a cenar con él esta noche. ¿Los dos solos? Ay, madre.

Cojo el móvil y abro el chat con Laia.

YO: Laia, necesito de tu sabiduría.

Se pone en línea al momento.

LAIA: Dime.

YO: Jordi me acaba de invitar a cenar esta noche después de dejarme tirada ayer en un bar. Noche en la que, por cierto, acabé follando con Xavi a lo bestia. ¿Qué se supone que debo hacer?

LAIA: Disfrutar.

YO: ¿No vas a decirme nada más?

LAIA: A ver, no tienes por qué hacer nada. Déjate llevar. Haz lo que te apetezca hacer.

YO: Tía, pero que tiene novia. Y que no hace ni veinticuatro horas que he estado con Xavi…

LAIA: Lo dices como si dieras por supuesto que acabaréis retozando…

YO: Bueno, mi inconsciente ha verbalizado un par de frases que eran un poco explícitas… —escribo torciendo el labio.

LAIA: Ja, ja, ja, ¡qué zorra! ¡Me encanta! Por fin te estás liberando, ¡por Dios! Reitero mi consejo: disfruta. Haz lo que te haga sentir bien. No eres tú quien tiene novia y Xavi y tú no sois

nada, os habéis enrollado dos veces y en una habéis follado. ¿Y qué? Eso no hace que nadie pertenezca a nadie ni os convierte en nada el uno para el otro.

YO: ¿No? No lo veo muy ético.

LAIA: ¿Ético? Ya te haré una disertación del significado de la ética y la moral en otro momento, porque creo que tienes una idea muy patriarcal de lo que conlleva ser una mujer sexual y liberada. No tienes que sentirte culpable por dar rienda suelta a tu deseo.

YO: Ay, no sé, es como si estuviera engañando a Xavi y rompiendo una pareja.

LAIA: Por partes. Uno, y repito: Xavi y tú no sois nada. Dos, el que tiene novia es Jordi y te ha invitado él, así que es él quien decide sobre su vida, y sus motivos tendrá. Igual que tú decides sobre tu vida y lo que te apetece hacer. No pienses por él. Solo preocúpate de lo que sientas tú. Tres, ¿por qué me estás escribiendo a mí y no a Daniela? Sabes que ella te empezaría a dar un discurso de color rosa. Me escribes a mí porque sientes que necesitas que alguien te dé permiso para sentirte libre. Odri, eres libre, tía. Puedes hacer absolutamente todo lo que te propongas y te apetezca y no tienes que darle explicaciones a nadie si no quieres.

Qué jodidamente sabia es.

CAPÍTULO 29. DESCUBRIENDO OTROS BARRIOS DE BARCELONA

Menuda tarde más ajetreada. Se nota que estamos a mediados de diciembre y las fiestas de Navidad están cerca. El FNAC está lleno de gente. Me ha costado concentrarme en lo que estaba haciendo. Tenía la cabeza que me alternaba entre el piso de abajo y el sofá de mi casa hace unas horas. Pero bueno, al menos he estado ocupada, lo cual ha evitado que estuviera toda la tarde de los nervios. Ahora, llegando ya la hora del cierre, ya es otra cosa, me noto ligeramente taquicárdica. Los clientes ya han desalojado el local y estamos acabando de ordenar los libros cuando aparece Sofi por detrás.

—Odri, ¿qué tal? Menuda tarde, cuantísima gente hoy. No he podido subir a verte ni un segundo. Oye, Víctor y yo decíamos de ir a tomar algo. ¿Te vienes?

Ups. ¿Y ahora qué se supone que debo responder? ¿Que he quedado con Jordi? ¿Es un secreto? Estas situaciones me ponen nerviosa. A lo lejos, más allá de Sofi, veo a Jordi haciéndome un movimiento de cabeza y señalando hacia abajo para indicarme que me espera, en la calle.

—Pues hoy no puedo, ya he quedado —le digo—. Pero la semana que viene, sin falta. —Opto por omitir información, que no es mentir.

—Sí, que nos tienes que contar lo del tío guapo que conociste… —propone picarona.

—¡Cierto! Tengo que irme. Hablamos el lunes, que ya estaré con vosotros en planta —me despido guiñándole el ojo.

—Vale. Pásalo bien. ¡Hasta el lunes!

Me dirijo hacia la salida, donde Jordi me espera.

—¿Preparada? —Asiento con la cabeza—. Pues vamos. —Y me sonríe.

Joder. No puedo con su sonrisa. Me desmonta totalmente. Le sigo y veo que entra en el aparcamiento que hay al lado del Triangle, al lado del FNAC. No entiendo de coches, pero el suyo no me parece un coche barato, así que intuyo que el muchacho, además de guapo —y un poco capullo por plantarme y tener novia—, tiene dinero.

Nos montamos en el coche y empieza a conducir. Es totalmente un cliché, pero un tío bueno conduciendo me parece muy sexi. Y yo me siento sexi sentada en un coche así a su lado. Así que, aunque estoy nerviosa, también me siento poderosa. Aunque, bueno, probablemente me sentiría igual de impresionante si fuéramos montados sobre un burro rebuznando y a un kilómetro por hora.

—¿A dónde me llevas? —le pregunto sugerente.

Sonríe de medio lado y, después de hacer una pausa, responde:

—A un sitio que me encanta.

Conduce durante un cuarto de hora, en el que charlamos sobre algunas anécdotas graciosas que han pasado hoy en la tienda en nuestras respectivas secciones. El tiempo pasa rápido junto a él. Finalmente, entramos en un *parking* en el que dejamos el coche.

—Hemos llegado. ¿Lista para cenar en uno de los mejores restaurantes de Barcelona? —me pregunta antes de salir del coche.

—Para eso siempre estoy lista —respondo pizpireta.

Andamos un par de minutos y llegamos a un restaurante precioso en la calle Major de Sarrià.

—¿Esto es la zona alta de Barcelona? —pregunto.

—Eso dicen —responde mientras me abre la puerta para dejarme entrar a mí primero.

Paso por delante de él. Qué bien huele, por Dios. Me refiero a Jordi, aunque ahora que camino entre mesas con platos servidos me llegan otros olores deliciosos. Me está entrando mucha hambre. En todos los sentidos.

El camarero nos acompaña hasta una mesita que hay en una esquina que nos da privacidad y distancia con el resto de clientes. Veo que el restaurante tiene una terracita iluminada con mesas y muchas plantas que parece sacada de un cuento, pero estamos en diciembre, así que el espacio está vacío. Suena *bossa nova* de fondo como hilo musical.

Nos sentamos y, tras mirar la carta, babear con las opciones que se proponen en ella, asustarme un poco con los precios y pedir un par de copas de vino blanco, nos acabamos de acomodar bien en nuestra mesa.

—Qué lugar tan bonito. Gracias por traerme.

—Un placer. Ya verás qué bien cocinan. Tienen una estrella Michelin. Además, te lo debía después del plantón de ayer.

Entonces, me suena el móvil. Coño, ahora que me iba a contar qué pasó… Me remuevo en mi silla para cogerlo rápidamente. Es Álex. Le cuelgo. Es capaz de soltar alguna burrada y que Jordi se entere.

—Puedes cogerlo sin problema, Odri, no me importa —me intenta tranquilizar Jordi.

—No, no, no te preocupes. Es Álex, un amigo. Si se lo cojo, estaremos hablando y tú ya te habrás terminado el postre. Mañana lo llamo.

Mientras le estoy dando esta explicación a Jordi, me salta una notificación de WhatsApp.

ÁLEX: Zorra, me has colgado.

YO: Sí, ahora no puedo.

ÁLEX: Uy, ¿con quién estás, putón?

YO: Mañana te cuento.

ÁLEX: ;)

Me encanta que nos entendamos tan rápido.

—¿Es un amigo de Salamanca? —se interesa Jordi.

—Sí, de hecho, es mi mejor amigo.

Y le cuento toda nuestra historia. Cómo nos conocimos, cómo me hizo de coartada, anécdotas de nuestras aventuras por Salamanca, todo. Jordi me escucha y yo hablo y hablo y me emociono con cada recuerdo. Él sonríe y me mira atento.

—Parece un tío estupendo. Lo debes echar mucho de menos.

—La verdad es que sí. Pero estoy muy feliz, porque en menos de dos semanas lo tengo por aquí.

—Eso es estupendo. Me encantará conocerlo.

¿Perdón? ¿Jordi quiere conocer a mis amigos? ¿Eso significa algo?

En ese momento, nos traen la comida y cambiamos de tema. Durante la cena surgen varios, pero todos nos acaban llevando a la fotografía. Está claro que somos unos enamorados de la profesión. El tiempo pasa volando y yo disfruto lo que no está escrito de la compañía y de la comida. En efecto, la comida en este restaurante tiene sabores con los que no me había deleitado nunca antes. Además, ver sus labios mientras come hace que mis bragas estén muy húmedas.

—¿Te apetece que pidamos el postre para llevar? Vivo a tres calles de aquí —suelta de golpe.

Después de atragantarme con el vino y toserlo por la nariz al oír su propuesta, lo miro e instintivamente le digo que sí asintiendo con la cabeza.

CAPÍTULO 30. FOTOGRAFÍAS…

Introduce la llave en la puerta de su casa y me la abre para que yo entre primera y me quedo alucinada en cuanto veo lo que aparece delante de mí.

—Guau, ¡esto es increíble! —digo sin poder apartar la mirada de lo que mis ojos están viendo.

—¿Te gusta? —pregunta.

—¿Estás de coña? ¿Son todas tuyas?

—Sí.

Oigo cómo cierra la puerta detrás de mí. Yo no puedo dejar de mirar lo que tengo delante de mí. Más allá del recibidor se abre una pared llena de fotografías. Me acerco lentamente para ir contemplándolas con más detalle.

Frente a mí hay toda una exposición llena de imágenes en blanco y negro, de diferentes tamaños, enmarcadas y colocadas con un gusto exquisito. Son todo posados de mujeres preciosas, algunas incluso semidesnudas, pero la composición es muy elegante. Qué manera más increíble de jugar con las sombras, el foco, la penumbra… Guau. Realmente es muy buen fotógrafo.

Si solo él ya me pone a mil, ver su obra me está provocando un miniorgasmo sin necesidad de que me toque.

—Dame tu opinión —me pide.

—¿Mi opinión? —repito como una idiota—. Son increíbles, Jordi. Son elegantes, precisas, de una belleza extrema. Las posturas de las mujeres y sus miradas cuentan historias… Es mágico, hipnotizante…

Nos quedamos unos segundos en silencio. Él parece estar muy atento a mis palabras. Lo miro y vuelvo a apartar la mirada para volverla a llevar hacia las fotografías. Voy deteniéndome una a una observando cada detalle. Son muy alucinantes.

—Odri…

—¿Sí? —contesto sin dejar de mirar las imágenes.

—Me encantaría tenerte en mi pared…

En un microsegundo se cruza por mi mente la imagen de él empotrándome contra la pared apasionadamente, pero creo que no se está refiriendo a eso, así que meneo un poco la cabeza para sacar esa fantasía de mi cerebro y de mis bragas y retomar la compostura.

—¿Cómo? —digo sorprendida mirándolo—, pero ¿qué dices? Si estas chicas son…

—Tú también —me corta antes de que pueda encontrar una palabra para definir lo perfectas que son.

—¿Yo? —replico alucinada.

—Sí, tú.

Me habla con una seguridad pasmosa y con su mirada clavada en mí, lo cual hace que me empiece a poner nerviosa.

—No sé si yo sería capaz de ponerme delante de la cámara y conseguir posturas decentes como esas —digo señalando las fotografías de mi izquierda.

—Yo te guiaré. Solo déjate llevar y vive la experiencia de estar al otro lado del objetivo —me invita mientras se acerca a mí y se dibuja en sus labios esa media sonrisa que me vuelve loca.

—Mmm…, bueno, no sé, deja que me lo piense…

—¿Que te lo pienses? No, ni hablar, que te echarás para atrás. Esto es ahora o nunca —sentencia picarón.

—¿Ahoraaa? Estás loco. No, no…

—¿Por qué no? ¿Tienes algo mejor que hacer? Venga, Odri —me acaba pidiendo con cara de cachorrito abandonado a la que no puedo resistirme.

—Joder, Jordi. Esto es chantaje emocional.

—Lo sé. ¿Funciona?

—Cabrón.

—Eso es un sí. —Y sonríe victorioso.

Mierda. Me acabo de meter en un lío. ¿Yo haciendo de modelo? ¿Para Jordi? Me muero de la vergüenza. Me viene Laia a la cabeza, con su «la vida es corta, disfrútala», pero también me acompaña mi baja autoestima en forma de personajillo imaginario juzgón encima de mi hombro izquierdo diciéndome: «Estás loca, vas a hacer el ridículo más estrepitoso de tu vida».

—Voy a por la cámara. Vuelvo en un minuto —afirma él, ajeno a mis pensamientos.

Y me quedo petrificada en medio del salón con una proposición que me pone más nerviosa que si me hubiera dicho que le apetecía enseñarme lo cómoda que era su cama.

Cuando vuelve, cámara en mano, yo aún sigo tal cual me ha dejado hace unos minutos.

—¿Sigues aquí? Me alegro. Pensaba que quizás me iba a encontrar con el agujero de tu silueta en la puerta de entrada.

—No te creas que no lo he valorado, pero he pensado que si lo hacía estaríamos empatados en plantones y prefiero mantener la ventaja.

—*Touché* —responde mientras me mira fijamente con esa media sonrisa irresistible en sus labios.

—Venga, vale. No me haré responsable de la mierda de fotos que van a salir, pero va. ¿Cómo lo hacemos?

—¡Eh! Me ofendes, soy un gran fotógrafo.

—No lo digo por ti. Lo sabes bien…

—Un gran fotógrafo sabe captar y conseguir la mejor foto de quien sea.

—Créeme, voy a ser tu criptonita.

—Eso puede ser, pero Superman puede con todo —replica convencido levantando las dos cejas.

Con la mano me indica que lo siga mientras atraviesa el amplio salón hasta el otro lado, que queda comunicado con una barra americana que separa la cocina abierta de la estancia donde estamos.

—Siéntate en este taburete alto, por favor —me pide.

—¿Pretendes que me sostenga elegantemente en un taburete de esta altura y que quede decente? Realmente, te tienes en muy alta estima. —Se ríe mirándome juguetón y, sin decir nada, me hace un gesto en el que me invita a sentarme en el taburete.

—Vale, que no se diga que no he puesto de mi parte… —replico haciéndomela ofendida, y me dirijo dignamente hacia el taburete.

Intento sentarme con la mejor gracia posible, pero empiezo a reírme de mí misma de lo torpe que soy. Mi culo va resbalando y no sé de qué manera poner las piernas para no caerme y que sea una buena pose.

Jordi se ha colocado en la parte de la cocina, de manera que entre nosotros hay la mesa-barra y detrás de mí queda el salón, con los sofás y los grandes ventanales y que, por supuesto, es mejor fondo que la nevera y los armarios de cocina, aunque son muy bonitos. Este chico tiene muy buen gusto.

—Vale, no sé cómo colocarme.

—No te preocupes. Solo te voy a ver de cintura para arriba. Me interesa centrar la foto en tu mirada, así que, si te sientas con una pierna hacia Cuenca y la otra hacia Japón me parecerá estupendo, porque no se verá, tranquila.

Con los comentarios relajados y simpáticos que va haciendo me voy sintiendo un poco más cómoda. Intento disfrutar del momento, aunque sigo estando nerviosa. Veo cómo va graduando su cámara réflex y cómo va ajustando manualmente los valores según su intención artística. Observo también de qué manera se va colocando en posturas que me resultan familiares para empezar a disparar. Me gusta que tengamos eso en común.

—No te escabullas y mírame.

—Te prometo que lo intento, pero mis manos han cobrado vida propia y sienten una necesidad tremenda de tocarme los ojos, el pelo y toda la cara en general.

Nos reímos. Yo intento con todas mis fuerzas no poner caras raras, pero creo que las muecas van a definir esta sesión. De hecho, sería un buen título para la exposición. Uy, exposición…, menuda capacidad imaginativa que tengo.

De repente, suena mi móvil.

—Uy, perdona —me sobresalto.

Me dirijo hacia el bolso, que he dejado encima de otra mesa más grande que hay en el salón, y descuelgo.

—¿Odri, dónde estás? ¿¡Estás bien!?

Al otro lado, Daniela grita preocupada.

—¡Dani! Sí, sí. Estoy bien, no te preocupes.

—Ah, vale, qué susto, es que como no me has avisado de que no venías y viendo la hora, me he asustado… —Y cambiando el tono me pregunta—: ¿¿Estás con el semental??

Pego un respingo, porque Daniela está usando un tono de voz demasiado alto y Jordi podría oírla.

—¿Qué? No, no, anda, vete a dormir. Mañana hablamos. —Y cuelgo *ipsofacto*.

—¿Todo bien? —me pregunta picaronamente Jordi con su media sonrisa en esa boca.

Mierda, lo ha oído. Y ahora se debe pensar que la referencia animal era por él. Ha vuelto de golpe la vergüenza y se está manifestando en mi cara.

—Sí, sí, todo bien. Daniela, que estaba preocupada.

—Mira, quiero enseñarte algo. —Y se acerca hasta donde estoy con la cámara en la mano para mostrarme un par de fotos. Nos quedamos uno junto al otro. A tres milímetros de tocarnos hombro con hombro. Siento cómo se me corta la respiración. Y, además, uf, qué bien huele—. Esta me encanta —sentencia señalando una foto hecha hace solo unos segundos, mientras hablaba con Daniela. En ella, estoy sonriendo, con la cabeza relajada y hacia abajo, sujetándome el pelo detrás de la oreja con la mano izquierda.

—Guau —digo muy sorprendida—. La verdad es que no está mal…

—¿Mal? —Levanta la vista y me mira fijamente—. Estás preciosa. He captado perfectamente tu esencia…, dulce, divertida, pilla, tímida, sincera…

Mientras suelta toda esa retahíla de cumplidos con su mirada clavada en mis ojos, siento cómo una fuerza superior a mí hace que el espacio entre nuestros labios se acorte muy lentamente.

Pero entonces aparece mi Pepito Grillo chillándome al oído «¡¡novia!!» y mi cabeza se echa hacia atrás de golpe intentando deshacerse del embrujo que tiene este hombre sobre mí.

—Te olvidas también de mis defectos: soy torpe, inquieta y estoy un poco loca.

Él sigue con su mirada clavada en mí y, sin salir del papel de hipnotizador sexi, añade:

—Sí, eso cuando estás nerviosa o borracha. Forma parte de tu encanto. Eres muy auténtica, Odri. Tus defectos, como tú los llamas, no dejan de ser virtudes que te hacen única.

Joder. Así cuesta mucho no tirarse encima de alguien.

Se acerca hacia mí lentamente y alarga su mano hacia la mía mientras pronuncia mi nombre. Un gesto que parece que va a venir acompañado de un discurso que pinta profundo y sincero y que no sé si estoy lista para oír.

—Odri…

Su mano roza levemente la mía y siento un chispazo en cuanto se produce el contacto. No llevo acrílico, así que descarto electricidad estática. ¿Puede ser verdad? ¿Esta mierda mágica no es cosa de las películas románticas que nos hacen creer en almas gemelas que se reconocen en cuanto se tocan?

«¡Novia, novia!». Mi Pepito Grillo se ha enfundado en un traje de lentejuelas rojas y se ha hecho con un cartel de peligro que me está dejando el cerebro sordo.

—¡Me tengo que ir! —me sale por la boca de pronto mientras me aparto nerviosamente.

—¿Ahora? —pregunta con extrañeza.

—Sí —sentencio mientras me enfundo en la chaqueta y cojo el bolso.

—Vale, bueno, pero espera, que te llevo —se ofrece amablemente.

—No, no, no te preocupes, voy andando.

—¿Andando? Odri, hay una hora y media caminando de aquí a tu casa.

—¡No importa, hace una noche preciosa!

—Odri, estamos a tres grados y son más de las doce de la noche.

—Sí, bueno, ¡ha sido genial! Gracias por la cena —digo mientras salgo a toda velocidad por la puerta.

Jordi me sigue hasta la calle. Pero yo camino muy rápido.

—Odri, ¡espera!

Finalmente, me alcanza y se pone delante interceptando mi camino.

—Oye, perdona si he dicho o hecho algo que te ha molestado. ¿Podemos hablarlo…?

—No, no, de verdad, está todo bien. Ha sido una noche genial.

—De acuerdo. Entonces, aunque no entiendo nada, déjame que te lleve a casa en coche —insiste desesperado.

Yo dentro de un coche con él, parando en una calle oscura, jugando con lo prohibido… Haciéndolo de noche en una vía pública, con los cristales del coche empañados por el vaho que no deja ver la lujuria que hay en su interior, pero permitiendo claramente adivinarlo… Como en *Titanic*, cuando Jack Dawson y Rose DeWitt Bukater (Leo y Kate para los amigos) se lo montan en el coche. Con mi mano explotando de placer contra la ventana y nuestros gemidos asustando a los transeúntes de la calle.

«¡Novia, novia, novia!». A mi Pepito Grillo le da vueltas la cabeza.

—¡Mira, un taxi! —grito mientras me escabullo de él levantando la mano para parar al coche.

—Odri…

De lejos, le repito, con una gran sonrisa en la boca, que ha sido una noche genial mientras abro la puerta trasera del taxi.

—¡Nos vemos el lunes! —le grito.

Subo al coche y mientras me alejo, lo veo ahí plantado sin entender nada. Me tapo los ojos con las manos. «¡Joder, pobre! Seguro que ha cambiado de opinión y ahora mi locura impulsiva ya no la ve como una virtud, pero es que si me quedo… Uf. No, no. He hecho lo correcto»,

pienso.

Un momento, ¿lo correcto para quién? ¿Para su novia? Y yo ¿qué quiero? A ver, los límites los tendría que haber puesto él, ¿no? Y no los ha puesto. Yo estoy libre como un pajarito. O, bueno, quizás no, porque, ¿y Xavi? ¿Qué hay entre nosotros? ¿Qué somos? Madre mía, ¡qué lío!

CAPÍTULO 31. CUANDO NADA MÁS PODÍA PASAR…

Llego al portal de casa después de veinte minutos en el taxi. Veinte minutos de bucle mental en el que no encuentro ninguna respuesta correcta. Qué difícil, cuando se trata de sentimientos. Rebusco las llaves en el bolso, pero no las encuentro. ¡Mierda! Con las prisas para no llegar tarde al trabajo, me las he dejado dentro de casa.

Llamo al timbre. Nadie responde. Vuelvo a llamar. Nada. Cojo el teléfono para llamar a Daniela y veo que tengo un wasap suyo justo después de que colgáramos.

DANIELA: Mmm, guarrilla…, noche de sexo, je, je, je. Nada, disfruta y mañana me cuentas. Yo voy a casa de Marc. Me quedaré a pasar la noche allí.

Mierda. Pico al 3.º 2.ª, espero que Laia esté en casa. Insisto, pero tampoco responde nadie. Mierda. ¿Y ahora qué? Respiro hondo. Decido que voy al supermercado de la esquina a comprarme una botella de agua, a ver si me trae claridad a la mente.

Salgo de la tienda distraída y, como viene siendo bastante habitual en mí, me choco con alguien. Me aparto rápidamente disculpándome. Al levantar la mirada, no me lo puedo creer.

—¿Odriii?

—Joder, ¿Álvaro? —Mi primer novio.

—Madre mía, ¡Odri! Estás…—Me mira de arriba abajo con una sonrisa en los labios y los ojos superabiertos de felicidad—. ¡Estás increíble!

Y catatónica, también. Al final, logro reaccionar.

—Pero ¿eres tú de verdad? ¿Qué haces aquí? —pregunto alucinada.

—Esto es el destino. Soñaba con este momento. Te invito a un café ahora mismo. Hay muchas cosas que quiero contarte hace mucho tiempo. ¡Y tanto tiempo!, ¿diez años? ¿Quieres? ¿Puedes?

—Mmm, sí, vale. Vamos… Perdona que no reaccione, es que estoy un poco en *shock*.

—Sí, no es para menos. Oh, Odri, me encanta haberte encontrado. La ley de la atracción funciona—. Y me guiña un ojo después de decirlo.

Noto cómo me pongo roja.

Caminamos unos cuantos pasos y nos topamos con un bar. Noto cómo él me rodea con el brazo, sin tocarme y respetándome, cuidando de que nadie choque conmigo, igual que hacía en Salamanca en las calles concurridas de gente. Ese gesto siempre me hacía sentirme protegida y cuidada por él.

Escogemos una de las mesas y nos comenzamos a quitar capas de ropa, ya que en el lugar se está calentito. Qué gran invento la calefacción, por cierto. Nos sentamos.

Vale, tengo a Álvaro delante de mis narices a un metro de distancia. Empiezo a ser consciente de que me lo acabo de encontrar después de un montón de años en una ciudad que no es la nuestra. Los recuerdos empiezan a agolparse en mi cabeza. Me invade la nostalgia por lo bonito que fue, la alegría por tanto con lo que me divertí con él, la euforia del reencuentro, la tristeza por lo mal que lo pasé cuando desapareció, el enfado por la manera en que desapareció, la sorpresa por lo guapísimo que está y los nervios por cómo me está mirando.

—Cuéntame, ¿cómo te va todo? ¿Y qué haces en Barcelona? ¡Madre mía, qué pasada, Odri! —me pregunta emocionado y curioso.

Empiezo a relatarle mis últimos diez años. Al principio, me parece todo muy sorprendente, pero rápidamente todo se vuelve conocido y familiar; como si el tiempo no hubiera pasado. Me invade esa sensación tan conocida de hogar, de alguien que es casa. Y la conversación fluye con tanta facilidad que se me olvida todo lo demás. Incluso el inicio de esta noche y que vengo

huyendo de Jordi.

Me deja hablar y contarle todo lo que se me ocurre, como hacía siempre, mientras me escucha con atención e ilusionado. Sin interrumpirme, respirando cada palabra que le digo y reaccionando con empatía a todo lo que le voy contando.

Cuando llevamos una media hora con mi monólogo, noto que se pone serio. Respira hondo y me dice:

—Odri, quiero pedirte perdón. Sé que esta disculpa llega con diez años de retraso, pero no he podido antes por las razones que ahora te contaré, si me permites que me explique.

Con el corazón acelerado, asiento con la cabeza dispuesta a escucharle. Por cómo se mueve, presta atención y habla, siento que Álvaro ha madurado mucho en estos años, pero, claro, éramos un par de críos.

—Era muy feliz a tu lado. Nos iba muy bien y yo estaba muy enamorado de ti, por eso, cuando nos trasladaron a Israel por el programa de protección de testigos a causa del trabajo de mi padre, no me lo podía creer.

Mi cara cambia de golpe. La que no se lo podía creer era yo.

—¿Protección de testigos? ¿Perdona?

—Sí, mi padre trabajaba como agente secreto. Sé que suena a película de espías, pero te prometo que es cierto. No puedo contarte muchos detalles, ya sabes, pero te diré que yo tampoco lo sabía y me enteré en ese momento en que nos dijo a mi madre y a mí que teníamos que desaparecer de Salamanca y estar en el nuevo destino al día siguiente. Y por muy guay que pueda sonar esa noticia para un adolescente, te juro que yo lo odié por hacerme eso y separarme del amor de mi vida. Me ordenó que no me pusiera en contacto contigo ni te contara nada, que podía ser peligroso para todos y hacer tambalear la misión. Pero yo no podía irme sin decirte absolutamente nada, así que me las arreglé para escribirte esa carta a mano. Para no dejar rastro informático y darte alguna explicación, aunque fuera vaga, un poco dramática y aunque me odiaras por ello. Créeme cuando te digo que no hay un solo día en el que no haya pensado en ti.

—Madre mía, Álvaro. Es raro en mí, pero me he quedado sin palabras. No sé muy bien qué decir.

—No hace falta que digas nada. Pero si me crees y me perdonas por lo que te hice, me quedaré tranquilo.

—Claro que te creo. Parece surrealista, pero te conozco y sé que no me mentirías, aunque la historia pueda parecer…, pues eso, una película de James Bond. Y, por supuesto, te perdono. La verdad es que lo pasé muy, pero que muy mal. No entendía nada. Pensaba que había dejado de gustarte. Es más, pensé que eras gay y que no sabías cómo lidiar con ello y que por eso me abandonaste. Aunque te confieso que también pensé que debía haber algo más, porque esa desaparición tan brusca de toda tu familia… Pero bueno, tenía diecisiete años y para mí fue el fin del mundo.

—Lo siento tanto, Odri… De verdad —me dice desde lo más profundo de su corazón—. Al cabo de unos años, pensé en contactar contigo, pero imaginé que sería mejor no estropearte la vida que tuvieras con historias dolorosas del pasado. Te he buscado en Facebook y en Instagram, pero no te he encontrado.

—No, ya sabes que lo virtual no me va mucho.

—Lo sé —contesta guiñándome un ojo.

Álvaro. Mi primer gran amor. No me puedo creer que nos hayamos encontrado por casualidad en Barcelona, más concretamente al lado de mi casa. ¿Es el destino? Y en ese momento, caigo. ¡La adivinadora me lo advirtió! «El advenimiento de un gran amor inesperado.

¡El amor de mi vida!». ¡Joder! Está pasando…

Imagino que mi cara se ha vuelto un cuadro moldeada por mis pensamientos, porque Álvaro me pregunta con cariño:

—¿Estás bien? ¿Qué estará pensando esa cabecita fantasiosa tuya?

—Nada, ya te lo contaré algún día. Y, oye, ¿tú qué haces en Barcelona? ¿Desde cuándo estás aquí?

Y nos volvemos a enfrascar en una conversación en la que me cuenta que ha estado viajando por el mundo gracias al dinero y el sentimiento de culpabilidad de su padre por romperle la vida. Cuando le expresó que no le interesaba estudiar una carrera universitaria ni quedarse a vivir en Israel, el padre se ofreció para pagarle lo que necesitara siempre que fuera alguien de provecho y aprendiera a valerse por sí mismo. Estuvo un tiempo viviendo y trabajando en Australia, luego viajó a Japón, cultura que le impresionó mucho y de la cual se llevó muchos conceptos y maneras de entender la vida que le calaron hondo. Después decidió ir a la India para seguir investigando maneras de sentir y de vivir y le fascinó también la cultura. Y, finalmente, hace poco menos de un mes, decidió venir a Barcelona para hablar con unos editores que le han hecho una propuesta muy interesante sobre sus relatos publicados en su blog de viajes.

El tiempo vuela. Estoy totalmente inmersa en todo lo que me cuenta cuando uno de los camareros del local nos viene a avisar de que en cinco minutos cierran. Madre mía, ya son las tres de la madrugada. ¿Por qué el tiempo se acelera cuando estás en buena compañía?

—Te acompaño a tu casa —propone.

—Esta noche no tengo casa —replico yo.

—¿Cómo?

—Me he dejado las llaves dentro y mi compañera de piso no llega hasta mañana, así que hoy soy una sin techo.

—Bueno, podría enseñarte algunos trucos de supervivencia para noches frías a la intemperie como la de hoy, pero prefiero invitarte al hostal donde me alojo, que se está más calentito.

¿Yo en casa de Álvaro? ¿De Álvaro? ¿Diez años después? Parece una película romántica.

—No te diré que no.

—Me alegro.

Y nos miramos cómplices.

CAPÍTULO 32. VA Y PASA

Andamos durante unos quince minutos. Cruzamos el barrio gótico, La Rambla y llegamos hasta el barrio del Raval. Me encanta estar paseando con él descubriendo sitios nuevos. El barrio no es muy seguro, pero yo me siento totalmente tranquila y protegida cuando estoy cerca de él. Mientras está abriendo el portal del hostal donde se aloja, le pregunto curiosa:

—¿Y qué hacías por «mi» barrio esta noche?

—Había quedado con unos amigos que conocí mientras estaba viviendo en India. Ellos son de aquí y viven cerca del parque de la Ciutadella, así que quedamos en el Born.

—Qué coincidencias más chulas. Y ¿qué hacías en la India?

—Estaba en encuentro tántrico. Allí los conocí.

—¿Un encuentro tántrico? —repito como un loro.

—Sí, ¿sabes lo que es?

—No mucho —digo, aunque sé que es algo sexual, porque vi unos libros sobre eso justamente el lunes en casa de Laia.

—Te lo explico, si quieres—me dice tranquilamente.

Llegamos a su habitación. El barrio es de los de pasear con cien ojos en la cara y el bolso bien agarrado, pero el hostal está mejor que aquel en el que yo estuve al llegar a Barcelona. La habitación es sencilla, pero se ve limpia y agradable.

Hay algunos libros en el suelo, una cómoda utilizada como armario, un par de mochilas tiradas junto al mueble, una silla en una esquina, algunas plantas, una nevera pequeña y un pequeño altavoz del que cuelga un cable *jack*. El espacio desprende un olor increíblemente agradable.

—Deja tus cosas en esa silla, si quieres —dice mientras enciende algunas velas y una varilla de incienso. También enchufa el móvil al cable y pone una música suave de *jazz* que inunda el ambiente de confort y bienestar—. Si tienes sed, encontrarás un botellín de agua en la nevera.

—Gracias —digo mientras dejo la chaqueta y el bolso donde él me ha indicado, cojo la botella de agua y me siento en la cama.

Él se acerca y se sienta también en la cama, en pose de yogui, frente a mí.

—¿Qué quieres saber de la filosofía tántrica? —me pregunta.

—Todo lo que quieras contarme —le respondo.

A continuación, se pasa unos veinte minutos resumiéndome una cultura milenaria basada en el amor y el respeto. Yo escucho atenta y curiosa y, mientras habla, me fijo más detalladamente en su rostro. Está guapísimo. Lleva barbita, lo cual le da un aspecto más adulto y más sexi. No han cambiado esos ojos marrones clarito, que son transparentes y profundos al mismo tiempo y le embarga un aura de sabiduría y paz que resulta magnética. Y, aunque no he bebido, me empiezo a sentir chisposa. Siento que el ambiente se caldea mientras me habla de cómo es un encuentro sexual desde la perspectiva tántrica.

En un determinado momento, nos quedamos en silencio. Él lo rompe preguntándome:

—¿Estás bien?

—Muy bien —contesto.

—Odri, ¿te parecería bien si te beso?

—Me parecería perfecto —le respondo automáticamente desde las entrañas.

Álvaro se acerca despacio y se queda a unos milímetros de mí. Su dedo índice se coloca con dulzura debajo de mi barbilla para levantarme un poco la cara y, mirándome a los ojos

primero y cerrándolos después, me besa con suavidad. Y yo me fundo en ese contacto. Y mis papilas gustativas reaccionan al instante reconociendo su saliva, su manera de besar, su olor característico y tan especial que me recuerda a hogar.

El tiempo no solo se detiene, sino que retrocede y me devuelve esa sensación de inocencia, de ganas locas de besarlo, de quererlo, de estar con él. En ese beso suave han reaparecido todas las ganas de sentirlo dentro de mí. Que es lo que me falta de él. Me envuelve una necesidad animal de poseerlo, de que me posea, de recorrer su cuerpo y de jadear juntos enlazados y pegados, mientras me penetra profundo. Siento que lo necesito dentro de mí. Es una sensación muy potente que se adueña de mi cordura y ese beso romántico se convierte en una fusión de dos lenguas que se aceleran acompañadas por la respiración, los latidos de mi corazón, mis manos ansiosas rodeándolo…

Y nos volvemos locos de pasión durante unos segundos. Me separo lo justo para arrancarme el jersey y sacarme todas las capas de ropa que llevo ya que, en un momento, me han empezado a molestar todas. Él me para con los brazos, impidiéndome que me quite nada. Lo miro sorprendida y muy frustrada.

—¿No quieres? —inquiero.

—Claro que quiero —me contesta amorosamente—, lo quiero tanto que lo quiero lento. Voy a desear cada parte de ti y a saborearla con mimo y sin prisa. Te voy a mostrar lo que es el tantra.

Y vaya si me lo demuestra… Lo primero que hace es sentarme sobre él, con ropa. Me pide que nos miremos durante unos minutos y que me relaje. Que conecte con el momento presente. Que no me deje llevar por fantasías y expectativas eróticas (cómo me conoce…). Así que le hago caso y lo intento, pero me cuesta mucho no imaginármelo desnudo encima de mí poseyéndome entera mientras yo disfruto como una loca.

Me noto muy mojada y, sin que yo pueda evitarlo, empiezo a notar que mi pelvis adquiere vida propia y empieza a moverse libremente sin mi permiso. Álvaro la acompaña con las manos respirando por la boca y sin dejar de mirarme a los ojos. No intenta cambiar mi ritmo, simplemente posa sus manos firmes sobre sin caderas y hace que yo me concentre en esa sensación. Me lleva al presente.

No sé cuánto rato transcurre, pero yo sigo bailando encima de él totalmente poseída por la danza circular de la energía que vibra dentro de mí. Ya no solamente está danzando mi pelvis, sino que el movimiento ha subido y mi cadera, mi pecho y mi cabeza van de un lado hacia el otro con movimientos en espiral y de vaivén. Sé que Álvaro está conmigo, porque lo noto sosteniéndome y lo oigo respirando y gozando el movimiento, que con su cuerpo acompaña el mío, pero a la vez me siento totalmente fuera de mí, como si estuviera flotando.

Álvaro lleva sus manos a mi cara y acariciándome y mirándome a los ojos, me vuelve a besar. Qué delicia, qué suavidad, qué sensualidad…

Lentamente y sin prisa, aunque con muchas ganas, nos vamos quitando la ropa hasta quedarnos desnudos uno frente al otro.

Hacía diez años que no veía este cuerpo desnudo y no recordaba lo que me gustaba. Ahora está más curtido por los años, pero sigue estando delgado y más fibroso. Con más vello en el cuerpo, aunque no demasiado. Me encanta Álvaro. Ya me encantaba antes y me sigue encantando ahora.

—Vamos a disfrutarnos, amor. Sin prisas. Con calma.

Eso suena a un gran reto en mi cabeza, ya que lo que me apetece hacer es subirme en él y cabalgarlo, pero me reprimo y le hago caso. Hoy voy a explorar nuevos horizontes.

Me estira sobre la cama y empieza a masajearme todo el cuerpo, milímetro a milímetro. Primero con la yema de los dedos, luego con toda la mano. Después, añade su propio cuerpo rozándolo con el mío y, por último, suma su boca y su lengua a todo ese baile corporal. Me regala amasamientos suaves en los pies —que sabe, y compruebo que recuerda, que es una zona que me encanta—, también en mis pechos, que son un puro detonante de mi primer orgasmo. Solo con lamerlos, ya noto esa sensación de placer absoluto recorriendo todo el cuerpo. Él lo nota y ayuda a expandir toda esa sensación por todas partes ayudándose de sus manos.

Me regala un momento para que siga respirando y vuelva a mí. Abro los ojos, le miro. Suspiro. Sonríe y me dice:

—¿Lista para seguir?

—Claro. ¿Qué quieres que te haga yo? —le pregunto más que dispuesta a dárselo.

—Nada, seguir disfrutando. Hoy va de ti. —Y me guiña un ojo mientras con dulzura me separa las piernas y se adentra en mis labios vaginales.

Con suavidad me masajea toda la zona, las ingles, mi monte de Venus, mis labios mayores, mis labios menores, todo el vestíbulo, sigue con mi entrada vaginal, mi clítoris, con los dedos alternando con la lengua… Juega con cada parte de mi cuerpo con suavidad, disfrutando de lo que hace, lo cual me hace sentir aún más placer a mí. Y, al mismo tiempo, noto claramente como él también está disfrutando sin ni siquiera haberle tocado un pelo.

Muy atento a mis movimientos, ruidos y reacciones, va adivinando qué es lo que más me está gustando y lo repite y lo repite hasta llevarme al éxtasis de nuevo. Estallo en un placer implosivo, desde dentro, que con maestría vuelve a acompañar con sus manos para expandirlo por todo mi cuerpo.

—¡Madre mía!, no puedo más. ¡Estoy extasiada!

—Pues descansemos —dice suavemente mientras me envuelve con la manta y nos metemos dentro de la cama abrazados.

—Álvaro, ha sido increíble, pero tú no has disfrutado—le digo.

—¿Qué no he disfrutado? ¿De verdad te lo parece? —me pregunta confuso.

—Bueno, no, sé que lo has pasado bien, pero yo ni siquiera te he tocado… —le digo.

—Tranquila, no tiene que ocurrir todo a la vez. Hay tiempo. Y te aseguro que yo también he sentido muchísimo placer. Eres preciosa, perfecta y tu cuerpo es un templo que me encanta adorar.

Siento que estoy en un cuento de hadas porno-tántrico. Y me encanta. Y así, sin más, nos quedamos dormidos.

CAPÍTULO 33. Y TIRO PORQUE ME TOCA

Me despierto. Abro los ojos y reconozco la cama donde he experimentado el reencuentro carnal con mi primer amor. Me noto una sonrisa tonta y automática en los labios. La habitación sigue oliendo a incienso y sigue sintiéndose el ambiente cálido. Miro hacia el otro lado y no veo a Álvaro. No está en el cuarto. Y en el baño tampoco se oye nada. No sé ni qué hora es. Así que me acerco al bolso para buscar el móvil.

El reloj en la pantalla marca las 12:43. También tengo algunos wasaps.

ÁLEX: Ya es mañana. Cuenta.

DANIELA: Pillina, aún no has vuelto a casa. Los chicos tenían partido. ¿Te has quedado en casa de Xavi durmiendo?

JORDI: Odri, perdona si ayer te asusté. Necesito hablar contigo. Sería genial verte antes de mañana en el trabajo.

XAVI: ¿Todo bien? Mis labios te echan de menos.

Grupo nuevo creado, «Las zorras cachondas», formado por Laia, Daniela y yo misma.

LAIA (para «Las zorras cachondas»): Amores, ¿venís a comer a casa? Ayer descubrí un nuevo club de intercambio en Barcelona y fui a probarlo. Os lo quiero contar.

Joder, ¡la que se está liando! ¿A quién le contesto primero? Y, lo más importante, ¿qué les contesto? En ese momento, Álvaro entra por la puerta. Trae unos zumos, unos vasos donde parece que haya café y unos bocadillitos vegetales que tienen muy buena pinta.

—Buenos días, preciosa, ¿qué tal has dormido?

—Muy bien, la verdad —respondo con una sonrisa en los labios.

Se acerca a la cama y, dejando la bandeja a un lado en el suelo, se empieza a quitar prendas de ropa mientas dice provocativamente:

—Antes de desayunar, creo que sería pecado no aprovechar que estás desnuda bajo estas sábanas… —Y se acerca cual guepardo acechando a su presa.

—¡Espera, dame un segundo! —digo efusivamente.

Desbloqueo el móvil y escribo en el nuevo grupo:

YO: Mejor merienda ;)

Y apago el móvil soltándolo en el suelo.

—Ya. Toda tuya —le digo mientras le invito a zambullirse bajo las sábanas—. ¿Hoy me dejarás ser a mí la que te dé placer a ti?

—No. Sigue siendo tu turno…

—Álvaro —le freno—, aun a riesgo de que lo que te voy a decir suene poco tántrico, necesito y quiero ya tu pene dentro de mí. Llevo diez años esperándolo —asevero con tanta desesperación como convicción.

—Cariño, el sexo tántrico no deja de lado la penetración. Lo haremos cómo tú quieras. Pídeme lo que quieras. Soy todo tuyo.

¡Uy, lo que ha dicho! Me lo tomo al pie de la letra. Mis labios asaltan a los suyos en una décima de segundo. Lo manoseo por todas partes como una loba desesperada. Mi cuerpo se acelera a lo bestia. Lo quiero dentro de mí ya. Así que le agarro el pene, que está durísimo, y lo dirijo hacia mi vulva.

—Espera, tranquila —me pide medio riendo.

—Son diez años, Álvaro, diez. ¡No me espero ni un minuto más!

—Je, je, je, vale, solo déjame ponerme un preservativo. —Y se levanta a por uno.

—Date prisa —le suplico.

Él obedece y va todo lo rápido que puede. Cuando tiene el condón colocado, le pido que se siente en la cama y que apoye su espalda contra la pared. Lo hace y yo me siento a horcajadas sobre él. Cuando voy a penetrarme con su pene, él me sujeta de las caderas y, susurrando, me pide mientras me mira fijamente:

—Hazlo lento. Nota cada centímetro de mí en ti.

Uf, estoy cachonda nivel Dios. Le hago caso y con solo notar su pene dentro de mí, siento un orgasmo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Joder! —grito de placer y de resignación a partes iguales por haber sido tan rápida.

—Shhh —me susurra con sus labios pegados a mi oreja—. Quédate así, muy quieta, respira por la boca… —Le hago caso—. Cierra los ojos. Siénteme dentro de ti. Siente mis manos…

Y sus manos empiezan a recorrer mi espalda con la yema de sus dedos. Noto cómo el vello de todo el cuerpo se me pone de punta. La cabeza se me cae hacia atrás y la boca se me abre dejando escapar un suspiro que parecía estar prisionero dentro de mí. Él espira su aire caliente sobre mis pechos, sin ni siquiera rozarlos, hasta que, de golpe, siento un lametazo en mi pezón derecho. Uf. Vuelvo a sentir una contracción en mi vulva. Otro lametazo. Otra contracción. Vuelve a lamerme el pecho, esta vez, el pezón izquierdo. Las contracciones empiezan a expandirse y las siento en todo mi suelo pélvico. Entonces noto cómo sus manos rodean ambos pechos, acariciándolos, amasándolos, succionándolos y mi pelvis se vuelve loca arriba y abajo. Noto toda la extensión de su pene duro dentro de mí. Lo oigo respirar y gemir de placer y yo estallo, y empiezo a temblar encima de él. Él me sujeta por la espalda y suavemente me deja caer en la cama. Con cariño y cuidado, se coloca detrás de mí en plan cucharita.

—No te has corrido, ¿verdad? —le pregunto.

—No, pero como veo que para ti es importante que lo haga, si te parece bien, lo haré ahora, mientras te sigo disfrutando con este abrazo sensual.

No entiendo mucho lo que quiere decir, pero le dejo hacer. Noto su pene detrás de mí, acariciando mis glúteos. Tumbados en la cama sobre el lado derecho, pasa su brazo derecho por debajo de mi cuello permitiendo que su mano derecha llegue a mi pecho izquierdo, y su mano izquierda se va directa a mi vulva, que empieza a acariciar con suavidad, pero con firmeza, provocando en mí que note su presencia absolutamente, aunque no lo vea. Una presencia que me proporciona placer, un placer muy muy ardiente.

El ritmo se va acelerando y en un momento dado me ayuda con sus brazos a subirme sobre él, a horcajadas de nuevo, pero esta vez del revés, de manera que quedamos los dos mirando hacia delante, él apoyado en la pared y yo apoyada a él. Me penetra suavemente y me abraza desde atrás.

—Levanta los brazos, Odri. Baila tu placer. Yo te sujeto y te penetro mientras te veo danzar sobre mí.

Y esa frase me dispara. Obedezco desde una sensación interna muy profunda de saciar mi deseo y el suyo. Y de nuevo, como una diosa poderosa, empiezo a moverme, a gemir y a sentir un placer ilimitado mientras él, tal como ha prometido, me penetra y me sostiene mientras me acaricia los pechos desde atrás. Lo oigo respirar profundo y gimiendo y siento cuando llega el momento en el que eyacula.

Nos quedamos un momento respirando juntos y cuando él siente que la erección cae, sujeta el preservativo con la mano y, con cuidado, sale de mí. Nos quedamos recostados uno frente al otro.

—¡Joder, Álvaro!

Y no soy capaz de decir nada más. Él sonríe. Se incorpora un poco y, acercándome uno de los vasos de la bandeja, me dice:

—¿Te apetece café frío?

Y nos reímos.

CAPÍTULO 34. LAS ZORRAS CACHONDAS

Llego a casa a las 19:30. Toco al timbre desde el portal. Nadie contesta. Lo pruebo con el 3º 2.ª. Laia me abre. Cuando llego al segundo piso, Daniela asoma por la barandilla del tercero, con una sonrisa de oreja a oreja, y me lanza las llaves.

—No tardes—. Y se mete de nuevo en casa de Laia.

Voy directa a la ducha y veo que en el espejo del baño hay un pósit pegado:

«Menuda folladora estás tú hecha :P».

«Y no sabes cuánto», pienso yo mientras me río al leerlo y al recordar las últimas horas. Y me descubro adorando compartir piso con Daniela por estos detallitos.

Disfruto del agua corriendo por mi cuerpo e intento rememorar en mi cabeza todo lo vivido con Álvaro, porque si retrocedo a unas horas previas, mi cerebro ya empieza a colapsar.

¡Madre mía! Estoy en un triángulo amoroso sin que ninguno sepa de la existencia de nadie más y con la cabeza echa un lío, porque… ha pasado todo en menos de cuarenta y ocho horas ¡y no estoy teniendo tiempo de asimilar nada!

Me visto y subo al piso de arriba. Quizás el consejo de sabias me ayude a aclarar algo. Pico al timbre y abre precipitadamente Daniela.

—Pero bueno, me acabo de enterar de que ¡has estado con Jordi, y no con Xavi! —me dice mitad emocionada, mitad fuera de sí.

Veo que aparece Laia por detrás andando tan tranquilamente.

—Culpa mía, se lo he dicho yo —dice asumiendo la responsabilidad.

—En realidad, vengo de casa de Álvaro —sentencio.

—¿De quién? —dice Laia extrañada, pero tan tranquila.

—¿Álvaro? ¿¡Tu novio del instituto no se llamaba así!? —vocifera incrédula Daniela quedándose con la boca abierta.

Daniela y Laia levantan la vista y vislumbran al Ojo de Sauron curioseando por la barandilla. Daniela me agarra por el brazo y me hace entrar de un tirón.

—Cuéntanoslo todo dentro, que aquí hay mucha cotilla.

Laia, saliendo un poco más hacia afuera, levanta la cabeza y, dirigiéndose a la vecina, le dice:

—¿Quiere entrar y escucharlo todo tranquilamente desde el sofá?

La señora, indignada y avergonzada por partes iguales, se retira escondiéndose de nuevo dentro de su casa. Una vez en el salón, anuncio:

—Menudo lío, chicas.

Y acto seguido, lo relato todo con pelos y señales. Cuando acabo mi exposición, Laia resume en voz alta.

—Es decir, que el viernes por la noche Jordi te invita a unas tapas en una encerrona muy cuqui para dejarte plantada a los pocos minutos mientras estás hablando por teléfono con Xavi, con quien acabas pasando la noche, una noche estupenda, por cierto, y al día siguiente vuelves a cenar con Jordi, vais a su piso, tenéis un momento Disney, sales huyendo, dejándolo tú plantada a él, llegas aquí y te reencuentras con tu ex del instituto, a quien hacía diez años que no veías y

del que no sabías nada y acabas en su casa echando no uno, sino dos polvazos de la hostia mientras tienes a Xavi deseando volver a verte y a Jordi loco perdido sin entender nada.

—¡Exacto! —corroboro.

—Bueeeno, pues veo que el nombre del grupo ¡va que ni *pintao*! —se ríe orgullosa Laia.

Me escondo detrás de mis manos tapándome el rostro. Laia, al ver la cara seria de Daniela, le pregunta:

—Y a ti, ¿qué te pasa?

—Pues dos cosas: la primera, que el nombre de «zorras» no sé si me convence mucho…

—¡Eh, alto ahí! —la interrumpe Laia—. Ya sé por dónde vas. Que sepas que el zorro es uno de los animales más listos que hay, siempre están alerta, su hocico es poderoso, son rápidos y, además, son monísimos. Así que somos unas zorras y estamos orgullosas. Y lo de cachondas, simplemente es irrefutable. ¿O me vais a decir que no? —inquiere retóricamente.

Daniela pone cara de no tener réplica ante la exposición de Laia.

—¿Qué era lo segundo, Daniela? —la anima Laia cediéndole de nuevo la palabra.

—Joder, pues que a mí me gustaba mucho Xavi para Odri, pero lo de Álvaro aún es más de película. No sé con cuál prefiero que acabe…

—Uy, uy, uy… —interrumpe Laia de nuevo—, me asustas cuando te pones en plan tan unicornio rosa. ¿Acabe? ¡Pero si casi ni ha empezado! —Me río con el comentario de Laia. Daniela le saca la lengua como si fuera una niña pequeña enfadada—. A ver, chicas —sentencia Laia—, sois un poco exageradas y dramáticas, aunque reconozco que es parte de vuestro encanto, pero la situación no es tan grave.

—Laia, aún no he contestado a nadie. Por no contestar, no le he dicho nada ni siquiera a Álex.…

—Bueno, a Álex déjalo tranquilo, que puede esperar. Vamos a valorar la situación objetivamente. ¿Qué es lo que te preocupa? —me pregunta.

—¡Que me gustan todos! —aseguro hundiéndome en la miseria.

—¿Y dónde está el problema? —replica Laia divertida.

—No lo entiendes, Laia. Yo no sé estar con tres chicos a la vez. ¡Ya me resulta lo bastante difícil estar con uno!

—De acuerdo, vamos por partes: ¿a quién estás engañando?

—¡A todos! —se escandaliza Daniela.

—En realidad, a ninguno —la corrige Laia.

—Bueno, engañar, no, pero estoy obviando información… —aporto.

—Pero ¿dónde está escrito que tengamos que ir dando explicaciones a la gente de nuestra vida privada? Vamos a ver, ¿no os dais cuenta de que estáis dejando de vivir la vida porque en cuanto vislumbráis más de un placer a la vez ya os entra el susto y os excusáis con que está mal o es indecente? Esta es la sociedad patriarcal en la que vivimos, ¡mujeres!, tenéis que cambiar el chip.

—Laia, yo no sé si soy capaz de estar en medio de relaciones liberales o en lugares de intercambio de parejas, que, por cierto, nos tienes que contar.

—Es que no estoy pretendiendo que seas como yo. Solo te pido que le des tiempo a tu cabeza, a tu coño y a tu corazón para saber qué es lo que quieres. ¡Pero es que no das tiempo, tía! Te acaba de pasar y ya pretendes tenerlo todo claro. Las emociones no son lógicas ni entienden de protocolos.

—Vale, ¿y qué hago?

—A ver, ¿qué te hace sentir Xavi?

—Xavi es un amor. Es guapo, seductor, listo, divertido, sabe lo que se hace sexualmente, tiene un trabajo estupendo. Es buena persona. Además, me respeta y muestra interés por mí, aunque en el 90 % de nuestras interacciones yo haya estado borracha o drogada. Creo que es un partidazo y disfruté mucho con él. Es alguien nuevo, fresco y me atrae muchísimo.

—Vale. ¿Y Jordi?

—Uf. Jordi es el fruto prohibido. Fue amor a primera vista. Pero, además, compartimos aficiones y gustos. Es atento, inteligente, respetuoso y cuidadoso. Me encanta cómo huele, cómo me mira y lo que ve en mí. Sin conocernos mucho, siento que me ha captado. Es como si habláramos el mismo idioma, aunque se nos dé muy bien plantarnos mutuamente. Es sincero, aunque enigmático. Su sonrisa me vuelve loca y sus labios, grrr…

—*OK*. Vamos a por Álvaro.

—Uy, Álvaro, ¿qué queréis que os diga? Álvaro es… casa.

—¡Nos quedamos con Álvaro! —grita Daniela con estrellitas en los ojos y aplaudiendo con miniaplausos delante de su pecho. Y solo le falta sacar un pompón y ponerse en plan animadora americana.

—¡Qué manía con tenernos que quedar con nadie, Dani! —la pincha Laia—. De momento, solo estamos dejando que Odri exprese lo que siente. No hay que tomar ninguna decisión. Entonces, ¿te apetece volver a ver a Xavi?

—Sí.

—¿Y a Álvaro?

—Sí.

—¿Y darle una explicación a Jordi?

—Uf…, si le cuento la verdadera razón por la que me largué por patas, aunque creo que se la puede imaginar, porque tonto no es, abro la caja de Pandora. Chicas, me costó mucho, mucho, muchísimo no besarle. Si vuelvo a estar a solas con él y nos sinceramos, no sé lo que puede ocurrir. Y si ya todo me parece un lío, con una novia de por medio, ya ni os cuento…

—Ya, pero lo vas a ver seguro, trabajáis juntos —me recuerda Daniela.

—Cierto, y además estaremos toda la campaña de Navidad en la misma sección.

—Venga, va, vamos a trazar un plan para la vida afectiva y sexual de Odri —propone Daniela.

Laia pone los ojos en blanco, pero a mí me parece buena idea. Necesito tener un guion al que atenerme.

—Vale, pero voy a sacar ya el vino y los porros —anuncia Laia.

—Trae también unos cuantos folios y bolígrafos de colores —pide Daniela sonriendo—. Esto lo vamos a hacer bien.

CAPÍTULO 35. SIGUIENDO EL PLAN

Me despierto. Son las 12:30. Es lunes 17 de diciembre. Tengo la cabeza clara, la mente despejada y tengo un plan. Un plan que seguiré a rajatabla para mi salud mental y que tengo pegado en el corcho de mi habitación.

Estos son los pasos establecidos en la asamblea afectivo-sexual de ayer:

1.º Llamar a Álvaro para quedar con él y ver cómo está el tema. Es el más antiguo en mi vida. Tiene prioridad.

2.º Mandarle un audio a Álex poniéndole en antecedentes.

3.º Responder el mensaje a Xavi diciéndole que estoy bien, que el fin de semana he estado ocupada. Si me propone quedar, excusarme con el trabajo y dejar pasar una semana para que las cosas se tranquilicen y pueda ir viendo cómo me voy sintiendo.

4.º Por la tarde, ir a trabajar normalmente. Repetirle a Jordi, cuando saque el tema, que todo está bien y volver a disculparme por no haberle respondido. Mi excusa es que tuve un asunto importante que atender. Y, sobre todo, no debo quedarme a solas con él.

Bien. Lo primero es lo primero, ducharme, un litro de café y comer algo para estar preparada para ir a trabajar. Una vez hecho todo, empiezo con la lista. Esto de tenerlo todo controlado me gusta. Debería intentar hacerlo más.

Primer paso. Llamo a Álvaro. No me lo coge. Le pongo un mensaje por WhatsApp.

YO: ¿Te apetece que nos veamos alguno de estos días? ;)

Segundo paso. Álex. Le dejo un wasap de audio de ¡veintiocho minutos! contándole con pelos y señales y de forma muy explícita mi fin de semana.

Tercer paso. Le escribo un wasap a Xavi:

YO: ¡Hola, Xavi! Perdona, fin de semana ajetreado. Todo bien :)

Me contesta al momento:

XAVI: Me alegro entonces. ¿Te apetece que cenemos juntos? A mis labios les apetece estar cerca de los tuyos.

Mmm. Mierda. Qué sugerente…

YO: Eso suena fantástico, pero esta semana tengo mucho lío en el trabajo con la campaña de Navidad. ¿La semana que viene?

XAVI: De acuerdo.

Ay, ¡qué respuesta más triste! Igual se ha ofendido o le he parecido una borde que le está dando largas. No puedo dejar la conversación así.

YO: Aunque me muero por cenar (cerca de) tus labios pronto…

XAVI: ;)

Y ya paro. Ahora entiendo a Daniela cuando me contaba que practicaba el *sexting* con los tíos de Tinder. Tiene su punto, oye. Cuesta parar y no ponerme cachonda imaginándome a Xavi cenándome… Vale. Ya.

Perfecto. Los tres primeros puntos, hechos. Y voy bien de tiempo, así que, como hace sol, decido ir paseando hasta el trabajo. A medio camino, me suena el teléfono. Son mis padres. Descuelgo.

—Hola —saludo.

—Odri, hija, ¿cómo estás? —pregunta mi madre.

—Bien, mamá. De camino al trabajo.

—¿Trabajas en Navidades? ¿Vas a venir a Salamanca?

—Pues no, no iré, la verdad. Es cuando más trabajo hay, de hecho.

—Pues queremos verte. Tu padre está sopesando si económicamente nos podemos permitir ir a pasar un par de días y, aunque trabajes, poder cenar contigo.

Me acaba de venir una imagen de mis padres cenando en casa junto a Laia y Daniela envueltos en una nube de maría. Y, aunque cómica, no es una estampa que quiera poner en práctica.

—Bueno, mamá, no te preocupes. Si no podéis venir, no pasa nada.

—Bueno, ya te avisaremos con lo que decidamos.

Me paso unos cinco minutos más contándole las cosas que no tienen que ver con drogas ni sexo que estoy viviendo aquí para que se quede tranquila. Le expreso cuánto me gusta mi trabajo y que mis compañeros son muy majos, al igual que mi compañera de piso y mi vecina. Mi madre se alegra. Y yo me alegro. Pero prefiero que se alegre desde lejos, gracias. Cuando cuelgo, ya entrando en el FNAC, veo que tengo un wasap.

ÁLEX: Odri, ¿me estás haciendo *ghosting* o qué? Ya ni me contestas a los mensajes...

Al leerlo, me da un vuelco el corazón. ¿Cómo? ¡Pero si le he mandado un *podcast*! Ay, joder, ¿a quién se lo he mandado? Vuelvo a la pantalla principal de WhatsApp, donde aparecen mis contactos más recientes y, al leer su nombre, me lo temo. Aprieto en la conversación con Álvaro y, justo después de mi pregunta, ahí está mi audio para Álex. Con sus dos *ticks* en azul. Mierda.

¡¡Joder, joder, joder, joder!! Me he equivocado de «Á».

Llego a la primera planta sintiendo que está a punto de darme un ataque al corazón y veo acercarse a Sofi casi corriendo hacia a mí. Detrás de ella, más lejos, Jordi y Víctor están hablando.

—Odri, ha venido un chico preguntando por ti. Madre mía, es guapísimo. ¿Es el chico que conociste en la cena de las amigas de tu compi de piso? Porque… joder.

—¿Un chico? Y ¿dónde está?

—Me ha dicho que te diga que te espera ojeando libros, así que está en la segunda planta.

Joder, Álvaro está aquí. Mientras siento lo que debe ser un derrame cerebral, Sofi rectifica y añade:

—Ah, no, ha vuelto a bajar. Está viniendo hacia ti. —Y se va para dejarnos solos.

Me giro y, efectivamente, ahí está Álvaro. Intento tragar saliva, pero tengo la boca más seca que la vagina de mi tatarabuela. Él se acerca sonriendo.

—Odri, antes de que te desmayes, te pido que no te preocupes. Sí, he recibido el audio, pero quiero que sepas que no pasa nada y que está todo bien conmigo. Sé que lo mandaste por error, pero lo deduje cuando llevaba más de la mitad. Lo siento, si no, lo hubiera dejado de escuchar, pero entonces empezaste a hablar de mí y sentí curiosidad. Podrías dedicarte a poner voz a audiolibros, la verdad es que se te da bien. Tu voz engancha. —Me lo dice todo amablemente y con un tono tranquilizador y adorable, pero yo estoy estupefacta. Me cuesta hasta pestañear. Me muero de la vergüenza—. Odri, oye, de verdad que no pasa nada. Solo faltaría que tú no tuvieras tu vida antes de encontrarme. Siento que estés hecha un lío. —Y levantando la vista por detrás de mí, concluye—: Uy, ese debe de ser Jordi, porque nos mira mal, debe estar celoso…

—¡Ay, joder! —Es lo único que sale por mi boca y automáticamente me escondo detrás de mis manos.

Álvaro se ríe y me coge las manos para que las saque de delante de mis ojos.

—Eh, preciosa, escúchame. Soy yo, ¿de acuerdo? Sé que ha pasado mucho tiempo y que la situación es bochornosa para ti, pero de verdad que no tienes que sentir vergüenza. Te conozco

muy bien y he venido justamente porque pensé que cuando te dieras cuenta del error en el envío te querrías morir. Y de verdad que no es para tanto. Está todo bien. Y, por cierto, me encantó escuchar lo que sentiste al estar conmigo —termina mientras me guiña un ojo.

—Hola, Odri, ¿va todo bien? —Jordi se acerca preguntando.

—Jordi, sí, sí. Todo bien.

—Jordi, encantado —dice Álvaro tendiéndole la mano—, soy un viejo amigo de Odri de Salamanca.

—¿Álex? —pregunta Jordi mientras le devuelve el saludo.

—No, Álvaro. A Álex lo conocerás en breve. Llega el día 27.

No puedo evitar reírme. Álvaro es un genio y sabe hacer de las situaciones bochornosas momentos únicos. Me recuerda un poco a Laia. Son personas maravillosas a las que quieres tener siempre cerca.

—Jordi, está todo bien. Ahora voy —lo tranquilizo.

Jordi se aleja confiando en mi respuesta. Y volviendo a mirar a Álvaro le digo:

—Gracias. Realmente eres único.

Y nos sonreímos.

—Oye, te propongo algo. Estaré unas semanas fuera, tengo que volver a Israel para visitar a mis padres, que hace más de un año que no los veo, así que aprovecharé estas fechas para pasar las Navidades y fin de año con ellos y recoger algunas cosas que tengo allí. Después, volveré y entonces podemos ver cómo estás. ¿Te parece?

—¿Pero allí celebran la Navidad y el Año Nuevo? —pregunto extrañada.

—No, los judíos no. Ellos celebran el Rosh Hashaná en septiembre. Pero mis padres son españoles, así que seremos de los pocos que lo festejaremos en diciembre. Aunque es más una excusa para vernos que una necesidad imperiosa de celebrarlo.

—¿Cuándo volverás? —pregunto.

—A mediados de enero, pero no quiero que estés pendiente de mí. Quiero que experimentes todo lo que te apetezca. Como si yo no hubiera aparecido.

—Pero es que sí has reaparecido.

—Ya, pero ponme entre paréntesis, ¿vale? Quiero que no te prives de descubrir nada importante. No te quedes con las ganas de nada. Los «¿y si…?» son muy peligrosos para los bloqueos energéticos.

—Álvaro, nuestro encuentro fue increíble.

—Sí, lo fue.

Nos quedamos en silencio unos segundos mirándonos a los ojos. Seguramente estamos los dos rememorando los dos polvazos. Mmm…

—Odri, no te voy a besar, porque Jordi no nos quita ojo, pero quiero que sepas que sigues siendo tan increíble, incluso más, que el recuerdo que tenía de ti. Para mí eres muy especial. Nos vemos en breve.

Y me abraza. Cuando me suelta, me guiña el ojo y se va con una sonrisa en los labios.

Pues nada, puntos 1 y 2 del plan, mal.

CAPÍTULO 36. PASO 4

Me dirijo hacia Jordi, Sofi y Víctor, que están juntos frente a un expositor.

—Madre mía, Odri. ¿Es el chico con el que te liaste el fin de semana pasado? —pregunta de nuevo Sofi.

Mierda. Lo ha soltado discretamente, pero delante de todos. Jordi no dice nada, pero noto cómo está elucubrando opciones.

—No, es un amigo de Salamanca al que hacía mucho que no veía y nos encontramos por casualidad el otro día.

Prefiero no especificar más. Aunque ahora sabe que, como mínimo, hay un hombre más en mi vida.

—Pues está cañón. Podrías presentármelo, Odri—insiste Sofi.

—Se marcha unas semanas, así que no podrá ser, pero ¡ehhh! —digo cambiando de tema —, la semana que viene llega mi amigo Álex a pasar unos días y me encantaría que os conociera. Y, además, me ha hecho prometerle que le enseñaría los mejores locales para salir, así que cuento con vosotros para que nos hagáis de guías. ¿Qué os parece?

—Me parece una idea estupenda —secunda Víctor—. Estas Navidades, ¡fiesta loca!

Los clientes empiezan a amontonarse y a pedir ayuda, así que nos alejamos para atender a quienes nos van preguntando.

A media tarde, no puedo aguantarme más y desaparezco para ir al baño. Aprovecho para responder a Álex.

Yo: Álex, lo siento. En realidad, sí que te contesté, pero le mandé el audio a otra persona. Te lo reenvío. Se está liando parda, *baby.*

Cuando me estoy terminando de lavar las manos, se abre sigilosamente la puerta principal del lavabo de señoras y aparece Jordi sacando la cabeza intentando adivinar si estoy.

—Odri, ¿estás aquí? Necesito hablar contigo. ¿Estás sola?

Es el típico baño en el que dentro hay unos cuantos lavamanos y cinco cubículos más con sus puertas, dentro de los cuales están los respectivos váteres.

—¿Jordi? Sí, ahora mismo sí.

—De acuerdo, pues entro.

Y entra.

Nos quedamos uno frente al otro.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás loco?

—Loco por ti —me suelta.

—¿Cómo? Pero ¿qué dices?

En ese momento se abre la puerta principal y, en un movimiento muy rápido, Jordi me coge y nos mete a los dos dentro de uno de los cubículos. Cierra la puerta y, poniéndose el índice sobre los labios, me indica que permanezcamos en silencio. Oímos cómo la señora se encierra en el cubículo de al lado y se empieza a desabrochar los pantalones para sentarse en el váter. Permanecemos muy callados y sin movernos para evitar cualquier tipo de ruido.

Instantes después, oímos un «ay» de placer en el momento en que se empieza a oír el chorro del pis cayendo. Hasta aquí, todo bien, pero entonces se oye un pedo que resuena por la cavidad del inodoro y automáticamente nos empezamos a reír con risa explosiva pero silenciosa y tapándonos la boca con las manos para lograr detener cualquier intento de ruido mientras nos miramos divertidos.

La señora termina de orinar. Se limpia, se sube los pantalones, se lava las manos y sale del

baño principal. Nosotros seguimos encerrados en el cubículo, aún con la risa floja en la cara, y nos miramos. Lo ocurrido con la señora ha distendido la tensión previa. Nuestra cara se va relajando y nos miramos a los ojos. El espacio en el que estamos es muy pequeño. Entonces, él dice:

—Ahora me voy a ir, pero no va a contar como plantón. Seguiremos empatados.

Unos segundos de silencio. Respondo:

—De acuerdo.

Y entra otra persona en el baño. Esto nos indica que tenemos que seguir encerrados a pocos centímetros uno del otro sin poder hacer ruido. La señora se mete en otro cubículo y empieza a hacer sus cosas. Jordi y yo nos miramos. La risa ha cesado y el entorno se pone serio. El ruido provocado por la nueva mujer queda disipado por la intensidad de nuestras miradas.

Lentamente, Jordi se va acercando hacia a mí. Joder, qué bien huele. Esta vez no puedo huir. Así que puedo sentir cómo mi corazón se acelera cada vez más con cada centímetro que disminuye entre nosotros. Jordi apoya sus manos en la pared que hay detrás de mí, dejando mi rostro entre sus dos brazos, supongo que asegurándose de que en el último momento no abra la puerta de golpe y deje la estela del Correcaminos detrás de mí. La tensión sexual que se ha generado en unos segundos no se podría cortar ni con los cuchillos mágicos de la teletienda.

Finalmente, de manera muy lenta y sutil, Jordi apoya sus increíbles labios sobre los míos. Ni siquiera hay movimiento, solo los mantenemos en contacto, manteniéndolos entreabiertos, respirándonos en silencio, rozándolos muy suave y lentamente para evitar cualquier tipo de ruido. Nuestras lenguas se van uniendo de manera tímida, delicada, sin prisas, conteniendo la pasión, solo haciendo acto de presencia. ¡Y qué presencia, joder! Me dejo llevar por completo. Es el beso más sensual de mi vida. Deseo puro en estado contenido dejándose saborear en silencio.

Y entonces se oye «plof». El ruido de la caca chocando contra el agua. Y nuestro maravilloso beso se convierte en complicidad absoluta entre nuestros dos cuerpos intentando hacer lo imposible para mantener el silencio sepulcral mientras la señora sigue defecando a placer. Mi cabeza se apoya en su hombro izquierdo mientras me tapo la boca con la mano izquierda y él me sostiene la cabeza por atrás con su mano derecha y me tapa la oreja derecha con su mano izquierda mientras nos volvemos a carcajear en silencio de la situación. Nos mantenemos ahí, estoicamente, mudos, hasta que la señora se va. Entonces Jordi dice, sin poder parar de sonreír:

—Menudo beso de mierda. —Y explotamos a reír liberando toda la tensión y las risas acumuladas—. Mejor que me vaya, porque a saber qué es lo siguiente.

—Estoy de acuerdo. Sal tú primero.

Le respondo con la sonrisa tonta pegada en la boca también. Él asiente e imitando los gestos sigilosos de la pantera rosa y comprobando que no hay nadie más, se va.

Dejo caer mi peso sobre la pared en la que ha ocurrido uno de los momentos más alucinantes de mi vida.

Punto 4 del plan, mal también. Pero no puedo parar de sonreír.

CAPÍTULO 37. PASO 3

Cuando salgo del baño y regreso a mi puesto, no puedo evitar buscar a Jordi con la mirada. Veo que está hablando con un cliente y que, al verme, sonríe. Le devuelvo la sonrisa intentando disimularla para el resto de la humanidad.

Lo que queda de jornada laboral la pasamos todos trabajando sin descanso. Se nota que se acercan fechas señaladas y el consumismo ha hecho acto de presencia. Poco tiempo hay para pensar en nada más, pero entre cliente y cliente, Jordi y yo nos vamos mirando de reojo. Parecemos dos adolescentes.

Cuando llega la hora de cerrar, estamos todos agotados. En el momento en que desaparecen los clientes, aparecen en las manos de los trabajadores todos los móviles personales y todos comprobamos nuestros mensajes.

Álex me ha llamado siete veces y también me ha escrito.

ÁLEX: En cuanto acabes, me llamas. Es una orden.

Jordi mira extrañado su móvil y contesta a una llamada entrante. Le oigo decir: «¿Cris? Cris, cálmate. ¿Cómo? ¿Dónde estás? Estate tranquila. Ahora mismo voy». Su rostro muestra preocupación y alerta y mientras va hablando se despide de Sofi, de Víctor y de mí levantando la mano mientras se va alejando rápidamente. Casi ni nos mira, sigue concentrado en la llamada. Quizás mejor así, porque no sabría qué decirle.

—Qué coñazo de novia, ¡por Dios! —no puede evitar comentar Sofi—. Yo no sé cómo la puede soportar. Todo parecen quejas, lamentaciones y obligaciones. No sé cómo la aguanta.

—Qué mala eres, Sofi —le recrimina Víctor en tono jocoso.

—Mala, no, es que, madre mía, cuando no le pasa una cosa, le pasa otra y Jordi siempre está ahí —sigue defendiéndole Sofi.

—Chicos, yo voy tirando, que estoy cansada y Álex me ha llamado. Le pego un toque de camino a casa. Hasta mañana.

—Chao, que descanses —me contesta Víctor.

—*Adéu*, hasta mañana —añade Sofi.

Salgo del edificio y empiezo a andar Rambla abajo mientras llamo a Álex, que está totalmente fuera de sí después de escuchar mi audio. Le cuento absolutamente todos los detalles de absolutamente todo. Necesito que esté bien informado para cuando venga.

Cuando llego al portal, me cruzo con Daniela, que se marcha a maquillar fiambres. Yo sigo al teléfono hablando con Álex.

—Odri, ¿qué tal va nuestro plan? —pregunta ilusionada.

—Como el puto culo. Pero un culo bonito. Estoy con Álex. Luego te lo cuento. Te esperaré despierta —le contesto.

—Okis—me dice, y alzando la voz, añade—: ¡Adiós, Álex, hasta pronto!

Álex le contesta, pero Daniela ya ha desaparecido calle adelante y no le oye.

Me despido de mi amigo al entrar en casa y cuelgo. Me da tiempo de dejar la bolsa, quitarme la chaqueta, hacer pis, y entonces llaman al timbre. «Daniela se habrá dejado las llaves», pienso. Pero al abrir, me encuentro con Xavi.

—¡Sorpresa! —me dice levantando un par de bolsas de papel marrones que sé que contienen *sushi* dentro.

Joder, ¿qué hace este aquí? ¡Que alguien me dé tiempo para poder procesar algo!

—Sorpresa total —contesto—, pensaba que habíamos quedado para otro día.

—Ups. He interpretado mal el mensaje, pues…, perdona. He imaginado que esta tarde

habría sido una locura en la tienda y que estarías cansada para cocinar y, como quiero que te cuides, qué mejor que te traigan la cena a domicilio y, de paso, nuestros labios no cenan solos…

Y en mi puerta se materializa el poder del *sexting*. Aunque tengo que practicar más para ser sutil, pero sin confusiones horarias. Agradezco no tener que cocinarme nada, pero que Xavi esté aquí me pone nerviosa. ¡Quiero dejar de follar! Bueno, no. Pero un poco, sí. Necesito descanso de montaña rusa hormonal para poder pensar. No sé cómo lo hace Laia. A mí no se me da bien eso de no implicarme emocionalmente.

—Muchas gracias. Estoy hecha polvo, la verdad.

—Pues nada, déjate cuidar.

Cenamos en la mesa de la cocina. Le cuento mi día de locos en el trabajo, obviando a los dos hombres que han hecho mi jornada mucho más interesante. Él me escucha y después me cuenta cómo ha sido su día en la consulta. Por cómo lo cuenta, se aprecia claramente que le encanta su trabajo. Adora a los niños y siempre que vienen a visitarlo se las apaña para que, sin importar lo mal que se encuentren o lo asustados que estén, se vayan más tranquilos y con una sonrisa.

Seguimos la conversación en el salón, en el sofá, mientras nos tomamos una infusión. Es agradable pasar el rato con él. Me gusta escuchar sus historias. Su mundo es muy distinto al mío y aprendo pequeñas cosas sobre términos médicos y niños.

—Este sofá me trae buenos recuerdos —suelta de golpe.

—Sí, muy buenos. —Y automáticamente me vienen todas las imágenes y sensaciones de esa madrugada. Uf, tengo el cuerpo entrenado, porque noto palpitar mi vulva en décimas de segundo.

Se acerca y me besa. Empieza siendo un beso suave buscando mi permiso, pero rápidamente nos desmadramos y acabo estirada en el sofá con él encima de mí y con nuestros brazos y piernas entrelazados besándonos como si no hubiera un mañana, pero mi cerebro racional reacciona y, zafándome de él, le digo:

—Xavi, prefiero que hoy no pase nada. De verdad que estoy muy cansada. Lo siento.

—No, tranquila —me responde mientras se arregla el pelo—. Lo siento. Ya me lo habías dicho, pero me cuesta resistirme a ti. Perdona.

—No pasa nada. Es que de verdad que he tenido un día duro y lo que me apetece ahora, más que sexo, es un masaje. Igual se lo pido a Laia, la vecina, a ver si me da uno.

—Soy masajista titulado, Odri. Si quieres, te lo hago yo.

¿Masajista titulado? Mierda, eso no me lo esperaba. Ahora no me puedo negar. Y, además, a un masaje nunca se le puede decir que no.

—Mmm, vale, ¿dónde me estiro? —pregunto—, ¿aquí? —Señalando el sofá.

—No, esto es poco estable y la columna te va a quedar curvada. Un sitio en el que puedas estar cómoda, pero bien sostenida, sin hundirte. No tendrás una camilla, ¿no?

—Pues no. ¿Mi cama sirve?

—La recuerdo cómoda, así que servirá.

Cierto. Xavi se quedó a dormir en ella el día de mi amnesia. Parece que haya pasado una eternidad, pero, en realidad, hace poco más de una semana.

Llegamos al cuarto. Él me invita a calentar la habitación con un calefactor, encender alguna vela y dejar las luces bajas y a desnudarme y taparme con una toalla o manta para que no coja frío. Es tan atento…

—¿Tienes crema o algún aceite que pueda usar?

La verdad es que mi habitación se está convirtiendo en todo un templo para un encuentro

sexual en toda regla, pero noto cómo Xavi se está ofreciendo sin ninguna intención más allá del contacto profesional. Menudo autocontrol. A mí me está costando más resistirme, pero lo conseguiré. Voy a disfrutar de un masaje relajante.

—Solo falta un poco de música ambiental. Tengo una lista en Spotify que puede servir.

—Tengo un altavoz con *bluetooth*. ¿Te sirve?

—Perfecto. Todo listo.

Con un poco de vergüenza, me desnudo. Él mira hacia otro lado dándome intimidad mientras busca la lista musical. Me tumbo en la cama y me tapo con la toalla. Él le da al *play* y empieza a sonar una música instrumental árabe relajante e insinuante. Cierro los ojos. Es como estar en un *hammam*.

Escucho cómo se echa aceite en las manos y seguidamente las coloca sobre mi espalda. Deja allí las palmas de sus manos unos segundos, notando el contacto, sintiendo la piel y dejando que el calor de sus manos aceitosas traspase a mi piel. Y empieza. Primero se centra en mi espalda, en la parte alta, en mi cuello y parte de la cabeza. Combina caricias más suaves con otras más intensas, pero con el toque perfecto para notar cómo mis músculos se aflojan a la vez que se relajan. Sigue por mis hombros y mis brazos. Cuando llega a las palmas de mis manos, se entretiene allí un buen rato. Mi boca empieza a emitir suspiros de placer y de descanso.

Vuelve a subir por mis brazos y se desliza por mi columna vertebral concediéndole atención a mi zona lumbar. Lo hace sin prisa, concentrándose en cada punto un largo rato. Baja un poco la toalla, dejando al descubierto mi sacro. Y allí también me regala unos cuantos amasamientos que incluyen a mis glúteos. La sensación de tener mi vulva al aire libre tapada con solamente una toalla me resulta muy erótica. Después, me tapa con la toalla la espalda cubriendo también mi trasero y dejando al descubierto mis piernas.

—¿Tienes frío? —se preocupa.

Está de coña, ¿no? Me sobra la toalla entera.

—No, estoy perfecta —contesto.

—Eso es una gran verdad —le oigo decir.

Sonrío vergonzosa y adulada. Él sigue masajeando mis piernas. Primero una, después la otra. Y también los pies. Viene a mi memoria el recuerdo del masaje que me dio Álvaro justamente hace dos noches, pero las manos de Xavi recorriendo mi piel son distintas. Tienen una temperatura diferente, otra suavidad, utilizan una presión distinta…. Y vuelvo al presente. Con Xavi. En mi cama. Acariciándome todo el cuerpo. Regalándome placer mientras me unta de aceite al tiempo que suena esta música sugerente, mmm… Las palpitaciones en mi vulva vuelven a hacerse presentes. Noto mis pechos más duros. Me estoy excitando.

Él acaricia mis piernas de abajo hacia arriba, llegando hasta mis glúteos, estirando cada centímetro de mi piel. La excitación va en oleadas, sube y baja a través de mis piernas. Mi pelvis empieza a moverse suavemente. Mi respiración pasa de pequeños suspiros a un principio de gemidos.

Xavi se da cuenta de que me estoy excitando. Yo empiezo a removerme. Empiezo a sentir la necesidad de que me toque más profundamente.

—Xavi… —pronuncio mientras hago la intención de girarme para agarrarlo.

—Shhh, no… —me lo impide con suavidad—, sigue estirada. Deja que tu cuerpo siga descansando. Esto no va a pasar de aquí, te lo prometo. De hecho, si lo prefieres, paro ya.

—Ni se te ocurra parar, dame placer —le pido.

—¿Estás segura?

—Segurísima —le suplico.

—Como desees…

Sin decir nada más, me besa suavemente en el hombro izquierdo, acompañando ese beso de caricias que sigue regalándome por todo el cuerpo. Con un gesto sutil de sus manos acariciando la parte interna de mis muslos, me invita a abrir más las piernas. Obedezco encantada. Acerca su cara a la mía, que tengo ladeada apoyada en la cama, y me besa suave en los labios y seguidamente me ofrece sus dedos índice y corazón para que juegue con ellos en mi boca. Se los succiono y los lleno de saliva. Eso me pone muy cachonda. A los pocos segundos, él los aparta y los lleva debajo de la toalla y empieza a acariciarme la vulva con la mano mientras mantiene la otra por encima de la toalla apoyada en mi sacro. Estoy empapada y, asegurándose bien de ello y con gran maestría, me introduce los dedos en la vagina suavemente, pero con decisión. Por mi boca asoma un gemido de alivio y excitación.

Sigo moviendo la pelvis, echándola hacia atrás para que sus dedos tengan un mejor ángulo. Xavi aprieta con sus dedos mi zona G y la sensación que recorre mi cuerpo me invade por completo. El mundo desaparece. Solo existe mi cuerpo y el placer que estoy sintiendo. Empiezo a mover más rápidamente la cadera levantándola, empujándola más contra sus dedos, moviéndola en círculos. Él me acaricia los glúteos con su otra mano. El placer aumenta a un ritmo muy acelerado. Más rápido, más fuerte, más intenso. Y la fuerza de la eyaculación que acontece parece la de un río reventando una presa de agua. Es tal la cantidad que lo deja todo completamente empapado. No puedo moverme durante unos minutos. Solo se oye mi respiración y la música en mi habitación.

Xavi se acerca de nuevo a mi cara agachándose al lado de la cama y me susurra:

—Parece que hemos conseguido que te relajes…

—Ufff. —Es lo único que puedo decir.

—Perfecto, pues. Hablamos mañana. Quédate descansando. —Y empieza a levantarse.

—Espera, te acompaño —digo con la intención en mi voz, aunque el cuerpo no reacciona a la orden. No puedo moverme.

—No hace falta, Odri, sé dónde está la puerta. Que duermas bien, preciosa.

La música termina y Xavi se marcha.

Punto 3 del plan, también mal. Pero, ¡eh!, a tomar por culo el plan. Está siendo todo alucinante.

CAPÍTULO 38. *LIVING* LA VIDA LOCA

Me despierto en la misma postura. Me he quedado frita. He dormido desnuda sobre mojado y con el calefactor encendido toda la noche.

Miro el reloj de reojo. Marca las 11: 26. Me levanto. Voy al baño. Pósit pegado al espejo: «No me lo puedo creer. Llego y oigo gemidos que salen de tu habitación. ¡¡¿Con quién fue anoche, tíaaa?!!».

Me meo con los pósits de Daniela. Me ducho, me visto y café en la cocina. Cojo el móvil y respondo por WhatsApp a Daniela.

YO: Con las manos de Xavi.

También me encuentro un wasap de él.

XAVI: Mis labios siguen echándote de menos, aunque mis manos están muy satisfechas. Buenos días.

Mmm… Le respondo enseguida.

YO: No más que mi vagina. Habrá que hacer algo con tus labios… Buenísimos días.

XAVI: Habrá que hacer algo, sí… ¿Esta noche?

YO: Esta vez, trae unas hamburguesas.

¡Me encanta esto del *sexting*!

Y tengo más mensajes.

DANIELA: *Whaaat*? ¡Madre mía, madre mía!

JORDI: «Plof», sonidos que cobran nuevos significados… Con ganas de verte.

Y sonrío como una imbécil. Abro el grupo de «Las zorras cachondas».

YO: Ayer Jordi y yo nos besamos en el baño de mujeres del FNAC. Ahí lo dejo.

LAIA: ¡Olé tú!

DANIELA: ¿Quéééé?

LAIA: ¿Y qué tal? ¿En plan animales?

YO: Todo lo contrario. Intentando no hacer ruido para que no nos pillara la señora que acababa de entrar.

LAIA: Morbazo. Gozando lo prohibido…

DANIELA: ¡Qué romántico!

YO: No te creas… Nuestro primer beso fue con una señora cagando a menos de un metro.

DANIELA: ¡Qué asco!

LAIA: Ja, ja, ja. A mí me parece superoriginal.

DANIELA: Veo que el plan se ha ido a la mierda, ¿no?

LAIA: Además, literal…

YO: No lo sabes tú bien. Todos los puntos al carajo.

LAIA: Guau, ¿qué más me he perdido?

DANIELA: Que esta noche ha estado retozando con Xavi. ¡No para, la tía!

LAIA: ¡Toma ya! ¡Estás a tope!

YO: ¿Estás en casa? Subo y te lo cuento.

LAIA: Dame diez minutos, que echo al maromo de anoche.

DANIELA: ¡Guarras! Yo también me quiero enterar.

YO: Te hago un resumen en audio y te lo cuento de camino al trabajo.

YO: Esta vez intentaré afinar el receptor…

LAIA: ¡Uuuhhh! *Aquí hi ha marro!*

DANIELA: ¿Qué? No lo pillo…

Yo: Lo pillaréis las dos dentro de un rato. Corto y cierro.

Subo a casa de Laia. Se lo cuento todo. Me escucha emocionada. Cuando acabo, aplaude, orgullosa de mí.

—¿Y ahora qué? —me pregunta.

—*Living* la vida loca.

—Este plan me gusta más que el de Daniela.

—A mi coño también.

Explosión de risas al unísono.

CAPÍTULO 39. DESATADA

Llego al trabajo después de dejarle un audio a Daniela poniéndola al día. Creo que no he sido muy consciente de que he ido aireando mi vida sexual a los cuatro vientos por las calles plagadas de gente durante unos cuarenta minutos. Si algún director de cine lo ha oído, seguro que se inspira para hacer una película.

Al cruzar la puerta, siento que me pongo nerviosa, noto el corazón acelerándose. Voy a ver a Jordi. Estoy muy expectante por lo que puede pasar. Ayer nos besamos en el baño. Fue dulce, sensual, excitante y un anticipo de lo que podría ocurrir si diéramos rienda suelta a nuestros cuerpos, pero tiene novia. Y, además, lo último que sé de él es que ayer lo llamó y se fue inmediatamente.

Parezco una adolescente loca con las hormonas alteradas. Si me pongo racional, sé que Jordi no es la mejor opción para mí, pero no consigo controlar lo que siento cuando le veo, cuando me mira, cuando hablamos, cuando respira cerca de mí, cuando me toca, cuando sus labios se rozan con los míos. Es un magnetismo difícil de escurrir… Hay algo kármico y místico en lo que me pasa con él. Es como si nos conociéramos de otras vidas… Ale, a freír espárragos la racionalidad.

Ando en mis cavilaciones cuando llego a planta y me reúno con Sofi y Víctor.

—Buenos días, bonitos, ¿cómo estáis? —les pregunto.

Y antes de que me puedan responder, llega apresuradamente Pere.

—Chicos, hoy Jordi va a ser baja, así que intentad no estresaros demasiado. Confío en vosotros.

—Guau, ¿qué habrá pasado? —verbaliza Sofi cuando Pere se aleja—, ¿creéis que tendrá que ver con Cris?

Víctor y yo nos quedamos callados, porque nos hacemos la misma pregunta y ninguno tiene una respuesta para ella. Así que mi gozo en un pozo. Toca trabajar y no pensar en él. Que no venga hoy me provoca emociones encontradas. Una parte de mí está frustrada por no poder jugar a mirarnos y a besarnos a escondidas en el baño y otra preocupada por lo que pueda haber ocurrido. Una, culpable por estar tonteando con alguien con pareja, y otra aliviada por no tener que lidiar con todo lo anterior.

¿Debería enviarle un mensaje para saber qué ha ocurrido? Quizás sea mejor no meterme. Quizás es preferible que sea él quien se manifieste. Y en ese pensamiento estoy cuando se acerca el primer cliente a preguntarme y ya no vuelvo a pensar en Jordi. La jornada pasa rápido y sin descanso, con muchos clientes, que no dejan tiempo para nada más que atenderlos. Ni mear he podido.

Cuando nos quedamos a puerta cerrada ordenando todo para el día siguiente, Víctor y Sofi me preguntan por Álvaro y por el hombre misterioso con el que me enrollé, refiriéndose a Xavi, así que los pongo un poco al día de todo, eludiendo todo el asunto con Jordi.

Salgo del FNAC, cojo el metro y llego a casa. Xavi me está esperando en la puerta con la cena dentro de una bolsa. Ver su cara sonriente me provoca una paz absoluta, además de un cosquilleo vulvar.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal tu día? ¿Tienes hambre?

—Mucha —contesto, aunque no me refiero a las hamburguesas.

Mientras subimos las escaleras, le voy mirando el culo. Me está entrando un calorazo al verlo que no controlo. Recuerdo el pedazo de cuerpo que hay debajo de esa ropa y lo hábil que es con los dedos y con la boca y uf… Pero ¿qué me pasa? Estoy desatada. Yo no soy así.

Al cruzar la puerta de entrada, me abalanzo sobre él como una posesa. La bolsa de la comida cae al suelo. Xavi no se lo esperaba. Me agarro de su cuello y le ordeno:

—Fóllame a lo bestia.

¿Eso ha salido por mi boca? Xavi me mira sorprendido, pero rápidamente se le dibuja una media sonrisa en la cara que me indica que acepta el reto y que también puede ser un chico malo. Me agarra del culo y me levanta empotrándome contra la pared del pasillo y nos comemos la boca como dos zombis poseídos peleándose por comerse el mismo cerebro. Mucha lengua y mucha saliva se cruzan descontroladamente.

Xavi me suelta y piso el suelo mientras nuestras bocas siguen pegadas. Lo agarro de la chaqueta a la altura del pecho y empiezo a andar hacia atrás arrastrándolo hacia mi habitación. Vamos a una velocidad poco recomendable en esta situación, cosa que provoca que arrollemos a Daniela, que se dirige distraída hacia la puerta de entrada.

—¡Perdona, Dani! —digo como puedo sin separar mis labios de la boca de Xavi y continúo en dirección a la habitación—. Es una urgencia.

—Madre mía, Odri… —oigo que dice mientras se levanta del suelo.

—¡Perdona, Daniela! —se disculpa Xavi mientras Daniela se va de casa dando un portazo.

Entramos en el cuarto y cierro la puerta enérgicamente. Me separo con brusquedad de mi presa. Lo miro fijamente y lo empujo a la cama, donde cae de espaldas.

—Joder, Odri, vas muy fuerte —afirma Xavi asustado y excitado al mismo tiempo.

—Pues aún no has visto nada… —respondo, poseída por Lilith.

Con un gesto, le indico que se calle y se quede en la cama. Empiezo a desnudarme lentamente. No tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo. Es como si una parte animal profunda de mí se hubiera apoderado muy fuertemente de mi cuerpo y actuara en automático.

Me quito el abrigo y lo tiro al suelo. Deslizo la cremallera de mi vestido y dejo que su propio peso lo haga caer. Saco un pie y con el otro lo chuto. Queda a los pies de Xavi. Me quito la camiseta interior y la dejo volar hacia mi lado derecho.

Xavi está alucinado y con la boca abierta. No dejamos de mirarnos en todo el proceso de *striptease*. Llevo los brazos hacia atrás y me desabrocho el sujetador. Antes de sacármelo, juego un poco con mis pechos antes de dejarlos al descubierto. Xavi se remueve en el sitio. Puedo notar cómo su pantalón empieza a apretarle por la zona genital.

Hago volar el sujetador hacia mi izquierda. Ahora mismo solo llevo un tanga, unas medias y mis botas altas de tacón.

—Joder, Odri, me estás poniendo a cien… —dice Xavi.

Me acerco lentamente al borde de la cama, donde está sentado. Me subo encima y le susurro al oído:

—Quiero que me chupes las tetas y me arranques las medias.

No hace falta que diga nada más. Xavi me levanta de golpe y me tira encima de la cama. Se pone encima. Me agarra ambas manos con una de las suyas y me coloca los brazos por encima de mi cabeza de manera que yo no pueda usarlos. Con su otra mano empieza agarrarme con firmeza uno de mis pechos y comienza a lamerlo. Mi boca se abre automáticamente sintiendo la necesidad de gemir fuerte. Él me suelta las manos y se vuelve loco acariciando y lamiendo todo mi cuerpo. Vamos a gran velocidad, con prisa por sentirnos completamente fusionados, sin espacios libres entre nuestros cuerpos.

Con un gesto majestuoso me abre las piernas, agarra la parte de la cintura de mis medias y desgarra toda la parte delantera. Emito un sonido que hace que me sienta liberada. Me aparta el tanga hacia un lado con las manos y empieza a lamerme los labios y el clítoris. Yo empiezo a

sentir que floto. En menos de un minuto, para y me pide:

—Tócate.

Obedezco, aunque lo que quiero es que me penetre profundo.

Él no deja de mirarme y, mientras jadea, se quita la ropa que le cubría aún el torso y se desabrocha los pantalones lentamente.

—Sigue tocándote, Odri. En menos de un minuto te voy a follar a lo bestia.

Eso me enciende increíblemente. Seguimos mirándonos a los ojos. Él se baja lo pantalones y los calzoncillos lo justo para liberar su pene erecto. Se escupe en la mano y se lo acaricia. Con la otra mano coge un preservativo que tenía metido en el bolsillo de atrás. Lo saca y se lo coloca. Nunca había sido tan exquisitamente sexi ver a alguien ponerse un condón. Una vez hecho, se levanta y me ordena:

—Ven, levántate…

Obedezco. Nos quedamos mirándonos uno delante del otro en el borde de la cama. Me besa suavemente, dando una pausa a toda la locura que en unos segundos va a volver a desatarse.

—Me pones muy cachondo, Odri —asevera después de besarme en los labios y antes de meterse mi pezón izquierdo en la boca, seguido del derecho.

Me rodea con sus brazos y me gira. Lleva mis brazos hacia atrás, rodeando con los míos, su cabeza. Le revuelvo el pelo. Noto su dura erección en mi espalda y su pene masajeando mi lumbar. Con su boca me muerde el cuello y con sus manos me agarra los pechos, combinando un agarre completo con pequeños pellizquitos en ambos pezones.

Estoy muy muy al límite del placer. Necesito sentirlo dentro ¡¡ya!! Parece que él siente lo mismo, porque, de golpe, acaba de arrancar con sus manos la parte de atrás de mis medias, me coloca a cuatro patas en el borde de la cama, me aparta el tanga y, asegurándose con los dedos de que estoy completamente lubricada, me penetra fuerte. Gimo al sentirlo entrar. Él empieza a entrar y salir, empujando mientras yo me sostengo con los brazos en la cama y él me tiene agarrada de la pelvis.

Mis tetas danzando al son de la gravedad y el sonido de su pelvis chocando con mi culo aún me excita más y no tardo nada en sentir un orgasmo.

—¡Oh, joder, joder, jodeeer! —chillo.

Cuando aún estoy recuperándome, me gira y me estiro de espaldas al colchón ocupando toda la cama. Él, como un guepardo acechando a su presa, se pone encima de mí y me susurra:

—Aún no he acabado de follarte.

Eso me vuelve a disparar. Coloca mis piernas encima de sus hombros y me penetra de nuevo empujando fuerte con mi pelvis levantada. La visión de mis medias rotas y de los tacones por encima de su cabeza, a la vez que la sensación de mi punto G ardiendo, hace que una sensación de placer se expanda por todo mi cuerpo. Él sigue hasta que le invade la sensación de que va a eyacular y, en efecto, se vacía dentro de mí. Y después cae exhausto encima de mi cuerpo.

Sudor, saliva, olores corporales invaden todo. Menudo polvazo. Me quedo flipándolo durante un rato mientras seguimos abrazados en esa posición. Después, Xavi dice:

—Pasando de las hamburguesas. ¿Pedimos unas *pizzas*?

Y nos reímos cómplices.

CAPÍTULO 40. EL TRATO

Me despierta el sonido de unos golpecitos en la puerta de mi habitación. Abriendo con dificultad un ojo, miro hacia el despertador de la mesita de noche. Las 8:15. Qué pronto… ¿Qué día es hoy?

—¿Sí? —pregunto.

Se abre lentamente la puerta y aparece la cabeza de Daniela asomando.

—Odri, he preparado café. Te espero en la cocina. —Y cierra de nuevo la puerta.

Uy, qué raro. Está muy seria. Parece molesta. Debe ser por lo de anoche. Me froto los ojos, bostezo un par de veces. Me estiro frotándome contra la cama. Me incorporo. Al sentir el roce del colchón con mi vulva, me siento un poco incómoda. Madre mía, estoy escocida. No me extraña, llevo cuatro días seguidos practicando sexo. Aparezco por la cocina bostezando. Allí están Daniela y Laia tomando café.

—¡Hombreee, la folladora desatada! —anuncia riéndose Laia según me ve.

—No la vitorees, Laia, se le está yendo de las manos —la riñe Daniela preocupada.

—¡Que no! Es normal, después de un periodo de represión demasiado largo…

—¿No tienes nada que decir, Odri? —me interroga Daniela.

—Me duele el coño.

Laia esparce el café cual aspersor al reírse explosivamente en la cara de Daniela.

—Lo que me faltaba… —se queja enfadada Daniela mientras se limpia inmediatamente.

—Perdona, Dani. No me esperaba esta respuesta. Reconoce que ha sido buenísimo el comentario.

—A mí no me parece tan gracioso, la verdad. Y menos después de que anoche me atropellara, literalmente, como una energúmena lasciva y lujuriosa.

—Dani, lo siento, de verdad, no sé qué me pasó anoche, estaba poseída. Sentía una necesidad visceral y animal de sexo desenfrenado.

—A mí me parece estupendo que te pase eso, Odri —sentencia Laia.

—A ver, no me entendáis mal —aclara Daniela—, a mí también me parece muy bien que disfrutes como un zorrón, pero luego pasan cosas y sustos que no molan. ¿Ya estás tomando precauciones?

Y Laia, que las caza al vuelo, voltea la cabeza hacia Daniela y pregunta:

—Uy, Dani, ¿qué es lo que pasa en realidad? Acabo de ver claro que esto no es una intervención para Odri… Cuéntanos.

Yo miro a Dani asombrada por el comentario de Laia. No acabo de entender qué pasa. Entonces, Daniela explota en llanto. Mis ojos se abren como platos.

—¿Qué te pasa, Dani? —pregunto preocupada.

—Tengo un retraso y estoy asustada —nos confiesa.

La abrazamos inmediatamente y la sostenemos en su tristeza sin decir nada.

—¿De cuánto? —pregunta al rato Laia.

—De casi dos semanas —responde Daniela.

Nos quedamos en silencio y le damos espacio para que nos cuente lo que quiera cuando quiera.

—Tías, me he colocado un montón con Marc últimamente y siempre acabamos follando. En muchas ocasiones, sin condón. Mal, muy mal. Ya lo sé. Ahora estoy muy rayada. No acostumbro a tener retrasos. Soy como un reloj. ¡Soy muy joven para ser madre! Hay muchas cosas que quiero hacer antes…

—Dani, si tú quieres, bajo a la farmacia a comprar una prueba de embarazo ahora mismo y salimos de dudas —se ofrece Laia.

—No, no. Me voy a esperar.

—¿Se lo has dicho a Marc? —pregunto.

—No. Prefiero no contarle nada de momento. Porque, además, echando cuentas, lo más probable es que fuera de un rollito de Tinder con el que me acosté en un par de ocasiones. Usamos preservativo, pero no sé... ¿Os imagináis? —pregunta retóricamente con un gesto de terror en su rostro. Y sigue—: No quiero quedar con Marc. No me apetece mentirle ni tener relaciones ni nada. ¿Podemos encerrarnos una semana en casa y estar sin tíos? Solo nosotras, porfi.

Laia se escandaliza.

—¿Estar sin tíos? Yo eso no os lo voy a prometer, aunque puedo intentarlo. ¿Las tías cuentan? Lo que sí prometo es ir bajando o que subáis a ratos para apoyaros.

—¿En serio no puedes permanecer célibe ni una semana? —le pregunto sorprendida.

—¡Mira quién lo pregunta!, ja, ja, ja, que vas pisándome los talones, guapa.

—Ya —reconozco—, pero yo me uno a la semana sin sexo. Me irá bien desintoxicarme y despejar la cabeza, porque ya no sé ni quién soy ni qué hago. Me posee una amazona erotomaníaca y me nubla el juicio.

—Pues venga, trato hecho. ¿Escupimos y nos damos la mano? —propone Daniela con ojitos de niña para cerrar el trato. Aún me sorprende cómo combina el «cuquismo» con la vulgaridad.

—Ay, qué asco —suelto al mismo tiempo que Laia se está escupiendo en la mano. La miro, encoge los hombros divertida, me río y procedo a compartir lapos con mis amigas. Acuerdo zanjado. Y desde debajo, clic, foto al canto.

CAPÍTULO 41. PLANEANDO Y REFLEXIONANDO

Daniela se serena, se ducha y se va a trabajar. Laia se sube al tercero y yo me quedo sola en casa. Vale. Estamos a miércoles 19 de diciembre. Quedan seis horas para entrar a trabajar. Seis días para Navidad. Ocho días para que llegue Álex. Diez para el cumpleaños de Daniela. Y doce para terminar el año. Muchos reencuentros y fiestas que preparar y un trato por cumplir. Por partes, lo primero: hoy es el cumple de mi Álex. Segundo café en mano y llamando.

—¡¡Muchísimas felicidades, Álex!! —le grito por teléfono.

—¡Odri! Me muero de ganas de verte. Tengo algo que contarte. Vas a flipar fuerte.

—¿Qué? ¡Dime! ¡Cuéntamelo ya!

—Uy, no, no. Te tengo que ver la cara.

Aaargh. No soporto que me haga eso. Pero lo conozco demasiado e insistir en que hable es inútil, desgastar saliva; no funcionará, así que me rindo rápido y cambio de tema.

—Por aquí están las cosas que arden. Llegas en el momento perfecto. Necesito que me ayudes a centrarme, porque esto es una locura.

—Pues empecemos ya, cariño.

Después de una hora y veinte minutos al teléfono de terapia con mi amigo analizando todos los posibles escenarios, estoy un poco más tranquila. Tengo la cabeza un poco más clara. Me he hecho una lista-resumen:

Cosas que pueden pasar + soluciones posibles:

1. Que Jordi vuelva hoy al trabajo. Si es así, intentar no mirarle la boca y evitarlo en la medida de lo posible. La excusa del excesivo número de clientes por estas fechas es muy

utilizable. Y el tener que irme rápidamente cuando termine la jornada poniendo a Daniela de excusa (sin dar detalles) también es muy lícito.

2. Que Jordi vuelva al trabajo mañana o pasado o el otro. O en algún momento de la semana que viene. En ese caso, utilizar las mismas estrategias del punto 1.

3. Que Xavi quiera quedar en algún momento antes del día 27 (a partir del cual ya tengo la presencia de Álex como excusa). En este caso, utilizar a Laia como coartada, ya que a Daniela mejor ni mencionarla para que Marc no se entere de nada. También puede servir utilizar un «no me encuentro muy bien» en algún momento determinado, pero con cuidado, ya que es médico. Algo que no le pueda servir de justificación para querer intervenir y cuidarme. Unas ganas de estar sola por estar menstruando podrían valer, ya que es un tío respetuoso.

4. Álvaro sigue de viaje hasta el próximo año, así que no hay amenaza tántrica a la vista.

Perfecto. Todo pinta muy fácil. Lo malo será domar a mi mente, que se enreda en fantasías calenturientas y lujuriosas cada cinco minutos. Para esto, hemos acordado un último punto, el 5, que hemos dividido en dos opciones para solventar la situación, si se da el caso. La primera: automimos. Autotoque. Frotarme contra la alcachofa de la ducha. O la almohada. Hacerme unos dedos. Utilizar el vibrador, etc. Es decir, quererme mucho y a placer, con lo que sea. Menos con un hombre ni ninguna de sus partes corporales. O bien, opción 5B: darme una ducha bien fría.

Recibo wasap de Álex nada más colgar: «Recordatorio. Simplificando: 1. Masturbación. 2. Evitación».

Me hace sonreír.

¿Qué más? Navidad. No me preocupa. Lo más probable es que la pasemos Daniela y yo tan tranquilas, con el culo pegado al sofá tan ricamente mientras nos regalamos un maratón de la trilogía de *El Señor de los Anillos* y muchas palomitas. Es lo bueno de tener padres lejos y de que al final no vayan a venir: que no tocan comidas coñazo. Imagino que con padres guais debe ser distinto, pero como no es mi caso, estoy más contenta que unas pascuas con este plan.

Jueves 27: Álex llegará a la estación de Sants a las 19:00. Cogerá el tren de cercanías de nuevo hasta la plaza Cataluña y vendrá al Triangle. Me esperará paseando por el centro, que está muy bonito y bucólico en esta época del año, y cuando salga, lo traigo a casa a dejar la maleta, darse una duchita y por la noche salimos por ahí a darlo todo.

A los dos días, el 29, haremos en casa de Laia un fiestón sorpresa para celebrar los treinta años de Daniela.

Y para fin de año, ya cuando llegue, lo pensamos, que ahora me explota la cabeza.

De momento, decido ducharme y subir a casa de Laia para ir organizando la fiesta de Daniela.

—Hola, Odri, pasa, vamos a hacer una lluvia de ideas con propuestas para el cumple.

Nos dirigimos hacia su salón y nos sentamos en el sofá. Laia se lía un porro, le da un par de caladas y me lo pasa.

—Toma, para que te relajes un poco y dejes de pensar tanto.

Parece que me lea la mente. Bueno, a mí y a todo el mundo.

—En serio, no te agobies tanto, no tienes que decidir nada. Deja que las cosas se vayan dando. Solo desde la experimentación y la escucha de tu cuerpo sabrás lo que realmente deseas. Y si de momento es todo, pues maravilloso —sentencia.

—¿Puedo preguntarte cómo lo haces para que parezca tan fácil? ¿Nunca te has enganchado emocionalmente a nadie? ¿No te has enamorado nunca? ¿No has sentido celos?

—Estoy enamorada.

—¿Cómo? ¿De quién?

—Ya os lo conté. Se llama Albert. Y es un amor. Risas, amistad, complicidad, respeto, buen sexo y libertad total.

—¿Y entonces?

—Pues que siento que la vida es mucho más que escoger a una sola persona para una vida entera. Y, además, me gusta mucho el sexo, y practicarlo de maneras diferentes con todo tipo de personas. No voy a renunciar a esa parte de mí por amarlo a él.

—¿Y él qué siente por ti?

—Lo mismo. De hecho, a veces compartimos cama con alguien más, si nos apetece.

—Guau... Me encantaría poder ser tan liberal, pero solo con estar fantaseando con Jordi y haberme acostado con Álvaro ya siento que estoy engañando a Xavi ¡y no hace ni dos semanas que lo conozco! De hecho, es al que conozco de menos tiempo y al que siento que estoy engañando más.

—Quizás te ocurra porque Jordi no está libre y Xavi y tú conectáis muy bien.

—Ya, pero con Álvaro, uf, fue muy fuerte el reencuentro y esa sensación de «ser casa».

—Te entiendo. Solo te diré, si me permites un consejo, que le pongas la menor racionalidad posible. A no ser, claro, que algo empiece a dolerte el alma. Y aunque a tu coño le siente de maravilla…, lo que te dé tranquilidad, siempre por delante.

—Gracias, Laia.

Esta joven mujer es muy sabia.

Divagamos un rato largo sobre el amor, el deseo y el placer. Y el otro 10 % del tiempo lo utilizamos para organizar la fiesta sorpresa de Daniela.

CAPÍTULO 42. FIESTA DEL… ¿PIJAMA?

Sábado, 22 de diciembre. 23:00

El resto de la semana ha sido más apacible emocionalmente de lo que me esperaba. El mismo miércoles al mediodía, Xavi me mandó un wasap subido de tono que me provocó tener que hacer uso del punto número 5B, aunque en él también se excusaba porque se le juntaban unos días de guardias en el hospital que no le permitirían quedar, así que eso me lo puso más fácil.

Por otro lado, Jordi sigue de baja y no ha venido. Es todo muy misterioso. Nadie sabe nada y se están empezando a oír historias que ni de culebrón venezolano. Tampoco me ha dicho nada a mí, a quien, por supuesto, no le debe ninguna explicación, pero, sinceramente, no estaría nada mal después de nuestro beso sensual y escatológico en el baño… En fin.

Daniela y yo ya estamos en casa duchadas y listas para la fiesta del pijama que nos ha propuesto Laia en su piso. Hoy inauguraremos esta nueva tradición de un sábado al mes. Laia nos ha invitado a pillarnos un pedo a lo grande, sin necesidad de ir de bares, en la comodidad y el confort de su casa, con cena, bebidas incluidas y gastos pagados. Su única condición ha sido que había que hacerlo bien e ir en pijama. Y nos ha parecido un trato ideal, teniendo en cuenta que solamente nos separan dieciséis escaleras de nuestra puerta a la suya y que podemos ir con zapatillas y batín de estar por casa.

Daniela y yo llamamos al tercero segunda. Laia abre dicharachera y con una sonrisa en los labios. Está completamente desnuda.

—¡Joder! —se me escapa.

—Sabes que no llevas nada de ropa, ¿verdad? —pregunta Dani entre divertida y asombrada.

—¡Claro!, pasad —responde tan tranquila haciéndonos un gesto con la mano que nos da permiso para entrar.

—¿Tienes el pijama en la lavadora o qué? —pregunto divertida.

Mientras avanzamos por el pasillo hasta el salón, nos cuenta:

—Voy desnuda muchas veces por casa. Es lo más cómodo y liberador del mundo, chicas. Tenía el pijama preparado para ponérmelo cuando llegarais, pero cuando habéis picado estaba más cerca de la puerta que del cuarto, así que he sido práctica y os he abierto primero para no haceros esperar.

—Muy considerada —comenta Daniela.

Llegamos al comedor y mientras me acomodo en uno de los sillones, añado:

—Pues yo creo que me resultaría superincómodo ir en bolas.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has probado?

—Pues no, pero es de esas cosas que sé que no me hace falta probar para saberlo.

—¡Chorradas! En esta vida hay que probarlo prácticamente todo. Te sorprenderías a ti misma de los pudores innecesarios que tiene la gente. De hecho, quitaos la ropa, venga.

—¿Cómo? —se sorprende Daniela.

—¿Qué? —suelto yo al unísono.

—Pues que la cena de hoy se acaba de convertir en una *nude party*. ¡Venga! ¡Será divertido!

Lo malo es que sé que no lo está diciendo en broma. Sé que esta idea espontánea le está pareciendo fantástica y que no parará hasta que la haga realidad.

—¿Divertido? Si ya me da corte desnudarme y quedarme sentada sin hacer nada, imagínate lo incómodo que será si se me cae el humus en el coño —me exalto.

—Mmm, sugerente… Igual te lo lamo y todo —me suelta Laia picarona, levantando las cejas y poniendo morritos.

—¡Ay, Laia, por Dios! Lo estás empeorando —concluyo.

—Estáis llenas de prejuicios.

—Yo paso, porque no me he depilado. Esto se avisa antes —asegura Daniela convenciéndose de que esa es la única y auténtica razón de no querer hacerlo.

—De prejuicios ¡y de excusas! —asegura Laia. Y sigue—: ¿Te crees que me va a importar que tengas los pelos de donde sea largos o mal peinados? Chicas, el cuerpo femenino es bellísimo en todas sus formas, colores y detalles. Sois unas mojigatas.

—De eso nada —se indigna Daniela.

—¿No? ¿De verdad? —pregunta Laia irónicamente.

—¡De verdad de la buena!

—Vale. Pues entonces, desnúdate —la reta Laia.

—¿Ahora? —pregunta tragando saliva.

—No, el Viernes Santo. ¡Pues claro que ahora!

De reojo, veo que hay una botella de vino blanco abierta encima de la mesa. La cojo, me amorro a ella y echo un trago que dura cinco segundos largos. Daniela y Laia me miran.

—Odri, ¿qué haces? —me pregunta Daniela.

—Pues ayudar a mi vergüenza a soltarse, porque está claro que entre tu orgullo —digo señalando a Daniela— y tu tozudez —remarco señalando a Laia—, aquí acabaremos todas en pelotas bailando el *Gangnam Style* —sentencio.

Laia hace una mueca sorprendida y satisfecha.

—Oye, ¡esa aportación me encanta!

Daniela se lleva la mano a la frente cerrando los ojos en un gesto que muestra su resignación.

—Pásame la botella —me pide—, yo no puedo hacer esto si no estoy muy bebida…

Es la una de la madrugada. Las tres zorras cachondas nos encontramos alrededor de la mesa baja del comedor picoteando lo que queda de la cena. Por suerte, no se me ha caído el humus en ningún sitio. Después de tres horas en pelotas y de toda la cantidad de alcohol que implica ese tiempo, me siento un poco más relajada. Daniela aún sigue tensa, pero no lo admitirá jamás.

—Bueno, a ver, y a vosotras ¿qué os pasa con vuestros cuerpos y la desnudez?

Y se abre el debate.

—A mí, nada —dice ofendida Daniela—, pero estoy incómoda porque mi potorro está rozando tu alfombra, y a saber qué fluidos secos hay por aquí.

—¡Haberme pedido una toalla para sentarte encima, tonta! —Y se levanta inmediatamente para ir a buscarla.

—¡¿O sea, que no desmientes lo de los fluidos?!

—Por supuesto que no —afirma mientras vuelve—, hacerlo en el suelo sobre la alfombra es lo más.

—Y tú, Odri, ¿cuál es tu excusa?

—¡Eh, que lo mío no era una excusa! —se indigna Daniela.

—No, claro que no —asiente Laia dándole la razón como a una loca y mirándome a mí para pasarme la palabra.

—Bueno, la verdad es que no sabría qué contestarte. Supongo que los mensajes que he recibido de la sociedad no han ayudado a mi autoestima y a sentirme bella, pero últimamente la

cosa está cambiando. Ver cómo tres hombres desean mi cuerpo y me encuentran hermosa le ha levantado el ánimo a mi autoconcepto. De hecho, la cara que puso Xavi mientras le hice el *striptease* me dio un subidón tremendo.

—Eso está genial, aunque aún sería mejor que no necesitaras de la aprobación de nadie para sentirte pletórica en tu piel y en tus carnes. Hace un tiempo —nos sigue contando—realicé una formación de sexualidad femenina en la que se hacía una sesión individual de fotografía erótica compartida con las mujeres del grupo y fue un subidón. Mientras esperaba mi turno, quedé maravillada de la belleza de cada cuerpo, tan diferentes unos de otros en cuanto a tamaños, colores, edades, manchas, canas, volúmenes, etc. Fue espectacular. El cuerpo de la mujer es precioso, con más o con menos curvas… —Se calla un instante mientras los recuerdos le vienen a la memoria y luego me pregunta—: Odri, ¿nunca has fotografiado cuerpos desnudos?

—Pues la verdad es que no. Siempre intento transmitir mis emociones a través de la imagen, ya sea literal o figuradamente. Y también jugar con el tipo de foco y enfoque. Es raro que haga fotografías que estén completamente nítidas y enfocadas en su totalidad. Además, si incluyen a personas, suelen ser instantes robados. Esos son los que captan sin trampa ni cartón la esencia de la persona y el momento. —No puedo evitar acordarme de la fotografía que me hizo Jordi en su piso.

—Pues yo creo que tu estilo sería ideal para una sesión de fotografía erótica. Podría dar mucho juego lo que cuentas.

—Quizás sí, pero, vaya, es complicado encontrar por la calle a alguien desnudo que se preste…

—Yo me postulo encantada a una sesión de estudio —dice sin pensárselo siquiera—. ¡Es más! Me lo pido de regalo para mi cumpleaños, que es en febrero.

—Guau. De acuerdo. No puedo decirte que no para tu cumpleaños.

—Claro que puedes, pero, en realidad, sé que quieres hacerlo. ¡Será superdivertido! Ya me lo estoy imaginando… —afirma mientras pone cara de estar deleitándose con un postre de esos espectaculares—. ¡No!, espera, de hecho… —exclama de repente—, ¡hagámoslo mañana!

—¿Mañana? —repito como un loro.

—Sí, sí, sí. No quiero esperarme a febrero. La vida es corta y una idea así no se puede desaprovechar. ¿Tienes planes para mañana por la mañana?

—No, de hecho, no… —Y me irá genial para seguir centrada en la semana sin penes.

—Pues a las once, aquí—sentencia con una sonrisa de oreja a oreja.

De golpe, Daniela pega un grito de peli de terror que nos saca de nuestras propias fantasías y la miramos automáticamente.

—¿Qué te ocurre, Dani?

—Es un grito de alegría, chicas. Me acaba de bajar la regla —dice más feliz que una perdiz—, aunque te he manchado la toalla…

—Bah, ¡no importa! Tu tranquilidad es lo más importante. Siempre —sentencia Laia.

Definitivamente, me gustan las fiestas de no-pijama.

CAPÍTULO 43. LA SESIÓN

Me ha costado un poco levantarme, porque ayer se nos hicieron las mil, pero aquí estoy, preparando mi cámara y los distintos objetivos y filtros para subir a casa de Laia a realizar la sesión de fotos que me pidió y que le prometí.

Esto va a ser un reto para mí, pero me genera mucha curiosidad y ganas ver qué emerge a partir de las imágenes. Así que subo abierta a la experiencia, como siempre me aconseja Laia. Pico al timbre y me abre enfundada en un kimono japonés de seda precioso y sugerente. Tienes unos colores lilas, rosados y verdes que transmiten equilibrio y paz. Se ha maquillado y está increíble. Los labios rojos le otorgan fuerza y la raya negra larga en el ojo le da un toque oriental y misterioso.

—Guau, Laia, estás preciosa.

—Gracias, tengo muchas propuestas para la sesión. Estoy emocionadísima. Pasa, pasa. —Y entro.

Por la ventana del salón entra una luz solar fantástica que hará que las fotos tomen tonos cálidos y limpios. Siempre me ha gustado mucho aprovechar la luz natural de la mañana. Queda todo luminoso y vibrante. Laia ha apartado los sofás del salón, dejando muchísimo espacio en el centro, que queda iluminado por los rayos de sol, que atraviesan los grandes ventanales. Justo en el centro ha colocado una silla baja de madera, muy sencilla, que le da un toque austero y ancestral que me gusta.

—¡Qué maravilla de escenario! —exclamo emocionada—. Vamos a empezar ya mismo, antes de que la posición del sol cambie.

—Genial. Odri, te cuento lo que he pensado y tú me dices si te parece bien o si tú trabajas de otra manera.

—Dime.

—Quiero poner una música zen para meterme en el ambiente. Me recrearé lentamente en cada posición y movimiento para que puedas ir disparando a tu antojo. Me lo imagino como una meditación en movimiento. ¿Qué te parece?

—Me parece genial.

Y empezamos. Laia hace tal cual lo que ha anunciado. Coloco mi mirada detrás de la cámara y me quedo hipnotizada con cada movimiento que hace. Es belleza pura. Elegancia sensual. Me voy moviendo a su alrededor captando cada pequeño movimiento, cada discreto cambio corporal es comparable a un susurro. Es, literalmente, arte en movimiento. Está expresando a través del cuerpo sutilezas muy hermosas.

El tiempo cobra otro significado. El ritmo adquiere otros matices. Me sumerjo absolutamente en ella. En un momento dado, Laia, con la misma lentitud, delicadeza y elegancia con la que ha estado danzando hasta ahora, empieza a desprenderse de la ropa que le cubre el cuerpo. Va desatando el kimono, dejando que resbale de un lado y que se manifieste un hombro; con otro cambio de posición, el kimono sigue abriéndose y aparece tímidamente un pecho. Laia se deja ver a la vez que juega con el «mostrar sin mostrar». A veces, mira intensamente a la cámara; otras, no le presta atención. Esto que está pasando es mágico. Una maravilla.

Laia acaba desnuda y juega un rato con la silla; poco después, se acerca a la ventana y se entretiene sensualmente con los ventanales. Todo es delicado y muy artístico. Siento, de alguna manera, que estoy haciendo el amor con ella solamente viéndola. Es una sensación nueva, de una pureza celestial enmarcada con los rayos de luz que atraviesan los cristales. Nunca antes había experimentado algo así. Me siento excitada de un modo muy sensual y tranquilo, nada lujurioso.

Como si todos los sentidos estuvieran implicados en este momento excepto el gusto. Hay una música agradable, una temperatura cálida, un aroma a incienso intenso… Y, aunque no la estoy tocando a ella directamente, la vista me regala la fantasía de poder sentir cada caricia que ella hace deslizar por su piel.

De repente, suena el timbre. Laia sale de su propio trance y dice:

—Deben ser las doce y media.

¿Cómo? ¿Ha pasado una hora y media? Me parece imposible.

—¿Esperas a alguien? —le pregunto.

—Sí. Esta es la otra idea que he tenido para la sesión de fotos —explica—. Me apetecía añadir otro cuerpo femenino. Ya te dije que en la formación flipé y me gustaría recrearlo de manera distinta. ¿Te parece bien?

—Claro.

Después de lo que he visto, no puedo negarme, porque el resultado de esta primera parte, a falta de verlo en pantalla grande, sé que va a ser una maravilla.

Laia aparece de nuevo en el salón con una chica guapísima. Parece joven. De piel oscura, pelo negro muy rizado a lo afro y ojos grandes color avellana.

—Odri, te presento a Cloë.

—Encantada —la saludo. Ella me sonríe.

—Odri, nos cambiamos el *look* en un momento, hago una pequeña variación en el escenario, cambio la música y empezamos.

—Perfecto —le digo—. Mientras, aprovecho para ir al baño.

Cuando salgo, veo que en lugar del taburete ha colocado en el suelo la alfombra de lana gruesa y blanca. Me viene Daniela a la cabeza. Seguro que haría algún comentario al respecto.

El sol sigue otorgándonos sus claros y cálidos rayos en esa dirección. Laia lleva una camiseta de tirantes ancha, que le cubre justo hasta debajo del trasero. Está agujereada por varios lugares, lo cual deja al descubierto muchas de sus partes femeninas. Su piel blanca contrasta con el negro de la ropa, con sus labios rojos intensos y su pelo liso y rubio. Cloë viste con una camiseta similar en blanco y los labios de un rosa fucsia brillante. Están increíblemente sexis con una camiseta raída. Es sutil y explícito al mismo tiempo. Alucinante. Y el juego de contrastes con los colores de la piel, los labios, el pelo y la camiseta de ambas es brillante. La música ha cambiado y ahora suena música sensual muy sugerente. Invita totalmente a relajarse y a jugar a seducir…

—Odri, estamos preparadas. Si te parece, hacemos como antes. Si en algún momento te sientes incómoda o quieres decirnos cualquier cosa, adelante, no te cortes. Total confianza, ya sabes. —Y me guiña el ojo.

—De acuerdo —contesto, y me escondo detrás del visor.

Laia y Cloë empiezan a bailar lentamente sin tocarse. Están muy cerca una de la otra, pero ni se rozan. La estética de la escena es muy bonita y sugerente. Me muevo alrededor de ellas buscando nuevos ángulos y perspectivas.

Al cabo de un rato, la dinámica cambia y empiezan a rozarse suave y sutilmente. Una de pie, la otra agachada; después, una sentada, la otra apoyada en su espalda y dejando colgar la cabeza en el hombro de la otra; entrecruzan brazos, piernas, melenas… Introducen las manos en los agujeros de la camiseta de la otra dando a entender que están tocando zonas calientes. Me empieza a entrar mucho calor. Esto es muy excitante. Me siento rara por estar sacando fotos a este momento íntimo. Como si fuera *voyeur*. Pero a la vez lo que me excita no es lo que están haciendo, sino la gran belleza y lo que sugiere el momento.

Empiezan a quitarse la ropa lentamente la una a la otra. Los labios recorren casi sin tocar el cuerpo de la otra con las bocas medio abiertas. Consigo una imagen en la que sus labios están a un milímetro de distancia y la explosión de colores del rojo y el fucsia me traslada a algo vital, vivo y prohibido.

Sube la temperatura. Para mí y, obviamente, entre ellas, que empiezan a acariciarse con más intensidad, aunque manteniendo la cadencia lenta. Sin prisa. Disfrutan de cada recorrido táctil. En ciertos momentos, jadean y sueltan la cabeza hacia atrás. Es muy erótico. Van hacia el suelo y, arrodilladas las dos una frente a la otra, se dan las manos con ternura mientras se miran a los ojos atravesándose mutuamente.

Después de unos segundos, se funden en un abrazo a cámara lenta que me permite captar a la perfección todos los fotogramas del acercamiento y cómo sus pechos empiezan a mezclarse. Se mantienen ahí y, abrazadas, ambas llevan hacia atrás sus espaldas sin permitir que sus pechos dejen de tocarse. Menudas fotazas me están regalando…

Cloë, en un cambio de altura, se pone a cuatro patas dejando la visión de parte de su perfecto trasero y su cintura y empieza a lamer lentamente con la punta de su lengua uno de los pechos de Laia. Noto cómo mi vulva empieza a lubricarse. Solo con verlo, puedo imaginarme vívidamente esa sensación que tanto me excita a mí. Tengo que hacer un esfuerzo por no desaparecer e irme a tener una cita conmigo misma. Pero lo que veo vale la pena. Es excitante, pero también muy hermoso y me está regalando unas instantáneas que nunca hubiera imaginado. Y con la alfombra debajo de ellas… Es una fantasía, que ni siquiera sabía que tenía, hecha realidad.

Al cabo de unos minutos más, Laia rompe el silencio.

—Odri, si te parece bien, podemos dejarlo aquí. Necesito continuar con esto en privado con Cloë.

—Por supuesto —le respondo *ipsofacto*.

Y a la velocidad de Flash, estoy en el piso de abajo haciendo uso otra vez del punto 5B.

CAPÍTULO 44. Y LLEGA EL DÍA

Hoy viene Álex. ¡Por fin! Me muero de ganas de verlo y de abrazarlo mucho mucho mucho.

Casi dos meses y medio separados. No había pasado nunca desde que nos conocemos y, aunque he estado muy bien acompañada y adoro a Daniela y a Laia, mi Álex es único. Quiero contárselo todo otra vez en persona. Y ¿qué me tendrá que explicar él? Estoy muy intrigada. Espero resolverlo antes de que termine el día de hoy.

Desde las 19:15 no paro de mirar hacia las escaleras mecánicas esperando que aparezca mi amigo cargado con su maleta y su carisma.

—Vas a provocarte una tortícolis de tanto mirar —se burla Víctor.

—¡Ay!, es que tengo muchas ganas de verlo. Cuando lo conozcáis, lo entenderéis.

Víctor y Sofi se miran cómplices y sonríen.

A las 20:30 ya me empiezo a poner nerviosa.

—A ver, chicos, es una parada de tren, ¿dónde coño se ha metido? —digo preocupada.

—Se habrá entretenido, Odri. No te preocupes —me tranquiliza Sofi.

Y entonces aparece. Lo veo y salgo disparada para abalanzarme a sus brazos.

—¡Loca! ¡Que me tiras! —se queja.

—¡Qué ganas tenía de verte, coño! ¿Dónde te habías metido?

—He ido a ver a tu brujita de las cartas, a ver si me predecía algo interesante antes de venir…

—¡No te creo! ¿Y la has encontrado? —pregunto alucinada.

—La duda ofende, nena.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que soy sagitario, ascendente en Géminis con la Luna en Libra. Que hoy se inicia un antes y un después en mi vida. Y que conoceré a un tauro muy guapo…

Detrás de mí, oigo a Sofi y a Víctor, que me han seguido.

—Teníamos ganas de conocerte, Álex. Odri no para de hablar de ti —afirma Sofi.

—Y yo soy tauro… —añade Víctor con una sonrisa seductora en la boca acompañada de una mirada penetrante.

A las 22:40 llegamos a casa. Daniela ya no está, pero cuando salga de maquillar muertos se unirá a nosotros. Aparcamos su maleta y, mientras se ducha, preparo algo para picar. Durante la cena se interesa por Víctor y cuando terminamos de comer y nos movilizamos hacia el sofá, me enciendo un cigarro y le pregunto por el gran bombazo que tiene pendiente contarme.

—¿Aún fumas, Odri? ¡Qué ascazo! Déjalo ya, anda, que, además, te estás enrollando con un médico.

—Que sí, que sí, que luego. Cuéntame ya la gran noticia —le insisto.

—¿Te acuerdas de mi tío Ricardo? —me pregunta.

—¿Tu tío Ricardo? No.

—¡Exacto!

—¿Exacto? ¿Cómo que exacto?

—Ay, Odri, deja de hacerme de eco. Esa es la cuestión: que nadie me había hablado nunca de mi tío Ricardo. El tío Ricardo jamás había existido, hasta ahora… —Mi cara es de no entender, él prosigue—. Se ve que Manuel, el marido de mi tía, la hermana de mi padre, tenía un hermano. Bueno, en realidad eran ocho hermanos. Bueno, pues el mayor de todos era el tal Ricardo. Y este señor, por algún motivo que desconozco, ha contactado conmigo. ¿Alucinas?

¡Muy fuerte!

—¿¡Cómo que tío!? En realidad, no sois ni consanguíneos.

—Lo sé, pero he decidido que le voy llamar tío para hacerlo más fácil y cercano.

—Y ¿cómo que ha contactado contigo? ¿Cómo lo ha hecho? ¿Cuántos años tiene este hombre? Debe ser muy mayor…

—Está muerto.

—¿Perdona? ¿Te ha contactado un muerto?

—Él directamente no, tonta, su abogado.

—Álex, no entiendo nada.

—Voy, voy. Hará cosa de un mes, recibí una carta certificada en casa. El remitente era un bufete de abogados de Barcelona.

—¿De Barcelona?

—Sí. En ella me citan para el próximo 3 de enero en sus oficinas para que un notario me lea su testamento. Al parecer, soy el único heredero.

—¿Cómo? ¿Heredero? ¿Tú? ¡Pero si ni sabías que existía! ¿Cómo puede ser?

—No tengo ni idea. Pero el día 3 lo vamos a descubrir juntos, porque me vas a acompañar. Es como hacer un *escape room* real. ¡Me encanta! —dice excitadísimo.

—¡Joder!, ¿pero qué locura es esta, Álex?

—¡Una locura de culebrón total! Pero, ¿sabes?, el tío Ricardo me va a cambiar la vida, lo presiento, *baby*. —Y se pone a chasquear los dedos y mover la cabeza de lado a lado haciendo morritos cual mujer de color sobrada.

Me quedo sin palabras. Esto es muy fuerte.

—Total, que se avecina algo gordo, cariño, así que… ¡vamos a celebrarlo! Sácame por ahí a alcoholizarnos.

Y así lo hago.

CAPÍTULO 45. ¡SORPRESAAA!

Y lo hago tan bien que Álex y yo nos hemos pasado dos días enteros bebiendo. Confieso que he ido un poco pedo a trabajar, pero aun así sigo teniendo el récord diario de ventas de la planta. Supongo que el hecho de que Jordi siga sin aparecer, ayuda. Estoy empezando a preocuparme y tengo muchas ganas de escribirle, pero tener pegado a Álex las veinticuatro horas, excepto en los momentos de curro, ayuda a mantenerme a raya.

Además, esta noche es la gran noche. La fiesta sorpresa de los treinta de Daniela. Lo tenemos todo preparado. El piso de Laia está lleno de globos, comida, alcohol y regalos. Los invitados tienen que llegar sigilosamente antes de las diez, de manera que yo ya pueda estar en casa, y entre Álex y yo la entretendremos para que no vea a nadie subir por las escaleras. Cuando todos estén metidos en la casa, Laia bajará y llamará al timbre para recogernos y poder ir hacia el restaurante donde se supone que hemos quedado con Marc para cenar. Pero entonces fingirá que se ha dejado su regalo en casa. Sabemos que a Daniela le dará pereza acompañarla a buscarlo y pondrá una excusa para no subir un piso, y entonces es cuando Laia la sobornará con poder abrir su regalo antes de ir a la cena, dándole a entender que lo querrá tener puesto antes de salir a la calle.

Y, por supuesto, todo se da tal cual hemos anticipado. Laia abre la puerta, enciende las luces, Daniela la sigue y…

—¡¡Sorpresaaa!! —chillamos todos los asistentes al unísono.

—¡Madre mía! ¡Guau! ¡Muchas gracias! —suelta Daniela emocionada.

Marc se le acerca, la abraza, la levanta y le da un beso tierno en los labios. Y sucesivamente van acercándose todos los invitados para felicitarla. Hay unas veinte personas: nosotras y mucha gente de su trabajo, que no sabemos quiénes son, pero a las que contacté espiando en su grupo de WhatsApp de El Corte Inglés. También están Sofi y Víctor.

—¿Al final Xavi va a venir? —me pregunta Laia.

—En principio, sí, pero cuando termine en el hospital —respondo.

Al verbalizarlo en voz alta me pongo nerviosa. La «semana sin penes» finalizó el pasado miércoles, aunque yo aproveché para alargarlo y tener espacio para mí y preparar la llegada de Álex. Además, también tuve tiempo para descargar toda la sesión de fotos de Laia y de Laia con Cloë, y deleitarme con el resultado. Edité algunas y en cuanto encuentre el momento se las mostraré a Laia, que está ansiosa. Tengo ganas de ver su cara cuando las vea.

La noche avanza y el alcohol empieza a hacer efecto en algunos de los invitados. Álex se ha pasado lo que llevamos de noche conversando con Víctor. Sofi ha notado que en algunos momentos sobraba y está en su salsa charlando con todo el mundo. Va saltando de grupito en grupito. Daniela no se despega de Marc, que la trata como la reina cumpleañera que es, y está pendiente de que no le falte nada de lo que guste. Laia y yo andamos fumándonos un peta y elucubrando sobre quién se liará con quién en la fiesta.

Sacamos el pastel, cantamos el *Cumpleaños feliz*, Daniela sopla las velas y le damos los regalos. Álex se me acerca arrastrando de la mano a Víctor y me susurra al oído:

—Vas a tardar en bajar a casa, ¿verdad? Voy a hacer uso de nuestro cuarto compartido —me dice con cara de vicioso.

Afirmo con la cabeza como dándole permiso y desaparecen. A mi otro lado, Laia comenta:

—Estos dos, estaba claro, je, je, je. A ver quiénes son los siguientes… —En ese momento, Xavi aparece por la puerta—. Ya tenemos la respuesta. —Y me repasa con la mirada.

—No podrá ser, tengo mi habitación ocupada.

—Ya, pero este piso tiene varias habitaciones… —me replica provocadora.

—¡Qué dices, no me atrevo a hacer eso con tanta gente aquí! —suelto inmediatamente.

—¿Apostamos? —me reta.

Y, después de felicitar a Daniela y saludar a Marc, Xavi se acerca hacia nosotras.

—Hola, bonitas —nos dice alegre.

—¿Cómo estás, Xavi? ¿En el hospital, bien? —me intereso.

—La verdad es que sí. Vengo muy feliz, porque esta semana hemos tenido un caso de un niño de siete años que nos preocupaba mucho, pero ahora ya, por fin, ha salido de la zona de peligro y todos los miembros del equipo médico estamos muy contentos.

—¡Qué buena noticia! —celebra Laia.

—¡Cómo me alegro, Xavi! —le expreso yo.

—Voy a darme una vuelta y a hacer un poco de anfitriona. Os dejo para que podáis celebrarlo. —Se aleja guiñándome un ojo.

Cuando nos quedamos solos, Xavi me acaricia el brazo y me dice acercándose a mi oído:

—Tenía muchas ganas de verte, Odri. Nuestro último encuentro me dejó con más ganas de ti. —Noto un escalofrío que me recorre entera. Lo he llevado dignamente durante diez días, pero mi vulva se está manifestando y quiere participar—. ¿Dónde puedo dejar el abrigo? —me pregunta.

—Ven. Laia ha habilitado su pequeño cuarto biblioteca para dejar las chaquetas. —Y lo acompaño.

Al traspasar la puerta, Xavi deja la cazadora encima del montón de ropa que hay encima de un sillón antiguo, mullido y forrado con terciopelo granate. Aunque eso no se ve. Eso lo sé yo porque normalmente lo tiene en el comedor y me encanta, porque es tan hortera que le da un efecto muy retro. La habitación es muy pequeña. Apenas cabemos los dos con el sillón ocupando parte de la estancia, sumándole la cantidad de abrigos, bufandas, bolsos y gorros que han caído al suelo por no caber en la susodicha silla. El resto de la habitación la forman las muchas estanterías que empapelan las cuatro paredes del cuarto, y que están llenas de libros. Xavi me agarra fuerte acercándome a él para besarme con pasión.

—Nunca lo he hecho en un guardarropa… —me confiesa con invitación implícita.

—Yo tampoco…

—¿Y te gustaría probar?

—Me da un poco de vergüenza que nos puedan pillar —reconozco, aun a riesgo de dejar de parecer guay y lanzada.

Xavi se gira para comprobar que la habitación tiene pestillo.

—¿Y si lo ponemos? —me pregunta señalándolo.

—Hazlo —le pido.

Y lo hace. Al cerrar la puerta, nos quedamos a oscuras, pero nuestros cuerpos son como un imán que se atrae y sabemos perfectamente donde está cada uno. Me vuelve a agarrar y nos metemos mano desesperadamente. Y me lleva hasta la estantería que me queda detrás; me levanta por el culo y me apoya la espalda en ella.

—Espera, espera, que me estoy rompiendo la columna vertebral. ¿No hay ningún punto de apoyo plano?

Medio paramos e intentamos ver qué hay en la habitación para ubicarnos, pero está completamente oscura. La luz no funciona. (Estoy convencida de que Laia ha quitado la bombilla expresamente para convertirlo en un cuarto oscuro). Solo se percibe algo por la pequeñísima ventana que hay entre estantería y estantería y que deja entrar cierta claridad desde

el patio de luces al que da.

—Vamos al sillón —propone Xavi.

Nos acercamos y empezamos a tirar al suelo todo lo que hay. Xavi se sienta y me subo a horcajadas sobre él. Seguimos besándonos y poniéndonos cachondos mientras nos toqueteamos por todas partes. Él me agarra del culo con su mano izquierda y cuela la derecha por debajo de mi sujetador y me masajea mi teta izquierda. Yo le agarro del pelo con mi mano izquierda y con la derecha le aprieto el paquete por encima del pantalón.

Jadeamos y nos volvemos un poco locos. Una parte de mí está pendiente por si alguien quiere entrar, pero saber que no van a poder me tranquiliza, así que me dejo llevar. Mi hambre de él se va volviendo impulsiva e intensa. Me bajo de él y empiezo a desatarle bruscamente el cinturón, a desabrocharle los botones de los vaqueros y a bajarle los calzoncillos. Me agacho frente a él, con las rodillas apoyadas en los abrigos mulliditos. Le agarro de las piernas para que tire su pelvis más hacia delante del sillón y así poder apartarle mejor toda la ropa que me molesta para llegar a su miembro.

Cuando lo consigo, agarro su pene con ambas manos y me lo meto en la boca. Él suelta un suspiro sonoro y se deja hacer. Le como la polla con hambre voraz. Alterno lengua, labios, presiones y cambios de intensidad. Incluyo sus testículos en el juego. Mi boca y mis manos participan entusiasmadas.

—Odri, como sigas así, me correré —me avisa Xavi.

—Es lo que quiero. Pero avísame…

Y sigo chupando y succionando hasta que me hace una señal apoyando su mano en mi cabeza. Entonces me aparto y sigo con una mano y obstaculizando con la otra la apertura uretral del prepucio para que el semen no vuele por doquier. Y se corre. Y yo me siento poderosa. Y con la mano mojada y pegajosa.

—Odri, en el bolsillo izquierdo de mi pantalón hay pañuelos.

Esa indicación me va de maravilla. Los cojo y me limpio la mano. También le alcanzo a él otro pañuelo para limpiarse el pene. Seguimos a oscuras. Nos levantamos en el sitio. Oigo cómo se recoloca la ropa. Yo me dispongo a dirigirme hacia la puerta cuando él me para sujetándome de una muñeca.

—¿Dónde vas, preciosa? Esto aún no ha terminado. —Mi vulva vuelve a sentir las cosquillas. Xavi me rodea con sus brazos y me besa los labios suavemente—. Te voy a hacer sentir como una reina. Seré tu súbdito.

La imagen de jugar esos papeles a oscuras y en silencio me pone a mil. Con suavidad y cuidado, se arrodilla y me quita la bota derecha. Después, me desabrocha el pantalón y me lo baja haciendo que mis piernas queden al descubierto. Con las bragas aún puestas, se acerca a mi vulva y aspira sobre ella su exhalación caliente. Varias veces. Siento cómo traspasa el tejido. Con su mano empieza a tocarme los genitales. Primero sobre las bragas, después las baja lentamente mientras me besa y lame mis labios mayores, mmm, qué sensación más deliciosa.

Sigo de pie y él arrodillado frente a mí. Con habilidad y esmero, me acaba de bajar los pantalones y las bragas hasta los tobillos. Con su mano, coge la mía y la apoya en su hombro para que sea fácil desvestir mi pierna derecha sin que yo pierda el equilibrio. Cuando estoy desnuda de ese lado, me acompaña con sus manos a sentarme cuidadosamente en el sillón y me abre las piernas al máximo.

—Si su majestad desea un *cunnilingus*, su majestad será complacida. ¿Me da permiso?

—Permiso concedido.

Y vaya si lo deseo. Y vaya si lo hace. Madre de Dios. Yo no puedo sentirme más poderosa

sentada en un sillón que se ha convertido en un trono, con los brazos descansando en los reposabrazos sin hacer nada más que recibir placer y gozo de un tío buenorro como este. La sensación de estar desnuda solamente de cintura para abajo de mi lado derecho, me produce morbo puro. La incapacidad de ver nada por estar en la casi absoluta oscuridad hace que mis otros sentidos se disparen y mi mente vuele a la Edad Media.

Xavi me lame con maestría y yo me rindo al placer absoluto. Todo es lento y serpenteante. Mi pelvis empieza a moverse sinuosamente, acompañando las sensaciones producidas por su lengua. De golpe, sus dedos aparecen sobre mis labios invitando a que abra mi boca y los chupe. Y lo hago con gusto durante un minuto. Luego se alejan de mí y los siento introduciéndose a través de mis otros labios. Mi cuerpo vibra. Noto cómo me tenso de placer acumulando energía explosiva, y siento cómo sus dedos encuentran mi zona G y empiezan a moverse más rápido, apretándome por dentro. Mis duros pezones chocan contra mi sujetador. He perdido el control del movimiento de mi pelvis. Va completamente sola acompasada al ritmo que marcan los dedos maestros de Xavi. En poco tiempo siento cómo estallo y noto que mi vagina se convierte en un río desbocado expulsando agua torrencial.

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío, hostia puta, joder… —recito totalmente exhausta y exaltada.

Oigo cómo Xavi se ríe satisfecho y me alcanza otro pañuelo para mí.

—Creo que he dejado un charco en el suelo… —digo un poco avergonzada.

—Sobre el suelo, no. Sobre el abrigo de alguien, sí.

—¿Qué dices? —digo agobiada.

Xavi vuelve a reírse.

—La lavadora es un gran invento, no te preocupes.

Me hace sonreír con el comentario y me relajo mientras me visto.

—Creo que es mejor que salgas tú primero —le pido—, porque a mí aún me fallan las piernas.

—Te espero fuera con una copa en la mano.

Se dirige hacia la puerta. Quita el pestillo, la abre y sale por ella dejándola abierta tras él. Después de respirar unos momentos y volver a mi ritmo cardíaco habitual, recoloco como puedo las chaquetas sobre el sillón, busco mi bolso y saco mi móvil. Esto requiere una foto para inmortalizar el momento, aunque estoy segura de que no lo voy a olvidar en la vida. Me coloco cerca de la puerta y, aprovechando la luz del exterior del pasillo, encuadro parte de la habitación con el sillón como centro de la fotografía. Clic.

Voy a echarle un vistazo a ver cómo ha quedado. Uy, aviso de WhatsApp. Desbloqueo el móvil y entro en la aplicación.

JORDI: Necesito verte. ¿Te pasas mañana por mi casa?

CAPÍTULO 46. CONFESIONES

Llego al portal del piso de Jordi. Estoy muy nerviosa. Tengo taquicardia y estoy muy intrigada con su desaparición del trabajo durante casi dos semanas.

Llamo al timbre. Me abre inmediatamente. Subo las escaleras y llego al primer piso. Jordi me está esperando en la puerta. Verlo me acelera el pulso. Es inevitable. Es guapísimo y la atracción que siento por él es sobrenatural.

—Hola, Odri. Gracias por venir.

—De nada. ¿Estás bien? —le pregunto mientras cruzo la puerta de su casa.

—Más o menos. Ahora te cuento. —Y cierra la puerta detrás de mí.

Qué bonito es este piso. Moderno, amplio, de espacios abiertos, elegante. Y sus obras de arte en la pared me encantan. Suena *jazz* y *bossa nova* de fondo. Me dirijo hacia el salón para sentarme en el sofá. Él se desvía hacia la cocina y desde atrás de la barra americana me ofrece un café. Acepto. Son las doce del mediodía y me gustaría no alcoholizarme tan pronto. Además, debería escuchar a Álex —y a Xavi— cuando me recomienda sabiamente que afloje con el tabaco, las drogas y la bebida. Aunque, ahora mismo, un vinito para relajarme un poco me vendría estupendo.

—En lugar del café, ¿podría ser una tila? —Cambio de opinión.

—¿Resaca de ayer? —pregunta con una sonrisa en los labios, ¡¡sus labios!!—. ¡Marchando una tila!

—Un poco. Celebramos los treinta de Daniela anoche —le explico.

Mientras lo prepara, dejo el abrigo y el bolso en una silla del salón y me quedo de pie deleitándome de nuevo con las fotografías de su pared. Él me observa silencioso desde su cocina abierta, que conecta con el gran comedor. Cuando lo tiene todo listo, lo acerca a la mesita de la zona del sofá. Se sienta. Me siento a su lado, a un metro de distancia. No me fío de mí misma.

—De nuevo, gracias por venir. Imagino que estarás pensando que soy un poco capullo por no haberte dicho nada durante tantos días después de lo que pasó en el baño.

—Para nada pienso que seas un capullo. Pero un poco descolocada sí que estoy.

—Quería verte para contarte todo lo que siento y lo que ha ocurrido desde que te conozco. Bueno, incluso desde antes. Odri, sé que prácticamente no nos conocemos, pero, y a riesgo de parecer un friki, hay algo en ti que me atrae de una manera que no puedo explicar. Y no me refiero a que me gustes físicamente, cosa que no voy a negar, pero es algo más, más, no sé, algo ¿mágico? —confiesa medio avergonzado, como si estuviera diciendo algo sin sentido. Madre mía, ¡él también lo siente!—. Quiero ser absolutamente sincero. Necesito vaciarme del todo contigo. —Pongo una cara rara porque mi mente calenturienta se ha ido al significado literal y pornográfico de su frase. Jordi me capta al momento—. Vale, eso ha sonado fatal —intenta explicarse haciendo una mueca y cerrando los ojos—. Hablo metafóricamente, ya me entiendes. —Por una parte, ¡qué mono!, y por otra, mmm, lástima. Madre mía, estoy fatal. Tomo un sorbo de mi tila.

»Como sabes, estoy con Cris. La conocí hace dos años en una sesión de fotos que fue un encargo de un cliente del mundo de la moda. Ya te conté que de vez en cuando atiendo demandas como *freelance,* aparte de estar en el FNAC. Conectamos rápido. Me pareció una chica muy maja y empezamos a quedar. Lo pasábamos bien y la cosa fue poniéndose cada vez más seria. Todo iba bien hasta que ella empezó a cambiar y a actuar de manera extraña. Se ponía celosa con cualquier chica con la que yo hablara, con quien trabajara o a la que fotografiara. Su desconfianza tomó un cariz enfermizo y muy desagradable. Me seguía, me espiaba, me llamaba a

todas horas. Entendí que era un problema de autoestima y tomé la decisión de dejar la relación, porque no era sano para ninguno de los dos.

»Pero entonces me llamó su hermana, a quien yo ya conocía, y me pidió que nos viéramos porque tenía algo importante que decirme relacionado con Cris. Así que quedamos y lo que me suplicó me dejó descolocado y en una situación muy incómoda y delicada. Me confesó que Cris estaba enferma. Le habían diagnosticado anorexia y depresión y estaba en un estado muy delicado. Tenía un grado de ansiedad muy elevado que podía ser peligroso para su propia vida. Cris le había confesado a su hermana que no me lo había contado ni lo haría, porque estaba segura de que, si lo hacía, yo la dejaría. Le dijo que estaba desesperada y que, si eso ocurría, se suicidaría. Me pidió que no le contara que lo sabía; que hiciera vida normal con ella mientras su familia haría todo lo posible para que obtuviera un tratamiento con el que pudiera mejorar y salir de esta.

Yo escuchaba totalmente alucinada. Sentí compasión por Cris. Y también por Jordi. Y siguió contándome.

—Como te puedes imaginar, la situación es horrible. Vivo en una relación de mentira con ella intentando mantenerme sereno para que esté lo más tranquila posible, pero está siendo muy duro para mí. No me gusta verla en ese estado y yo lo estoy pasando mal, porque siento que se me escapa la vida. Pero aguanto porque pienso que es lo mejor que puedo hacer por ella en este momento, aunque a veces me entran dudas sobre cuál sería la mejor manera, porque tampoco me gusta mentirle. El caso es que lo llevaba más o menos hasta el día que apareciste en el trabajo. Cuando Pere nos presentó el 1 de diciembre, sentí que no podía sostener más esta situación. Tenía delante de mí a una persona que me quitaba la respiración y a quien tenía muchas ganas de conocer.

»Esa noche me sorprendiste con tu gran personalidad. A la semana, no viniste a tomar copas con Víctor y Sofi y sentí que perdía oportunidades para conocerte. Así que tomé la decisión de provocarlas. Por eso te abordé a la salida del trabajo hace dos semanas y te acompañé hasta el Born. Pero llamó Cris en pleno ataque de pánico amenazando con suicidarse si no iba inmediatamente. Por eso desaparecí. Al día siguiente, quise contártelo después de la cena, estando en mi casa, pero saliste disparada.

—Ya sabes, tenía que igualar el marcador en cuanto a huidas… —dije para cortar un poco toda la tensión que estaba sintiendo, tanto en mi cuerpo como en mi cerebro. El humor siempre ayuda.

Jordi sonríe.

—Me encantas. Y por eso lo siguiente fue abordarte en el baño. Tenías que saber lo que siento por ti. Y pensaba seguir demostrándotelo esa misma noche, pero entonces llamó Cris con la misma amenaza de siempre. Aunque esta vez sí era verdad.

—¿Qué? —grito asustada—. ¿Ella está bien?

—Sí, sí, tranquila. Lo está, pero por poco. Por teléfono me dijo que se había tomado todo un bote de pastillas. Cuando llegué a su casa, había perdido el conocimiento. Así que intenté despertarla y que vomitara, pero no lo conseguí. Llamé a urgencias y se la llevaron en ambulancia. Le hicieron un lavado de estómago. Pero ha estado varios días en coma. Luego, con su familia y su psiquiatra, hemos estado elaborando un protocolo de actuación para su bienestar. De momento, sigue en el hospital. Su entorno tiene que ser lo más normal y estable posible. Cuando se sienta mejor, la ingresarán en un centro para poder tenerla controlada. Y si la mejora continúa, podremos hablar sobre nuestro futuro como pareja, pero ella necesita estar físicamente recuperada y tener estabilidad emocional.

—Joder, Jordi, no sé qué decirte… Pobrecilla. Y tú, guau, lo debes haber pasado muy mal también.

—Sí, no te lo voy a negar, pero yo he tomado una decisión respecto a mi vida. Quizás tenga que seguir sosteniendo este engaño un tiempo más para no dañar a Cris, pero a mí quien me gusta eres tú. Y me gustas mucho. Si me lo permites, me encantaría seguir conociéndote. Aunque entiendo que esta situación pueda superarte. Es una puta locura.

Me quedo pensativa. Quiero conocer a Jordi más profundamente. Me parece un chico atento, empático, con la misma pasión por la fotografía que yo, divertido, guapísimo, pero ¿quiero meterme en esta situación? Aunque sea de postizo, aún tiene novia. Y está claro que si ocurre algo tendrá que ser a espaldas del resto de la humanidad, aunque sabiendo que la relación ya no se sostiene, ya no me sentiría tan culpable. Y, además, está Xavi, que también me encanta, y no paramos de enrollarnos. Y ¡Álvaro!, que aún no ha dado señales de vida, pero también está en mi presente… Joder, qué lío. No sé qué hacer. Una parte de mi quiere volver a salir corriendo. La otra quiere tirarse encima de él.

—¿Odri?, ¿sigues aquí? —La voz de Jordi me devuelve a la realidad—. ¿Prefieres irte?

—No, me quedo —me sale.

Jordi suspira aliviado y sonríe.

—Me alegro. —Y cambiando el tono de la conversación, se interesa—: ¿Y qué? ¿Tu amigo Álex ya está por aquí?

—¡Uy, sí! Lleva encerrado en mi habitación desde ayer por la noche con Víctor y aún no han salido. He tenido que dormir en el sofá.

—¿Qué me dices? ¡Cuéntamelo todo! ¿Cómo ha pasado?

Y se lo cuento emocionadísima. La tensión ha desaparecido y parecemos dos amigos de toda la vida. Le cuento su llegada, la predicción de la bruji para Álex, cómo se desató la pasión entre ellos justo anoche y lo de su tío Ricardo.

—Vaya, vaya, ¡cuántas cosas en tres días! Oye, y eso de la bruja, ¿de qué va?

Y le cuento, obviando detalles sexuales, que la conocí a las dos semanas de llegar a Barcelona, que me habló de un tal ascendente, de la Luna y de Saturno y que luego me tiró las cartas y me dijo que este año pasarían muchas cosas.

—¿Entonces te hizo una especie de carta natal?

—¿Carta qué? No, no, utilizó las típicas cartas del tarot —le corrijo.

Jordi se ríe simpáticamente y añade:

—Sí, lo sé, pero si te habló de tu ascendente y de tu signo lunar, es que sabía de astrología. ¿No te preguntó tu fecha, hora y lugar de nacimiento?

—¡Sí! Es lo primero que me preguntó —respondo sorprendida.

—¿Y solo con esa información y sin ningún ordenador te dijo los signos de tu Sol, Luna y ascendente?

Lo miro estupefacta.

—Me estás hablando cómo si entendieras del tema…

—Bueno, mi hermana es astróloga. Algo sé. —Y me guiña el ojo—. Lo que me deja impresionado es que pudiera calcularlo mentalmente. Esa mujer es una máquina. ¿Y qué signos te dijo? Cuéntame…

—Si te los digo, ¿me psicoanalizarás o algo así?

—Ja, ja, ja, no, pero sí que tendré más información sobre ti, y eso me gusta… Yo soy escorpio, con Luna en Libra y ascendente Cáncer.

—Ya, bueno, pero es como si me estuvieras contando que Juan, el del quiosco, come

madalenas con mermelada de sobrasada y pimientos para desayunar, pero que hoy ha preferido comer tortilla servida en un zapato.

—¿Cómo?

—¡Exacto!

—Ja, ja, ja, la astrología tiene más sentido que los desayunos de Juan, deja que te lo demuestre.

Cedo. Y le cuento que soy, según me dijo la bruja de las cartas, libra de Sol y ascendente con Luna en Aries. Y pasamos un buen rato hablando sobre astrología; tema que me deja alucinada, por cierto. Y luego derivamos de nuevo a la fotografía durante otro largo rato. Entre medias, preparamos algo para picar, porque nos entra hambre y ya va siendo hora de comer. Y seguimos hablando sin parar. Entrelazando un tema con otro de manera natural. Compartiendo. Me habla de su familia y yo de la mía. De música, de series, de películas, de *hobbies*, de pasiones y sueños, y volvemos a la fotografía.

—¡Ah! ¿Y no sabes qué? —le digo de sopetón.

—¿Qué?

—Le hice una sesión de fotografía erótica a Laia.

—¿Qué me dices? ¿Y qué tal la experiencia?

—Fascinante.

—Cuéntame detalles —me pide.

Y se lo cuento tal cual sucedió.

—Tengo que reconocer que imaginarte haciendo fotos en esa situación me está poniendo un poco nervioso —confiesa un rato después mientras me mira directamente a los ojos—. Y hablando de nervioso —se levanta cambiando de tema—, tengo algo para ti. Ahora vuelvo.

Desaparece por el pasillo y entra en una habitación. Me quedo sentada en el sofá. Miro el reloj. ¡Han pasado ocho horas desde que he llegado! Debería haberlo notado cuando la claridad del día ha dejado de asomar por las ventanas y ha oscurecido. Hostia puta. Literalmente, el tiempo ha volado.

Jordi vuelve. Trae un paquete.

—Toma, tu regalo de Navidad.

—¿Cómo? ¿Nos hacemos regalos?

—Yo a ti sí. Creo que te gustará.

Lo desenvuelvo, sorprendida e ilusionada, y aparezco a tamaño 18 ×13 dentro de un marco negro precioso. Es la foto que me hizo a unos metros de donde estamos ahora.

—Guau… —consigo expresar después de unos segundos—, qué belleza de foto, no sé qué decir… Madre mía…, muchas gracias —le digo muy sinceramente.

—De nada —me responde a veinte centímetros de distancia—. Y si me das tu permiso, me gustaría ampliarla y colocarla en la pared con el resto.

—¿De verdad? ¿Me quieres en tu pared?

Sonríe de medio lado.

—Te quiero en todos los rincones de este piso.

Nos quedamos mirando. Con cuidado, me quita la foto de la mano y la deja sobre la mesita. Y entonces me sujeta suavemente la cara entre sus manos.

—Quiero volver a besarte… Esta vez sin ruidos raros alrededor.

Y que utilice el humor en ese momento hace que no me pueda resistir a todos sus encantos. Me acerco lentamente sin dejar de mirarlo y le beso. Recreamos el beso del baño sabiendo que esta vez nadie nos va a interrumpir.

Rozamos nuestras bocas suavemente, sin prisa por meternos dentro de la del otro, deleitándonos con la forma de nuestros labios, y los suyos son perfectos. Nuestras lenguas empiezan a querer participar y van haciendo acto de presencia en forma de pequeños lametones que siguen las líneas de la boca del otro. También el instinto quiere unirse y, controladamente, algunos mordisquitos aparecen y jugamos a cazarnos el labio. Se unen respiraciones sonoras y ansiosas de acelerarse.

—Joder, qué bien besas… —se me escapa lascivamente.

—Encajamos. No tenía ninguna duda. —Y mientras lo dice, me abraza fuerte.

En ese instante me atraviesa la mente, como si fuera un *flashback*, la imagen de una pareja de enamorados de la época de las cruzadas fundiéndose en un abrazo de reencuentro después de que él regresara de la guerra al hogar. Siento como si no quisiéramos soltarnos de ese abrazo. Noto cómo me aprieta y respira sobre mi cuello con necesidad amorosa. Hay pasión, pero hay algo más que no sé explicar. Es… ¿familiaridad? ¿Eso puede ser? ¿Puede ser posible lo que cuentan sobre las almas gemelas que vas reencontrando en varias vidas? Yo no creo en eso, pero empiezo a ponerlo en duda.

—¿Quieres que sigamos en la cama? —me pregunta.

No consigo articular palabra, pero mi cabeza reacciona afirmativamente.

Jordi me coge de la mano y me lleva hacia su habitación.

CAPÍTULO 47. NECESIDADES

Su cuarto es amplio y en él hace calor. Aunque igual soy yo que lo emano desde dentro. Jordi enciende una luz tenue que proporciona aún más calidez al ambiente.

Vuelve a abrazarme estando de pie al lado de la cama. Noto sus manos amasando suave y gustosamente todas las partes de mi cuerpo que pueden alcanzar. Le está regalando un baño de caricias a mi cuerpo que me están llevando a una sensación de relajación muy agradable. Mis ojos se han cerrado de placer y mi mandíbula se ha soltado dejando que los sonidos y las respiraciones se escapen. Jordi utiliza sus manos con la presión perfecta, la velocidad perfecta, la cadencia perfecta… Y lo hace girando a mi alrededor, haciendo presente cada zona de mi cuerpo.

El placer se ha apoderado de mí y no soy capaz de devolverle las caricias. Mis brazos descansan a los lados y no consigo entender cómo me estoy manteniendo en pie, porque la sensación de tanto gozo me da ganas de estirarme y dejarme sostener por la cama. Él hace y yo me dejo hacer encantada.

En un momento dado, consigo hacer reaccionar a mi voluntad y abro los ojos para mirarlo. Lo veo disfrutando de cada una de las caricias que me está regalando. Vuelvo a besarlo y lo agarro fuerte del cuello y del pelo. Mi necesidad de él se dispara y empiezo a morderle con más ansia y pasión.

—Parece que tu Luna en Aries está apoderándose de ti… —me susurra divertido.

—No sé qué significa eso, pero me molesta la ropa y quiero que nos la quitemos ya. —Me pongo sargento.

Él se ríe y me propone:

—Todo a su tiempo, Odri. Si me dejas, sacaré mi energía del escorpión y del cangrejo… Estoy convencido de que a la energía venusina de tu ascendente y de tu Sol en Libra les va a encantar…

Y, aunque no entiendo nada de lo que dice, el cómo lo dice y lo que debe llevar implícito, o explícito para él, me seduce completamente y me rindo.

—Hazme lo que quieras.

Lenta y magistralmente me va quitando cada capa de ropa mientras sigue combinando caricias suaves, amasamientos y besos por doquier. Sin darme cuenta, estoy completamente desnuda a su merced.

—Eres tan increíblemente hermosa… Eres una diosa y te voy a tratar como tal hasta que me digas lo contrario.

Se aleja momentáneamente de mí para coger una de las plumas de pavo real que tiene dentro de un jarrón en una de las mesitas de noche al lado de la cama.

—Cierra los ojos… —me pide. Y yo obedezco.

Con la pluma empieza a acariciarme todo el cuerpo. Siento escalofríos recorriéndome entera. Todas las partes de mi cuerpo se ponen duras. Qué sensación más sutil y fuertemente placentera. Es como estar flotando. La pluma me recorre el rostro, los brazos, el cuello, la espalda, los pechos, el culo, el monte de Venus, las ingles, las piernas, los tobillos… Lo hace despacio y siento cómo esa pluma está danzando sobre mí con el único objetivo de darme placer.

Después de un buen rato, me coge la mano y me invita a estirarme en la cama.

—Ven, métete dentro, que estarás más calentita.

Y al meterme dentro, otro placer. Las sábanas son de satén y huelen increíblemente bien, igual que él, y agradezco el contraste del frío ardiente en mi piel y el edredón de plumas cálido sobre mí.

—¿Tú no te metes? —le pregunto cuando veo que él se queda fuera.

—Ahora mismo, mi diosa…

Y mientras lo dice, empieza a quitarse la ropa con una seguridad y elegancia que aún me excita más. Lo hace mientras me mira directa e intensamente a los ojos dejando al desnudo por completo un cuerpo perfecto. Entonces, aparta el edredón y entra en la cama. Nos tapamos y nos abrazamos fuerte. Siento cómo nuestras pieles se rozan, se aplastan, se mueven, se masajean mutuamente. Nos besamos, nos lamemos, nos acariciamos por todas partes y la temperatura debajo de las sábanas empieza a dispararse mucho. La necesidad de sentirlo dentro de mí se hace inminente.

—Penétrame ya, ¡por Diosss! —pido desesperada.

Jordi se ríe.

—Lo que tú quieras… Pero lo harás tú…

Me aparta con cuidado y con la mano empieza a rebuscar en el cajón de la mesita de noche. Por un momento me lo imagino sacando un dildo enorme en forma fálica para que se lo meta por el culo, pero no. Mi mente se vuelve a relajar cuando compruebo que lo que saca es un preservativo del cajón de la mesita de noche. Se lo pone y se sienta con la espalda apoyada en el cabezal de la cama.

—Sube y disfruta.

Uf. Esa propuesta me enciende mucho. Me monto encima de él y con mi mano agarro su pene duro. Me penetro yo misma con su polla. Cuando la siento bien adentro, los dos jadeamos a la vez, como si nos hubieran inyectado de golpe un chute de un cóctel de serotonina y oxitocina. Me mantengo quieta un momento, porque sé que a la que me empiece a mover voy a provocarme un orgasmo y quiero sentirlo dentro durante un rato más largo, aunque mi impulso me esté demandando que empiece a trotar encima de él.

Nos miramos a los ojos mientras respiramos por la boca. Nos besamos lentamente, intentando no movernos demasiado. Entonces él empieza a acariciarme suavemente las tetas con los dedos. Uf, madre mía. Mi disparador. Noto que mi vagina se contrae pidiendo moverse, pero lucho contra esa sensación y me mantengo quieta. Me apoyo en la pared con ambos brazos, dejando la cabeza de Jordi entre ellos. Mis pechos le quedan justo delante de la cara y lo aprovecha para empezar a chuparme los pezones mientras tiene mis tetas bien agarradas con ambas manos. Ahora sí, no puedo más. Dejo caer la cabeza hacia atrás y empiezo a moverme circularmente sobre él y el orgasmo no tarda en acontecer.

—¡Sí, sí, sí! —grito—. ¡Ohhh, joder, joder! —chillo mientras me muevo como una posesa lujuriosa. Me siento superpoderosa.

Oírme gritar de placer le dispara a él y también siento cómo alcanza su momento máximo de disfrute prácticamente al momento. Los dos soltamos la voz con gemidos y gritos. Y nos abrazamos. Nos mantenemos un momento así mientras bajamos pulsaciones.

—Eres maravillosa, Odri —me susurra al oído. Me aparto para besarlo—. Y, además, estaría comiéndote eternamente… —Y vuelve a lamerme suavemente los pechos mientras los aprieta con cuidado entre sus manos.

—Uy, uy, uy, no hagas eso, que necesito descansar un poco de tantas sensaciones. —le pido, aunque mi parte animal no está de acuerdo con esa decisión.

—Por supuesto —contesta dándole un par de besos a cada uno de mis pechos—. Voy a por un poco de agua. ¿Quieres?

—Sí, por favor —le agradezco.

Y mientras su trasero desnudo y perfecto sale por la puerta, me revuelco entre sus sábanas

con una sonrisa de satisfacción y felicidad inevitable.

¿Qué hora será? Giro el cuello hacia los lados buscando un despertador o similar que me lo indique. Efectivamente, tiene uno. Son las 23:42. Madre mía, ¿cómo ha podido pasar tan rápido el tiempo? Llevamos más de doce horas seguidas juntos. Jordi vuelve a aparecer desnudo por la puerta de su habitación con lo prometido en la mano.

—¿Tienes hambre, Odri? ¿Te apetece que pidamos algo para cenar? ¿*Sushi,* quizás?

—Me encanta el plan —confirmo.

—Genial, pues mientras pido, te dejo un albornoz para cubrirte porque, si no, no respondo —comenta con picardía.

Y ataviada con un albornoz mullidito y suave, y que huele muy rico, me paseo por el piso dirigiéndome al baño. Y al entrar, ¡joder! ¡Hay un *jacuzzi*! Cuando termino de mear, me dirijo hacia mi bolso mientras le pregunto retóricamente:

—¡¿Tienes un *jacuzzi*?!

—Sí, si te apetece, después de cenar, podemos meternos… —me propone con media sonrisa en la boca.

Mmm, eso significa que ¿me está invitando a pasar la noche en su casa, quizás? No le respondo, pero le devuelvo la sonrisa. Alcanzo mi bolso mientras él está al teléfono haciendo el encargo y compruebo el móvil. Tengo mensajes y llamadas de Daniela, Laia y Xavi. Madre mía, Xavi. Recuerdo el «momento guardarropa» y me entra el calor. Me siento un poco guarrona por estar follando con dos tíos distintos en menos de veinticuatro horas, pero entonces me viene Laia a la cabeza, con sus ideas feministas sobre la igualdad, y me repito mentalmente que, en realidad, no estoy comprometida con nadie y que simplemente le estoy dando espacio y voz a mis necesidades y mis deseos. Y de qué manera, por cierto. Y que eso solo puede ser positivo para mí. De todas maneras, aún tengo ciertos sentimientos, como el de culpabilidad, demasiado introyectados, así que prefiero engañarme aferrándome al dicho «si no lo veo, no existe» y decido no comprobar los wasaps. No quiero salir de mi burbuja. Dentro de este piso es como si estuviera en una realidad distinta y el mundo afuera no existiera. Así que solo decido abrir un chat:

«Esta noche no vendré a dormir, así que podéis seguir ocupando mi cuarto, cabrones. Me quedo en casa de Jordi, pero ¡¡NO SE LO DIGAS a Víctor, por favor!!».

Envío y cierro.

—La comida llegará en unos veinte minutos —anuncia Jordi desde la cocina.

—Perfecto —contesto guardando el móvil en el bolso de nuevo.

Voy hacia el sofá y me siento. Jordi se acerca con dos copas de vino blanco y se sienta a mi lado, bien cerca. Me da una de las copas y con la mano que le ha quedado libre, alcanza una manta con la que nos cubre el regazo a ambos. Los dos, desnudos, solo cubiertos por un albornoz cada uno, envueltos en la misma manta y brindando… Parecemos un matrimonio adorable típico de peli romántica. Me imagino a Daniela mirándonos con ojos de Disney mientras come palomitas. Laia, en cambio, se estaría imaginando más una peli porno y estaría deseando que empezáramos a follar en el sofá. Mmm, esa idea no está nada mal.

—¿Cuánto dices que tardará la cena en llegar?

—Unos quince minutos, ¿por?

—¿Dónde guardas los condones?

—¿Me lo estás preguntando en serio?

—Sí —contesto solemnemente.

—En la mesita de noche.

—No te muevas de aquí.

Y salgo corriendo a por uno.

Cuando regreso, puedo adivinar que cierta parte del albornoz se ha convertido en una tienda de campaña. Perfecto… A por faena. Me vuelvo a sentar sobre él desatándole lo justo el albornoz. En efecto, tiene el pene completamente erecto. Abro la bolsita del preservativo, lo saco y se lo pongo. Me mojo mi propia mano con saliva y la unto en la entrada de la vagina, que ya tengo lubricada. Acto seguido, mis labios vaginales succionan su miembro.

Repetimos postura, esta vez en el sofá, y con los albornoces puestos y medio abiertos, como si estuviéramos haciendo algo prohibido a contrarreloj. Nos besamos apasionadamente y empiezo a cabalgar sobre él. En menos de tres minutos hemos llegado al clímax entre suspiros, jadeos y gritos.

Y entonces, suena el timbre. Ha llegado la cena. Justo a tiempo.

CAPÍTULO 48. 1 DE ENERO

Martes. 17:23

Me encuentro en *mood* vegetativo tirada en el sofá. Daniela está medio dormida en el otro extremo hecha un ovillo dentro de una manta gigante que la envuelve entera. Laia también está en casa, sentada entre las dos. De fondo tenemos puesta la segunda entrega de *Harry Potter,* pero mi cabeza está en otro lugar, aunque Ron y sus comentarios me resulten muy desafortunados, inocentes y graciosos.

Mi mente no puede dejar de recrear en bucle, y con detalles muy explícitos, todo lo acontecido desde la fiesta sorpresa de los treinta de mi compi de piso: el encuentro sexual con Xavi en el piso de Laia, la confesión de lo que siente Jordi por mí y su insólita situación relacional, seguido de dos polvazos en su casa.

Después, vino una cena estupenda, enfundados de nuevo en nuestros albornoces y compartiendo, otra vez, conversaciones interesantes e inagotables a la luz de la chimenea. Sí, también tiene chimenea. Nos acompañó el crepitar del fuego y un par de botellas de vino. Nos dieron las cuatro de la madrugada y nos entró sueño, así que decidimos trasladarnos a la cama y dormir desnudos y abrazados.

Ayer, el último día del año, me desperté a las doce, descansada y feliz. Luego, estuvimos un rato en la cama, haciendo el vago y dándonos mimos. A la una, finalmente me vestía para pasar por casa para cambiarme y ver a Daniela antes de entrar en el curro. Por la noche había fiesta en casa y mi compañera de piso debía estar desesperada y algo cabreada conmigo por no dar señales de vida.

Me costó despedirme de Jordi, pero lo hice. Más de veinticuatro horas seguidas juntos sin cansarnos el uno del otro y con ganas de seguir metida en su piso y de que el tiempo se detuviera estaba bien, pero un poco de aire entre los dos para aposentar todo lo vivido también era necesario. Además, nos veríamos en dos días en el trabajo, que es cuando terminaba su «periodo de excedencia».

Una vez subida a uno de los trenes de los Ferrocarriles Catalanes, me dispuse a comprobar los mensajes del móvil. Efectivamente, tenía ¡ochenta y siete wasaps de Daniela! Los primeros eran amables y curiosos, queriendo saber qué tal con Jordi. Luego me preguntaba si llegaría a casa para cenar —la noche del domingo—. Luego me insultaba por no decirle nada y tenerla en vilo. Y los de ayer por la mañana tomaban un tono muy chungo y dramático. Aunque era comprensible. Era mi amiga y se preocupaba por mí.

Laia también me había escrito, pero sobre todo para contarme que Daniela estaba histérica y que le escribiera, aunque solo fuera un «hola», porque se estaba poniendo muy paranoica.

El grupo de «Las zorras cachondas» también había tenido movimiento. Primero, para ver si contestaba en el grupo. Y luego se había convertido en un diálogo entre Daniela y Laia donde la primera me insultaba y la segunda me defendía.

Me quedaba por mirar los mensajes de Xavi. Tenía tres seguidos de él del domingo al mediodía:

XAVI: Preciosa, me muero por volver a verte…

XAVI: Aunque cuando estamos a oscuras y no te veo también ocurren cosas interesantes…

XAVI: Hoy tengo guardia, pero nos vemos el 31 en la fiesta.

Recuerdo que pensé que estaba teniendo mucha suerte con que los horarios de mis hombres no estuvieran entrando en conflicto. Eso me aligeraba un poco los remordimientos, pero aun así sentía que mi corazón no aguantaría este estrés durante mucho tiempo.

Por la noche hubo una gran fiesta que ocupó dos pisos, el nuestro y el de Laia. A cada hora

íbamos subiendo y bajando del segundo al tercero a modo de juego. Unas cincuenta personas, entre compañeros del trabajo de Daniela, Marc, amigos y/o amantes de Laia y, por supuesto, Álex, Víctor y Sofi íbamos de arriba abajo cargando con bebidas y cosas para picar. Mi Polaroid echaba humo recogiendo momentos para el recuerdo. Xavi me mandó un mensaje excusándose porque el niño de siete años había empeorado y había ampliado su horario para poder realizar una operación de urgencia para salvarle la vida.

Y me volví a sentir miserable por estar «engañando» a un hombre así de bueno y trabajador. Así que la noche la pasé intentando no pensar demasiado en hombres y disfrutando de la compañía de mis amigos, especialmente de Laia, que entendía mi angustia, aunque la encontrara inútil, y de Álex, que me puso al día de todo lo que había ocurrido con Víctor mientras este estaba en otros lugares de la fiesta. Álex vino a Barcelona dispuesto a quemar las noches y vaya si las estaba quemando. Las noches y un par de colchones, el mío y el de Víctor. Pero yo no era quién para juzgarlo, porque yo misma no me estaba quedando corta.

Así que hoy, aquí estoy. Intentando relajarme y descansar un poco de tanto folleteo y alcohol. Álex ha pasado la noche en casa de Víctor e imagino que allí seguirá hasta mañana celebrando el Año Nuevo.

Sigo viendo la peli. Al cabo de cuarenta minutos, suena el timbre y las tres pegamos un bote en el sofá. Quizás me equivocaba y Álex no duerma hoy con su amante. Seguro que se ha dejado la copia de las llaves que tiene.

Cruzo el pasillo y abro la puerta convencida de quién va a estar al otro lado, pero me equivoco por completo. A él no me lo esperaba.

CAPÍTULO 49. LA PROPUESTA

Me quedo en estado de *shock* durante unos segundos y acto seguido me tiro a su cuello enroscándome a él como un koala.

—¡Pedrooo!

—¡Hola, *sister*! ¡Feliz año!

Se oye un estruendo en el salón. Daniela y Laia han saltado del sofá de un bote y aparecen corriendo para no perderse nada.

—¡Tú eres el hermano de Odri! ¡Qué ilusión conocerte! —exclama Daniela, y lo abraza emocionadísima—. Odri me ha contado que vives viajando por el mundo. ¿Cómo es esta experiencia?

—Un placer conocerte. —Laia también le abraza.

—¡Qué recibimiento más maravilloso! —afirma complacido Pedro.

—¡Bueno, bueno! —Pongo orden—. Primero…, ¿qué haces aquí? —quiero saber mirándolo.

—He venido a hacerte una propuesta loca.

Daniela se pone a aplaudir como una niña de cinco años emocionada. Laia, con una sonrisa de medio lado, suelta un «¡interesante!» y yo tengo miedo. Con Pedro, todo es posible. Nos movilizamos hacia el sofá con cuatro cafés y, antes de decirme nada, me lanza su pregunta habitual.

—A ver, Odri, cuéntame: ¿¡qué estás haciendo y cómo te hace sentir todo lo que estás haciendo!?

—Uy, eso os va a llevar unas cuantas horas… —se burla cariñosamente Daniela.

—Me encanta esa pregunta. Tú y yo nos vamos a entender —señala Laia haciendo el gesto de «y lo sabes» típico de los memes de Julio Iglesias.

—¿Me vais a dejar hablar con mi hermano, petardas? —me quejo.

—Perdón, perdón —salta Daniela. Y ambas se sientan en silencio en el otro sofá para darnos espacio mientras nos escuchan.

Yo empiezo a contarle todo.

—¿Álvaro, Álvaro? ¿¡Tu novio del insti!? —exclama Pedro alucinado.

—El mismo en carne y hueso. Y no veas qué carne, por cierto…

—¡Ja, ja, ja! ¡Mi hermana desatada! ¡Ya era hora, nena!

—Uy, y no sabes cómo, je, je, je —añade Laia mientras Daniela lo confirma con un movimiento afirmativo de cabeza.

Ignoro sus comentarios y gestos y sigo contándole. Y cuando termino, con su finura característica, Pedro sentencia:

—Vaya, que tienes el coco y el coño hechos un lío, cariño.

—No podrías haberlo resumido mejor —secunda Laia.

—¿Podéis dejar de meter baza, capullas? —Me giro para advertirlas.

—Como si no fuera cierto… —se defiende Daniela.

—Interesante —dice Pedro—, pues vengo a traerte una pausa en todo este embrollo en el que estás metida.

—Dime…

—Nos vamos a Vietnam. Trece días.

—¿Qué? ¿Los dos? ¿Cuándo? —exclamo al unísono con Daniela y Laia.

—Sí, los dos. Del 4 al 16. Ya está todo pagado. Mi regalo de cumpleaños y Navidad para

ti llega con retraso, pero aquí está, *baby*. —Y se señala orgulloso.

—Buah, me encanta. Tu hermano es un *crack* —asevera Laia.

—A ver, un momento —digo estupefacta—, cuando dices el día 4, ¿te refieres a de aquí tres días? ¿Este próximo viernes?

—Correcto.

—¡Pero yo trabajo, Pedro! No me puedo largar así como así.

—Mañana vas y pides los días. Estoy convencido de que te los van a dar.

—Imposible. Solo llevo dos meses en la empresa. Aun no tengo suficientes días acumulados.

—Tú hazle caso a tu hermano mayor. ¿Cuándo no he tenido razón?

Y no puedo replicarle, porque es cierto. Siempre ocurre lo que él predice. Es como una especie de mago. A veces me da miedito, pero creo que las cosas ocurren porque él siente que son verdad al 100 % y lo materializa.

—De acuerdo, lo intentaré —digo.

—¿Lo intentarás? Esa no es la actitud, Odri. Si lo «intentas» es porque algo en ti no se siente capaz.

—Estoy de acuerdo —secunda Laia.

—Bueno, es que no depende de mí…

—Claro que depende de ti. Todo depende de ti. Y la actitud que tomes ante los retos definirá tu camino. Si no, dime, cuando llegaste aquí y decidiste que ibas a conseguir un trabajo y un lugar donde vivir desde el convencimiento, ¿no lo conseguiste?

—Cierto…

—Sí, a mí me abordó en El Corte Inglés superdecidida y aquí estamos —añade orgullosa Daniela.

—Pues ya está —sentencia Pedro aprovechando los comentarios de mis amigas.

—Ya, ¿pero qué quieres que le diga a mi jefe?: «Hola, Pere, mira, verás, vengo a pedirte unos días porque resulta que me voy de vacaciones con mi hermano, al que no veo desde hace años y que me ha regalado un viaje sorpresa por mis veintiocho a la otra punta del mundo. Y aunque ya sé que aquí estaréis hasta el culo de trabajo, porque son los Reyes y las rebajas, seguro que os las arregláis sin mí».

—Bueno, hay muchos matices que cambiar del discurso, tales como no titubear, cambiar el tono de incrédula repelente y eliminar la palabra «culo». Además, te recomiendo añadir muestras de confianza reales hacia tus compañeros sin utilizar el sarcasmo, porque, por supuesto, no te necesitan, ya que nadie es imprescindible. Y añade que, aparte de ser un viaje de placer, también lo es de trabajo, ya que vas a hacer de fotógrafa profesional para mí para un artículo de tirada mundial en una web muy reconocida en el mundo gay.

—Ya, pero eso no es verdad…

—¿Quién dice que no? A ver si te crees que solo vas a venir a tomar el sol y a ponerte hasta el culo de cafés con huevo y *ginseng*.

—¿Café con huevo? ¡Qué asco! —nos escandalizamos Daniela y yo.

—¿Cómo lo sabéis? ¿Lo habéis probado?

—Eso es lo que yo les digo siempre —interviene Laia.

—Pues venga, a abrirse a las posibilidades entonces —acaba Pedro.

—No, si en lo de abrirse, tu hermana sí que está haciendo un máster… —añade Laia.

Y nos reímos todos.

CAPÍTULO 50. PERMISO CONCEDIDO

Miércoles, 2 de enero. 15:30

He llegado antes al trabajo para hablar con Pere. Estoy muy nerviosa. Me parece una petición muy arriesgada teniendo en cuenta el tiempo que llevo en la empresa, pero antes de entrar en el despacho, respiro un par de veces, inhalando y exhalando. Me recuerdo a mí misma que las respiraciones funcionan. Lograron que cogiera el tren que me trajo hasta aquí, más o menos. También visualizo las palabras y mantras de Pedro y Laia. «Yo puedo. Yo soy capaz. Y yo lo hago realidad». Y tal cual me digo esto mentalmente con una fuerte inspiración con los ojos cerrados, toco a la puerta y después del «adelante» que se oye al otro lado, entro y cierro la puerta detrás de mí.

Tres minutos después, estoy saliendo del despacho en estado de euforia contenida. ¡Pere me ha concedido los días! Aún no me lo creo. A todo lo expuesto ha añadido que estaba muy satisfecho con todo el trabajo que he estado haciendo y que mis compañeros me adoran. Y, sin venir a cuento, ha puesto énfasis en remarcar que Jordi, en el que confiaba cien por cien, me tenía en muy buena consideración. Y ha sentenciado con una broma amable que predicaba un «cuando seas una fotógrafa reconocida, acuérdate de nosotros». Estoy alucinando.

Llego a planta con los ojos como platos y se lo cuento a Sofi y Víctor, que empiezan a dar brincos a mi alrededor celebrándolo. En ese momento llega Jordi. Mmm…, qué guapo es. Siento su mirada clavada en mí, pero tenemos que disimular.

—¿Qué me he perdido? —pregunta con una sonrisa en los labios.

—Que Odri se va a Vietnam en dos días —anuncia Sofi.

—Anda, ¿y eso? —se interesa Jordi alegrándose por mí.

—Mi hermano se ha presentado por sorpresa y me ha propuesto unas vacaciones con sesión fotográfica incluida para su trabajo.

—¿En Vietnam? Qué maravilla. Enhorabuena, pues —me felicita.

Noto mis bragas húmedas. No sé si aguantaré tantos días sin tenerlo cerca y tocarnos.

Empieza la locura en el trabajo y cada uno se pierde con las peticiones de los clientes, que no dejan de llegar. En un minidescanso, que aprovecho para ir al baño, compruebo mi móvil. No sé nada de Xavi desde fin de año y estoy un poco intranquila con todo el asunto del niño del hospital. No quiero entrometerme ni meter la pata, pero sí quiero saber cómo lo está llevando. Abro WhatsApp.

YO: Hola, Xavi, no te he dicho nada antes porque no quiero molestar y no sé cómo está la situación en el hospital… ¿Cómo estás?

Me responde al momento.

XAVI: Está siendo duro. ¿Te apetece que cenemos mañana?

YO: Claro.

Quiero apoyarle. No puedo ni imaginarme lo difícil que debe ser esta profesión. Yo no podría. Además, aprovecharé para contarle que me voy a ir unos días.

YO: ¿Dónde quieres que quedemos?

XAVI: Si te parece bien, me encantaría que vinieras a mi casa. Te mando la dirección.

YO: Allí estaré.

Y justo cuando voy a soltar el móvil, recibo otro mensaje. Esta vez es de Jordi.

JORDI: Al salir, cogeré comida para llevar en el chino de abajo y te espero en mi plaza de *parking*. ¿Quedamos en mi coche y cenamos por ahí?

YO: Allí estaré.

Joder. Les he respondido lo mismo. No sé ni personalizar mensajes ya. ¡Cómo se está complicando todo!

Aún con el teléfono en las manos, me vuelve a vibrar. Mensaje nuevo. Álvaro.

ÁLVARO: Feliz año, bella. Tengo una propuesta para ti. No sé si será viable, pero te la lanzo porque en esta vida hay que probar las cosas. Del 11 al 13 de enero se celebra un fin de semana tántrico en Ko PhaNgan, en Tailandia. Ya sé que no te pilla a la vuelta de la esquina, pero si por casualidad tuvieras vacaciones y te apeteciera, yo mismo te pagaría el vuelo. Tómalo como un gesto de disculpa para compensar mi desaparición hace diez años, por favor. Te vi interesada en seguir experimentando en esta filosofía, y el lugar y los maestros que lo llevan no podrían ser mejores. Les he hablado de ti y te ofrecen realizar el retiro gratuitamente a cambio de que, en algún momento, puedas echar alguna foto del evento para poder documentarlo luego.

No me lo puedo creer. ¡Cómo está empezando el año, madre mía! Me estoy saturando. Inmediatamente creo un grupo nuevo que incluye a Daniela, a Laia, a Álex y a mi hermano Pedro. Lo llamo «Personas vitamina» y lo estreno yo misma.

YO: A ver, personas que adoro, este es un mensaje solo para los que estáis en este grupo y ¡¡nadie!! más debe leerlo. Estoy en medio de una crisis nerviosa. Primero, mi jefe me concede las vacaciones. Fiesta desde el 4 al 16, ambos incluidos. De puta madre. Segundo, Jordi me lleva a escondidas a cenar por ahí esta noche. Tercero, mañana por la noche cenaré con Xavi. Está tocado por su curro y quiero apoyarle. Y cuarto, me acaba de escribir Álvaro invitándome a un retiro tántrico en Tailandia el fin de semana del 11, 12 y 13 de enero. ¿¡Qué hago!?

Las primeras contestaciones dentro del grupo llegan enseguida.

ÁLEX: Disfruta de la vida y de los hombres, amiga. Ni te lo pienses. Es una señal del destino que te pille «cerca» la propuesta. Me callaré la broma de «apoyar» a Xavi.

PEDRO: Si te apetece ir a al retiro, puedo cambiar vuelos y ruta sin problemas. Yo tengo que quedarme en Vietnam sí o sí por trabajo. Pero podemos estar juntos hasta el día 10. Y luego vuelas directamente desde allí hasta Tailandia. ¿Dónde es exactamente?

YO: En Ko PhaNgan. Pero no sé si me atrevo a ir sola… Álex, cabrón.

LAIA: Yo te acompaño. Nos encontramos allí. Me apunto al retiro y volvemos juntas. ¿Quieres?

DANIELA: Ay, qué romántico todo, por favor… Qué emoción.

Así son ellos. Mis personas bonitas. Cada uno en su esencia. No sé qué haría sin ellos. Cuando siento que las dudas me embargan y las decisiones me bloquean, llegan ellos con su optimismo, su decisión, su pasotismo y su «cuquismo» y todo se pone fácil.

YO: Madre mía, ¡qué locura! ¿Y cómo hago todo esto? Estoy en el curro hasta arriba de trabajo y mañana por la mañana he quedado con Álex para acompañarlo a los abogados. ¡Literalmente, no tengo tiempo ni de hacer maletas!

DANIELA: De tu maleta me encargo yo. *Don't worry.*

PEDRO: Ahora mismo llamo a Laia y nos encargamos de ruta y billetes.

LAIA: Pásame el número de Álvaro para preguntarle detalles del retiro y confirmarle que allí estaremos.

ÁLEX: Y yo te recogeré mañana por la mañana por casa a las once con un capuchino gigante para pasar la mañana juntos y trazar todos los planes que hagan falta.

¡Ay, me muero de amor!

YO: Jooo, chicos. Os quiero mucho. Muchísimas gracias. No sé qué haría sin vosotros…

ÁLEX: Tu vida sería un absoluto aburrimiento, eso seguro.

Y, solucionado el lío, vuelvo al trabajo.

Cuando llega la hora de irse, Jordi se despide rápido y desaparece. Yo me quedo haciendo algo de tiempo y disimulando para despistar a Sofi y Víctor.

—Oye, y tú, ¿qué tal con mi amigo Álex? —le pregunto curiosa.

—Muy bien. Es una persona increíble. Esta noche se viene a mi casa —contesta sin pensar y con una gran sonrisa en los labios.

—Me alegro mucho por vosotros —digo de corazón.

Y me despido para ir hacia el punto de encuentro secreto donde he quedado con Jordi. Cuando llego, él ya está dentro del coche. Cuando me ve, sonríe y me indica que suba con un gesto, y así lo hago. Y sin pensarlo mucho, se acerca hacia mí y me besa.

—Qué ganas tenía de verte.

—Si no has dejado de verme en toda la tarde… —le provoco en plan pillina.

—De verte más de cerca… —Me vuelve a besar y arranca el coche.

Me lleva a algún sitio del Tibidabo. Es un lugar muy tranquilo, apartado de la gente y del ruido y con unas vistas increíbles de toda la ciudad con el mar Mediterráneo de fondo. Aunque la nocturnidad lo esconda, está allí, con algunos trasatlánticos iluminados en él. Nadie alrededor. Quizás algún jabalí si salimos del coche.

—Me apetecía traerte aquí. Es un sitio al que me encanta venir cuando necesito alejarme de todo, respirar aire fresco y ver un poco de verde… —me confiesa—. Verde en plan naturaleza, no en plan sexo, que ya te estoy viendo la cara —corrige rápidamente al mirarme.

—Me parece estupendo. Gracias por compartir este lugar conmigo.

—Un placer. Y ahora, cuéntame con pelos y señales esto del viaje improvisado.

Y se lo cuento mientras cenamos con la calefacción puesta, música de ambiente y en los asientos de atrás, para estar más amplios.

—Entonces, tu hermano, ¿se dedica a viajar por el mundo dando seminarios en *resorts* de lujo, donde le pagan una pasta y en los que tiene alojamiento gratuito con todos los gastos pagados y, al mismo tiempo, toma nota de los mejores lugares de ambiente cerca de la zona para después mencionarlos en una web gay de viajes?

—Exacto.

—¡Guau! Pues se lo ha montado de puta madre.

—Sí. He perdido la cuenta de todos los países en los que ha vivido.

—Viajar me encanta, pero debe de ser difícil no tener un lugar en el que echar raíces.

—Sí, aunque él no es de atarse a nada ni a nadie, así que lo lleva estupendamente. Yo le envidio un poco porque hasta que he venido a Barcelona, no me había movido de Salamanca.

—Entonces este viaje es todo un acontecimiento para ti, ¿no?

—Sí, totalmente.

—Pues disfrútalo al máximo.

—Lo haré.

—No quiero entretenerte mucho si necesitas ir a casa a preparar cosas. Tú solo dímelo y te llevo cuando quieras.

—Estoy bien. Me gusta estar aquí contigo.

No le pregunto por Cris ni él me cuenta nada. Es un tema que ambos sabemos que está ahí, pero que gestionamos cada uno a su manera. Tampoco me apetece explicarle mi lío con Xavi ni que en Tailandia voy a ir a un retiro tántrico con mi primer amor. Sé que no estoy siendo del todo sincera, pero aún no me veo capaz. Necesito poder entender un poco mis sentimientos hacia cada uno de ellos y aclarar qué quiero. Y como de momento no veo nada nítido, simplemente me dejo llevar. Lo malo —o bueno— es que quien me domina es mi instinto impulsivo, y eso me

lleva a abalanzarme sobre él y a besarlo.

Jordi me devuelve el beso con pasión y nos empezamos a calentar. Nos manoseamos vigorosamente por encima de la ropa. Algunas prendas nos empiezan a molestar fuertemente, así que mientras nuestros labios permanecen pegados, yo me bajo las medias junto con las bragas y las dejo colgando de mi pierna derecha. Al mismo tiempo, él se baja los pantalones y los calzoncillos y los deja atrapados en sus tobillos mientras oigo cómo abre un sobrecito y se coloca un preservativo. Cuando sentimos que no podemos más y que queremos sentirnos fundidos uno con el otro, Jordi me susurra sugerente al oído:

—Ya que llevas falda, súbete encima, preciosa amazona, y muévete como tanto nos gusta…

Y vaya si lo hago. Lo hago desesperadamente. Me monto encima como si fuera un semental y lo empiezo a cabalgar llevando mis brazos arriba y sosteniéndome en el techo del coche. Él me agarra de la cintura y me ayuda con las subidas y bajadas de mi cadera apretándome mientras me hace chocar contra su pelvis. Y yo sigo trotando y trotando como si no hubiera un mañana intentando prolongar este momento tanto como puedo, ya que voy a pasar muchos días sin verlo ni poder estar con él. Los dos gruñimos, jadeamos y gritamos a lo bestia dentro del coche sintiéndonos libres en medio de la nada, rodeados de árboles y de un silencio sepulcral.

Si había jabalís, los hemos espantado. Y mi fantasía del momento Leo y Kate en *Titanic* en versión pornográfica se hace realidad.

CAPÍTULO 51. SORPRESAS TE DA LA VIDA

Jordi me lleva a casa en coche. Durante el trayecto nos vamos mirando con ojos atontados y con sonrisas de adolescentes enamorados. Él va dejando que su mano derecha repose y acaricie con ternura mi muslo izquierdo cada vez que el coche no le pide un cambio de marchas. Y disfrutamos de no decirnos nada. Solo de la compañía, los roces y la música relajante de *jazz* de fondo.

Cuando estaciona momentáneamente el coche, porque ya hemos llegado, me besa con suavidad y dulzura y me dice mirándome a los ojos:

—Nos vemos mañana.

—Por supuesto.

Y salgo del coche, aunque no me apetezca. Pero necesito dormir un poco, ya que mañana me espera un día largo, emocionante e intenso.

Tal como prometió, Álex me recoge a las once con un capuchino en la mano y unas gafas de sol gigantes en la cara.

—Veo que no has dormido mucho… —le digo.

—No demasiado. Víctor es insaciable. Me recuerda a alguien…

—¡Oye! Yo no soy así, aunque últimamente lo parezca.

—Lo que tú digas, cariño. A mí me parece estupendo que por fin hayas dejado salir a esta bestia ardiente y sexual que llevas dentro. Siempre me sentí un poco frustrado conmigo mismo por no poder seguirte el ritmo, pero claro, era un tema de inclinación sexual, je, je, je.

Nos abrazamos y nos vamos. Cogemos el metro y nos dirigimos al distrito de Les Corts, a la dirección a la que tenía que ir, según le indicaron los abogados que contactaron con Álex. Una vez allí, nos atiende una secretaria muy simpática y nos confirma que teníamos cita a las doce en punto. Nos acompaña hasta una sala de reuniones muy amplia y luminosa. El bufete parece bastante lujoso. Nos sentamos en las sillas para esperar a que llegue alguien a desvelarnos este misterio. En menos de un minuto, aparecen dos mujeres vestidas con traje y muy estilosas. Se presentan y nos ofrecen un apretón de manos.

—Buenos días, ¿es usted Alejandro Sánchez Martín? —pregunta una de ellas.

—Yo mismo —asegura Álex.

—Bien, encantadas de conocerle, señor Sánchez. Imagino que estará intrigado. Vamos a exponerle a continuación en qué consiste todo este asunto. Mi nombre es Alicia y ella es Maite, la notaria que procederá a la lectura del testamento.

—Encantado. Soy todo oídos. Gracias.

—Bien, como sabrá, su familiar, el señor Ricardo Alonso Santos, le ha nombrado heredero absoluto de sus bienes, por lo que usted es el heredero único de sus propiedades. En este caso, el fallecido disponía de una propiedad a su nombre. Una empresa con sede y local en Barcelona situada en el barrio de Poble Sec, en el distrito de Sants-Montjuïc. Don Ricardo, asimismo, dejó una carta para usted que nos pidió que le diéramos en esta reunión antes de proceder a la lectura de dicho testamento. Aquí la tiene. En cuanto lo haga, procederemos a abrir y leerlo de manera oficial. Le dejamos unos minutos a solas. Cuando lo requiera, estaremos en recepción para poder continuar con la reunión. Por favor, tómese el tiempo que necesite.

Y, dicho esto, le entregan la susodicha carta a Álex y se van de la sala.

—Odri, estoy flipando. Esto parece de película. ¿Dónde está la cámara oculta?

—¿Quieres que te deje solo para leer la carta, Álex?

—Ni hablar, tú no te mueves de aquí. La vamos a leer juntos, cariño.

Y Álex abre el sobre y se encuentra con una carta escrita a mano en una caligrafía perfecta y elegante:

> Querido sobrino postizo:
>
> Si estás leyendo esta carta es porque yo ya no estoy en este plano, pero aun así estoy encantado de saludarte.
>
> Imagino que no debes estar entendiendo lo que está ocurriendo, así que te lo voy a simplificar mucho: aunque la sangre no nos una directamente, sí lo hacen nuestros gustos, tendencias y personalidad. Nunca nos hemos conocido en persona, pero yo he seguido de cerca tus andanzas a través de tus redes sociales. Y veo que tenemos mucho en común. Sí, mientras escribo esta carta, llevo 93 años vividos, pero aun así soy muy moderno. Siempre he sido un avanzado en mi tiempo. Tanto que he sido tildado de enfermo, raro y loco. La sociedad de la guerra y la posguerra que te precede no me aceptaba, y menos en una ciudad como Salamanca, así que en cuanto pude me trasladé a Barcelona a empezar de nuevo desde mis auténticos sentires y dando rienda suelta a mis ideas estrafalarias. Por eso fundé un pequeño espacio que empezó siendo clandestino en mi propio piso y que, con los años y mucho trabajo, terminó siendo lo que es actualmente: un local precioso de unos 700 metros llamado Instantes. En él trabajan empleados y amigos fieles que llevan años a mi lado y que lo han hecho crecer y brillar. Le han dado vida. ¡Y qué vida! Cuando lo veas, lo entenderás. Por esta razón no te voy a contar mucho más sobre esto. Te invito a ir y que Jeremaia te ponga al día de mis voluntades. Es mi mano derecha y sé que os entenderéis.
>
> Como imagino que ya estarás pensando… Sí, soy rico. Muy rico. Y si tú quieres, tú también lo vas a ser. Te ofrezco llevar la vida que quieras manteniendo encendida la llama de mi preciada creación. Te escojo porque vislumbro en ti juventud, talento, aptitudes y conocimientos para hacer que esto, actualizándolo con tus ideas, por supuesto, siga siendo una empresa exitosa y un lugar de encuentro para todas las buenas personas que quieran asomarse y disfrutar del placer de existir. Y de paso, tú podrás llevar una vida feliz sin preocupaciones económicas.
>
> Estas abogadas tan majas te lo explicarán y te ayudarán a hacerlo oficial. Confío en ellas. Llevan muchos años encargándose de mis asuntos.
>
> Así que, querido sobrino postizo, te lego a mi bebé para que te brinde nuevos y maravillosos «instantes» en tu vida.
>
> Cuídalo, mímalo y disfrútalo.
>
> Con amor,
>
> Rickito. Tu hado madrino

—¿Odri?

—Dime.

—¿Llevas tu Polaroid encima?

—Por supuesto.

—Pues ya sabes.

CAPÍTULO 52. DESPIDIÉNDOME

Salimos del bufete alucinados. De la noche a la mañana, Álex se ha convertido en el propietario de un espacio gigante en el cual aún no tenemos muy claro lo que se hace, pero que parece tener un muy buen rendimiento económico. Álex es rico y tiene un local en Barcelona. Esto es una locura. Una locura maravillosa.

Nos paramos en un pequeño bar que encontramos para comer algo antes de que yo entre a trabajar a las 16:00. Nos sentamos, miramos las opciones de la carta y pedimos.

—Madre mía, Odri. Qué puta locura. No me lo acabo de creer.

—Realmente parece algo increíble. ¿Tus padres sabrán algo?

—Estoy seguro de que no. Me muero por conocer el lugar. Voy a llamar al tal Jeremaia.

Y sin haber acabado de terminar la frase, Álex ya está cogiendo el móvil y llamando al número que le han facilitado desde el bufete. Después de tres tonos y de ponerlo en manos libres, una voz grave de hombre responde.

—¿Diga?

—¡Hola! ¿Hablo con Jeremaia?

—Depende de quién seas, guapo.

—Soy Álex, el sobrino de Ricardo.

—¡Ay, ricura! Me alegro de que me hayas llamado. Tenemos muchas cosas de las que hablar y seguro que tú tienes un millón de preguntas que estaré encantadísima de responderte. ¿Cuándo podemos vernos?

—Pues esta misma tarde, si a usted le va bien.

—Ay, chiquillo, no me trates de usted, que no estoy tan mayor. Soy un alma joven, aunque las arrugas no lo demuestren.

Jeremaia y Álex quedan para encontrarse esta misma tarde. Estoy emocionada con todo esto y una parte de mí no quiere irse mañana para saber cómo avanza todo este tema. Cuando cuelgan, enseguida me pronuncio.

—¡Álex, por Dios! ¡Mantenme informada de todo! ¡Qué rabia irme ahora!

—Nada, no dudes de que tendrás todos los detalles en exclusiva vía audio. Tú vete a recorrer mundo y a follar internacionalmente.

—¡Qué bruto eres!

—¿Bruto yo? Cuéntame qué pasó ayer con Jordi, zorrona. Venga, ya tardas.

Así que se lo cuento. Nos seguimos poniendo al día en emociones, vivencias e ilusiones y el tiempo vuela en compañía de mi amigo del alma. Nos despedimos y nos prometemos que nos mantendremos al día mientras yo esté de viaje.

Salgo pitando de allí y me voy directamente al FNAC. Llego justa, pero llego a tiempo. Y cuando lo hago, me reciben con una sonrisa dos personas muy bonitas y otra que me tiene el corazón robado.

—¡Hola, Odri! —me saludan Jordi, Sofi y Víctor.

—¿Cómo ha ido con los abogados? —pregunta este último.

—Alucinante. Imagino que luego te contará.

Y los clientes empiezan a acosarnos. La tarde es una locura y no hay tiempo para nada más que atender y atender. Jordi y yo nos vamos echando miraditas y sonrisas disimuladamente. A lo lejos, lo veo coger el móvil. Escribir en él y mirarme de nuevo. Entonces me vibra el culo. Cojo el móvil y leo su mensaje.

JORDI: Estás muy guapa hoy.

YO: Tú también estás muy guapo.

Estamos atontados perdidos.

Seguimos trabajando. Al cabo de treinta minutos, me vuelve a vibrar el culo.

JORDI: Imagino que tendrás planes para esta noche, pero si te apetece, a mí me apetece…

YO: No has especificado lo que te apetece.

JORDI: Contigo, me apetece todo.

¡Guau! El corazón me da un vuelco.

YO: Hoy no puedo.

Y me siento hasta mal por haber quedado con Xavi. Joder. Esto cada vez es más insostenible. Me va a dar un patatús.

JORDI: Lástima.

Cuando los clientes ya se han ido y estamos reorganizando un poco todo, vuelvo a recibir un mensaje.

JORDI: Te echaré de menos.

YO: Y yo a ti.

JORDI: Sobre todo, pásalo muy bien.

YO: Lo haré. Gracias.

JORDI: Y si te apetece y tienes tiempo, mándame alguna foto.

YO: Hecho.

Y entonces, desde lejos, Jordi alza la mano y la voz para despedirse de Sofi, Víctor y yo, que estamos en la misma mesa unos metros más allá de donde está él.

—Chicos, nos vemos mañana. Odri, ¡que tengas buen viaje!

—¡Gracias! —respondo.

Y se va. Y a mí me apetecería irme con él, la verdad. Pero he quedado con Xavi. Así que termino con la reorganización y, después de despedirme, también me voy.

Xavi vive arriba de La Rambla de Catalunya, así que puedo ir dando un paseo de unos quince minutitos. De esta manera, aprovecharé para que me toque el aire un poco, a ver si me refresco el cuerpo y las ideas, porque lo necesito. No hace ni una semana que nos vimos, en el memorable cumpleaños sorpresa de Daniela, pero parece que haya pasado mucho más tiempo con todo lo que ha pasado entremedias.

Mientras camino, aprovecho para hacer una foto con mi móvil a las luces navideñas que adornan las calles de Barcelona. La ciudad está preciosa. Y yo me siento feliz de estar viviendo aquí.

Recibo un mensaje de Álex.

ÁLEX: Esto es muy fuerte, Odri. Un sueño hecho realidad. Mañana te lo cuento todo, porque hoy va para largo.

Y sonrío emocionada por la felicidad de mi amigo.

CAPÍTULO 53. ÚLTIMA NOCHE

Llego al portal de Xavi y toco el timbre. Me abre y subo al ascensor. Xavi vive en el sexto piso. Cuando se abren las puertas del ascensor, lo veo apoyado en el marco de su puerta. Está guapísimo. Lleva un jersey fino de cachemira azul eléctrico que le queda ajustado al torso y unos vaqueros claros que le quedan como un guante. Por un segundo, noto que me falta el aire.

—Hola, princesa Buttercup. Tenía ganas de verte.

Ay, joder. Qué mono utilizando referencias cinematográficas con significado. Nada más oírlo, mi mente vuela hacia esa primera noche en la que nos enrollamos. La que estaba consciente, quiero decir. En el sofá, después de ver *La princesa prometida*.

Entro. Me coge el abrigo y el bolso y los cuelga en un perchero antiguo que hay en el recibidor. Su casa es gigante. De hecho, ocupa toda la planta entera. La entrada conecta con el amplio salón de techo alto con vigas de madera adornándolo.

—Si quieres, después te enseño el piso, pero, si te parece, podemos cenar primero, que acabo de preparar algo caliente —propone.

Y me fijo en la mesa, que está perfectamente preparada en un lado del enorme comedor y que ha llenado de velitas y flores.

—Qué bonito está todo —comento.

—Tú te lo mereces —afirma sonriente.

Y cenamos. Y charlamos y compartimos una botella de vino. Le pregunto por el niño del hospital y me expone su caso. Parece que de momento sigue resistiendo, pero la situación es demasiado delicada y todo el equipo médico está muy pendiente de su evolución. Siento que le hace bien compartir todo ese proceso con alguien externo a su trabajo. Así que le escucho atentamente. Luego le cuento qué tal fue la fiesta de fin de año, la llegada inesperada y la propuesta de viaje con mi hermano y los acontecimientos más recientes con la herencia de Álex. Y él me escucha a mí.

Cuando terminamos de cenar, me pregunta:

—¿Quieres que te enseñe el resto del piso?

—Sí, por favor.

Nos levantamos y le sigo. Me explica que el rellano del sexto consta de dos pisos, pero que ambos son suyos y que decidió construirse un dúplex en horizontal. De manera que en una de las alas vive y la otra la destina a espacios de consulta médica.

Me hace una ruta por todas las espaciosas estancias de este señor piso. Cinco habitaciones, tres baños, una cocina gigante, un salón comedor enorme y un balcón que ocupa toda la fachada del edificio solo en el ala en la que vive. Todo decorado con gusto, sentido práctico, sencillez y mucho orden. Después, pasamos a la parte destinada a su vida laboral. Ahí hay un pequeño recibidor que conecta con un lavabo y una habitación abierta que hace la función de sala de espera. A continuación, un despacho grande que utiliza para pasar consulta con camilla, escritorio, un sofá doble, alguna planta y estanterías con libros, y finalmente llegamos a la última estancia. Antes de mostrármela, me explica que la ha convertido en lo que es ahora después de haber tirado alguna pared, ampliando el comedor que ya existía e insonorizando toda la habitación. ¿Ampliando el comedor? ¡Pero si donde hemos cenado ya debía medir sus ochenta metros!

—Y aquí, mi rincón favorito de la casa —anuncia abriendo la puerta y encendiendo la luz del cuarto.

—¡Dios mío! —pronuncio con los ojos y la boca como platos.

Y ante mi asombrada mirada aparece lo que viene siendo un parque infantil, con su cama elástica, sus toboganes y sus piscinas de bolas, más una minibolera, un espacio con una tele gigante con consolas y micrófonos, futbolín y tres máquinas recreativas.

—160 metros cuadrados de diversión —afirma orgulloso.

—¿Pero qué locura de habitación es esta?

—Es el sueño cumplido para los niños. Y para los adultos, no te voy a engañar. Quiero que los niños y los adolescentes que me vienen a ver tengan otro concepto de «ir al médico». También lo cedo para algunos cumpleaños o fiestas infantiles.

—¡Qué pasada!

—¿Te apetece jugar a algo? —me pregunta divertido.

—¡A todo! —respondo sin pensármelo. Y mi niña interior me posee como una loca y voy de un lado hacia otro soltando exclamaciones con cada juego que toco y pruebo—. ¡La máquina del Comecocos! Me encantaba de pequeña…, ¡ay, ay, y una de *pimball*! ¡Alucinante! ¡Y esta es para bailar! Es esa que te va marcando los pasos, ¿verdad? Solo la había visto en pelis de los 90. Pero, espera, ¿esos micros son para el karaoke? ¡No puede ser! ¡Guau! Y tienes un montón de juegos de mesa y suelo de toda la vida, el Twister, Operación, ¡son míticos! Y, un momento. ¡Joder! ¿Una puta pista de bolos de verdad? ¡Qué fuerte! Y… ¿y esta estructura gigante de parque infantil con colchonetas, cama elástica y piscina de bolas?

—7 × 5 metros cuadrados de diversión. ¿Quieres meterte y hacer el recorrido?

—¡Por supuesto!

Y arranco a correr. Él me sigue de cerca.

Entro por la abertura y subo una rampa acolchada que me lleva a un túnel redondo por el que me tengo que agachar y avanzar a cuatro patas mientras va girando provocando que mi equilibrio se tambalee. Una vez al otro lado del túnel, me encuentro con otra rampa acolchada que vuelvo a subir y que va a parar a un tobogán circular que baja en espiral. Ahí que me meto. ¡Yujuuu! Caigo en una primera piscina de bolas que conecta con otro pasillo lleno de obstáculos blanditos que hay que atravesar para llegar a otra rampa acolchada que está más empinada. Y desde allí se conecta con otro tobogán más alto que me lleva deslizándome hasta una cama elástica de 2 × 2 metros y en la que me pongo a dar brincos como si no hubiera un mañana.

Y sobre la medianoche de un jueves, me encuentro saltando y disfrutando como una posesa, junto a Xavi, sobre una cama elástica en un completo y privado parque infantil en un piso en el centro de Barcelona. Algo que no me hubiera llegado a imaginar nunca. En un momento dado, me dejo caer exhausta en la cama elástica, aún rebotando por el contraste entre mi peso y el de Xavi. Él cae a mi lado. Ambos quedamos estirados boca arriba exhaustos y descansando de tanto movimiento y emoción. Y nos reímos de este momento que, al menos para mí, ha sido surrealista y maravilloso.

—Eres como Christian Grey, pero tu habitación de juegos me gusta más… —afirmo mirando hacia el techo, haciendo referencia a la renombrada trilogía de *Cincuenta sombras de Grey*.

—Si quieres, también le podemos dar otro uso para otro tipo de juegos… —me sugiere mientras gira su cabeza hacia la izquierda para mirarme.

—¿Qué me está proponiendo exactamente, señor Grey? —digo incorporando levemente mi cuerpo y girándome hacia él mientras permanezco estirada sobre mi lado derecho.

—Lo que le apetezca, señorita Steele —me responde imitando mi gesto y asentándose sobre su lado izquierdo para tenerme de frente. Y añade—. Creo que tu cabecita fantasiosa ya está teniendo algunas ideas…

Y no se equivoca.

—Mmm, ¿qué te parece si jugamos al pillapilla en el castillo y, si me alcanzas, te dejo hacerme cositas?

Con las pupilas dilatadas y un mordisco sugerente en su propio labio, se acerca a mi rostro y me susurra:

—Tienes cinco segundos de ventaja. Y empieza a contar en voz alta.

CAPÍTULO 54. JUGANDO

Salgo disparada riendo, chillando, emocionada y cachonda hacia la entrada del castillo infantil. De nuevo, me meto por la abertura de la entrada de la estructura y subo la rampa acolchada. Ahí ya Xavi me alcanza un pie y consigue deshacerse de uno de mis calcetines. Yo me zafo de él y sigo trepando para seguir avanzando a cuatro patas por el túnel.

Xavi me sigue de cerca y me agarra del mismo pie.

—¡Quieta ahí! Este túnel a cuatro patas lo vas a hacer sin pantalones.

Y me los saca de golpe. Con bragas incluidas.

Yo, desnuda de cintura para abajo, empiezo a avanzar por el túnel giratorio. Pero Xavi es rápido y me sujeta por la cadera mientras seguimos atrapados en el túnel. Sigo intentando avanzar con manos y rodillas, con él agarrándome desde atrás, aunque me resulta complicado. De repente, siento un mordisco en el culo seguido de un lametazo en mi vulva. Suelto un suspiro de placer, pero me zafo de él y de su boca de nuevo y sigo avanzando hasta llegar a la segunda rampa acolchada, por la que escalo mientras oigo cómo Xavi se está deshaciendo de su ropa de cintura para arriba y me advierte:

—No te vas a escapar, señorita. Este Comecocos te va a comer lo que no es el coco…

Y me pongo nerviosa. Este juego me divierte y a la vez me excita. Una parte de mí quiere que me alcance ya y me haga lo que quiera, pero otra parte quiere alargar esta excitante agonía.

—Eso tendrás que demostrármelo. Si me pillas —le provoco.

Me meto por el tobogán circular y… ¡qué dolor bajarlo sin ninguna capa de ropa protectora en la zona baja! Pero la adrenalina me disipa el malestar y llego a la primera piscina de bolas. Dos segundos más tarde, Xavi también llega y me atrapa con sus brazos, besándome desesperadamente y amasando todo lo que sus manos consiguen alcanzar de mi cuerpo. Parecemos dos lapas frotándonos una contra la otra. Con una de sus manos empieza a acariciarme la vulva y mis piernas empiezan a fallar por el placer producido. De golpe, sube de nuevo la mano y agarrando mi camisa con las dos hace saltar todos los botones de corchete desabrochándola y abriéndola con fuerza en un movimiento rápido y contundente hacia ambos lados. No me lo esperaba y de golpe siento una liberación muy fuerte junto a más excitación. Jadeo sonoramente y nos volvemos a enzarzar en unos cuantos besos apasionados. Él aprovecha para manosearme los pechos y abrir mi sujetador, liberándome de todas las capas de ropa que llevaba, excepto del calcetín de mi pie derecho.

Xavi me suelta para liberarse él mismo de sus propios pantalones y yo aprovecho para escaparme de nuevo. Empiezo a recorrer el pasillo acolchado con obstáculos mientras oigo cómo mi deseado perseguidor se ha liberado de toda su ropa, se ha colocado un condón y retoma la marcha por el pasillo mientras me advierte:

—Voy a por ti. Y lo siguiente es penetrarte.

Noto cómo mi vulva se humedece aún más con la excitante amenaza y la noto vibrar por el aviso y todos los previos recuerdos que tengo del sexo con Xavi. Me alcanza justo en el instante en que me dirijo a la rampa pronunciada que hay que subir para llegar al último tobogán. Pero este desnivel no es lo único que está empinado. El pene de Xavi choca contra mi espalda y él me agarra de ambas manos para frenarme empotrándome a esta última pendiente vertical y acolchada.

—Te pillé —me susurra al oído mientras noto cómo su cuerpo entero está pegado a mi desde atrás y me sujeta las manos arriba para inmovilizarme, como si fuera un policía a punto de cachearme—. He ganado. Te toca. Pero antes…, te voy a follar.

Mi vulva late fuerte. Y, obedeciendo, me quedo quieta. Xavi suelta una de sus manos, escupe en ella y me acaricia el sexo preparándolo para la penetración.

—¿Lista para sentirme dentro?

—Sí.

Y me penetra. Y mi espalda se arquea para facilitarle la entrada. Y suspiramos y jadeamos. Y él entra y sale. Y acelera el vaivén de su cuerpo ayudándose de su mano derecha, que está agarrando mi hueso ilíaco y llevándome a su compás. La otra mano la dirige a mi teta izquierda alternando el amasamiento con los pellizcos en el pezón, cosa que provoca que me excite aún más.

Y en menos de dos minutos, él llega al clímax. Noto su cuerpo tensándose explosivamente detrás de mí a causa de su eyaculación para luego relajarse muscularmente. Yo siento mi cuerpo aún con energía acumulada, así que él saca el pene de mi interior y lo intercambia por sus dedos, que empiezan a jugar con mi zona G y mi clítoris, lo que me lleva a una sensación de goce y placer absoluto, alcanzando el orgasmo con tres minutos de diferencia.

—Has ganado —le digo.

—Creo que aquí no hay perdedores —replica él.

Me giro. Nos miramos y nos sonreímos. Y le digo:

—Recuérdame que, antes de irme, haga una foto del porno-castillo.

CAPÍTULO 55. ME VOY (OTRA VEZ)

Xavi me acompaña hasta la calle mientras llega el taxi que ha pedido para que me lleve a casa. Son las tres de la madrugada y en una hora Pedro me recoge en mi piso para irnos al aeropuerto. Nos despedimos con un beso dulce y una sonrisa, entre tonta y lasciva, en los labios. Subo al coche. Tengo un mensaje de Daniela de las 22:53.

DANIELA: Entro a trabajar ahora, pero he dejado la maleta lista. Te he puesto unos modelitos que ni Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*. Y también alguna otra cosa más acorde con un retiro tántrico ;). Y unas cuantas compresas y tampones, porque sé que te toca. Antes de irte, despiértame, que te quiero dar un abrazo.

La adoro.

Llego a casa. Efectivamente, está la maleta preparada en la puerta de mi habitación. No hay ni rastro de Álex. Imagino que se ha quedado con Víctor esta noche. Tengo poco tiempo hasta que venga mi hermano, así que aprovecho para ducharme y hacer un repaso de lo que llevo en la mochila con las cosas importantes, como el pasaporte y los billetes y, por supuesto, mi cámara réflex, mi Polaroid y el cargador del móvil para poder trabajar. Aunque también pienso desconectar, disfrutar y hacer muchísimas fotos que nada tengan que ver con la propuesta laboral, que es, en parte, una de las excusas para el viaje.

Antes de las cuatro, escucho cómo Daniela sale de su cuarto.

—¿Te he despertado? —digo preocupada.

—No. Me he puesto el despertador por si se te olvidaba avisarme.

—No se me hubiera olvidado.

Y nos abrazamos. Mientras tanto, suena el timbre de la puerta. Debe ser Pedro. Pero no, es Laia.

—¿Acaso pensabas que te ibas a librar de mis últimas recomendaciones para el viaje? —dice con los ojos medio cerrados y el pelo alborotado enfundada en una bata de boatiné con unas flores horribles que bien podrían ser del estampado de una cortina de los años 20 y unas zapatillas rosas muy peludas de estar por casa.

Y nos fundimos las tres en un abrazo de grupo.

Vuelve a sonar el timbre. Esta vez sí que es Pedro, que me está esperando abajo.

—Vale, chicas. ¡Nos vemos en nada! Os quiero.

—Pásalo divinamente, Odri —me desea Daniela.

—Y recuerda que en menos de una semana tú y yo tenemos una cita en el aeropuerto de Bangkok para irnos a «tantrear» por ahí —añade Laia.

—Allí nos vemos —le respondo.

Subo al taxi al lado de mi querido hermano mayor.

—¿Nerviosa? —me pregunta.

—Un poco, pero también muy emocionada. Me apetece mucho este viaje contigo.

—Y a mí, canija.

Y hacia el aeropuerto que vamos y al que enseguida llegamos. Facturación de equipajes, pasaportes, control de seguridad, desayuno exprés y embarque. En un santiamén, ya estoy sentada en el 26A. Ventanilla.

Mientras el resto de pasajeros toman sus asientos, colocan equipajes de mano y las azafatas y azafatos informan sobre las normas de seguridad, veo divertidamente cómo Pedro me mira, me guiña un ojo, se planta el antifaz en los ojos, los cascos musicales en las orejas, se tapa con una manta y me dice:

—Cuando lleguemos, me despiertas.

Supongo que ya está harto de tanto vuelo. Así que me quedo yo conmigo misma, como si fuera una niña pequeña en su primer vuelo, que, de hecho, lo es. Cojo el móvil para ponerlo en modo avión, tal como están indicando por la megafonía, y me encuentro con cuatro conversaciones abiertas.

ÁLEX: Me acuesto ahora. Ha sido una locura. Cuando me despierte, me ducharé con café y te haré un audio. Cuando aterrices, tendrás todos los detalles de esta puta maravilla que me ha legado mi hado madrino. Feliz vuelo, cariño. Te quiero.

ÁLVARO: Nos vemos y tocamos en una semana. Deseándote con ganas, mi amor.

XAVI: La sala de juegos no va a ser lo mismo sin ti, princesa Buttercup-Steele.

JORDI: Odri, le has dado la vuelta a mi mundo. Ahora disfruta fotografiando el tuyo. Cuando vuelvas, me encantará verlo a través de tus ojos.

El avión coge carrerilla y despega. Va elevándose y atravesando nubes. Me pierdo en mis reflexiones. Me siento feliz de haberme atrevido y aventurado a esta nueva vida. Estoy orgullosa de mí misma por, al fin, haber cogido el tren y haberme plantado en Barcelona, donde he conocido a dos grandísimas mujeres que no podrían ser más maravillosas y diferentes entre ellas: Daniela y Laia. Aunque sí tienen algo en común: su obsesión por hablar de penes. Ellas han sido un sostén maravilloso para mí. Sin ellas, yo no me estaría convirtiendo en la persona que estoy siendo.

También recuerdo con cariño a la señora adivinadora que anticipó un viaje y la llegada de amores inesperados, pasión y mucho sexo. Claramente, tienen nombre propio: Álvaro, Jordi y Xavi.

Cuando cierro los ojos y rememoro lo vivido con cada uno de ellos, lo visualizo como si formara parte de un carrete fotográfico eterno e imborrable. Cada momento está ahí, inmortalizado en una instantánea grabada a fuego en mi piel y resaltada con contraluces y nítidos primeros planos que me provocan excitación a todos los niveles.

No tengo ni idea de cómo va a terminar la encrucijada con este trío, pero ahora mismo no quiero pensar en ello. Me voy a centrar en pasar unas vacaciones con mi queridísimo hermano, el cual está babeando y roncando a pierna suelta a mi lado. Ya tomaré las decisiones importantes a la vuelta. Como no paran de recordarme Álex y Pedro —y Laia—, la vida está para disfrutarla. Aunque, ¿a quién quiero engañar? Es lo que llevo haciendo intensamente desde hace un par de meses.

Así que inhalo profundo con una sonrisa en los labios y en los ojos. Y exhalo. Miro por la ventana, contemplo las nubes y el sol amaneciendo entre ellas. ¡Qué colores anaranjados más preciosos!

Cojo mi Polaroid, me autoencuadro con la ventana y las vistas de fondo y disparo.

Nuevos y emocionantes instantes me esperan. ¡Allá voy!

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer profundamente que este libro sea una realidad a distintas personas.

A Marta, Carol y Sílvia. Con ellas nació esta idea loca de libro hace más de 20 años. En todos estos años la novela ha mutado de contenido y ha tomado vida propia. Pero ha mantenido la idea inicial: una historia de mujeres muy distintas que, gracias a varias causalidades, comparten una bonita amistad y muchas aventuras.

A mis padres, Carme y Àngel, que siempre me han apoyado, creído en mí y confiado en mi hacer. Papa, este libro ha llegado con más retraso del esperado y no ha dado tiempo a que lo leyeras, pero no me cabe ninguna duda que, desde el más allá, estás orgulloso de que mi pasión sea una realidad, como tú me enseñaste y mostraste. *Gràcies infinites. Us estimo molt.*

A mi compañero de viaje y vida, Jaume, quien me reconoce y me anima en todo lo que soy y hago, y especialmente en la escritura de esta novela, dándome los espacios y el soporte que he necesitado en cada momento del proceso. Y, por qué no decirlo, disfrutando también de mis calentones eróticos al escribirlo, je, je, je. *I Mógóllón iu.*

A mi padrino, Pierre, que, desde el más allá, me dio el mensaje perfecto para insuflarme de fuerza y motivación en este camino de escritora, que comparto con él:

Que tus letras despierten sus sentidos.
No podemos demorar lo que ya está claro,
ni puedes demorar esas herramientas
que pueden permitir a esas personas
conocerse más.
Esas personas que te quieren leer
no tienen la culpa de que tú…
… hayas alargado tu café.

A mi profesor de Lengua Castellana del instituto, Castán, por hacerme enamorarme más de las letras y el buen hacer literario. Una de las redacciones que hice en una de sus clases y que tan bien puntuó —cuando era conocido por ser muy duro con la ortografía y difícil de agradar con las historias— me corroboró que valía para escribir y dio lugar a un primer ensayo corto. Ese personaje que nació espontáneamente ha dado nombre al fiel amigo de Odri: Álex.

A Clara y a su equipo de Letropía por hacer que este libro sea una realidad material y haya quedado tan bonito y apetecible. Además de sus consejos y sabiduría para facilitarme todo el proceso.

Y, por supuesto, a ti, que tienes esta historia entre tus manos y con la que espero hayas reído, disfrutado y sentido muchas emociones al viajar por sus páginas. ¿*Ready* para la segunda parte? ;)

¿TE HA GUSTADO ESTA NOVELA?

Me encantará que me escribas a info@luanasalvado.com contándome qué te ha parecido. También puedes dejarme una reseña en Amazon, si te apetece. Me ayudaría mucho a llegar a más personas y te lo agradeceré de corazón.

Si te ha gustado este libro, por favor, ¡recomiéndalo! ;)

Además... esta historia no acaba aquí. Si quieres saber cómo sigue, la segunda —y última — parte está en camino. ¿Quieres leerla?

También puedes seguirme en mis perfiles de Instagram: @luanasalvado__autora y @luanasalvado donde comparto mis andanzas en el mundo literario, profesional y, en general, en la vida.

Muchas gracias por llegar hasta aquí.